

JAMES RICE

Alice  
y la  
mosca



JAMES RICE

Alice  
y la  
mosca



## ÍNDICE

Capítulo I  
Capítulo II  
Capítulo III  
Capítulo IV  
  
Agradecimientos  
  
Créditos

*Para mis padres, que no son  
los que aparecen en este libro.  
Son increíbles y me educaron bien*

*Para Nat, mi ser humano favorito*

**I**

El autobús venía con retraso esta noche. Estaba lloviendo. Caía una lluvia helada típica del invierno, de la que cala. Me empapé aun estando debajo de la protección de la parada de autobús de la avenida Green, porque la lluvia seguía cayendo sobre mí empujada por el viento. Cuando el autobús llegó yo estaba chorreando, tan entumido que no me di cuenta de que trepaba a bordo.

Era otra vez el conductor más viejo, el del bigote. Me lanzó esa sonrisa tan suya, con el ceño un poco fruncido y un movimiento de cabeza tipo yo-sé-todo-de-ti. Dejé caer el dinero del pasaje en la máquina y me dijo que mejor comprara un pase semanal, que así era más barato. Arranqué mi boleto y mantuve la cabeza baja.

El autobús estaba lleno de los uniformes habituales. Chamarras amarillas de alta visibilidad, gafetes de Waitrose. Una empleada de limpieza dormía con su chamarra de Marigolds encima. Quienes trabajan en Skipdale no viven allí en realidad; todos toman el autobús de regreso al Pitt. Recorrí de prisa el pasillo hasta mi asiento habitual, un par de filas antes del fondo. Por unos minutos esperamos escuchando el clic clac del indicador. Miré la ventana, húmeda y borrosa por la lluvia; el reflejo de las luces destellaba en los charcos de la acera. Luego el motor tembló al volver a la vida y el autobús avanzó por Skipdale.

Hoy me estremecí levemente entre ese primer par de paradas. El hecho de pensar en todos esos pasajeros que viajan en el autobús me lleva a preguntarme cómo lo hago todas las noches. La gente no es lo que me preocupa. Son **Ellas**. Escuché una vez que una persona nunca está a más de tres metros de una de **Ellas**, y desde entonces no puedo sino sentir que cuando hay más personas alrededor, existen más posibilidades de que también una de **Ellas** esté cerca. Sé que es estúpido.

Pronto llegamos al Prancing Horse. Incluso bajo la lluvia pude distinguir a la pequeña multitud apiñada en la parada del autobús. Las puertas sisearon al abrirse y el Hombre con Pelos en las Orejas las atravesó tropezándose, agitando su paraguas, entregando su cambio. Tomó el asiento para discapacitados del frente y usó todo el espacio para estirar las piernas. La Mujer que Estornuda estaba al lado, aplastada contra un empleado de Waitrose, con la mayor parte de su cuerpo desparramándose por el pasillo. Un par de señoras grandes mostraron sus pases; regresaban de pasar el

día en la capital libre de crímenes de Inglaterra.

—Es una ciudad excelente —le dijeron al chofer—. Y hay un pub excelente, y comimos un pescado excelente.

Sus rostros flácidos carecían de expresión, tanto que yo podría habérselos tocado y hacer que temblaran.

Y entonces allí estabas tú, toda rizos rojos y sonrisas, avanzando para comprar tu boleto, y el calor subió en mi interior como helio que llegara hasta mi cerebro.

Estabas empapada. Temblabas. Olías a desinfectante, un olor más penetrante que cualquier otro en el autobús. ¿Es legal que trabajes allí? Tal vez el propietario no se da cuenta de lo joven que eres. Pareces mayor. No eres la niña más bonita de la escuela desde un punto de vista convencional. Tienes un hueco entre los dientes, tu cabello es un desastre porque se te notan las raíces y siempre llevas esos lentes de sol negros, lo que es un poco extraño. Sin embargo, tienes una sonrisa asombrosa. Una vez pasé caminando junto a ti y sonreíste justo hacia mí, como si nos conociéramos. Solo fue una ligera sonrisa, tus mejillas se levantaron justo en el momento correcto, pero me dieron ganas de tocarlas, acariciarlas con el dorso de la mano como Nan solía hacerlo conmigo. Sé que es triste pero es cierto.

Tomaste tu asiento en la fila del frente. Trabajar después de la escuela debe de cansarte porque siempre te quedas dormida en cuanto te sientas, y tus lentes de sol golpean la ventanilla cada vez que tu cabeza se mueve adelante y atrás. Arrancamos y cruzamos la plaza, pasamos la carnicería Hampton's. No pude evitar pensar en tu papá y los demás, tiritando entre toda esa carne resbaladiza mientras yo estaba en el autobús contigo.

Luego dimos vuelta en la carretera y aceleramos hacia el Pitt.

Me pregunto cómo es vivir en el Pitt. ¿Se lo cuentas a alguien? No conozco a nadie que admitiría vivir en el Pitt. Es extraño que tengas amigos en Skipdale; muy pocos chicos del Pitt entran en la Preparatoria Skipdale y aun entonces tienden a juntarse con los suyos. Sus familias tratan de establecerse en Skipdale, pero se hace lo posible para mantenerlas lejos. Tenemos un vecino del Pitt, Artie Sampson. Ya perdí la cuenta de la cantidad de veces que mamá se ha asomado por la ventana del comedor para quejarse de él. Nos dice a Sarah y a mí que nos mantengamos alejados.

—Está intentando ascender en el mercado inmobiliario. Se caerá y se romperá el cuello.

Hay una bajada hacia el Pitt; parece que te van a estallar los oídos y se te revuelve el estómago por la velocidad que alcanza el autobús, lo que podría explicar por qué eliges dormirte. Mi padre la llama la «Declinación Social». Recuerdo que cuando era pequeño jugaba un juego a lo largo de la Declinación Social que consistía en contar cuántas casas estaban tapiadas y cuántas quemadas. A veces encontraba una casa tapiada y quemada. Era difícil porque mamá siempre pasaba muy rápido por la Declinación Social, aún más rápido que el autobús, como si el simple aire pudiera

oxidar el BMW.

Por supuesto que dormías durante todo el camino. Cada bache, cada curva, cada alto repentino en los semáforos nos arrojaba de nuestros asientos. El autobús se agitaba y se sacudía tanto que se sentía como si fuera a desbaratarse, pero tú seguías allí, desplomada, con la cara presionada contra la ventanilla. Nos detuvimos junto al centro comercial y el Viejo con Fuerte Olor Corporal subió y se sentó junto a ti, pero ni siquiera entonces te despertaste, ni siquiera te retorcaste ante su pestilencia. Seguías desplomada, tirada en tu asiento como una muñeca de trapo, a merced del ritmo del autobús. Te observé por el espejo todo el tiempo que pude, apartando la vista solo cuando el conductor me atrapaba viéndote.

Dimos vuelta en el semáforo, pasamos la Boutique Ahmed's. Como siempre, te despertaste cuando pasamos por la iglesia, la de Nan, justo a tiempo de perderte las grandes letras negras dispersas sobre su letrero:

## VIDA: EL TIEMPO QUE DIOS TE DA PARA DECIDIR CÓMO GASTAS LA ETERNIDAD

Tocaste el timbre. El autobús se detuvo en las viviendas de interés social detrás del Rat and Dog. Te levantaste y le diste las gracias al conductor, bajando los escalones de prisa con tu abrigo sobre la cabeza. Yo limpié la ventanilla empañada y te miré borrosa bajo la lluvia. Sentí ese tirón en mi estómago, como si alguien apretara mis intestinos. Deseé que tuvieras un paraguas.

El viaje de regreso fue aún más difícil. Me estremecí de nuevo y se me erizó la piel. Había muchos pandilleros en las esquinas esa noche, montados en sus motocicletas, con los cigarros arrojando volutas de humo debajo de sus capuchas. Casi me caí de mi asiento cuando uno de ellos lanzó una botella contra la ventanilla. Pero la gente ya no me preocupaba demasiado: en todo lo que podía pensar era en **Ellas**. Subí mis pies al asiento. Sabía que estaban en todos los sitios adonde no miraba. Seguí volteando la cabeza de un lado a otro, rascándome cualquier comezón de telaraña en el cuello, revisando el techo y el piso. Son escurridizas.

Subimos por la Declinación Social. Las casas eran más grandes y estaban más apartadas. Había grupos de macetas con plantas en los jardines del frente. La lluvia amainó. Al final dimos vuelta en la plaza y el autobús siseó al detenerse en la avenida Green. Mientras bajaba, el conductor me lanzó esa sonrisa de nuevo. La que siempre me lanza cuando me bajo en la avenida Green. La de quien sabe que es la misma parada donde me subí media hora antes.



La señorita Hayes tiene una nueva teoría. Ella cree que mi enfermedad se debe a algún accidente traumático del pasado que tengo arraigado en lo más profundo de mi mente. En cuanto me libere de él, fluirán todas las lágrimas y todo estará bien y ya no me volveré a asustar con **Ellas**. Podré participar en Educación Física y ya no sufriré más episodios. Tal vez hasta podré hablar (y hablar correctamente, pronunciando las «S» de forma adecuada). La verdad es que no recuerdo un solo incidente traumático de mi infancia del que pueda hablarle. Es decir, tengo muchos malos recuerdos (la muerte de Herb, o cuando me hice un hoyo en la lengua, o la isla Finners, en el bote con Sarah), pero ninguno me causó la fobia. Siempre la he tenido. Son **Ellas**. Es solo que les tengo miedo a **Ellas**. Así de simple.

Creí que estaba en problemas la primera vez que la señorita Hayes me dijo que me quedara después de clase. Ella había hecho una pregunta acerca de *Ha llegado un inspector* y la representación de las clases bajas y nadie respondió; me llamó, «Greg», porque estaba consciente de que yo sabía la respuesta, ya que escribí un ensayo acerca de ese mismo tema. Habría querido decirle la respuesta, pero el resto de la clase tenía los ojos fijos sobre mí, de modo que solo me quedé sentado con la cabeza baja, sin decir nada.

Algunos empezaron a reírse, como hacen cuando se espera que yo hable y no lo hago. Otros murmuraron. Carly Meadows pronunció la palabra *psycho*, que es una palabra que le gusta usar. Luego sonó la campana y todos tomaron sus cosas y corrieron hacia la puerta; la señorita Hayes me pidió que me quedara y eso hice, esperando un regaño.

Se sentó en la orilla de mi escritorio (lo que en ese momento me preocupó, porque el mueble estaba flojo desde la pelea entre Ian y Ganso). Cruzó las piernas, luego los brazos y me dijo que me había puesto nueve en mi ensayo sobre *Ha llegado un inspector*. Afirmó que yo usaba el inglés con naturalidad. Me gustaría haberle respondido algo ingenioso, como: «Bueno, he vivido en Inglaterra toda mi vida», pero nunca puedo pensar en cosas así en el momento, por lo que solo asentí. Me contó que había hablado con la enfermera de la escuela sobre mí, sobre **Ellas** y sobre mi enfermedad, y quería preguntarme si la acompañaría a su oficina para tener una breve charla.

Tampoco supe qué responder a eso. Solo asentí de nuevo.

Desde entonces me quedo todos los martes en la oficina de la señorita Hayes para tener una breve charla. Pero nunca platicamos. Nos sentamos en silencio. Me pellizco la piel seca de las manos mientras ella retuerce un anillo en su dedo, como si yo fuera una antigua televisión y ella tratara de subir el volumen con la perilla. No me incomoda el silencio. La gente habla demasiado. Hacen comentarios molestos cada cinco minutos acerca de la escuela o mis padres o cómo baila mi hermana. Es agradable sentarse en silencio durante una hora en el mismo cuarto que la señorita Hayes, sabiendo que ambos estamos experimentando ese silencio juntos. Me transmite cierta tranquilidad.

La señorita Hayes no cree que el silencio nos haga progresar. Hace un par de semanas me dio un pequeño cuaderno con cubierta de piel y dijo que anotar cosas me podría ayudar a expresarme. Le pregunté qué debería escribir.

—Esta no es una tarea —respondió—. Solo anota tus pensamientos. Tus sentimientos.

Esta tarde me preguntó si había escrito alguno de mis pensamientos o sentimientos y le dije que había escrito una cosa la semana pasada, pero no era mucho, solo unas cuantas páginas. No sabía qué escribir, así que terminé describiendo un viaje en autobús que hice.

—Está bien escribir sobre un viaje en autobús —observó ella—. Puedes hacerlo sobre cualquier cosa.

Le conté que es difícil escribirme a mí mismo porque ya sé todo lo que tengo que decir, y que la última vez fingí que le escribía a otra persona y eso ayudó. Respondió que eso también estaba bien. No tengo por qué escribirme a mí mismo. Su diario se llamaba Deirdre y a ella le resultaba muy fácil escribirle. Le pregunté quién era Deirdre y solo tragó saliva.

—Nadie —respondió.

Bueno, puede que la señorita Hayes le escriba a nadie, pero yo creo que eso es bastante estúpido, así que he decidido seguir escribiéndote a ti. Espero que no te importe, solo es una buena manera de poner las palabras en la página. Sé que no me conoces, pero nadie me conoce, y ahora que sabes eso es como si me conocieras mejor que nadie.

Me llamo Greg, por cierto.

## 20/11

La casa donde vivimos está en una esquina de la avenida y tiene diez habitaciones; cada dos meses, mi padre da a mamá su tarjeta de crédito y ella se pone a decorar. Nuevo estilo, nuevo tema, nueva combinación de colores. A veces hace que tiren paredes o instalen chimeneas. El verano pasado hizo que pusieran en la pared del comedor lucecitas que parecían estrellas, pero se veían muy cursis e hizo que las arrancaran; los cimientos cedieron y pasé semanas con la cabeza bajo mi almohada mientras unos trabajadores del Pitt martilleaban, enyesaban y maldecían en voz alta.

Ahora mamá está rediseñando la sala. Todo será de color blanco hospital, desde la alfombra hasta las cortinas y los candelabros. Hay pilas de catálogos debajo de la mesita del café, y mamá pasa la mayor parte del día hojeándolas y haciendo llamadas telefónicas. Aún sigue esperando el sillón italiano de piel; diseñó la habitación alrededor de él. Es el mueble más costoso que ha encontrado jamás. Mi padre dice que cuesta más que todo el resto de la estancia, incluidos los honorarios de los decoradores. Tuvo que aceptar tres nuevos clientes para pagar el depósito inicial. La última vez que vimos a mi padre fue el domingo. Mamá me dijo que no le contara esto a nadie. No sé a quién piensa que voy a contárselo.

Los decoradores de hoy eran una firma de enyesado compuesta por padre e hijo, quienes resanaron las grietas en el techo de la sala. (El cuarto de mi hermana está sobre esa estancia. Ella baila.) Cuando terminé de vestirme y de empacar para ir a la escuela, estaban en el descanso para tomar un café. Se encontraban en el asiento junto a la ventana del comedor, y la cafetera echaba humo entre ellos. Ambos yeseros vestían chalecos grises y pantalones color caqui. La panza del padre se desparramaba por debajo de su chaleco. Tenía una gran cantidad de lunares.

Me senté en la parte superior de las escaleras y esperé a que regresaran a trabajar. Quería bajar a desayunar sin que lo notaran. Los decoradores me ponen nervioso. Se rascan las axilas y se huelen los dedos. Hablan en voz alta como si no les importara quién los oye. En ocasiones me dicen cosas o tratan de bromear conmigo y no sé cómo responder. Siempre me siento mal por no echarles una mano.

También ponen nerviosa a mamá. Si viera a uno de ellos comprando en Waitrose, chasquearía la lengua y pondría cara. Pero cuando están en la casa es toda sonrisas y se la pasa preguntando: «¿Puedo servirles más café?». Esta mañana vino a recoger las tazas

vacías y observó que habían colocado sábanas viejas como cubrepolvos.

—¿Van a lavarlas antes de irse a la cama esta noche? —bromeó, sonriendo como si anunciara pasta de dientes.

Lo tomaron con bastante buen humor. También se rieron. Luego miraron las piernas de mamá mientras se alejaba hacia el vestíbulo. El hijo me vio en la parte de arriba de las escaleras y me guiñó un ojo. Me fui sin desayunar.

El resto de la mañana fue bastante normal. Supongo que no llevo una vida muy loca. Si Ian Connor estuviera escribiendo esto, tendría todo tipo de historias para contarte, pero todo lo que hice esta mañana fue ir a mis clases. La primera fue Educación Física. Este mes están entrenando fútbol. Me senté en el gimnasio y los miré salir al campo, temblando mientras su aliento se condensaba y era visible. Sin embargo, seguían riéndose. Para ser honesto, estaría bien afuera, en el campo, pero no creo que el señor McKenzie quiera que vuelva a participar en las clases de Educación Física. No después de la última vez. Ya ni siquiera me pide un justificante.

—Te quedas ahí sentado, ¿verdad, Greg? —dice al principio de cada clase, y yo solo asiento con la cabeza y me dirijo al gimnasio.

La segunda clase fue Química. Esterilizamos los escritorios. Los cubrimos con alcohol, les prendimos fuego y miramos cómo una ola azul de llamas recorría la madera. Supongo que fue lo suficientemente emocionante como para escribir sobre ello.

La tercera clase fue Historia con el señor Finch. No hicimos nada interesante como para escribirlo.

Justo ahora estoy en la biblioteca. Siempre vengo aquí a la hora del *lunch*. Está en silencio. Puedo escuchar el ruido de mi pluma rascando el papel. Solo me acompaña el murmullo de la multitud en el patio de juegos, el tictac del reloj, la agitación constante de la ruidosa respiración de la señorita Eleanor: inspirar y exhalar, inspirar y exhalar. En ocasiones se detiene mientras inspira y yo contengo mi propio aliento esperando a que ella expulse el aire. Siempre termina haciéndolo.

Te vi hace unos minutos. Atravesabas sigilosamente el campo con Angela Hargrove. Me acerqué a la ventana, lo más callado posible para no despertar a la señorita Eleanor. Llevabas ese abrigo de nuevo, el que tiene ribetes de piel roja. Y también tus lentes de sol. Te reías de alguna imitación que Angela hacía, agitando las manos sobre su cabeza. Cuando te ríes siempre te cubres los dientes, tratando de ocultar el hueco que hay entre ellos, lo que es una tontería, ya que ese hueco es la parte más única y asombrosa de tu sonrisa. Este es el tercer día seguido que ustedes se escabullen por la apertura que hay en la cerca de arbustos. Solo quienes van en tercero de preparatoria tienen permitido dejar las instalaciones durante el horario escolar. Supongo que lo sabes.

No siempre me he escondido en la biblioteca. Solía sentarme afuera para el *lunch*, junto a la pared del edificio Lipton. No me importaba comer solo porque una familia

de urracas anidó justo al otro lado de la reja y me gustaba ver cómo saltaban sobre la gente, arrebatando cosas para su nido entre los árboles. Un día una pandilla de chicos del Pitt me vio. Uno de ellos era tu hermano. (Eso fue hace un par de años, cuando aún venía a la escuela.) Me rodearon y empezaron a decirme cosas, las habituales, acerca de mi enfermedad, mi dificultad para pronunciar las «S», lo extraño que soy y lo patético que resultaba que me sentara allí solo, etcétera, etcétera, pero las urracas estaban allí afuera ese día, de modo que en realidad no presté atención. Estaba demasiado ocupado mirándolas, demasiado ocupado escuchando ese pequeño cacareo que hacen, como un graznido de ametralladora en miniatura. Tu hermano se inclinó para ponerse a la altura de mis ojos.

—Di lo que sea —exigió.

No supe qué decir. Estaba esforzándome por ver a las urracas sobre su hombro, picoteando en el bote de basura. Eso me hizo sonreír porque era como si supieran exactamente lo que buscaban. Otro de los chicos del Pitt se inclinó junto a tu hermano y me recordó que él me había pedido que dijera algo, y exclamó que mejor dijera «cualquier cosa, rápido, o si no...». Una de las urracas había atrapado algo pequeño que se retorció en su pico y yo estaba demasiado ocupado tratando de distinguir lo que era. Lo siguiente que supe fue que toda la pandilla estaba gritando: «¡Di lo que sea!», y pronunciaban la «S» exageradamente. Una multitud se había reunido, incluida Carly Meadows y otro par de buitres de mi año; algunas personas me llamaban *psycho* y cantaban: «¡Di *psycho*, di *psycho*!», porque sabían que no podía pronunciar correctamente esa palabra. Fue cuando me di cuenta de que me estaba rascando el brazo, que es algo que hago cuando estoy nervioso. Perdí de vista a las urracas cuando uno de los chicos del Pitt estiró una mano y vació una lata de refresco Tango sobre mi cabeza. Todos dejaron de gritar; en cambio, empezaron a reírse. Me miraban y se reían mientras el Tango escurría por mi nuca, empapando el cuello de mi camisa. Unos cuantos me señalaban, lo que era un poco estúpido porque todos sabían de lo que se estaban riendo. Respiré lo más lento que pude, contando cada gota que escurría de mi fleco y golpeaba el pavimento. Después de un minuto dejaron de reírse y solo se me quedaron mirando. Entonces me di cuenta de que otras gotas golpeaban el pavimento, unas rojas y más espesas de algo que salpicaba al aterrizar. Tenía el brazo de mi camisa manchado de rojo. Una de las buitres dijo que yo era repugnante y unos cuantos arrugaron el rostro, pero la mayoría solo se quedó mirándome. Luego se fueron. Creo que esa fue la única vez que vi a tu hermano de uniforme.

Esa tarde me dejé puesto el saco. Tenía Matemáticas y mi pelo estaba todo duro y pegajoso por el Tango, pero nadie lo notó.

## TRANSCRIPCIÓN

Extracto de la entrevista del detective sargento Terrence Mansell (TM) con el compañero de clase de Gregory Hall, Ian Connor (IC).

TM: Gracias por haber aceptado hablar conmigo.

IC: Está bien.

TM: Como probablemente sabes, estamos aquí para hablar de Greg.

IC: Hum... Bueno, sí.

TM: ¿Qué tan bien conoces a Greg?

IC: Bien. Va en mi salón.

TM: Te sientas junto a él.

IC: En unas cuantas clases, sí. En Inglés. Y algunas otras.

TM: ¿Lo considerarías un amigo?

[IC se ríe.]

IC: Por Dios, no.

TM: Entonces ¿qué piensas de él?

IC: Lo mismo que todos los demás.

TM: ¿Que es qué?

IC: Está loco.

TM: ¿Puedes explicarlo más?

IC: Es un *psycho*, un loco.

TM: ¿Por qué dices eso?

[IC se ríe nerviosamente.]

IC: Este...

TM: Quiero decir, aparte de los acontecimientos de los últimos días, ¿qué le dio a Greg esa reputación?

IC: Así es él.

TM: ¿Así cómo?

IC: La manera en que camina. La manera en que... te mira. Y además tiene rasguños. Murmura. También toma medicinas. ¿Lo sabía? Nosotros las encontramos. Yo y Ganso. «Antipsicóticos.»

TM: Correcto.

IC: Y luego está la manera en que se comporta con las chicas. Siempre está mirando a las chicas en clase. ¿Sabe? Fijándose en ellas.

TM: ¿Tú nunca miras a las chicas?

IC: No de esa manera. No como él lo hace, que da como miedo.

TM: ¿Estás al tanto de que tú apareces en su diario?

IC: ¿Yo?

TM: Tú.

IC: ¿Qué dice de mí?

TM: Alude a tus... enredos... con ciertas chicas de tu año.

IC: ¿De verdad?

TM: Y chicas de años anteriores.

IC: ¿Años anteriores?

TM: ¿Angela Hargrove?

IC: No tengo nada que ver con eso.

TM: ¿Con qué?

IC: Lo del Año Nuevo. Sé que ella estuvo diciendo cosas cuando apareció la policía. Cosas acerca de Ganso y Darren que no tienen nada que ver conmigo. Yo me desmayé.

TM: ¿En la fiesta del paseo Wallaby, en casa de los Lambert?

IC: La de Ganso, sí.

TM: ¿Viste a Greg esa noche?

IC: No que recuerde.

TM: Pero ¿él estuvo en la fiesta?

IC: Puede que sí. No lo vi.

TM: ¿No lo viste?

IC: Él pasa desapercibido. Eso es parte de lo que da miedo de él. Su locura de *psycho*. Y como dije, me desmayé esa noche.

TM: Nos estamos saliendo de tema. Solo estoy tratando de hacerme una idea sobre Greg. ¿Cómo es como persona? Te has sentado junto a él durante ¿cuánto?

¿Tres años? ¿No puedes decirme nada más?

IC: Solo lo que ya le he dicho. Da miedo.

TM: ¿Nada más?

IC: Es la manera en que te mira. Son sus ojos. Todo está en sus ojos.

TM: ¿Los ojos?

IC: Exactamente. Solo mírelo a los ojos. Todo lo que necesita saber está justo allí. En los ojos.

TM: ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

IC: Lo siento. No es que trate de hacerle perder su tiempo ni nada de eso. Es solo que, en realidad, no conozco al tipo. No recuerdo ni siquiera haber tenido una conversación con él.

TM: Bueno, ¿quién lo conoce?

[Pausa.]

IC: No lo sé. No tenía ni un solo amigo hasta donde sé. Supongo que nadie lo conoce. Esa es la cosa. Podría entrevistar a toda la clase y no encontraría a una sola persona que lo conozca. No de verdad. Supongo que eso es lo que lo hace atemorizante y lo que lo convierte en *psycho*, en realidad. Lo aislado que está.

TM: Bien.

IC: Eso y sus ojos.

TM: Gracias.

## 21/11

Los sábados trabajo en Hampton's, en la plaza. ¿Tu papá te ha hablado sobre el ayudante? Quizá no. Trabajo solo, en la cocina, metido entre los congeladores industriales. Hay un recipiente de metal, un mostrador donde colocar los platos y una única repisa con una tetera y bolsas de té y galletas suaves que se desmoronan. El aire en la cocina es aún más frío que dentro de los congeladores. Trato de no respirar por la boca porque el frío hace que me duela el hueco que tengo en la lengua.

Tu papá trabaja con Phil en el bloque de carne fresca. El horno de pollos los oculta del frente de la tienda. Supongo que a los clientes no les gusta ver todo ese corte y tasajeo. Su bloque está a unos cuantos metros de la cocina, de modo que siempre los escucho bromeando. Phil molesta mucho a tu papa por su cola de caballo, pero él apenas tiene veintidós años y ya se está quedando calvo, así que en realidad no está calificado para hacer bromas sobre pelo. En ocasiones, tu papá le quita el gorro y lo sostiene en el aire, y Phil salta tratando de alcanzarlo, con una mano sobre su calva. Tu papá se ríe. Tiene una de las risas más escandalosas que he escuchado. Se ríe «je» en lugar de «ja». «Je, je, je.» Todo el día.

En ocasiones tu papá habla de ti en el trabajo. Le dice a Phil que te gusta el arte y que algún día irás a la universidad. Nunca habla de tu hermano. Esta mañana Phil estaba discutiendo sobre nombres de bebés y tu papá dijo que él eligió tu nombre la mañana en que naciste. Se había dado valor tomando alcohol, y se pasó la noche mirando un VHS de *Alicia en el país de las maravillas*, haciendo retroceder la cinta y volviéndola a ver hasta que los pájaros empezaron a cantar y el teléfono empezó a sonar y descubrió que existías. Me pregunto si conoces esa historia. Cada vez que hablan de ti cierro la llave del agua de la cocina y me quedo viendo las burbujas del agua.

Hay un carnicero más viejo llamado Charlie que trabaja en el lado de la carne fresca rebanando jamón y pollo cocido. Tiene algunas arrugas en el rostro y el aspecto de un pollo, sobre todo por sus pequeños anteojos redondos. (Sé que los pollos no usan anteojos, pero si lo vieras comprenderías a qué me refiero.) Siempre está diciéndoles a Phil y a tu papá que maduren, y le dice a tu papá que es un *hippy*. Ellos lo apodan el Viejo Miserable. En ocasiones me gritan: «El Viejo Miserable necesita una nueva cubeta», y tengo que llenar una cubeta con jabón y agua hirviendo y

llevársela. Me siento culpable de responderles cuando le llaman Viejo Miserable, porque es como si estuviera de acuerdo con ellos. Él no me mira siquiera cuando le entrego su cubeta. Supongo que sí es un poco miserable.

También tenemos a las cuatro buitres que atienden al frente de la tienda. Van en tu año, lo que significa que es técnicamente ilegal que trabajen, pero reciben su dinero en un sobre, de modo que supongo que no importa. La mayoría toma clases de baile con mi hermana y tiene el mismo pelo desteñado, las mismas uñas largas y la misma piel de naranja polveada. Huelen a cerezas.

Y luego estoy yo. El ayudante de la cocina. Siempre mantengo la cabeza baja, concentrado en mi trabajo. Por la mañana tengo que limpiar las paredes, el piso y los interiores de los refrigeradores. De sangre, sobre todo. La sangre fresca se limpia con facilidad, pero en cuanto se enfría se endurece y se vuelve pegajosa y hacen falta blanqueador y agua hirviendo. Tienen todo tipo de carne colgando del refrigerador y tengo que moverla de un lado a otro para limpiar. En ocasiones hay patas de res o costillares completos. En otras, hay cabezas de cerdo, con hocicos endurecidos y agujas de hielo en lugar de pestañas.

Dos veces al día tengo que sacar la grasa del horno para pollos. Se acumula en la larga charola de metal que colocan debajo. Es muy pesada y difícil de manejar. Tengo que deslizarla por completo hasta que puedo notar el calor de la grasa en mi cara. Desatornillo el tope y dejo que la grasa fundida gotee en una cubeta; luego la vacío en un bote de basura detrás de la carnicería. La grasa fundida parece y huele a orina. Las buitres la odian. Arrugan la nariz con molestia. No tienen problemas con la carne y la sangre, solo con la grasa.

También hago té y café cuando me lo piden. Tengo que preparar bebidas para todos y es molesto porque las buitres nunca me han dicho sus nombres, así que espero a que dejen de atender la tienda y me vean antes de preguntar qué quieren beber. En ocasiones solo me ignoran o arrugan la cara y se ríen entre sí.

Paso el resto del día en mi cocina, mirando la llave del agua. Puedo mirar esa llave durante horas; el agua burbujea y siento el vapor en mi rostro, cada vez más caliente conforme sube el nivel del agua. De niño me encantaban las tinas de baño. Mi hermana y yo teníamos que compartir la nuestra. Teníamos un barco de juguete con el que ella estaba obsesionada. Hay una grabación de eso en algún lugar, los dos en la tina jugando con ese barco. Mi hermana nunca quería que el baño terminara y se negaba a salir. Tal vez por eso se le reseca tanto la piel. Eso fue antes de la isla Finners, antes de que me mudara con Nan. Cuando miro la llave del agua pienso en los viejos tiempos. Pienso en todo tipo de cosas. La cocina se llena de vapor.

En realidad no es tan malo ser el ayudante. Me la paso solo. Tengo mi propia cocina y nadie me molesta. Los he escuchado hablar de mí un par de veces, pero no se acerca ni tantito a como lo hacen en la escuela. Lo único que me molesta es cuando las buitres vienen al fondo por sus cubetas. Las necesitan para limpiar los

mostradores y la única llave de agua está en mi cocina, donde apenas quepo yo, lo que significa que tienen que quedarse de pie junto a mí, tan cerca que puedo sentir su calor. Las cubetas tardan mucho en llenarse, de modo que por lo general cierro los ojos. Intento pensar en todos los cerdos y los pollos que hay en el congelador, en lo fríos que están. Intento escuchar tan solo el agua corriendo.

En ocasiones ni siquiera me doy cuenta de que se han ido hasta que ya no puedo percibir el olor a cerezas.

22/11

La ventana de mi recámara es la salida de incendios. Es la ventana por donde, en caso de que haya un incendio, se supone que mi familia treparía para salir a la seguridad del techo. Hace un par de años, una de mis cosas favoritas en el mundo era abrir esta ventana lo más que podía en las noches lluviosas de invierno y sentir la lluvia helada golpeando las tejas del techo a solo un metro de distancia de mi cara. Solía sacar mi brazo en la noche y dejaba que la lluvia golpeará mi palma y se acumulara en ella, entumeciéndola hasta que casi dejaba de sentirla. Cuando estaba tan insensible que ya no podía notar siquiera la lluvia, estiraba la otra mano, caliente y viva, y tocaba esta mano, tan blanca que parecía muerta y que se sentía como un trozo de filete congelado desheliándose en el refrigerador. Y cuando la mano tan blanca que parecía muerta ni siquiera podía sentir el empujón de la mano caliente y viva, las metía debajo de las sábanas de mi cama. Enroscaba todo el cuerpo alrededor de ellas y la mano tan blanca que parecía muerta ardía de nuevo, de vuelta a la vida. Esas noches siempre tenía los mejores sueños. Soñaba que ni siquiera había nacido aún.

Una noche desperté y vi que estaba lloviendo y decidí probar esto de sacar el brazo, pero debía de estar muy cansado porque me quedé dormido después de lo que debió de ser solo un minuto de entumecimiento extremo, con mi brazo todavía afuera, en el descanso de la ventana. Cuando desperté la lluvia había cesado. Aún no salía el sol y en el jardín se filtraba esa luz dorada con la que graban los anuncios de Corn Flakes. Tenía la mano entumecida sobre la repisa de la ventana, y mi primer pensamiento fue arrastrarla debajo del edredón, al calor. Pero antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo, una de **Ellas** cayó del cielo, por la ventana, justo en la palma de mi mano. Tan solo se posó allí, perfectamente quieta, con sus patas completamente extendidas en su aterrizaje.

Más tarde, después de tener un ataque, de vomitar y de la tarea, aparentemente imposible, de recuperar el aliento, mi padre me dijo que en ocasiones pueden desplazarse usando sus telarañas como parapentes, flotando en el viento a lo largo de muchos kilómetros. Lo vio una vez en un documental. Dijo que eran criaturas fascinantes. Luego miró a mamá; yo levanté la vista para verlo y él dejó de hablar y regresó a la cama.

Desde entonces tengo la ventana cerrada. Mamá siempre está buscando la llave:

dice que es peligroso, que podríamos morir todos quemados. De cualquier modo, mi cuarto huele como el de un adolescente. Estoy acostumbrado. Guardo la llave junto a mis cosas secretas, en el estuche del videocasete de *Casablanca*. Antes tenía mis cosas secretas en el estuche de *Breve encuentro*, pero la semana pasada por fin volví a ver *Casablanca* y de inmediato las cambié allí, porque se volvió mi nueva película favorita de todos los tiempos y, por tanto, tiene que ser mi Estuche Secreto. Yo mismo diseñé los estuches durante la temporada de Retro Hollywood en el canal 4, cuando mi videocasetera tenía la luz de REC encendida casi constantemente. Escribí el nombre de cada película en la funda de cada estuche con mi mejor letra cursiva: dibujé dos líneas delgadas con lápiz, me aseguré de que la parte superior de cada letra tocara la línea de arriba y la inferior tocara la línea de abajo; esperé a que la tinta se secase, borré el lápiz y los títulos quedaron bonitos y derechos. Se ven muy bien en mi repisa, alineadas en sus estuches. Al principio disfruté la perspectiva de revisar los títulos, bonitos y derechos, y elegir una película, pero la primera que vi fue *Breve encuentro* y al instante se volvió mi favorita de todos los tiempos. No podía dejar de verla, una y otra vez. Siempre que iba a escoger una película, empezaba con ganas de ver algo nuevo y luego pensaba en Alec y Laura de pie en la plataforma, en Alec dándole un apretón en el hombro a Laura y en que ese gesto era la única manera en que él podía decirle que ella era su verdadero y único amor, uno del tipo de «huyamos juntos». Pensaba que él creía que nunca llegarían a reunirse y que subirse a ese tren era la cosa más triste que podría hacer, aunque de todos modos tenía que hacerlo. Me daba una especie de dolor en el pecho, como una hermosa indigestión, y siempre terminaba eligiendo *Breve encuentro*.

Desde entonces he ideado una regla brutal pero justa para ver películas. No tengo permitido en absoluto (bajo ninguna circunstancia) ver la misma película dos veces seguidas. Es una regla difícil de imponer, pero es la única manera en que puedo evitar ver las mismas una y otra vez. También he decidido almacenar mis videocasetes en los estuches incorrectos, de modo que, escoja la película que escoja, no será esa la que vea. Así, veré cada película más o menos el mismo número de veces. Eso también significa (como los videocasetes ya no están asignados a estuches específicos y como siempre hay uno en la videocasetera) que siempre habrá un estuche vacío. Ese es mi Estuche Secreto. Por el momento, mi Estuche Secreto es *Casablanca*.

Las otras cosas que guardo en *Casablanca* son las siguientes:

- La foto de bodas de Nan y Herb.
- El ticket del boleto de una excursión para observar aves en la isla Finners. (Han pasado años desde que estuvimos en la isla Finners. Ni siquiera sé si aún hacen excursiones para observar aves.)
- El botón negro que servía como ojo del señor Nieve, mi viejo oso blanco (que afortunadamente se le salió antes de que lo enterrara en la arena de la isla

Finners, perdiéndolo para siempre).

- La llave adicional del estudio de mi padre.
- Dinero.
- La pluma negra y lisa de un águila calva americana.

Aparte de la repisa de videocasetes, la cama, el ropero, la mesa de la televisión y Sammy, mi serpiente de tela verde a rayas que tengo en la ranura bajo mi puerta para evitar que entre la corriente, mi cuarto está casi vacío. Mamá lo llama minimalista. A mí simplemente no me gusta el amontonamiento. Me gusta poder ver en lo posible cada centímetro de mi recámara todo el tiempo. También me gusta la cinta canela y la he usado mucho, uniendo la orilla de la alfombra al rodapié y la pata de la cama a mi alfombra; la he aplicado a todas las grietas de todas las paredes, e incluso he cubierto con ella el ducto del aire, haciendo que mi habitación sea prácticamente impenetrable.

Nan y yo solíamos cubrir con cinta las grietas de la calle Kirk. Lo hacíamos cada invierno porque es entonces cuando entran, tratando de escapar del frío. Nan lo llamaba la Gran Afluencia. Decía: «Tenemos que prepararnos para la Gran Afluencia». Siendo honesto, la expresión «Gran Afluencia» no ayudaba a tranquilizarme, pero la cinta canela sí: me permitía relajarme un poco. Ella también solía recoger nueces de la India en el parque Crossgrove y las esparcía por toda la casa. Al parecer, era para ahuyentarlas a **Ellas**. No lo sé, no es algo que yo haya seguido haciendo desde que me mudé de regreso, porque hurgar entre las hojas del suelo es lo último que haría si quiero evitarlas a **Ellas**.

Mamá no me dejaría poner cinta canela en la planta baja, así que he sellado mi recámara. Allí no tengo que preocuparme tanto por **Ellas**. No tengo que sacudir las sábanas de mi cama ni iluminar con una linterna la parte de atrás de mi escritorio ni revisar el interior de mis zapatos antes de usarlos. Todavía hago esas cosas, pero más por rutina que por otra cosa. Simplemente es agradable recargar mi cabeza contra la pared sin preocuparme de que algo caiga en mi nuca.

Los domingos son difíciles. Los sábados están bien porque los paso con tu papá y en ocasiones habla de ti, pero los domingos me quedo aquí sentado, sin nada que hacer en todo el día más que pensar. Pienso en nuestros viajes en autobús. En las veces que te he visto en la escuela, riendo en el campo con Angela Hargrove. Recuerdo cuando nos conocimos debajo del puente. En ocasiones mis pensamientos se pierden en los malos tiempos y los recuerdos no deseados, y mejor me esfuerzo por no pensar en nada, por poner la mente en blanco.

Hoy vi *Lo que el viento se llevó*, una de las viejas favoritas de Nan: fue una selección afortunada de mi sistema de elección al azar de videocasetes. Créeme, no hay nada como un romance épico de cuatro horas para aclarar tu cabeza. Sobre todo cuando Vivien Leigh y Clark Gable aparecen en pantalla con sus líneas de diálogo breves y

rápidas y su química, Clark apretando a Viv en ese abrazo-beso tan suyo, todo pelo hacia atrás y bigote. Eso es lo que me encanta de las películas antiguas: entonces tenían buen gusto. Sabían que todo lo que se necesitaba era un beso, un ocasional apretón en el hombro. Esa es la diferencia. En las películas antiguas, cada vez que los personajes se besan, siempre se pone en negro la pantalla. Un beso es suficiente. El resto se deja a la imaginación. En las películas modernas un beso nunca es suficiente. Nunca se pone la pantalla en negro. Nada se deja a la imaginación. Es como si toda la película solo sirviera para eso, para las partes en que no se pone en negro la pantalla. Es asqueroso.

Acababa de adelantar rápido la cinta para saltar el intermedio cuando Sarah despertó. Se la pasa durmiendo o bailando. Sé cuándo está despierta por el tuntún sordo de los bajos a través de la pared. Solo sale de su habitación para ir a la escuela y a los ensayos de baile. (En ocasiones también sale de noche para hacer lo que sea que la mantiene afuera después de las cuatro de la mañana y la hace caer dormida en las escaleras con la barbilla manchada de lápiz labial.) Su cuarto es como la casa de espejos de un parque de diversiones: si miras a través de la rendija de la puerta, otros cincuenta tú te miran desde otras cincuenta rendijas de la puerta, desde todas las paredes y el techo. Una bailarina necesita asegurarse de que se ve bien desde todos los ángulos.

Sarah ha estado bailando una nueva canción esta semana. Esta es la letra:

*Ooo you got me screamin' boy,  
Eat me like a cannibal.  
Butt in the air boy,  
Take me like an animal.*

Es la canción que bailará en el Fantástico Evento de Baile de Navidad. Está ensayando su rutina. Ha decidido que, hasta que llegue esa noche, va a dedicar todo su tiempo a practicar.

A las 4:14 p. m. el tuntún sordo de los bajos me estaba dando dolor de cabeza. Era imposible concentrarse en *Lo que el viento se llevó*. Bajé al comedor y me hice ovillo en el asiento junto a la ventana. Mamá estaba preparando la cena. Hace unos años mamá tiró casi todas las paredes de la planta baja. («A la americana.») Se crea una corriente de aire, pero así puedo ver directo hasta la cocina desde mi lugar en el comedor.

Mamá no encaja en la cocina. El pelo se le salía del chongo y pasó varios minutos haciendo gestos de desaprobación y revolviendo la mezcla de *crème brûlée* con un cuchillo para pan, tratando de sacar lo que supongo que era una uña rota. Mamá ya no encaja con muchas cosas. Excepto con beber cocteles. Sabe estar de pie y beber cocteles mejor que nadie que yo haya conocido.

Mamá está preocupada porque los Hampton van a venir en un par de semanas. Ken y Ursula Hampton son los mejores amigos de mi mamá. Ursula Hampton usa expresiones como «o sea, qué oso» y «está “incre”», lo que hace difícil confiar en ella. Ken Hampton tiene participación en varios de los negocios locales más prósperos en Skipdale, incluida la clínica de mi padre. Posee varios automóviles deportivos y en ocasiones va a fiestas con el alcalde. Fue Ken quien me dio el trabajo de ayudante en la cocina. Le dijo a mamá que yo necesitaba socializar más, que el ambiente de trabajo en la carnicería sería bueno para mi confianza. Me convertiría en «uno de los chicos». Ken Hampton mide cerca de metro y medio. Antes tenía el pelo rojizo, más bien del color de las zanahorias, hasta que un día se volvió negro de la noche a la mañana, algo que no tenemos permitido mencionar.

Los Hampton vienen cada tanto a comer. Mi hermana y yo tratamos de brillar por nuestra ausencia. Mamá tiene que cocinar. Mi padre tiene que socializar. No creo que lo disfruten y no importa cuánto lo finjan. Cada comida tiene un propósito. El de esta vez es mostrar a los Hampton el nuevo sillón blanco italiano de piel. Casi con seguridad también le garantizará un lugar a mamá en la fiesta de Año Nuevo de los Hampton, que es un semillero de actividad social. Hoy puso a prueba su más reciente menú: filete de salmón ennegrecido con puré de calabaza con chipotle, arroz y salsa de mango. Como postre, mamá cocinó *crèmes brûlées* individuales con arándanos y crema de naranja. La *crème brûlée* es el plato estrella de mamá, quien tiene incluso su propio soplete.

Mi padre pasó la mayor parte del día en su estudio, una habitación que él impidió que mamá dejara sin paredes en su proyecto de diseñar la planta baja a la americana. Una pesada puerta con acabado de roble lo mantiene cerrado todo el tiempo. Él no sabe que yo tengo un duplicado de la llave. Mi padre es cirujano y copropietario de la clínica Burke. (Nunca he sabido quién es «Burke». Creo que simplemente se inventaron el nombre.) Refuerza la seguridad en sí misma de la gente gracias a mejoras quirúrgicas. La clínica Burke cuenta con fotografías de todos los empleados en su sitio web. Es importante que un negocio tenga un rostro público. En su foto, mi padre se encuentra en una sala de operaciones con un gorro y una bata azules y una mascarilla cuelga de su cuello. Sonríe, sosteniendo con una mano un escalpelo en lo alto y levantando el pulgar de la otra. Debajo dice: «Howard Hall: el hombre de los implantes de pecho».

La última secretaria de mi padre se llama Joanna Hewitt. Él le dice Jo. La fotografía de Joanna de la clínica Burke se recortó de una foto de grupo en vacaciones. Tiene el cabello rubio y largo y un *top* escotado. Hace una mueca y guiña un ojo a la cámara. Se parece definitivamente a Pamela Anderson de joven, sobre todo en los pechos (que supongo que son por lo menos talla E), y también en la nariz, que es estrecha y tiene ese distintivo bultito en la punta. Me encantaría que un día mi padre tuviera un secretario, sin pecho, con su cabello negro natural y una nariz

aplastada. Creo que mamá dejaría de sentirse tan tensa.

A las 5:02 p. m. mamá gritó que la cena estaba servida. Me cambié del asiento junto a la ventana a mi silla en la mesa. Mamá colocó cuatro platos de salmón ennegrecido. Tenía puesto un vestido azul sin tirantes y unos aretes: diamantes. Sus uñas también eran azules, al igual que los zapatos de tacón con los que trotaba alrededor de la mesa. Puso servilletas junto a cada plato antes de tomar asiento a mi izquierda. Sonreía; no a mí, pero ocasionalmente me echaba una mirada. Los domingos se están volviendo la gran cosa porque es la única noche en que mi padre cena con nosotros.

Después de unos minutos, mi padre salió de su estudio. Se sentó junto a mí, al otro lado de donde estaba mamá. Mi padre es un hombre extremadamente guapo, en especial para tener más de cincuenta años. Se arregla bien. Aún conserva todo su pelo, que peina con gel todos los días. Cuando yo era pequeño, recuerdo que lo tenía más largo y más negro y que siempre lo peinaba hacia atrás. En el último par de años su pelo no se ha puesto gris sino más bien plateado. En una de sus fiestas, mientras alababa su trabajo en los implantes de Ursula, Ken Hampton describió a mi padre como «el George Clooney del aumento de pecho».

Esta noche sostenía una colección de fotografías de infecciones inframamarias y la colocó sobre la mesa para revisarla mientras cenaba. También estaba bebiendo un vaso de whisky, quizá escocés (nunca distingo la diferencia). Olía a cigarro, que es a lo que suele oler ahora; desde que le prometió a mamá que dejaría el hábito, tiene que arrodillarse en la silla de su oficina y fumar en la ventana del estudio. En cuanto se sentó, mi padre empezó con su salmón, separando con el tenedor las partes ennegrecidas de las que no lo estaban y llevándose los pedazos menos quemados a la boca. Mamá frunció el ceño. Preguntó si por una vez podríamos tener modales y esperar a que todos estuviéramos sentados antes de empezar. Mi padre suspiró y dejó caer el tenedor sobre la mesa. Aterrizó con una especie de estrépito silencioso y manchó el mantel con pedacitos de salmón. Mi padre no pareció notarlo porque siguió mirando sus fotografías. Mamá miró el tenedor con fijeza durante unos buenos treinta segundos antes de darse vuelta para llamar a Sarah a gritos de nuevo.

Luego volteó a verme, como si acabara de recordar algo de gran importancia. Preguntó si había tomado mi pastilla hoy. Yo asentí. Ella siempre pregunta en la cena si ya he tomado mi pastilla y siempre asiento con la cabeza porque lo primero que hago en la mañana es tomarla. Solía hacerlo en la escuela durante mi descanso para almorzar, pero luego Ganso las encontró en mi mochila y se las enseñó a Ian; él se puso de pie y leyó la etiqueta enfrente de todos, por eso ahora las tengo en casa. Son pastillas polvosas con un sabor horrible, y tengo que dejar que se disuelvan en mi lengua, así que la tomo justo antes de cepillarme los dientes. No sé por qué mamá siente la necesidad de seguir preguntándome por ellas en la cena. Creo que quizá solo está haciendo la plática.

Después de unos minutos, mi hermana bajó galopando las escaleras. Tenía puesto su leotardo de baile y podía oírse el tap tap de sus audífonos. Se sentó en el lugar frente a mí, entre mamá y mi padre. Por su olor, se notaba que había estado bailando.

Mamá asintió y empezamos. El salmón sabía achicharrado. Hice mi mejor esfuerzo para comerlo, pero las partes ennegrecidas estaban duras y me recordaron a una tostada quemada. Sarah picoteó su arroz. Movía la cabeza al ritmo de la música mientras comía. Es una esclava del ritmo.

Mi padre siguió usando solo el tenedor para cenar. Mamá siempre le coloca un cuchillo por si acaso, pero nada más lo he visto usarlo una vez, con una pieza particularmente bien cocinada de carne, y suspiró y murmuró todo el tiempo como si no estuviera seguro de cómo usarlo. Su incertidumbre con los cuchillos es extraña, considerando su profesión. Es posible que mi padre no use un cuchillo para poner distancia entre el concepto de comida y el de cirugía. O más probablemente, se considera a sí mismo una persona tan ocupada que solo puede dedicar una de sus manos a la tarea de comer. Mamá sigue sonriendo, observa cómo toma de su vaso, da vuelta a una página, levanta el salmón con el tenedor y lo engulle.

Ella fue la primera en hablar. Le preguntó a mi padre qué pensaba.

—¿Sobre qué? —preguntó él.

Respondió que había preparado la cena para los Hampton y mi padre asintió.

—Muy rica —dijo. Levantó una fotografía del fondo de la pila: mostraba a una mujer con los pechos de tamaño diferente, uno rojo y bulboso, mucho más voluminoso de lo normal para una hinchazón posoperatoria. Puso su tenedor en la mesa y llevó la mano a su bolsillo superior para sacar sus lentes.

Mamá se volvió hacia Sarah.

—¿Qué piensas?

—¿Qué? —gritó ella.

—¿Te... gusta... el... salmón?

Sarah retiró una de las almohadillas de sus audífonos.

—¿Qué?

—No importa.

Esperé a que mamá me preguntara. Yo tenía un montón de respuestas preparadas en mi cabeza acerca de lo delicioso que estaba, de lo sabrosas que eran las partes ennegrecidas, de cómo no era en absoluto extraño mezclar mango con arroz. Pero mamá no me preguntó. Solo le sonrió al salmón.

—Apuesto a que Ursula Hampton ni siquiera sabe lo que es el chipotle —dijo.

Y entonces supe que ese no era el final: era uno de sus proyectos a largo plazo y cada noche hasta que llegara la comida de los Hampton cocinaría filete ennegrecido de salmón con puré de calabaza con chipotle y arroz con mango, y preguntaría si había perfeccionado el sabor del salmón. Y aunque me preguntara, yo no sabría qué responder porque para mí sabría exactamente igual. Mi comida favorita es el muesli

de tres nueces y maple de Waitrose (con trozos). Mi bebida favorita es la leche dulce que queda al final, en la que a veces hay algunas pasas flotando. Desayuno solo, de modo que puedo beberla directo del tazón.

Mi hermana tragó dos trozos de salmón antes de disculparse y subir las escaleras saltando. Yo comí todo lo que pude, pero nunca tengo mucho apetito y se me quitó por completo cuando ella empezó a vomitar en el baño. A Sarah siempre se le olvida que no debe bailar inmediatamente después de comer.

Mi padre frunció el ceño ante una de las fotografías. La volteó boca abajo. Luego su BlackBerry empezó con su zum zum y él se levantó y dijo: «Hola, Jo», y mamá bajó la vista a su plato de nuevo. Ella casi nunca se mete con el trabajo de mi padre. En una o dos ocasiones la he escuchado comentar que dedica muchas horas al trabajo, pero él solo suspira y le lanza una mirada desde detrás de sus lentes.

—Las tarjetas de crédito cobran intereses, Deb —afirma.

Y mamá mira alrededor, su casa y sus muebles y los jarrones de ramitas negras y brillantes; asiente y sigue sonriendo.

Hice lo mejor que pude para mostrarle a mamá que estaba disfrutando el salmón. Sonreí e hice algunos ruidos para indicar que me parecía delicioso. Incluso me quedé por ahí después de que había terminado, esperando la *crème brûlée*. No estoy seguro de que ella se diera cuenta. Estaba demasiado ocupada picando de su plato, con la mirada fija. Dijo que el arroz necesitaba más mango. No sé si me hablaba a mí.

Nadie de mi año tiene un apellido que empiece con D, E, F o G, así que en muchas clases me siento junto a Ian Connor. Allí estaba cuando sorbió por la nariz cuatro líneas de pimienta en Ciencias de la información. Allí estaba cuando masticó una goma de mascar sin azúcar tan grande como una pelota de golf mientras les decía a todos que el sustituto del azúcar era un laxante y tuvo que correr a casa cubriéndose la parte de atrás de los pantalones con las manos. Incluso estaba junto a la ventana cuando hizo que el carrito de la cafetería rodara por la cuesta junto al edificio Lipton hasta que chocó con el Ford Capri del señor Cullman y le dejó el cofre cubierto de bollos de chocolate. Aunque en realidad nunca hemos hablado hasta ahora, conozco a Ian mejor que Ganso, Sam Johnson o cualquiera de los patinetos que lo siguen durante el *lunch*. Sé que dibuja códigos de barras en la contraportada de todos sus cuadernos de trabajo y escribe malas palabras en lugar del ISBN. Sé que al principio de cada lección se pasa la pluma sobre las líneas de la cara sonriente que tiene en la palma de la mano con tanta fuerza que ahora ya está tatuada en los pliegues de su piel. Sé que por lo menos dos veces al día su mamá le envía mensajes de texto para ver si está bien y, aunque se toma su tiempo para leerlos, nunca responde.

Ian y yo nos sentamos en la fila de atrás en Literatura inglesa. Ganso se sienta en la mesa opuesta. En realidad, no comprendo por qué llaman «Ganso» a George Lambert. Solía pensar que era por su risa (muy nasal, como un cuac) pero una vez escuché a Ian decir que es porque se parece a alguien del año superior a quien también apodan Ganso. Los apodosos son graciosos. Como el de un muchacho del salón, uno de los chicos de Oxbridge que se sienta al frente: Huevín. Al parecer, se echó un pedo en una asamblea en el último año de primaria. Ahora será Huevín durante el resto de su vida. Me gustaría que alguien me llamara simplemente Greg. *Psycho* es un apodo demasiado pesado para vivir con él.

Ian y Ganso se pasaron la clase de Literatura inglesa intercambiando mensajes. Ian garabatea notas a Ganso en pedazos de papel, que por lo general arranca del libro que estamos estudiando, y las arroja hasta su escritorio. Ganso garabatea unas cuantas líneas y se las arroja de regreso. Es como una partida de tenis muy lenta. Cuando la mayoría escribe notas tiende a cubrir con el brazo lo que está leyendo o escribiendo, pero a Ian no le importa. Suele escribir acerca de chicas. Hoy las notas fueron acerca

de que Ian y Lucy Marlowe estuvieron juntos en la fiesta de Halloween hace unas semanas; Ian no lo recordaba, y Ganso decía que Lucy debió de echarle algo en la bebida para aprovecharse de él. Antes no usaban términos como «estar juntos» y «aprovecharse». Todavía recuerdo a Lucy Marlowe en el último año de primaria, sentada en los escalones del edificio Lipton, con sus lentes y su lonchera de *Viaje a las estrellas*, mientras los niños la golpeaban pateando su balón de futbol hacia ella. No habría creído que era la misma niña si yo no hubiera estado en su grupo durante toda la escuela. Si no hubiera presenciado su lenta transformación: el bronceado falso, los lentes de contacto, el abrigo con cuello de piel de color rosa. Si no hubiera estado allí el día que llegó a clase con una explosión de extensiones teñidas de rubio ni siquiera habría escuchado que el señor Cullman decía: «Bueno, Lucy, es agradable ver que por fin te has encontrado a ti misma».

Lucy ha faltado desde el jueves. Ganso escribió que la semana pasada él y Sam Johnson se colaron en los vestidores de las chicas durante el partido de hockey y pintaron «Putá sin bubis» con líquido corrector en la espalda del saco de ella. Al parecer, Lucy se pasó la última clase sin darse cuenta de que las risitas eran por ella (fue en Historia con el señor Finch, así que tal vez él no lo notó). Probablemente Lucy recorrió todo el camino de regreso a casa sin darse cuenta. Probablemente se sentó, se relajó y, completamente inconsciente de ello, miró el televisor (quizá el ocasional episodio de *Viaje a las estrellas*, para recordar los viejos tiempos), hasta que su mamá llegó a casa del spa y gritó al ver las letras blancas cuarteadas en la espalda de su hija... Llevándose las manos a la boca... Con la cara tan blanca como el líquido corrector...

Las notas se volvieron una discusión acerca de las posibles razones de la ausencia de Lucy. La teoría de Ganso era que cuando Ian tuvo relaciones sexuales con ella, la tenía tan grande que le rompió los ovarios; en los últimos nueve días, pedazos de sus entrañas le habían estado saliendo cuando orinaba, y aquella mañana se despertó gritando en una cama de sangre con los restos de su útero esparcidos por todo el colchón. Ian se rio. Yo tuve que apartar la vista, me rasqué la pierna debajo de la mesa. Me enferma ese tipo de charla.

Ninguno de ellos ha considerado aún la posibilidad de que Lucy esté embarazada. Las estadísticas de embarazo juvenil son altas en el Pitt, pero nunca he conocido a una adolescente embarazada en Skipdale. Me pregunto si es porque en Skipdale no sucede a menudo, o porque nuestros padres tienen la vergüenza suficiente como para llevar a la chica directo a la clínica apropiada y hacer que se encarguen de eso.

No tuve oportunidad de leer la última nota que Ganso lanzó, pero debió de ser hilarante porque Ian se pasó el resto de la clase riéndose bajito, con la cabeza entre las manos. La señorita Hayes siguió leyendo. Una vez interceptó una de las notas entre Ian y Ganso. Era una de las historias de chicas de Ian y estaba llena de groserías e imágenes sexuales gráficas, pero la señora Hayes la leyó en voz alta a toda la clase con

el mismo entusiasmo con el que lee *Ha llegado un inspector*. Creo que quería avergonzar a Ian pero él se rio más fuerte que nadie.

—No se preocupe, señorita —dijo—. También le puedo dar el mismo tratamiento si quiere.

Tuvo dos semanas de detención por eso. Aún pasa notas pero la señorita Hayes tiende a ignorarlas.

Después de Inglés tocaba el *lunch*. Fui a la biblioteca de nuevo. Iba a pasar la hora escribiendo, pero entonces te vi escabulléndote con Angela fuera del campo. Pasé toda la semana sin ti y esta vez tenía que seguirlas. Esperé hasta que desaparecieron a través del hueco en la cerca de arbustos antes de salir de prisa por la puerta de incendios de atrás.

Cruzaron la carretera hacia las casas detrás de la plaza. Cuando volví a verlas estaban pasando por la puerta de lo que debía de ser el jardín trasero de Angela. No podía ver bien entre los árboles, pero las distinguí a las dos recostadas sobre el esqueleto de madera de los camastros de sus padres. Estaban riendo y se pasaban un cigarro liado, dejando que el humo saliera con su aliento blanco y vaporoso. Me senté en la parada del autobús del otro lado de la calle, con la capucha puesta, abrazando mi abrigo. Me comí mi sándwich de atún. Descubrí que si movía mis pies evitaba que se entumieran.

Es extraño pensar que hace unos meses no eras parte de mi vida. Que solo te conocía, a través de las notas de Ian y Ganso, como la Chica de las Sombras o la Señorita *Cool*, o como un pequeño símbolo de colores con la forma de un par de lentes de sol. Te conocía de la misma manera en que conozco los nombres de los programas de televisión o las canciones de las que la gente habla, sin haberlos visto ni oído. Debí de haberte visto en la escuela una o dos veces, pero nunca registré tu presencia. No hasta aquella vez debajo del puente. No hasta que sonreíste.

Me cuesta recordar lo que Ganso e Ian escribían sobre ti en esas notas que eran como pelotas de tenis. Últimamente no lo han hecho, así que no puedo precisar con exactitud tu estatus social. Eres una de esas personas indefinibles. Si fueras popular sabría quién eres porque en algún momento me habrían empujado al suelo, me habrían echado Tango encima o me habrían pedido que dijera «lo que sea» enfrente de ti, en un intento por impresionarte. Pero si no eres popular, entonces lo más probable es que hubiera sabido que eras la víctima al ver que te tiraban al suelo y te bañaban con Tango. Supongo que te ubicas en algún lugar de la clase media social de la Preparatoria Skipdale. Por ello, es muy impresionante que hayas entablado una relación con Angela Hargrove.

Cuando Sarah empezó en Skipdale, su maestra preguntó a la clase qué querían ser cuando fueran grandes y Angela Hargrove dijo que quería ser «el sueño húmedo de

todos los hombres». Mi hermana contó la historia esa noche en la mesa del comedor. Mamá estaba tan impactada que dejó que un bocado de canelones a medio masticar se le cayera de la boca al mantel. Creo que eso es lo que más le gusta de Angela a mi hermana: su capacidad para dejar a los adultos con la boca abierta. En realidad Sarah nunca llegó a hacer amistad con ella; en cambio, se volvió una de sus numerosas bailarinas de respaldo en los espectáculos de danza de la escuela. Angela Hargrove es la Reina del Baile. Se mueve como la seda. Mi hermana dice que Angela tiene su propio solo de baile de quince minutos en el Fantástico Evento de Baile de Navidad, y mi hermana, cuya parte dura cinco minutos y está acompañada de tres buitres, lo dice con genuina admiración, agitando la cabeza e incluso haciendo una reverencia.

¿Cómo lograste esa cercanía con Angela? Apuesto a que ella no sabe que vives en el Pitt, ¿o sí? Es imposible que ella se junte con alguien de allá. Siempre arruga la cara por el asco si ve a un chico del Pitt al otro lado del patio de juegos, y nunca compartiría un cigarro sentada en un camastro. Parecían muy contentas la una con la otra en el *lunch*. No paraban de reír. Al final, Angela se rio tanto que se cayó del camastro y desapareció de mi vista detrás de los troncos de árbol recortados. Empezaste a reírte balanceándote demasiado en tu camastro y te caíste hacia atrás. Tuve que treparme a la banca para verte. Al parecer no te hiciste daño. Todavía te estabas riendo.

Permanecieron en el suelo. Dejaron los camastros con las patas en el aire y se quedaron allí, murmurando, fumando y riéndose. Decidí volver a la escuela. Quería regresar a la calidez de la biblioteca, pero estaba empezando a llover cuando llegué a la carretera y sabía que no debía quedarme bajo la lluvia: eso fue lo que hizo que me enfermara hace unos meses. Así que descendí el sendero del canal y me protegí debajo del puente. Por lo general hago lo mejor que puedo para evitar los puentes, o los arcos, o cualquier otro lugar donde una de **Ellas** pueda caer sobre mí de pronto, pero el puente del canal es diferente, me gusta estar allí debajo. Me siento seguro. En ocasiones, si no quiero regresar a casa entre la escuela y nuestro autobús, voy allí y espero a que termine de trabajar.

Hoy hacía mucho frío y había partes del canal que estaban congeladas, formando unas pequeñas islas blancas. Había media docena de patos posados en la orilla, inspeccionando el agua como si se tratara de una decisión sobre su estilo de vida que aún debían tomar. Me hice bolita en mi lugar para mantenerme caliente: las piernas apretadas contra el pecho, el abrigo sobre las rodillas, la capucha bien puesta. Me pregunté si los patos tendrían frío. Parecían perfectamente felices de estar parados allí, apuntando con sus picos a la superficie del agua.

Cerré los ojos y pensé en ti. Las imaginé a ti y a Angela en sus camastros. Te visualicé mirando al cielo, con gotas de lluvia salpicando los cristales de tus lentes de sol.

Cuando volví a abrir los ojos ya era tarde. Todos los patos se habían ido y me

habían dejado allí.

## FECHA DESCONOCIDA

Hace un par de meses me enfermé. Quiero decir que estuve realmente enfermo. Fue una enfermedad tipo ~~pasé-tres-días-envuelto-en-mi-edredón-como-un-rollo-de-salchicha-congelado~~.

Me enfermé porque como siempre estuve en la biblioteca después de la escuela esperando a que la multitud desapareciera antes de volver a casa y cuando por fin pude salir el cielo se había puesto negro y se había levantado viento y yo atravesé a pie el campo y salí por el hueco en los setos hacia la carretera para evitar a tu hermano y al resto de la pandilla de chicos del Pitt que no tienen nada mejor que hacer que vagar por la puerta después de la escuela y lanzar piedras a la orquesta que se queda después de clases para ensayar y entonces caminé hacia la plaza con la mochila al hombro porque era realmente pesada porque a la hora del *lunch* había bajado a Waitrose para comprar tres paquetes de cuatro videocasetes para grabar películas antiguas que estaban dando esa semana en la temporada de Retro Hollywood del canal 4 y había tenido que cargar con ellos todo el día y los hombros me dolían de verdad y sentía punzadas en la piel donde el cuello se une a los hombros por el peso y el roce de las correas en mi hombro y tenía frío porque no podía ceñirme el abrigo para mantenerme caliente ese día ya que tenía que mantener mis pulgares debajo de las correas que colgaban de mis hombros para así mantener mi bolsa elevada sobre mi espalda y evitar que una de las esquinas de uno de los paquetes de cuatro videocasetes presionara mi columna y el viento había estado bufando ese día como el gato de Nan el *señor Saunders* que solía bufar cuando yo trataba de sacarlo de mi cama para que Herb no lo atrapara y lo pateaba literalmente para que se bajara de la cama y se me metió el viento debajo de la camisa que se había salido del pantalón y se agitaba contra mi piel que estaba toda tensa y se me erizó y se había levantado una niebla de agua helada con el viento que me pegó la camisa a la piel y mi capucha se había salido de su lugar de modo que la niebla helada también entró en mis ojos e hizo que me lloraran lo que me puso contento en cierta manera porque por lo menos mis lágrimas estaban calientes y no pude cruzar la carretera porque no veía bien y es peligroso cruzar una carretera cuando no puedes ver bien de modo que bajé el terraplén medio caminando medio deslizándome hasta el canal para resguardarme debajo del puente y poder recomodar los videocasetes en mi mochila de modo que

podiera liberar mis pulgares y subirme la capucha y caminar con las manos en los bolsillos de mi abrigo y envolverme bien en él con la esperanza de que la niebla de lluvia helada no pudiera empaparme y también tenía que cubrir mis pezones pues los tenía afilados y duros como tachuelas pero al final no pude arreglar mi mochila ni mi abrigo ni mis pezones porque en lugar de encontrar paz en la-seguridad-y-la-soledad-bajo-el-puente bajé dando tropiezos para encontrarte allí esperando en la-seguridad-y-la-soledad-bajo-el-puente y tuve que seguir caminando con la cabeza baja y fingiendo que solo pasaba por la-seguridad-y-la-soledad-bajo-el-puente porque tus grandes ojos estaban allí y no tenías los lentes de sol y tus ojos eran azules y me miraban y yo tuve que esforzarme mucho para no mirarlos mientras trataba de adivinar quién eras y en qué año ibas porque llevabas el uniforme de Skipdale pero no te reconocí sin esos gruesos lentes oscuros y seguí caminando y el viento dejó de bufar como el *señor Saunders* debajo del puente porque era un refugio silencioso y por alguna razón mientras pasaba junto a ti levanté la cabeza y eso fue algo muy extraño tratándose de mí porque cuando paso caminando junto a la gente siempre me quedo mirando tan solo mis zapatos y cuento hasta diez y aún no estoy completamente seguro de si levanté la cabeza realmente o si solamente lo imaginé e imaginé también que vi que tenías el pelo húmedo y que el tinte había dibujado líneas rojas por tu cara como si fuera sangre y que tus grandes ojos se habían fijado en los míos y que me sonreíste con esa sonrisa y no puedo recordar si te regresé la sonrisa o si pensé en regresártela si en realidad solo imaginé tu sonrisa porque todo lo que recuerdo es lo mucho que me había concentrado en caminar porque caminar solo me resultaba posible si me concentraba en ello con mucha atención y logré dar un paso a la vez para seguir caminando mientras pasaba por la-seguridad-y-la-soledad-bajo-el-puente hasta que salí al otro lado en el sendero del canal donde me detuve y ya no pude caminar más y me senté en la niebla de lluvia helada y miré a los patos un rato y luego durante otro más largo hasta que estuve muy helado y muy mojado y enfermo.

Y aunque te devolviera la sonrisa en ese momento, en mi imaginación o en la realidad, en el fondo no importaba, porque incluso con mi enfermedad y mis temblores y mi dolor de cabeza y mis dientes castañeteando no dejé de sonreír durante los tres días siguientes.

24/11

La señorita Hayes tiene una nueva teoría. Cree que no leo lo suficiente. Hoy trajo dos bolsas de Waitrose atiborradas de libros. Fue difícil cargarlos hasta la parada del autobús y el autobús iba tan lleno de pasajeros que salían del trabajo a la hora pico que terminé sin tener dónde guardarlos más que sobre mi asiento, por lo que no tuve dónde sentarme más que encima de ellos, razón por la que hoy quizá parecía más alto.

La señorita Hayes cree que leer me ayudará a interactuar con mis compañeros. Si me esforzara más para encajar, entonces quizá podría hacer amigos. Si tuviera algunos, tal vez podría dejar de pensar tanto en **Ellas**. Sí tuve un amigo una vez, en Saint Peter. Se llamaba Andrew Wilt. Solía quedarme en el salón de clases a la hora del *lunch* y jugar ajedrez con él. Todos los demás estaban afuera jugando fútbol, pero él tenía que quedarse dentro porque tenía leucemia y su cuerpo era débil. Era un bastardo. Solía picarme con un lápiz y llamarme Niño Anormal. Supongo que tenía el derecho de ser un bastardo por la leucemia, pero siempre afilaba el lápiz antes de picarme y una vez la punta se rompió y se quedó dentro de mi mano, una pequeña peca gris que conservo hasta la fecha. Los maestros pensaban que yo era muy noble por quedarme con Andrew a la hora del *lunch*, pero él decía que yo solo era un anormal que no tenía otra opción. Siempre insistía en lo malo que yo era para el ajedrez. Luego, cuando nadie miraba, me picaba. En sexto año, Andrew Wilt murió de leucemia y a partir de entonces me senté solo durante el *lunch* y jugué ajedrez por mi cuenta. En realidad lo prefería así.

No le conté nada de esto a la señorita Hayes. Ella sonreía, allí sentada, y solo esperaba a que yo hablara, pero yo no sabía por dónde empezar. Me preguntó si había escrito algo en mi diario esta semana y asentí. Sonrió y se inclinó hacia delante, tanto que pude ver lo blanco de su brasier. Me preguntó si había funcionado, si me sentía diferente. Yo quería decirle que sí, especialmente porque la señorita Hayes estaba literalmente posada en la orilla de su asiento, pero no pude pensar en ningún efecto que hubiera tenido en mí (excepto que la mano se me acalambro un poco) y no quería mentirle, así que solo negué con la cabeza y vi cómo desaparecía la sonrisa de la señorita Hayes, cómo volvía a fruncir el ceño mientras se dejaba caer de nuevo en su silla. Se dio golpecitos en los labios con el lápiz.

Dijo que estas cosas toman tiempo, que necesito ser más honesto en mi escritura.

—Recuerda que nadie lo leerá —dijo.

Prometo que he sido lo más honesto posible. Estoy escribiendo todo lo que puedo pero es difícil cuando no sabes qué escribir. Nunca sé si estoy escribiendo lo correcto.

Ahí fue cuando la señorita Hayes salió por los libros. Tuvo que ir a su coche para traerlos y cuando regresó se le había encrespado el pelo por la lluvia. La blusa se le había pegado al pecho y yo podía ver el brasier sin que tuviera que inclinarse. Traté de no mirar. Podía sentir la presión acumulándose en mi interior. Me dolía la cabeza. Me rasqué el brazo. Ella se llevó de nuevo el lápiz a los labios. Traté de concentrarme en los libros, traté de leer los títulos, pero parecía incapaz de concentrarme.

La señorita Hayes dijo que era muy afortunado por tener a alguien que me prestara todos esos libros. Dijo que cuando tenía mi edad también era buena en Inglés y si su maestra de Inglés le hubiera dado tiempo, estímulo y una enorme pila de libros como esta, ella habría encontrado su vocación antes. Dijo que los libros pueden salvar a la gente. Dijo que pueden cambiar el mundo. En realidad no veo cómo un libro podría cambiar el mundo (ya nadie los lee siquiera). En clase todos hablan de música y televisión, no de libros.

La señorita Hayes dijo que fue el señor Cullman quien la introdujo en los libros. Dijo que Cullman podía enseñar Geografía, pero su verdadera pasión es la literatura y tiene una biblioteca en su casa. Dijo que se iba a casar con él solo por su biblioteca y me guiñó un ojo. Cuando me di cuenta de que se suponía que yo debía reírme era demasiado tarde.

Luego me preguntó si yo tenía a «alguien». No estaba seguro de qué responder, así que no lo hice.

—Tú sabes, una chica —dijo—. ¿Hay alguna chica que te guste? ¿O a la que tú le gustas? Tener a alguien es importante, ¿sabes? Incluso a un chico...

Me quedé mirando la alfombra.

—Necesitas a alguien en quien puedas confiar. Alguien a quien puedas amar. Es importante encontrar un hogar para tu amor. ¿Comprendes? Estos libros son un principio, pero también necesitarás gente. Todos necesitamos gente.

Ahora estoy de regreso en casa. Los libros de la señorita Hayes están apilados en el rincón de mi recámara. Añaden un amontonamiento incómodo a mi cuarto. Podría esconderlos en el fondo de mi ropero. Siempre puedo fingir que los he leído.

## TRANSCRIPCIÓN

Extracto de la entrevista entre el detective sargento Terrence Mansell (TM) y la maestra de Gregory Hall, la señorita Rachel Hayes (RH).

TM: Gracias por venir.

RH: Está bien.

TM: Supongo que sabe por qué está aquí.

RH: Leí los periódicos. No conozco los detalles con exactitud.

TM: De todos modos no puedo comentarle los detalles.

RH: Bien.

TM: Todo lo que busco es información básica.

RH: Ajá.

TM: Cosas sobre su relación con Greg.

RH: Está bien.

TM: Entonces hábleme de su relación con Greg.

RH: Bueno, soy su maestra.

TM: ¿De qué materia?

RH: Inglés.

TM: ¿Y también pasaban tiempo juntos fuera de la escuela?

RH: ¿Sabe? Todo sería más fácil si no me hiciera preguntas cuya respuesta ya conoce.

TM: Solo estoy tratando de establecer los hechos.

RH: Usted conoce los hechos. Sabe que veía a Greg fuera de la escuela. Por eso estoy aquí. Por eso me hizo venir.

TM: Para ser honesto, señorita Hayes, en realidad sería más fácil si solo respondiera las preguntas. Así puedo borrarlas de mi lista. Luego puede irse a

casa.

RH: Bien, sí, veía a Greg. Después de la escuela. Todos los martes.

TM: ¿Por qué?

RH: La idea era que él pudiera hablar de cualquier problema que tuviera. En la escuela, en casa. De lo que fuera. Pero dejó de venir hace unas semanas.

TM: ¿Por qué?

RH: No lo sé exactamente. Hubo un asunto con mi prometido, no sé si eso pudo asustarlo.

TM: Entiendo.

RH: Muchas personas se portaron... diferente después de eso. Sin embargo, es estúpido, en verdad. Quiero decir, con Greg. No tenía que ver con nuestras reuniones.

TM: ¿Cuándo empezaron estas «reuniones»?

RH: Hace unos meses. En octubre, creo.

TM: ¿Y usted sabía acerca de su enfermedad?

RH: Sí.

TM: ¿Y que tomaba medicamentos?

RH: Sí. Bueno, me enteré antes, ¿sabe? De la fobia y todo eso, por la enfermera de la escuela. En realidad, descubrí lo de las pastillas en clase, cuando uno de los alumnos las robó de su mochila. Se las mostró a todos.

TM: Eso debió de dificultarle las cosas a él.

RH: Para ser honesta, en realidad nunca hablamos de nada eso, del *bullying*. Hubo una buena cantidad de *bullying*, es cierto, pero no quería que nos concentráramos en eso.

TM: ¿De qué hablaban?

RH: No de mucho, en realidad. Él no era alguien que abriera su alma.

TM: Entiendo.

RH: Intenté todo tipo de métodos, pero no encontré diferencias.

TM: ¿Qué intentó?

RH: Bueno, le hacía preguntas. Le contaba cosas de mí, de mi vida. Solo quería establecer algún tipo de conexión, ¿sabe? Una vez le di unos libros, eran de

mi prometido. Claro que probablemente no los volveremos a ver.

TM: Pero ¿nunca estableció una «conexión»?

RH: Él era inalcanzable.

TM: Estaba desconectado.

RH: Eso es.

TM: ¿Qué fue exactamente lo que la llevó a querer mantener estas reuniones?

RH: ¿A qué se refiere?

TM: Bueno, ¿por qué quería una conexión? ¿Qué esperaba obtener con eso?

RH: Solo quería ayudarlo. Creía que él era inteligente. Un incomprendido. Pensaba que con el tiempo se abriría. Obviamente en ese momento no sabía de lo que era capaz, ¿sabe?

TM: ¿No tenía nada que ver con su propia historia personal?

RH: No. Quiero decir..., ¿qué tiene eso que ver?

TM: Solo se trata de una pregunta. No es importante en realidad.

RH: Bueno, quiero decir, sí tuve dificultades al crecer. Y parecía que él también estaba pasando por una etapa difícil. Así que eso fue, sí. Quería ayudarlo. Me sentía impulsada a ayudarlo.

TM: Entiendo.

RH: Pero el énfasis siempre estuvo en Greg.

TM: Por supuesto.

RH: ¿Qué quiere decir, de todas maneras, con «mi propia historia personal»?

TM: Solo me refiero a lo que he leído, a lo que Greg mencionó.

RH: ¿Mencionó?

TM: En el diario.

RH: ¿Diario?

TM: Su diario. Esa fue idea de usted, ¿verdad? ¿Usted le dio el diario?

RH: Sí, yo le di un diario en una de nuestras sesiones. No creí que lo usara mucho.

TM: Oh, sí lo usó por completo. Hay cientos de páginas en mi oficina.

RH: ¿De verdad?

TM: Me tomó toda la noche leerlas. Sin mencionar las cosas transcritas de las paredes.

RH: ¿Las paredes? Tan mal estuvo, ¿eh? Quiero decir, leí eso en los periódicos. Acerca de la casa. No sabía cuánto creer...

TM: Solo centrémonos en el diario. ¿Usted no sabía que lo estaba usando?

RH: No. Pero bueno. Estoy contenta de que lo hiciera. De que le haya encontrado algún uso. Lo veía de manera regular por la época en que se lo di. Venía voluntariamente, así que obviamente no se oponía a la idea de sentarse conmigo. A la idea de que lo ayudara. Tenía un problema con hablar. Creo que se sentía avergonzado, ¿sabe? Por la dislalia. Pensaba que si no hablaba conmigo, tal vez hablaría consigo mismo, que escribiría para sí mismo. ¿Sabe a lo que me refiero? Es una técnica muy común.

TM: ¿Común?

RH: Sí.

TM: ¿Para quién?

RH: Bueno, para los psiquiatras.

TM: Entiendo.

RH: La escritura como una especie de terapia.

TM: Sí, conozco el concepto.

RH: Obviamente funcionó en parte. Quiero decir que evidentemente provocó algo en su interior.

TM: ¿Tiene usted capacitación previa en este campo?

RH: ¿La psiquiatría?

TM: ¿Está usted calificada de alguna manera?

RH: Estudié psicología.

TM: ¿Dónde?

RH: En los años opcionales después de terminar la secundaria.

TM: ¿El equivalente a preparatoria?

RH: Mire, para ser honesta, ya estoy cansada de todas estas entrevistas.

TM: Creo que esta es la primera que tiene conmigo.

RH: Estoy hablando de mi prometido.

TM: Ese es un caso aparte.

RH: Aun así.

TM: Me gustaría centrarme en lo de Greg, si es posible.

RH: Estoy empezando a cansarme un poco del tono acusatorio.

TM: No la estoy acusando de nada. Me gustaría ser muy claro en eso. Solo que se la menciona con frecuencia en el diario y necesito descubrir si lo que está escrito en él coincide con la verdad o no.

RH: ¿La verdad?

TM: Necesito que arroje algo de luz sobre unas cuantas cosas.

RH: Bueno...

TM: Varios de estos extractos han sido cuestionados.

RH: ¿De verdad?

TM: Solo quiero aclarar unas cuantas cosas.

RH: Bien. Primero aclaremos esto entonces: durante todo el tiempo que estuve reuniéndome con Greg nunca hubo indicios de que fuera violento. Si lo hubiera sido, se lo habría dicho a alguien. Habría pedido hablar con sus padres, su doctor, quien fuera. En lo que a mí concierne, él era un adolescente confundido que necesitaba un amigo. Alguien con quien hablar. Y eso es lo que yo trataba de ser. Una amiga.

TM: ¿Y Greg la veía como una amiga?

RH: Eso espero.

TM: ¿Considera que alguna vez la pudo ver como algo más que una amiga?

RH: ¿Más?

TM: ¿Cree que Greg pudo haberla encontrado sexualmente atractiva?

RH: ¿Qué tiene esto que ver?

TM: Es una pregunta sencilla.

RH: En realidad, no sé qué decirle. Él no era alguien que anunciara su sexualidad. No como otros en su clase. En cierto punto, pensé que podía ser homosexual, en realidad...

TM: ¿Nunca notó nada? ¿Algún... sentimiento?

RH: Bueno, un par de veces noté que veía mis pechos. Pero todos los adolescentes lo hacen. Se sienten fascinados por esas cosas. Usted sabe, cosas que no

tienen. Estoy consciente de que soy joven y, por tanto, atractiva dentro de los estándares de las maestras.

TM: Él hace alusión a sus pechos en el diario.

RH: Ah.

TM: Describe cómo pudo ver su brasier. Debido a que tenía su blusa húmeda.

RH: Bueno, entiendo, pero no estoy segura de que eso sea importante. Quiero decir, yo tuve fantasías con mi maestro una vez. Recuerdo cómo es eso. No significa nada.

TM: ¿Así que no estimuló este comportamiento?

RH: ¿Discúlpeme? ¿Me está diciendo que eso no es acusatorio? ¿«Estimular»? No, no estimulé nada de eso.

TM: Pero ¿admite la posibilidad de que Greg pudiera sentirse atraído por usted? ¿Podría haber reprimido algún tipo de deseo sexual?

RH: No lo sé. Por una parte puede que sí. Yo no sentí esa..., esa vibra. Pero como dije, no obtuve mucho de él, aparte de silencio. Por una parte puede que sí, supongo.

TM: ¿Alguna vez le mencionó a Alice?

RH: No. A mí no.

TM: ¿Y al padre de ella?

[RH sacude la cabeza.]

TM: ¿Podría responder? Para la grabación, por favor.

RH: No.

TM: ¿Y a su hermana? ¿Alguna vez mencionó un lugar llamado isla Finners? ¿Le habló de los problemas con su familia?

RH: Sé que no es de mucha ayuda, pero en realidad él no hablaba en absoluto. Solo nos sentábamos juntos. Esa era la relación que teníamos. Yo trataba de ayudarlo y él solo se sentaba allí.

TM: Entiendo.

RH: En ocasiones asentía. O respondía sí o no, pero aparte de eso...

TM: Está bien.

RH: Quiero decir, ¿puede comprender lo exasperante que

era? Yo trataba de ayudarlo, de verdad. Y cuando él dejó de venir, ¿sabe?, casi al final, cuando empezó a evitarme, fue una auténtica cachetada. Como si hubiéramos estado a punto de lograr auténticos progresos y él decidiera desconectar el enchufe. Fue desagradecido, eso es lo que fue.

TM: Lo imagino.

RH: Y es difícil no echarse la culpa. Quiero decir, usted lee cosas como esta todo el tiempo. Pero ser parte de ello..., conocerlo. Haber sido parte de su vida. Solo quisiera haberlo podido ayudar, ¿sabe?

TM: No es su culpa.

RH: Lo sé, pero aun así. Solo querría que él me hubiera escuchado.

TM: Entiendo.

RH: Solo querría que todo esto se hubiera podido evitar.

## 26/11

Mamá me cortó el pelo anoche. Antes era estilista de tiempo completo en el Pitt. Trabajaba en un salón de belleza llamado Boutique Ahmed's, justo a la vuelta de la esquina de la calle Kirk. Ahora está cerrado, tapiado, como casi todos los lugares del Pitt. Pasamos por allí todas las noches en el autobús, pero para entonces siempre estás dormida.

Ahora mamá es estilista a domicilio de medio tiempo. Empezó con la señora Jenkins, la vecina de al lado. En realidad a mamá no le agrada la señora Jenkins porque es vieja y huele a orines y en ocasiones se pasa días enteros en el desván. Sin embargo, sí le gusta la conversación-de-ancianas de la señora Jenkins porque hace unos años ella le recomendó las habilidades estilísticas de mamá a Karen Mosley en la iglesia y luego Karen Mosley se las recomendó a Sandra Peterson y Sandra Peterson se las recomendó a Sally Anderson y sus compañeras de gimnasio, entre las que estaba Ursula Hampton, y ahora mamá visita a Ursula Hampton cada semana, le arregla el pelo a Ursula Hampton con todo tipo de rizos fabulosos e invita a Ursula y a Ken a comer y en el último par de años Ken ha invertido mucho en la clínica de mi padre y este año tal vez reciba una invitación a la famosa fiesta de Año Nuevo de los Hampton, lo que hace a mamá feliz de verdad, de verdad. Mamá tiene amigas, no clientes. El arreglo del cabello es un pasatiempo y ella lo disfruta. No es que necesitemos el dinero. Eso es lo primero que les dice a Karen, Sandra, Sally, Ursula o cualquier otra amiga a quien le corte el cabello.

Les corta el cabello a sus amigas en la cocina. En ocasiones me siento en las escaleras para escucharlas. Es asombroso cuánto pueden hablar, cómo se les pueden seguir ocurriendo cosas que decir. En cuanto se posan sobre el taburete de la cocina, sus palabras llenan la casa y rebotan por la planta baja «a la americana». A Sally Anderson le gusta hablar de Karen Mosley y a Karen Mosley le gusta hablar de Ursula Hampton y a Ursula Hampton le gusta hablar de Sally Anderson. Hablan acerca de que esta y aquella nueva alfombra son horribles y de que esta y aquella tienen el peor gusto para vestir y de que el sobrino de no sé quién se está sometiendo a un cambio de sexo en el verano y quiere que le llamen Rennet y de que nunca debieron dejar que tuviera esa Barbie cuando era niño. Sus amigas deben de saber que mamá habla de ellas con otras amigas, pero eso no hace que dejen de hablar de las demás. Es como si

mamá tuviera algún tipo de control sobre ellas. Tal vez sean las tijeras. Si mamá recibe una invitación para la fiesta de Año Nuevo de los Hampton, entonces los Mosley y los Peterson y los Anderson van a estar allí. No sé de qué van a hablar.

Nunca sé qué decir cuando mamá me corta el cabello. Anoche me preguntó cómo iba la escuela. Le dije que bien. Me preguntó cómo iban mis clases después de la escuela. Nunca le había dicho a mamá que tenía clases al terminar la escuela. Hace unas semanas mencioné las reuniones con la señorita Hayes y desde entonces supone que es adonde he ido todas las noches. No quise mentir, así que mejor cambié el tema. Le conté que me fue bien con mis ensayos de *Ha llegado un inspector*, que me pusieron nueve en uno de ellos.

—Muy bien —dijo ella, y movió la cabeza de arriba abajo.

Luego me preguntó para qué materia son mis ensayos de *Ha llegado un inspector*, y le dije que para Inglés.

—¿Inglés? —preguntó.

—Sí —le contesté.

Volvió a mover la cabeza de arriba abajo, sonriéndome en el espejo. Me preguntó si quería hacer algo relacionado con esa materia cuando saliera de la escuela, como ser maestro de Inglés o algo así. Le dije que no sabía.

Luego mamá dejó de hablar para concentrarse en mi cabello. Mi cabello es el más grande desafío para ella. Su acomodo natural es el de Tazón Despeinado. Mamá dice que hace su mejor esfuerzo para que me vea bien, con los cortes de pelo y las ropas que me compra, pero que de alguna manera siempre me las ingenio para parecer ridículo. Dice que tengo «naturaleza de vagabundo». Cerré los ojos, sentí las uñas de mamá navegando por mi cuero cabelludo. Escuché el ronroneo del refrigerador, la lluvia en la ventana, el susurro de los tijeretazos.

Justo ahora estoy sentado en el autobús. Aun con el corte de anoche mi cabello sigue estando muy largo, y eso es algo que crispera los nervios en el Pitt. Sé que tu papá tiene cola de caballo pero él es un tipo mayor y puede darse el lujo de tenerla. Yo solo soy un muchacho y los chicos del Pitt no tienen el pelo largo. Hay dos de ellos en el fondo del autobús ahora mismo, con las cabezas rapadas hasta el hueso. Solo tienen el pelo suficiente para rasparte los nudillos. Cada vez que levanto la vista tienen los ojos fijos en mí.

Esto es un poco embarazoso, pero me eché un vistazo en el espejo por la mañana. Solo un vistazo rápido mientras me lavaba. Mi nuevo pelo tiene casi el mismo largo que el de Ian (suficiente para formar un flequillo). Lo eché sobre mi cara como él lo hace, de una manera artística y caprichosa, como si fuera una estrella de rock. Nunca se verá exactamente como el de Ian, pero por algo se empieza. Ian se pone champú en el pelo y luego lo deja sin enjuagar, de modo que siempre tiene un aspecto crujiente y

desordenado. Le gusta cuando empieza a llover mientras camina por la calle y en su cabeza empieza a formarse espuma.

Tuve que regresar mi pelo a su condición de tazón despeinado antes de entrar en la escuela para que nadie notara que me lo corté. Traté de reacomodarlo mientras esperaba con los patos pero no me reflejaba bien el canal, de modo que no sabía si tenía aspecto de estrella de rock o no. Siempre tengo la capucha puesta y la cabeza baja en el autobús, así que por lo general nadie ve mi pelo, pero anoche planeé una pose, recargado en el respaldo con el fleco sobre la cara. También planeé lanzarte una especie de mirada de ojos en la sombra, pero es difícil hacer cualquier cosa cuando tú subes a bordo; mi cabeza se llena de estática. ¿Lo notaste? Me miraste pero de la manera en que la gente mira alrededor para evaluar su situación. Esos lentes de vinilo negro no muestran mucho. Creo que les lanzaste una mirada a los chicos del Pitt que estaban en el fondo. ¿El hecho de que tu padre use el pelo largo hace más o menos probable que yo te guste? Desearía saber psicología.

Mantuviste la cabeza baja durante el resto del viaje. Los chicos del Pitt seguían tocando música y los bajos sonaban tuntún (aunque se escuchaba más como un tap tap a través de las bocinas de sus teléfonos). Seguían con la vista fija en mí, lo podía sentir. Quería darme la vuelta y decirles que guardaran silencio. Que estabas intentando dormir.

Hoy el letrero de la iglesia decía:

## JESÚS T AMA (AQ NADIE + LO HAGA)

Oprimiste el timbre para la parada y nos detuvimos a espaldas del Rat and Dog. Te frotaste los ojos y bajaste sin echarnos una mirada ni a mí ni a mi pelo. Solo me dejaste aquí, con estos chicos del Pitt y sin nada que hacer más que escribir, y escribir en el autobús me está mareando.

Ojalá pudiera haberme ido contigo.

27/11

Hoy tuve uno de mis días malos. Uno de esos en los que el cuello de la camisa me raspa el cuello, se me eriza la piel, siento comezón como si me rozaran telarañas, y tiemblo. Uno de esos días en los que cada vez que cierro los ojos (incluso cada vez que parpadeo), las veo a **Ellas**, a cientos de **Ellas**, cubriendo mi cabeza. Durante el *lunch* no me podía sentar derecho. Daba un brinco cada vez que el cabello me rozaba la nuca y el rechinado de mi silla no dejaba de despertar a la señorita Eleanor, quien seguía haciendo gestos para que guardara silencio con su característico dedo largo de bibliotecaria. Al final tuve que bajar a los baños y sentarme en un cubículo hecho ovillo, mirando a la pared. Tuve que imaginar tu rostro. Sabía que si te veía, todo estaría bien.

Y así fue. Durante todo el viaje en autobús estuve sentado mirando tus rizos rojos y no pensé en **Ellas**. Ni siquiera me di cuenta de que no estaba pensando en **Ellas**. Pero entonces te levantaste para irte y me dolió verte apretando el pasamanos y meciéndote de un lado a otro mientras nos deteníamos afuera del Rat and Dog, porque sabía que en cualquier momento te bajarías del autobús y desaparecerías en la oscuridad, y yo tendría que esperar todo el fin de semana para volver a verte. Terminé deslizándome a la orilla de mi asiento, apretando la mochila contra mi pecho, y cuando el Hombre con Pelos en las Orejas y la Mujer que Estornuda se levantaron y te ocultaron, solo pude ver un pequeño mechón de tu cabello en el espejo del conductor, así que terminé parándome y uniéndome a la cola. Sentí como si fuera la primera vez que usaba las piernas.

Avanzamos a lo largo del pasillo del autobús, pasamos junto a la cara gorda del conductor, que fruncía el ceño con una expresión que decía: «Esta no es la avenida Green, esta no es tu parada usual», y bajamos los escalones hasta la acera. Por un segundo nos quedamos parados, mirando cómo se alejaba el autobús. Encendiste un cigarro, cubriendo tu encendedor con las manos para proteger la llama, un destello amarillo que pronto parpadeó y se desvaneció en la oscuridad. Me pregunté cómo veías con tus lentes de sol puestos.

La multitud se dispersó. El Hombre con Pelos en las Orejas y la Mujer que Estornuda desaparecieron junto al Rat and Dog. Mi aliento era visible y tenía los pies

entumecidos, pero aún sentía ese calor en mi interior por saber que estabas allí, por oír el clic de tus tacones mientras avanzabas de prisa por la calle. Esperé hasta que te convirtieras en una figura negra y roja y estuvieras demasiado lejos como para escuchar mis pisadas antes de empezar a seguirte.

Una vez le dieron un golpe a mi padre en el Audi de su compañía y tuvo que conducir el BMW de mamá al taller para recogerlo; recuerdo que mamá murmuró durante todo el viaje que entre vehículos tenía que haber una «distancia de frenado de dos segundos». Los dos intercambiaron palabras amables entre dientes acerca de lo que era una «distancia de frenado de dos segundos»: al final descubrimos que la causa del desacuerdo era que mi padre decía «y» para contar segundos, mientras que el método de mamá era diferente y consistía en repetir «Misisipi». Traté de usar un método similar para mantener las distancias durante nuestra caminata de veinte segundos (usando «Misisipi»), lo que creo que es una traducción adecuada de coche a pie.

Sin embargo, resultó difícil mantener la distancia de frenado de veinte segundos porque no dejabas de dar vuelta en las esquinas, desapareciendo de mi vista, y yo me apresuraba para llegar a la esquina y allí esperaba, demorándome en el aroma de tu cigarro, dándote tiempo a que ganaras cierta distancia, antes de empezar a caminar de nuevo. Te detuviste un par de veces y yo también lo hice; rogué que no te dieras la vuelta, porque si lo hacías, me verías y podrías asustarte. Rogué que siguieras caminando, que me dejaras seguirte y mirar cómo se balanceaban los rizos de tu cabello. Lo hiciste en las dos ocasiones.

Caminar de nuevo por el Pitt fue extraño. Parece diferente. No ha cambiado casi nada, en realidad: Saint Peter se ve igual (excepto por las rejas altas y verdes que lo rodean) y el parque Crossgrove todavía tiene columpios y una vieja estructura oxidada para trepar. Tal vez parece diferente porque es invierno y está oscuro, o porque está aún más descuidado y más cubierto de grafitis con faltas de ortografía, o quizá porque sé que Nan ya no está allí, al menos no la Nan que conocí. Caminamos hasta la calle Brook y cruzamos el parque hasta la zona de viviendas. No vi ni oí a nadie más, solo a ti y tus zapatos de tacón que hacían eco en cada calle vacía. Era como si fuéramos las dos únicas personas en todo el Pitt.

Y entonces desapareciste. Esta vez fue en un lugar por donde no podía seguirte: el camino de entrada a tu casa. Crucé la calle y apuré el paso, pero cuando llegué a tu casa la puerta roja descarapelada se cerró de golpe. Recordaba dónde estaba, en los confines de la ruta del autobús. Recordaba las pandillas de chicos del Pitt que veía desde la ventanilla, lanzando piedras a los automóviles de la carretera. Podía escuchar risas en algún lugar a un par de calles. Ni siquiera sabía si recordaría el camino de regreso.

Pero entonces observé algo: un delgado hilo de humo se elevaba al final de tu calle. La colilla de tu cigarro ardía lentamente. Sentí el mismo terror que experimento

cuando veo un caracol en medio de la calle. Era un cigarro que había estado acomodado en la cajetilla en tu bolsillo todo el día, que había viajado en el autobús con nosotros, que había estado entre tus labios, había sentido tu respiración y se había quemado para ti. Simplemente estaba allí tirado, muriendo en la fría banqueta. Miré alrededor pero la calle estaba desierta. Lo levanté y lo mantuve dentro de mi bolsillo.

Corrí de regreso a la parada del autobús. No traté de recordar el camino, solo lo recorrí instintivamente. Faltaban siete minutos para el siguiente autobús, de modo que me senté y escuché mi respiración mientras la colilla se quemaba en la palma de mi mano. No me atreví a sacarla del bolsillo; no me atreví a examinarla por si acaso, bajo la luz amarilla de la parada del autobús, me daba cuenta de que solo era una colilla de cigarro y decidía tirarla.

Más tarde, cuando mi hermana estaba escuchando el tuntún en su recámara y mamá se disponía a dormir una siesta en la sala, me escabullí al jardín, me senté en la orilla de una de las macetas de mamá y saqué la colilla de mi bolsillo. Era más pequeña de lo que recordaba, más de lo que se sentía. El extremo del filtro estaba manchado del rosa de tu lápiz de labios. La olí, pensando que olería a algo diferente que los cigarros.

La sostuve entre mis labios. Apreté el disparador del soplete de mamá para la *crème brûlée*, el único encendedor que fui capaz de encontrar. Su flama era azul y extremadamente caliente y era difícil encender la colilla sin chamuscarme las fosas nasales. Respiré hondo, aspirando el calor hacia mi pecho. No sabía qué esperar; algo suave, quizá. El humo de cigarro siempre parece muy sedoso pero se sintió como grava arañando mi garganta. Tosí y dejé caer la colilla en el macizo de flores.

Fue difícil encontrarla en la oscuridad. El soplete de mamá no daba mucha luz. Solo cuando me agaché mientras buscaba noté la quemadura en la palma de mi mano, el agujero rosa supurante que el cigarro dejó cuando lo agarré.

Al final encontré la colilla. Estaba debajo de una de las macetas, manchada de tierra. La deslicé otra vez en mi bolsillo y volví a entrar.

## 28/11

Por cierto, nunca dejaría que tu papá descubriera que fumas. Cada vez que Phil fuma, tu papá se molesta mucho. Dice: «Le estás chupando la pistola a la muerte, hombre». En ocasiones, Phil le ofrece un cigarro como una pequeña broma pero tu papá nunca se ríe. Solo le lanza a Phil una mirada con expresión dura.

Esta mañana, Phil estaba ayudando a tu papá a cargar unos puercos muertos al congelador. Tu papá los alzó sin problemas, levantándolos sobre su hombro como un bombero, pero Phil es pequeño y delgado y pasó jadeando por la cocina como un soldado que cargara a un camarada herido.

Después de eso, Phil quedó exhausto. Quería fumar. Buscó por todos lados su cajetilla de tabaco pero había desaparecido. Se puso furioso, aunque seguía sin aliento, y no dejaba de preguntarle a tu papá dónde estaba, pero solo respondió con risas de tipo «je, je, je» y dijo que no sabía y que fumar era la razón por la que le faltaba el aliento, para empezar.

—Le estás chupando la pistola a la muerte, hombre —dijo—. ¿Quieres que tu hijo crezca sin papá?

No hablaron durante un rato después de eso. Phil solo se la pasó tasajeando carne. En el radio estaba el programa de los 40 éxitos de la semana y sonaba esa canción que mi hermana siempre está bailando. «Ooo you got me screamin' boy...» Al final, tu papá sacó la cajetilla de cigarros de su bolsillo, la aventó sobre el bloque y Phil la levantó y se fue de prisa al fondo de la tienda. Yo solo mantuve mi cabeza baja, trapeando el refrigerador. Esta semana el programa de los 40 éxitos estaba patrocinado por la clínica Burke: «El lugar para tu aumento de bubis».

Después del *lunch*, Phil entró en mi cocina oliendo muchísimo a humo. Me dio un puñado de monedas y una tira de papel y me dijo que fuera a la casa de apuestas por él. Yo le advertí que era demasiado joven para ir a la casa de apuestas y él me dijo que no me preocupara. Me veía más grande, y si había algún problema les tenía que decir que era para «Jones» (ese es su apellido). Me pidió que no le contara a nadie (se refería a tu papá) a dónde iba. Salí por la puerta de atrás. Había mucha gente en las apuestas, así que tuve que hacer cola. Entregué la tira de papel y las monedas al tipo de barba que estaba detrás del mostrador, y él me entregó una tira diferente de papel sin siquiera levantar la vista. Regresé y le di a Phil la nueva tira de papel y él la guardó

doblada en su bolsillo. Nadie preguntó dónde había estado.

Por la tarde, el programa de los 40 éxitos de la semana terminó y ahora había fútbol. Phil se paró junto al radio, rascándose el cuello con los dedos llenos de carne molida. Los comentaristas estaban furiosos con los jugadores; gritaban y afirmaban que eran una desgracia. Eso me hizo pensar de nuevo en Lucy Marlowe. Recordé cuando se sentaba en los escalones del edificio Lipton, tratando de comer su *lunch* en paz, mientras los niños la golpeaban por turnos con su balón de fútbol, pateándolo en dirección a ella. Cómo se reían disimuladamente y le pedían que se los regresara. Cómo ella todavía se los lanzaba de regreso. Recuerdo que una vez le dieron a su lonchera de *Viaje a las estrellas* y esta cayó entre ruidos metálicos, se abrió y su sándwich de jamón y su cátsup aterrizaron en un charco y ella se fue corriendo; nadie levantó su sándwich y se quedó allí todo el día empapándose de agua de lluvia hasta que el pan quedó hecho una masa y la cátsup formó vetas por el patio de juegos. Los niños solían decir que Lucy Marlowe era una *nerd* porque le apasionaba *Viaje a las estrellas* y se ponía una camiseta extragrande del señor Spock el día en que nos permitían llevar nuestra propia ropa. Yo no comprendía por qué todos llevaban playeras de fútbol ese día y creo que el fútbol es más de *nerds* que *Viaje a las estrellas*. No hay programas de radio cada fin de semana con el tema de *Viaje a las estrellas* en los que llame el público y analicen episodio por episodio. No hay fanáticos de *Viaje a las estrellas* parados junto al radio rascándose el cuello y mordiéndose los labios, con el aspecto de que el mundo depende de lo que el comentarista diga a continuación.

Alguien metió un gol y Phil saltó y levantó un puño al aire. Siguió sonriendo hasta que el partido terminó. Entonces me guiñó un ojo y regresó a su bloque. No le guiñé el ojo como respuesta, pero no pude dejar de sonreír cuando empezó a cantar. Bailó alrededor de tu papá. Le dio un gran beso a un lado de su cara inexpresiva.

Tu papá solo se rio: «Je, je, je».

## 01/12

La señorita Hayes tiene una nueva teoría. Cree que en realidad no les tengo miedo a **Ellas**. Cree que solo las culpo de mi ansiedad. Cree que escondo mis miedos reales detrás de Fantasmas Metafóricos. La señorita Hayes dijo que cuando era pequeña su papá le dio un muñeco de ventrílocuo que se llamaba señor Fungal. El señor Fungal era su juguete favorito del mundo. Ella y el señor Fungal solían ser los anfitriones de espectáculos para su mamá y juraba que no se veía en absoluto que moviera los labios. Dijo que cuando fue un poco mayor, ella y su papá tuvieron un altercado. Bueno, según ella fue como un altercado, solo que en secreto. No podía decirle a nadie. Se peleó también con el señor Fungal. Ella se despertaba llorando por la noche y el señor Fungal estaba allí, sonriendo desde su mesita de noche. Lo odiaba. No podía estar ni siquiera en el mismo cuarto que él. Quería tirarlo, pero entonces su mamá quería saber por qué ya no le gustaba. El señor Fungal era de su papá y para ese entonces él se había ido y a su mamá le gustaba conservar las pocas cosas que había dejado.

La señorita Hayes dijo que metió al señor Fungal justo al fondo de su ropero, debajo de sus cajas de libros, sus juguetes de peluche y sus zapatos. Lo ignoró por un tiempo, pero en el fondo de su mente ella siempre sabía que estaba allí, sonriendo. Para entonces se estaba volviendo una adolescente y atravesaba la época de la rebelión, así que llevó al señor Fungal al bosque. Caminó durante horas sin siquiera pensarlo. Llegó a un claro y sentó al señor Fungal justo en el medio, en la hierba seca, vertió una botella de alcohol sobre su cabeza y le prendió fuego. Me contó que desprendió una gran cantidad de humo, una enorme columna que apuntaba al cielo. Dijo que crepitaba. No pudo irse hasta que estuvo segura de que se había quemado por completo, hasta que estuvo segura de que no terminaría de regreso en su repisa al día siguiente, sonriendo con sus labios ampollados y saltados.

Para este punto de la historia la voz de la señorita Hayes se quebraba. Apretó su falda. Tenía las manos enrojecidas, pero un delgado borde blanco rodeaba su anillo de compromiso. Se hizo el silencio, y no fue un silencio agradable. Se pasó la mano sobre un lado de su cara. Dijo que a veces nuestros Fantasmas Metafóricos pueden parecer la raíz de todo mal pero que no lo son, solo representan una barrera entre nosotros y nuestros problemas reales. Dijo que aunque hubiera algún desastre natural

y todas **Ellas** fueran borradas para siempre del planeta, aun así yo no sería feliz. Dijo que solo son un símbolo.

He escuchado teorías similares. Hace un par de años, cuando mi fobia se me estaba saliendo de las manos otra vez, mamá me llevó a ver a su doctor, el doctor Filburn. El doctor Filburn era diferente a los otros que vi porque era un doctor de la mente. No era como los demás que solo me daban pastillas. El doctor Filburn iba a curarme.

Él dijo que era el concepto de **Ellas** lo que me asustaba. Dijo que podría coexistir felizmente con **Ellas** si dominaba mi cerebro irracional. También usó el término Fantasmas Metafóricos, y dijo que necesitaba hacer frente a los míos. El doctor Filburn era viejo. No por la edad, sino porque parecía pertenecer al pasado. Tenía bigote. Sin embargo, parecía agradaarle a mamá. Además, la ayudó cuando ella atravesó su etapa de enfermedad. Todo el tiempo que estuve recostado en ese cómodo diván blanco mamá se quedó de pie, sonriéndonos al uno y al otro. Era esa misma sonrisa que ella pone cuando nos muestra un nuevo mueble: la que te obliga a devolverle la sonrisa.

El doctor Filburn me dijo que cerrara los ojos. Con el clic de un control remoto, su oficina fue engullida por una música baja, como lamento de ballena. Después de unos minutos empezó a hablar con suavidad. Me dijo que imaginara una ladera envuelta por la niebla. Me dijo que imaginara que iba caminando entre la niebla, buscando algo, un animal. Me pidió que encontrara al animal. Encontré un águila calva americana. Estaba posada sobre una roca, mirando una playa llena de neblina. Al parecer, ese era mi «Animal de Seguridad», y el doctor Filburn me dijo que me acercara a ella, que fue lo que hice. Luego me pidió que la acariciara, lo que también hice y tengo que admitirlo, me sirvió para relajarme. Tenía las alas extendidas y podía sentir sus filas de huesos. Me hizo sentir exaltado.

El doctor Filburn me ordenó que abriera los ojos. Colocó mi mano derecha sobre su escritorio, vació a excepción de una pluma, un cojinetete y una foto de una mujer rubia que podía ser su esposa o su hija. Luego dejó el cuarto y regresó con una de **Ellas** de plástico. Me dijo que mantuviera el estado de paz mental que había creado al acariciar a mi Animal de Seguridad. Mamá seguía sonriendo.

El doctor Filburn la colocó sobre su escritorio. Me preguntó si me sentía bien con una de **Ellas** allí y yo asentí. Me ordenó que cerrara los ojos e imaginara a mi animal. Cuando me pidió que los abriera de nuevo ese plástico que era una de **Ellas** se había movido por el escritorio y estaba un poco más cerca de mí. Él pregunto si yo todavía me sentía bien. Asentí de nuevo. Me dijo que volviera a cerrar los ojos.

Esto continuó hasta que ese plástico que era una de **Ellas** estaba encaramado justo enfrente de mí. Luego el doctor Filburn lo levantó y lo colocó sobre la palma de mi mano. Preguntó si aún sentía miedo. Quise explicarle que una de **Ellas** de plástico nunca me habría asustado porque era de plástico y desde el principio pude haberme

acercado y haberla levantado, con o sin Animal de Seguridad. En cambio, solo negué con la cabeza. El doctor Filburn asintió y dejó el cuarto de nuevo.

Regresó con un frasco. Incluso antes de que le quitara la tapa, yo ya estaba apretando la piel del diván y empezaba a tener un ataque. Todo se volvió frío y oscuro. Mamá estaba gritando. Ese fue el día en que me mordí la lengua y me hice un hoyo en ella. Nunca volví a ver al doctor Filburn. Recuerdo lo furioso que estaba cuando manché de sangre su cómodo diván blanco.

Pero de todos modos no son reales. Supongo que eso es lo que importa. Eso es lo que tengo que recordar.

Solo son Fantasmas Metafóricos.

No son reales.

04/12

Duele porque todavía estás allí y yo lo sé y no sé cómo sacarte. Y no es tu culpa pero podrías haber venido a la escuela. De todos modos podrías haber venido a la escuela y solo ponerte tus lentes; nadie habría sabido, yo te habría acompañado caminando a casa y todo sería igual.

Pero nada es igual.

Y fue duro para mí. Te esperé. A las 8:18 a. m. estaba apretado contra la puerta, conteniendo el aliento, mirando cómo llegaba tu autobús. Examinaba a cada chico del Pitt mientras tropezaban por los escalones. Para cuando el último se había ido y el autobús había arrancado ya, casi se me había olvidado cómo respirar.

Y esperé de nuevo, durante el *lunch*, en la biblioteca, vigilando el agujero que hay entre los setos. Pero Angela Hargrove pasó sola y regresó, una hora después, todavía sola.

Y en lo único que podía pensar era en ti. En tu ausencia.

Así que a las 3:30 p. m., cuando sonó la última campana, esperé una vez más en el lugar habitual, con los patos. Esperé hasta las 5:32 p. m. Supongo que alguna parte de mí todavía esperaba verte temblando en la parada del autobús, afuera del Prancing Horse, pero tampoco habías ido a trabajar.

Me quedé en nuestro autobús. Recorrí todo el camino hasta el Pitt. Cerré los ojos e imaginé tu cara dormida reflejada en el espejo del conductor. Me dije que estabas bien. Estabas muy bien. Estabas en casa. No habías sido atropellada por un autobús. No te había atacado una pandilla en el Pitt. No estabas en el hospital porque hubieras desarrollado cáncer por fumar y no te ibas a morir como Andrew Wilt, tembloroso, pálido y calvo. Me bajé en nuestra parada habitual, recorrí a pie nuestra ruta habitual. Miraba mis pies. Así podía fingir que ibas delante de mí. Podía imaginar el clic de tus tacones sobre la acera. Hasta podía oler tu cigarro (juro que en un momento hasta pude olerlo). Parecías ir más adelante de lo habitual. No podía mantener tu paso. Cada vez que levantaba la cabeza desaparecías de nuevo y volvía a estar solo y al final empecé a correr por las calles oscuras y vacías; corrí mientras el aire frío me mordía la cara.

Cuando llegué a tu casa estaba jadeando. Me senté contra la pared opuesta. El aire era frío y me agujijoneaba el agujero de la lengua. Me concentré en tu puerta roja

y descarapelada. Tus cortinas estaban corridas. El coche de tu padre estaba afuera, café verdoso por el óxido, con los asientos traseros llenos de cajas de cartón de Hampton's. Oí un sonido, una voz. Risas enlatadas.

Tu casa da la espalda al parque Crossgrove. Recorrí de prisa el campo contando las casas hasta que llegué al seto de atrás. Tu jardín se encontraba lleno de maleza, pasto de treinta centímetros de alto y muebles de exterior de plástico blanco. Cualquier vida vegetal que hubiera sido plantada intencionalmente estaba muerta: el perfil irregular del seto, las pocas macetas dispersas en la parte de atrás, que solo albergaban restos cafés marchitos. Tu padre se hallaba atravesado en el sillón de la estancia, iluminado por la televisión. Se oían murmullos de risas detrás del cristal. Tu padre no se reía, estaba bebiendo de una botella. Tenía los ojos cerrados y bebía.

Había un cobertizo en un rincón, al abrigo de la luz de la casa. Encontré un hueco en la cerca de arbustos, justo detrás de él. El cobertizo mismo estaba podrido. Había varias tablas torcidas o faltantes. El piso estaba sostenido por cuatro vigas de madera, una en cada esquina, plantadas en el lodo circundante.

Una franja de luz brillaba en el primer piso de la casa. Una recámara. Las cortinas eran gruesas y moradas; no dejaban escapar nada más que un delgado cuadro de luz alrededor de las orillas. Cada pocos segundos una sombra pasaba por ella, como un parpadeo. De un lado a otro. De un lado a otro.

Fue entonces cuando oí un gruñido profundo, cercano. Yo estaba recargado contra el cobertizo y supuse que eran las tablas crujiendo, pero al darme vuelta el gruñido se hizo más fuerte, rugiente y gutural. Me giré de prisa y resbalé en el lodo. La hierba seca amortiguó mi caída. Un dolor agudo se extendió desde la palma de mi mano: me había arrancado la quemadura, la costra de la colilla de tu cigarro, en la orilla del cobertizo y ahora estaba sangrando. Tenía sangre y lodo en el brazo de mi abrigo. Intenté limpiarlo, pero también tenía las manos llenas de lodo, aún más que mi brazo, y todo lo que conseguí fue llenarlo todo de más lodo y sangre, empeorándolo.

Fue entonces cuando empezaron los ladridos. En ese momento vi al perro a través de un hueco en el cobertizo. Tenía la cabeza larga y hocicuda y estaba a medio metro de la mía. Su aliento era caliente y olía a jamón cocido. Lo único que lo contenía era una larga cadena sujetada alrededor de su cuello. No sé distinguir una raza de perro, pero era uno de aspecto malvado. Tenía muchos dientes, casi todos amarillos con pedazos negros entre ellos. Tenía las encías del color del hígado picado.

Yo estaba medio levantado cuando la puerta de atrás se abrió. La voz de tu padre se escuchó con eco por el jardín. Yo me tiré al suelo, una vez más de cara al perro rugiente y apestoso. Durante un minuto tu padre gritó cosas como: «Cállate, *Sobras*», y «Te voy a dar una razón para ladrar». Pero el perro no se calló, si acaso ladró más fuerte. Cerré los ojos. El ladrido me apuñalaba los oídos. Todo estaba húmedo y sabía a tierra.

Y de pronto allí estabas tú. Todo lo que se necesitó fue tu murmullo al otro lado del jardín y el perro dejó de ladrar y volteó hacia la casa. Aulló desde lo más profundo de su ser. Le pediste a tu padre que volviera adentro. El líquido hizo un ruido sordo en su botella. Él tosió, tragó saliva y respiró.

—Si no haces que se calle —te advirtió—, lo haré yo.

Y azotó la puerta de atrás al cerrarla.

Traté de captar un destello de ti y me esforcé para ver sobre el pasto crecido. Oí el crujido de tus pasos cuando pasaste. Avanzaste lentamente para pasar por encima de los muebles del patio, golpeaste los escalones de concreto para subir al cobertizo. El perro se agitó para darte la bienvenida. Miré a la casa. Tu padre estaba tendido en el sillón de nuevo, con la cabeza hacia atrás, bebiendo de su botella.

Tus pisadas crujieron en el cobertizo. Entonces te vi, arrodillada junto al perro, rascándole sus orejas mientras él gimoteaba. Me dabas la espalda, con tu pelo atado en colitas. Tenías puesta una bata color rosa y un par de botas negras Wellington. Le acariciaste la cabeza al perro, jalándole la piel hacia atrás para ver lo rojo de sus ojos.

—Ya, ya —le dijiste.

Entonces te levantaste y estiraste la mano para alcanzar algo en la parte alta del cobertizo, una bolsa de galletas con forma de hueso. Vaciaste unas cuantas en tu mano. El perro las masticó ruidosamente. Babeó sobre tu bata. Cuando terminó, puso su cabeza sobre tu regazo. Tú le acariciaste la panza. Le frotaste las costillas.

—Sé bueno, *Sobras* —dijiste—. Sé bueno.

Colocaste su cabeza junto a mí, dándome la cara. Él respiró, suave y cálidamente. El olor a jamón cocido era más fuerte que nunca, probablemente debido a las galletas.

Cerró los ojos y dejó que la lengua le colgara sobre el piso del cobertizo. Sus costillas ascendían y descendían al mismo ritmo que las mías.

Cerré los ojos.

Cerraste con llave el cobertizo. La hierba crujió a tu paso de regreso a la casa. Esperé hasta que oí la puerta de la cocina y me puse de pie.

Te habías detenido en la puerta. Estabas mirando por encima del hombro al cobertizo, directo hacia mí. Me encorvé. Estoy seguro de que no me viste porque un segundo después te diste la vuelta y desapareciste dentro, asegurando la puerta detrás de ti.

Todavía te puedo ver, esa imagen tuya que pude ver solo un instante. Tu pelo rojo peinado con raya, tu ojo todo hinchado y morado.

**05/12**

Esta mañana miré a tu padre a través de las cortinas del refrigerador del fondo mientras tasajeaba trozos de carne. Sorbió té y leyó el periódico. Bromeó con Phil, sosteniendo su gorro en el aire con esa mano grande suya, demasiado alto para que Phil lo alcanzara. Siempre con esa risa: «Je, je, je».

Solo me di cuenta de cuánto tiempo llevaba allí parado cuando Phil entró y me pidió que fuera a la casa de apuestas. Yo estaba temblando, pero él pensó que yo asentía, así que solo colocó el dinero en mi mano y me hizo una señal de aprobación con el pulgar arriba.

Eran las 9:55 a. m. Tuve que sentarme en los escalones y esperar hasta las diez para que las casas de apuestas abrieran. La plaza estaba vacía. Había dos palomas dando saltitos por el estacionamiento. A una de ellas le faltaba una pata. A la otra, un ojo. Picoteaban una caja de papas fritas. Cuando el hombre de las apuestas abrió la puerta, alzaron el vuelo y aterrizaron al otro lado de la plaza. Las palomas nunca vuelan demasiado lejos.

Cuando regresé a Hampton's tu padre estaba en la cocina. Parecía enorme en mi pequeña cocina; su cabeza casi llegaba al techo, donde se acumulaba el vapor. Me sonrió mirando hacia abajo. Yo le regresé la sonrisa. Estaba entumido y vacío, y devolverle la sonrisa parecía casi natural. Me pidió que les preparara té a él y a Phil. Phil gritó que quería un café. Tu padre me dio ánimos y me llamó «amigo».

En Hampton's usamos cloro T-Rex. Es «La manera salvaje de limpiar». La botella tiene escrito T-REX a todo lo largo en una fuente enmarañada, y a la T le falta un pedazo con forma de marca de dientes, como si un verdadero T-Rex le hubiera dado una mordida. El cloro es algo a lo que me he acostumbrado al trabajar como limpiador. Hace que me ardan las fosas nasales y que los dedos se me pelen, y en ocasiones aún puedo sentir su sabor por la noche quemándome el fondo de la garganta, pero es la única manera de quitar la verdadera suciedad, esa que es dura y negra y que ya no se parece a lo que solía ser.

Puse media cucharada de cloro T-Rex en el té de tu padre. Mamá usa cloro para mantener blancas sus tazas y sé por experiencia que el sabor quemante solo se nota después de unos sorbos, cuando te das cuenta de que debió haberla enjuagado mejor. Estoy suponiendo que el cloro T-Rex es más fuerte que el aerosol que mi mamá usa.

Dice INDUSTRIAL a todo lo largo. La tapa es a prueba de niños y tiene una «X» negra y amarilla. No puedo dejar de preguntarme por qué ponen un T-Rex al frente de la botella si no quieren que los niños jueguen con ella.

Tu padre estaba en la moledora de carne; con una mano echaba trozos de carne por el embudo, y con la otra cubría el plato por donde sale la carne molida con forma de gusanos. Es importante cubrir la carne molida conforme sale porque podría estallar y salpicar las paredes. Coloqué su té en el bloque. Esperé a que notara que yo estaba allí para señalarle la taza. Después de un rato lo hizo; asintió, oprimió un gran botón rojo que dice STOP y levantó la taza con su enorme mano cubierta de carne molida y sorbió en el repentino silencio. Tosió. Volvió a sorber. Luego puso la taza de regreso en el bloque y el zumbido de la moledora de carne empezó de nuevo. No levantó la vista, así que regresé a mi cocina.

En *Ha llegado un inspector* hay un personaje llamado Eva Smith que se suicida bebiendo cloro. Creo que tienes que beber mucho cloro para suicidarte. Si echas una bolsa de té en el cloro, agregas leche y azúcar, lo calientas en el microondas hasta que hierva y te lo bebes todo, eso podría matarte. Dudo que media cucharada de cloro T-Rex pueda matar a alguien. Sobre todo a alguien tan grande como tu padre.

Después de haber entregado el té recordé mi primer día en Hampton's: tu padre me mostró los estantes de la parte trasera, donde se guardaban las cosas de la limpieza. Señaló un plato de plástico blanco en el piso, justo en el fondo, que contenía unas bolitas verdes que también parecían de plástico, y me dijo que nunca las tocara, avisándome de que era veneno para ratas. ¿Cuántas cucharadas de veneno para ratas se necesitarían para matar a alguien? ¿Cuántas para que se sienta realmente enfermo?

Tu padre no pidió otra taza de té.

06/12

Hoy caminé hasta el canal. Necesitaba ir a algún lugar donde pudiera pensar. Llevé algo de pan porque toda la semana pasada, mientras esperaba nuestro autobús, los patos se aventuraron sobre el hielo para picar a mis pies. Supongo que cuando el canal está congelado no comen. Se volvieron locos a la vista del pan. Solo tenía cuatro rebanadas (todo lo que quedaba en la charola) y las engulleron en un instante. Luego se quedaron allí, mirándome. Fue un poco extraño, como si estuvieran sopesando la posibilidad de comerme.

A las 3:15 p. m. escuché murmullos arriba. Reconocí las voces: Ian y Ganso. Tenían los pies colgando sobre la entrada del puente. Ian llevaba unos tenis negros con agujetas luminosas que brillaban como gusanos verdes. Los patos se fueron, mirándolos. Supongo que pensaban que eran comida.

Ian estaba hablando, pero no podía escuchar de qué. De lo de siempre probablemente. Chicas. Fiestas. En ese momento arrojó una colilla hacia abajo, al hielo, y los patos se volvieron locos, arremolinándose y picoteando ante los chillidos de la risa aguda de Ganso.

Me hice ovillo en mi posición para mantener el calor y esperé. Me imaginé que se irían pronto y podría quedarme solo con los patos. Estar solo para pensar. Pero cuanto más tiempo estaba allí sentado menos podía pensar en nada que no fueran **Ellas**. Era diferente con Ian y Ganso allí: no parecía capaz de convocar el habitual sentimiento de la-seguridad-y-la-soledad-bajo-el-puente. En cambio, estaba muy consciente de que me encontraba debajo de un puente, que normalmente sería el tipo de lugar que me aterraría. De que allí había una posibilidad real de que una de **Ellas** estuviera arriba de mí, en la oscuridad, esperando a descender. Empecé a sentir pánico. Pensé que incluso podría darme uno de mis ataques. Traté de evocar una imagen de ti, pero siempre veía tu ojo, todo morado e hinchado.

Diez minutos después, más o menos, Ian y Ganso se fueron y pude trepar a la carretera y dirigirme a casa. No creo que ninguno me viera.

Llegué a casa justo cuando mamá estaba sirviendo la cena. Mi padre no estaba. No pregunté dónde estaba, pero supuse que la respuesta habría sido que trabajando. ¿Quién se hace un aumento de busto en una tarde de domingo? Comimos nuestro

salmón en silencio. Luego Sarah y yo subimos a nuestras habitaciones. Sarah estaba bailando esa canción de nuevo. «Ooo you got me screamin' boy...»

Esperé hasta las 9:30 p. m., luego me escurrí al estudio de mi padre. En ocasiones me cuelo allí por la noche para hacer búsquedas en internet. Mamá siempre tiene problemas con los espacios cerrados y las puertas aseguradas con llave (bajo la guía del doctor Filburn, casi tiró la mitad de la casa para hacerla un lugar abierto y honesto donde vivir), así que definitivamente tiene un problema con el estudio cerrado con llave de mi padre. No sé qué le molesta más, si las miles de fotos de pechos de mujeres que ha acumulado allí o el hecho de que no puede entrar para pulir la madera; cada vez que mi padre hace clic en esa cerradura el labio de mamá parece temblar, como si por una fracción de segundo tratara de sonreír con la mitad izquierda de su boca más que con la derecha.

Resulta que sé que mi padre tiene pocas cosas interesantes en su estudio. Hay un escritorio, un archivero, un sillón de cuero negro y un librero. El librero tiene seis repisas de revistas de aumento de busto y una repisa con videocasetes de *Guardianes de la bahía*. El archivero está repleto de modelos de plástico de pechos de diferente tamaño y forma. Hay un cartel grande de Pamela Anderson sobre el escritorio. Mi padre dice que Pamela Anderson es un ícono de su generación. Dice que es una pena que el modelo a imitar femenino de nuestra generación sea Katie Price.

Siempre pienso que el clic que hace la puerta del estudio cuando abro la cerradura despertará a mamá. En ocasiones su cara dormida hace una mueca, pero eso es todo. Mamá es una experta para dormir siestas. Puede dormir una siesta en cualquier lugar. Su sitio habitual para hacerlo era el sillón, pero como seguimos esperando el sillón italiano blanco de piel, ahora estamos en un período de transición respecto a los sillones, así que mamá ha tomado la alfombra de la sala para dormir la siesta, donde se tumba con el cuerpo atravesado en horizontal y la cabeza vertical contra la pared blanca. Esta noche me paré afuera del estudio de mi padre durante unos minutos, mirando la luz de la televisión que parpadeaba sobre ella: en ocasiones iluminaba sus piernas, en otras el ascenso y el descenso de su pecho debajo de la bata, y en otras el hundimiento de su cabeza ladeada, sin sonrisa. Mamá nunca sonríe cuando duerme.

La búsqueda en internet de esta noche fue una habitual para mí: la isla Finners. La isla Finners es un punto en el mapa justo afuera de la costa sureste de Inglaterra. Solíamos ir allí cuando era pequeño. La mitad de la isla es pantanosa, y mi padre es un gran aficionado de las constantes oportunidades que ofrece para tomar fotografías. Había todo tipo de aves hermosas. También había una gran cantidad de patos, pero mi padre rara vez les tomaba fotos. Había también un águila calva en algún lugar, según la leyenda. Mi padre nunca logró tomar una foto del águila calva, lo que para él fue prueba suficiente de que no existía. Pero Nan y yo sabíamos más. La vimos.

He tratado de encontrar las fotografías de la isla Finners muchas veces con el paso de los años, pero creo que mamá debió de tirarlas. No quiere recordarlo. No quiere

recordar lo que le pasó a Sarah. Ahora uso internet para ver fotos. Por supuesto que mamá no sale en ninguna de las de internet de la isla Finners; tampoco Nan, ni Sarah, ni yo... ni el águila calva (incluso el sitio web oficial de la isla Finners parece dudar de su existencia), pero hay algunas de los patos, los bosques y las playas. Es agradable recorrer las fotos con un clic. La isla Finners siempre ha sido un lugar al que puedo ir cuando Skipdale me abrumba, y resulta agradable ver que existe esta pequeña parte del mundo que nunca cambia.

Mamá todavía estaba en su posición de siesta cuando volví a cerrar el estudio con llave, bañada por la luz del noticiero de 24 horas de la BBC. Eran las 10:10 p. m. Lo más temprano que papá ha llegado a casa del trabajo en los últimos seis meses es a las 11:07 a. m. Para entonces siempre estoy bien lejos de su estudio y arriba en mi recámara y por lo general el tuntún de la música de Sarah se ha detenido. Todo lo que él tiene que hacer es desenchufar la televisión y cargar a mamá escaleras arriba, como bombero, hasta la cama. Algunas noches mi padre no llega a casa del trabajo en absoluto. Es un hombre muy importante. Mamá dice que la clínica Burke no tendría la mitad de su éxito si no fuera por la mezcla de las largas jornadas y la experiencia quirúrgica de mi padre. Los pacientes de mi padre son más amigos que clientes.

Me acurruqué junto a mi mamá durante un rato. La sala parece vacía sin sillones. Muy fría. Toda la casa parece fría porque la ha diseñado al estilo americano. Levanté su vaso de vino. En realidad no debo beber por mis medicinas, pero pensé que podría probar un sorbo. Ojalá no lo hubiera hecho (aún tengo el sabor ahora). El vino sabe a grosella negra y a perfume.

Las noticias de 24 horas de la BBC trataron por completo de este invierno y de que va a ser el más frío en treinta años. Mostraron tomas de Escocia cubierta por la nieve, niños que se deslizaban por las colinas en bolsas de basura, una mujer que se caía en la calle y la gente la rodeaba con cuidado. A mamá le gusta mantenerse al día con las noticias para cuando los Hampton charlan de temas de actualidad. Ken Hampton lee *The Guardian*. Creo que mamá no ha visto nunca un reportaje completo antes de quedarse dormida.

Puse el vaso de vino en el piso y desenchufé la televisión. Dejé a mamá recostada sobre la alfombra de la sala, lista para cuando mi padre llegara a casa.

07/12

Hoy tampoco fuiste a la escuela, así que tuve que tomar el autobús y caminar hasta tu casa solo y entrar por encima de los setos de la parte de atrás. Tu padre estaba bebiendo de nuevo bajo la luz de la televisión. *Sobras* estaba roncando en el cobertizo. Permanecí de rodillas hasta que pude distinguir su cabeza dormida a través del hueco de la tabla faltante. Silbé. Él levantó una oreja, pero el resto de su cuerpo siguió dormido. Silbé de nuevo y di unos golpecitos al lado del cobertizo; él bostezó y se dio vuelta hacia mí. Se paró para ladrar pero antes de que tuviera una oportunidad estiré la mano con una bolsa de restos de comida: el salmón ennegrecido de ayer. Se detuvo, lo olfateó y trotó hacia mí hasta donde su cadena se lo permitió. Tomó el salmón de mi mano y lo llevó a su rincón.

Tuve que encogerme para pasar por el hueco de la tabla que falta. El cobertizo crujió tanto que pensé que podría colapsar. *Sobras* inclinó su cabeza para mirarme. Le dije: «Ya, ya». Le hice cosquillas en la oreja. Él gimió y siguió comiendo. El cobertizo olía a metal. La única luz provenía de un rayo de luna que se colaba por un hueco en el techo. Varias herramientas de jardín oxidadas colgaban de unos clavos; sus sombras danzaban contra la pared.

Antes teníamos un cobertizo. Nan lo llamaba «el palomar de Herb», pero nunca vi ninguna paloma y el Herb que conocí nunca se acercaba al cobertizo; se pasaba todo el tiempo en su sillón. Yo solía tener pesadillas con el cobertizo, con las telarañas del rincón, llenas de moscas muertas, sacos de huevos y **Ellas**. Mi padre lo llamaba «la Guarida».

Por supuesto, tu cobertizo también era una guarida. Podía sentir las a **Ellas**: sus numerosos ojos me miraban desde las repisas de arriba, donde la luz de la luna no alumbraba. Pero me concentré en ti. Me senté sobre la caja de herramientas que había junto a la ventana. Podía escucharlas a **Ellas**, sus susurros habituales. Los ignoré. La ventana estaba manchada y sucia pero aun así pude distinguir el brillo de tu recámara.

*Sobras* terminó de comer y se recostó junto a mí, con la cabeza sobre mis piernas. Olfateó mi bolsillo. Me disculpé porque no tenía más salmón. Me imaginé a *Sobras* allí sentado, todas las noches, mirando hacia tu cuarto. Froté su cabeza como tú lo

hiciste, jalando sus párpados hacia atrás. No le acaricié la panza porque la tenía toda negra y lastimada.

Había una herramienta colgando junto a la ventana, del tamaño y la forma de un arma solo que con un cartucho en la parte de abajo, lleno de clavos. Recuerdo que la señorita Hayes dijo una vez que un arma es como un presagio. Si hay un arma en algún lugar de una historia, entonces al final uno de los personajes acabará muerto. No sé si esto aplica a las pistolas de clavos. Desenganché la pistola y la sostuve sobre las piernas. Tu padre descansaba, tirado sobre su sillón. Su botella estaba sobre la alfombra, meciéndose en la cuna que formaba su mano.

Pasé mis brazos alrededor de *Sobras*, abrazando su cabeza contra mi pecho. Suele ser difícil ver estrellas en el Pitt por la contaminación luminosa pero esta noche el cielo estaba tan claro que podía distinguir todas y cada una de ellas. Se las señalé a *Sobras*. Su hocico se abrió y por un momento pensé que estaba atemorizado; luego cerró los ojos y estornudó sobre mi mano.

Miramos y esperamos. Tus cortinas seguían cerradas. En cierto momento me pareció ver una sombra, pero no volvió a pasar. Creí que *Sobras* podría mantenerme caliente, pero estaba más frío que yo. Me habría ido mejor si hubiera abrazado la caja de herramientas. Empecé a temblar y al final él se puso de pie, se alejó con torpeza y se echó en el rincón para descansar un poco.

Cuando dieron las nueve colgué la pistola de clavos de vuelta en su lugar y me deslicé por el hueco de la tabla. Le prometí a *Sobras* que regresaría, que traería más salmón ennegrecido. Cuando llegué a los arbustos miré hacia atrás por última vez. Tu padre estaba tirado en el piso de la sala. Su botella había rodado al otro lado del cuarto.

En el autobús de regreso pensé en tu padre. Pensé en ti, arriba en tu cuarto, esperando para escapar. Pensé en la isla Finners. Siempre había planeado vivir en la isla Finners. En realidad nunca pensé en lo que haría allí; solo hay seis o siete habitantes en la isla y todos trabajan en la Fundación Nacional de Lugares de Interés Histórico. No creo que yo fuera bueno para trabajar en la Fundación Nacional. Tú sí, porque te gustan los animales (bueno, te gusta *Sobras*). También podrías pintar: hay muchos paisajes pintorescos. Tal vez yo podría trabajar en tierra firme. Convertirme en maestro de Inglés. Llevaríamos a *Sobras* a caminar por los bosques.

Cuando llegué a casa, encontré a mamá dormida en el piso de la sala. Escuché voces que venían del cuarto de Sarah.

—Solo necesitas curvar un poco más tu espalda y hacer como que eres líquida —

aconsejaba una chica.

—Muy bien —dijo Sarah.

La puerta de Sarah estaba abierta de par en par. Vi su reflejo en el gran espejo del techo, el de ella y una de sus amigas buitres. Quizá era una de las buitres del trabajo, no había manera de saberlo. Ambas estaban con sus leotardos del Fantástico Evento de Baile, un resplandor rojo violento contra el anaranjado de su piel. Mi hermana alcanzó el control remoto. Brotó música de la televisión.

Me acerqué hasta que pude distinguir el reflejo de la pantalla. Estaban reproduciendo un video musical. La cantante era delgaducha. Agitaba su pelo rubio a lo largo de su cuerpo mientras se movía. Era esa canción de nuevo: «Ooo you got me screamin' boy...» Las piernas de la cantante se deslizaban enfundadas en unos pantalones de látex negro, pegados a la piel, que brillaban como petróleo. En la línea «Butt in the air boy», se arrastró sobre las rodillas, levantando el trasero hacia la cámara. El aire era caliente y dulce como las cerezas.

La canción terminó. Mi hermana y la buitre me estaban mirando. Mi hermana gritó que me largara de su cuarto.

08/12

La señorita Hayes tiene una nueva teoría. No me la ha dicho todavía, pero tiene un nuevo conjunto de preguntas, principalmente acerca de mi relación con mis padres. Me preguntó si creo que soy un buen hijo. No supe qué decirle. No fumo. Por otra parte no lavo los platos (me da mucho miedo romper la vajilla). No puedo ser un mal hijo porque en realidad no hago nada. Soy un hijo de nada. Es como en Química, cuando estudiamos ácidos y bases y hundimos unas tiras moradas de papel tornasol en vasitos de vinagre y jugo de limón para determinar su pH. Yo soy el agua de la llave. Yo soy pH 0. Neutral. Permanezco púrpura.

Al final no logré decidir qué contestar. Había habido demasiado silencio como para decir algo, así que no dije nada.

Después no fui a la parada de autobús. No podía hacer frente al viaje sin ti, así que caminé a casa. Mamá se encontraba en el piso de la sala recitando una lista de compras que había escrito con marcador en la parte de atrás de una vieja revista *House Proud Magazine*. La lista incluía más salmón y más mango y más arroz y más chipotle y más calabaza y más de casi todo lo que necesitaba para la comida de los Hampton. La gran noche se acercaba y no solo el primer plato de mamá no era todavía perfecto, sino que el nuevo sillón no había llegado aún. No sabría decir si mamá invita a los Hampton porque está decorando o si decora porque van a venir. Tampoco creo que ella lo sepa.

No me gustó la idea de que mamá tuviera que empujar sola el carrito con todo ese arroz, mango y pescado por Waitrose, así que recogí todas las bolsas que había en casa y la esperé en el coche. Cuando era pequeño solía ir de compras con mamá. Íbamos a la tienda de descuento. Tenían frascos de mayonesa del tamaño de mi cabeza. No la he acompañado en los últimos años porque siempre va a Waitrose y allí hace demasiado frío. Es como si todos los pasillos fueran el de congelados.

Pasaron otros diez minutos, más o menos, antes de que mamá cruzara el camino de entrada. Sus tacones se metían entre los huecos del empedrado y estiraba la mano para mantener el equilibrio. Ella dice que una chica siempre debe llevar zapatos de tacón porque nunca sabe con quién puede toparse. Creo que se asustó un poco cuando me vio sentado en el asiento del acompañante. Me lanzó la mirada de La Ceja.

—¿No tuviste clase después de la escuela?

Negué con la cabeza. Ella suspiró y oprimió el botón de arranque y Elvis volvió a la vida con «Are You Lonesome Tonight?». Mamá se saltó a «Suspicious Minds». Es su favorita. Es la única vez que sé a ciencia cierta que su sonrisa es genuina: cuando Elvis anuncia que ha «caído en una trampa». A medio camino por la avenida, mamá se dejó llevar por la música y dio vuelta a la perilla del volumen, vueltas y vueltas, una y otra vez, aunque decía «VOLUME MAX». Cuando llegamos a la calle Derby, Elvis estaba rugiendo y mamá cantaba con él a todo pulmón, manteniendo las notas todo el tiempo que podía, lo que en realidad no iba bien con «Suspicious Minds». Yo no soy un gran aficionado de Elvis pero me gusta su efecto en mamá. Ken y Ursula escuchan versiones en jazz lento de «*Singin' In The Rain*» y «*Feeling Good*». Nunca escucharían a Elvis.

Waitrose siempre tiene la misma cantidad de gente, en absoluto demasiada. Mamá dice que por eso le gusta, que los precios elevados de la comida valen la pena por la experiencia exclusiva de compra, y por eso odia el surtido de los Esenciales de Waitrose. Dice que Waitrose no debería abaratar sus productos para la gente que no puede darse el lujo de comprar allí. Mi problema con el surtido de los Esenciales de Waitrose es que incluye cosas como el cuscús. No creo que el cuscús sea muy esencial.

Mamá se dispuso a reponer la comida para su cena con invitados. Compra en el orden en que se servirá la comida, y una buena cena siempre empieza con los bocadillos, que se encuentran en el extremo más alejado de la tienda. Almendras saladas con chile, cebollas marinadas, salsa de frijol con verduras picadas. Waitrose es el paraíso de los bocadillos. Tiene su propia barra de aceitunas: hay charolas y charolas de lustrosas uvas negras que saben a mar. Mamá dice que los aperitivos son imprescindibles. A los invitados se les debe recibir con algo de comer para que no se queden simplemente allí parados, obligados a platicar entre sí. Los bocadillos son un juego preliminar.

El primer plato de mamá es berenjena al horno rellena con arroz y queso azul. Las berenjenas, el arroz y el queso azul están situados en diferentes lugares de la tienda, de modo que mamá tuvo que ir de un lado a otro por los pasillos, dejando pequeñas marcas de tacón negro por dondequiera que iba. Se la pasó murmurando constantemente, pero yo iba detrás empujando el carrito y no pude escuchar lo que decía. Para cuando llegamos al mostrador de mariscos, mamá estaba sin aliento. El despachador de pescado era lo suficientemente agradable como para esperar. Mamá se inclinó sobre el cristal del aparador aspirando ese aire helado, mientras los pescados la miraban con las bocas abiertas. Al final, mamá tosió, suspiró, sonrió y dijo que le gustaría el más fino salmón escocés que el encargado de la pescadería pudiera ofrecerle. Dijo que el salmón tenía que ser el clímax de su comida. Tenía que ser perfecto; las palabras favoritas de mamá son «Inmaculado», «Perfección» y «Factor Wow». El empleado era solo un adolescente y en realidad no supo qué contestar.

Simplemente dijo: «Este es buen pescado. Es fresco».

Una vez que el carrito quedó lleno de salmón, nos fuimos de prisa al rincón de las bebidas. El piso del rincón de las bebidas de Waitrose es de madera para darle el aspecto de una auténtica bodega de vinos. Ursula Hampton solo bebe *champagne* (otras bebidas le producen acidez), así que mamá escogió unas cuantas botellas y las colocó al frente del carrito. Por último, a los Hampton se les va a servir café. Mamá dice que el café de una persona te dice mucho acerca de ella. Tiene una máquina grande que muele los granos y forma espuma en la crema. Pule esa cafetera a diario. Waitrose tiene una variedad sin precedentes de café: Brazilian Daterra, Colombian Supremo, Kenya AA, Kwonggi Mountain, Monsoon Malabar, Colombian Reserve, Sumatra Mandheling, Mocha Sidamo. Como mamá tenía que imaginar qué sabor era el más apropiado, seguía murmurando: «Simplemente no sé, simplemente no sé». Levantó un paquete de Colombian Supremo y lo olió. Examinó la descripción en la parte de atrás.

Sobre todo deseé que se relajara. Yo seguía pensando en el Prancing Horse de la esquina y preguntándome si servían cocteles y si me servirían a mí. Quería preguntarle a mamá si le apetecía un coctel para relajarse. Sé que prefiere lugares en la ciudad con asientos de piel y atmósferas adecuadas, pero pensé que podría preguntarle. No sabía de qué íbamos a hablar. No había pensado mucho en eso, en realidad. Solo quería comprarle un trago para que no se fuera a casa a preparar otro salmón ennegrecido, yendo de un lado a otro de la cocina con sus tacones, mientras todo el tiempo sonreía y sonreía. Debe de ser agotador. En mi cabeza repetía: «¿Te apetece un coctel?». Pensé: «Se lo diré a las tres», y conté: «Uno», y «Dos»...

Pero entonces mamá dejó caer el Colombian Supremo y empujó el carrito contra mi estómago, obligándome a retroceder hacia el mostrador del pan. Hizo una señal para que me callara, aunque yo no estaba hablando. Miraba el rincón. Después de un minuto también miré. Ursula Hampton estaba en la barra de las aceitunas con una canasta colgada del brazo, echando aceitunas con una cuchara en un tubito de plástico.

—No puedo toparme con ella —dijo mamá—. No así.

No pude comprender por qué. Mamá llevaba sus tacones altos y su pelo y su maquillaje eran perfectos. Se veía hermosa. Siguió repitiendo la palabra «no» una y otra vez, en voz baja. «No, no, no, no, no.» Luego se dio vuelta hacia mí.

—Si nos ve, solo prométeme..., prométeme que te esforzarás por ser normal —dijo.

No respondí porque no supe cómo hacerlo. No sabía cómo prometer algo en lo que había fallado toda mi vida. Ursula hojeó un par de revistas y luego se encaminó a las cajas. Un hombre se acercó a nosotros por detrás porque quería una *baguette* y mamá se disculpó y le pasó la más grande que encontró. Esperamos hasta que Ursula llegó al estacionamiento antes de abrirnos paso a las cajas.

En la registradora, las tarjetas de mamá no dejaban de hacer bip. Ella siguió buscando en su bolsa una tarjeta tras otra, y sus protestas se apaciguaban mientras la cola crecía. Al final dividió la cuenta entre cuatro tarjetas y nos fuimos sin mirar atrás. No puso a Elvis en el camino a casa.

09/12

Ha sido un largo día. Me pasé más o menos los últimos diez minutos sentando aquí en la nieve, tratando de recordar exactamente cómo empezó todo, y acabo de recordarlo. Por supuesto: el sillón italiano de piel llegó. Esta mañana era la última en que podía llegar a tiempo para la comida de los Hampton. Y esta mañana llegó.

Esperé hasta que la camioneta se alejó por la avenida para salir de mi cuarto. Mamá estaba tan excitada que olvidó servir el Colombian Supremo para los señores que lo entregaron y la cafetera aún seguía echando humo en la mesa del comedor. Me dirigí directamente a la puerta del frente, pero ella salió corriendo de la sala, sonriendo y susurrando: «Ven a ver, ven a ver».

La sala parecía mucho más pequeña con el sillón, que es de piel y tiene esquinero. Blanco. Mamá no dejaba de acariciarlo con la punta de su dedo. Sé que quería que yo hiciera un comentario sobre su belleza, sobre cómo la piel blanca combina con el blanco de las paredes o algo, pero no sé nada de esas cosas y nunca puedo pensar qué decir en el momento. Al final solo asentí para alentarla. Luego ella se puso toda seria y me dijo que no me sentara en él bajo ninguna circunstancia. Yo asentí de nuevo y salí al pasillo. No me siguió, así que me alejé rumbo a la escuela.

La primera clase fue Geografía. Ian y Ganso estaban pasándose notas de nuevo, lo que geográficamente es más difícil que en Literatura inglesa, porque Ian y yo nos sentamos al frente a la izquierda y Ganso se sienta atrás a la derecha. Eso significa que en ocasiones las notas de Ganso (las arruga para que formen pelotitas apretadas) aterrizarían en mi cuello o me rebotaban en la nuca. Estaban intercambiando comentarios sobre Lucy Marlowe de nuevo. La última teoría de Ganso era que después de que Ian le había mostrado la «magia del sexo», ella se había dado cuenta de lo mucho que le gustaba. Lo mucho que lo necesitaba. Escribió que desde Halloween Lucy había salido todas las noches a buscar tipos solo para tratar de revivir la experiencia. Escribió que ella ha dejado la escuela para emprender una carrera como prostituta.

Antes de que Ian pudiera responder, la puerta se abrió al fondo del salón y entró Lucy, y el señor Cullman detuvo su explicación de los posibles resultados de una colisión de las placas tectónicas y se quedó mirándola, y todos los alumnos del salón se esforzaron para ver sobre sus hombros y unirse a esa mirada. Lucy se quedó en la

puerta de entrada con una mano en su cadera. Ganso silbó. Ella pasó caminando a su lado hacia el frente del salón y se sentó en la mesa junto a Ian. No quise mirar como todos los demás porque sé que no es agradable que lo miren a uno, así que mantuve mi cabeza baja. Solo levanté la vista ocasionalmente.

Al principio parecía que Lucy tenía metidos dos balones de futbol debajo de su blusa, pero en una inspección de cerca las partes de arriba de los balones saltaban por arriba de su blusa, y evidentemente no eran balones porque estaban cubiertos de piel y adornados con el encaje rosa de un brasier. Lucy mantuvo su cabeza en alto. Tenía un aspecto serio y sofisticado. Después de un minuto el señor Cullman logró verla a los ojos. Murmuró unas palabras de bienvenida y regresó a su pizarrón.

Ian siguió mirando. En cierto momento Lucy se dio vuelta hacia él.

—¿Te importa? —preguntó.

Ian sonrió como respuesta sin levantar la vista de sus pechos. Lucy trató de mantener su apariencia molesta y sofisticada, pero no pudo evitar una sonrisa. Respiró hondo y su pecho se hinchó hasta casi explotar en su blusa. Ian dejó escapar un chillido de excitación. Me sentí enfermo, mareado. No creo que la camiseta del señor Spock de Lucy le vuelva a quedar.

Después del *lunch* tocó Inglés. Estábamos estudiando el acto tres de *Ha llegado un inspector*, que es la parte favorita de la señorita Hayes. La señorita Hayes estaba entusiasmada por leerla frente a nosotros. Dobló el libro hacia atrás, sosteniéndolo con una mano para que pudiera comunicar las palabras con la otra. Recorrió el salón, deteniéndose en sus pasajes favoritos para medir nuestra reacción. Adoptaba diferentes voces para cada uno de los personajes. Ian y Ganso se estaban pasando notas de nuevo, pero la señorita Hayes los ignoró y se concentró en su lectura.

Yo también intenté concentrarme en su lectura pero me resultaba difícil apartar la vista de las notas de Ian y Ganso. Seguían discutiendo sobre Lucy. Ganso le preguntó a Ian si le había dado algún tratamiento a sus implantes durante el *lunch*; Ian respondió que ella no lo había dejado porque estaban en la escuela y si lo atrapaban acariciándola podrían expulsarlos. Pero pudo mirarlos todo lo que quiso. Los dibujó. Escribió que después de la escuela iría a la casa de Lucy y estaba seguro de que subirían a ya-sabes-qué y les daría el tratamiento adecuado.

Ganso empezó a hacer dibujos. Los dibujos eran de los posibles escenarios de lo que podría representar ya-sabes-qué. En la mayor parte de ellos Lucy estaba inclinada, gritando con los ojos cerrados mientras Ian estaba de pie detrás de ella, con una gran sonrisa en su cara. Sentí una presión que se acumulaba dentro de mí. Traté de concentrarme en arrancarme la piel seca de los dedos. Toma unos días para que los efectos del cloro T-Rex aparezcan en mis manos pero cuando lo hacen quedan plagadas. Es como arrancar pegamento excepto porque pica; la piel de abajo es muy

suave, rosada, y está en carne viva.

Luego las notas de Ganso fueron acerca de ti. Acerca de cómo habías faltado el último par de semanas. Pensaba que tal vez también habrías ido a hacerte una cirugía. Hizo más dibujos, esta vez con tu cara gritando. Incluso dibujó tus lentes de sol. Ian solo contestó: «Ja, ja», pero Ganso siguió, nota tras nota. Me dolía la cabeza. Seguí arrancando y arrancando piel hasta que me sangraron los dedos, hasta que manché mi ejemplar de *Ha llegado un inspector* con huellas de sangre.

La campana sonó. Todos salieron corriendo del salón. La señorita Hayes me sonrió como si quisiera mantener una de nuestras pequeñas conversaciones, pero mantuve mi cabeza baja y me fui. Ganso e Ian se alejaban por el campo. La última clase era Civismo pero Ian y Ganso nunca entran a Civismo; siempre se escabullen a otra parte, por lo general con un par de chicas.

Lucy los estaba esperando cerca del arenero. Cuando Ian la vio, corrió y la levantó por los aires. Ella gritó y se rio y le dio una palmada en los hombros, gritándole que tuviera cuidado.

—¡Aún los tengo sensibles!

Se sentaron juntos en la arena. Ganso se sentó con ellos. Empezaron a besarse y Ganso tan solo se quedó allí, mirando.

Esperé junto a los botes de basura. Al final, Ian se inclinó y le susurró algo a Ganso, quien asintió y se retiró hacia el agujero entre los setos. Para cuando crucé el campo había desaparecido en la carretera. Ian y Lucy estaban recostados, besándose en la arena.

Eran las 2:36 p. m. La carretera estaba aburrida y vacía. El cielo se veía espeso como la crema. Ganso estaba sentado sobre la pared del puente del canal, con los pies colgando de la orilla. Fumaba un cigarro.

Me subí la capucha. Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo y crucé la carretera. No había viento pero el aire era muy frío y cada respiración penetraba el agujero de mi lengua. Cerré mi abrigo todo lo que pude, pero el frío seguía colándose de alguna manera, aferrándose a mis huesos y provocándome escalofríos. Traté de pensar en ti, pero todo lo que podía ver era la versión de ti en los dibujos de Ganso, inclinada y gritando.

Llegué al puente del canal. Solo podía distinguir el tap tap de los audífonos de Ganso. Apreté el interior de mis bolsillos. Todo mi cuerpo estaba temblando. Pensaba que en cualquier momento él me escucharía, el leve frufrú de mi abrigo mientras me acercaba a él, pero estaba demasiado ocupado moviendo la cabeza de arriba abajo al ritmo de la música. Tenía tiras de telaraña que colgaban de su cabello y se pegaban a su hombro izquierdo bailando en el aire.

Fuera lo que fuera lo que Ganso estaba escuchando producía un tap tap en una especie de clímax. Saqué las manos de mis bolsillos. Las puntas de los dedos me dolían por el frío. Me incliné hacia delante hasta que pude sentir el calor del forro de

su chamarra en mi cara, hasta que pude oler la mezcla amarga de sudor y cigarro.

Entonces la vi: una de **Ellas**, sacando una pata a la vez mientras salía del cuello de su chamara. No era una particularmente grande, más o menos del tamaño de una moneda de dos peniques, incluida la extensión de las piernas, pero igual me quedé congelado mientras se escurría por su espalda. Se detuvo entre sus escápulas, a la altura de mi rostro. En los audífonos cesó el tap tap. Se hizo el silencio en el aire.

Se quedó allí todavía por un segundo, antes de extender una pata hacia mí.

Presioné las manos en la espalda de Ganso. La chamarra suave me quemó los dedos, que me picaban. En parte esperaba que la caída fuera en cámara lenta, como la de una película, pero Ganso apenas tuvo tiempo de levantar los brazos antes de golpear el hielo. Los patos se dispersaron, graznando alarmados. El cuerpo de Ganso permaneció allí, con los brazos extendidos, como si estuviera haciendo ángeles de nieve. La sangre formó vetas que salían de su boca por el canal congelado. Los patos lo miraron. Yo lo miré. Se acercaron a él lentamente, picoteando sus costados y su espalda. Yo respiré.

Luego corrí. Tenía los pies entumidos y me dolían por el frío pero seguí corriendo. Debí de seguir corriendo durante casi una hora. No había muchos coches y por un momento corrí en medio de la carretera, pero entonces el tráfico escolar empezó y seguí por la acera. Ignoré el dolor que me provocaba respirar, la punzada que sentía en el costado. Recorrí la ruta del autobús hasta la Declinación Social. Hasta el Pitt. Necesitaba verte. Sabía que una vez que lo hiciera todo estaría bien.

Cuando llegué a la iglesia empezaba a nevar. Me recargué contra la pared, respirando profundamente.

El letrero decía:

## PERDONA COMO EL SEÑOR TE PERDONA

Pasé junto al Rat and Dog y di vuelta hacia el parque. Crucé rumbo a tu casa.

Y entonces me detuve. *Sobras* estaba allí, en medio del camino, olfateando una paloma aplastada en el asfalto. Me miró por un segundo, y vi en sus ojos que me reconocía. Se puso a saltar.

Me arrodillé junto a él. Ambos estábamos jadeando. Él olisqueó mi bolsillo y me lamió las manos. Le dije que no tenía salmón, lo sentía. Le pregunté qué estaba haciendo en la calle.

Luego levanté la vista y te vi en la esquina. Retrocedí, alejándome de *Sobras*. Él me ladró.

—Aquí estás —dijiste.

Estabas hablando con *Sobras*. Él se acercó trotando y tú agarraste su collar, le acariciaste la cabeza y me dijiste que lo sentías, mirando de reojo a través de tus rizos rojos. No llevabas tus lentes de sol.

En mi cabeza repetía: «¡Di lo que sea, di lo que sea, di lo que sea!», pero no dije nada.

Luego te alejaste. Pensé que tal vez eso sería todo. Estaba demasiado asustado como para hablar, pero por dentro rogaba que dijeras algo, cualquier otra cosa.

Casi llegabas a la esquina cuando te detuviste y te diste vuelta.

—Tú vas en mi escuela, ¿verdad? —dijiste y yo asentí; tú sonreíste y dijiste—: Te he visto en el autobús. ¿Vives por aquí?

Asentí de nuevo. No estaba mintiendo, en realidad; solo estaba asintiendo.

Me preguntaste mi nombre y te lo dije.

—Me llamo Alice —dijiste.

Hice todo lo que pude para pensar qué decir a continuación, pero mi mente no procesaba nada. La nieve se hizo más densa. Se acumuló en tu pelo.

—Bueno, nos vemos.

Caminaste hacia la esquina sosteniendo a *Sobras* por su collar. *Sobras* miró hacia atrás sobre su lomo unos cuantos segundos antes de voltear otra vez hacia ti. Yo me quedé allí, mirando a través de la nieve.

En la esquina te diste vuelta por última vez.

—Por cierto, no deberías estar ahí parado —dijiste.

Yo tragué saliva.

—Sobre tres rejillas —dijiste.

Miré abajo. Tenías razón. Estaba parado sobre un conjunto de tres rejillas. Me aparté y me paré en la acera simple y normal.

—Da mala suerte.

## FECHA DESCONOCIDA

Pues mamá y mi padre y Ken Hampton y Ursula Hampton están sentados en la mesa del comedor con cuchillos y tenedores y grandes platos de salmón ennegrecido y arroz con salsa de mango y como-se-llame-con-chipotle y sonríen y suenan unas trompetas suaves desde la sala y nadie habla porque todos esperan cortésmente a ver quién será el primero en dar la primera mordida al salmón de aspecto delicioso y mamá cree pero no está segura de que uno de los Hampton debe ser el primero en dar una mordida porque después de todo ellos son los invitados pero Ursula Hampton está segura de que mamá debe ser la primera en dar una mordida y «dirigir la comida» porque después de todo ella es la anfitriona y lo único que suena son las largas notas de trompeta en picada mientras se deslizan de la bocina de mamá a la sala, pasan por los jarrones de ramitas negras brillantes y los altos candelabros de cristal que sostienen gruesas velas con aroma de uvas para armonizar sobre las cabezas de los cuatro comensales, quienes aún están sentados y aún sonríen y aún esperan a que alguien empiece a comer y al final es Ken Hampton quien toma la iniciativa y bajo la mirada cortés de los otros tres comensales corta una pequeña rebanada de salmón y la cubre con arroz con salsa de mango y como-se-llame-con-chipotle hasta que su tenedor está cargado con una mezcla pareja de las texturas y los sabores reunidos en su plato humeante, asintiendo por turnos a cada uno de los comensales antes de llevarse el tenedor a los labios, pero mientras lo hace surge un pequeño pero audible clinc, Ken detiene por completo el tenedor ante su cara, sus cejas rojas y pobladas se mueven para fruncir el ceño en su frente y mientras una tercera trompeta se une a las dos suaves trompetas que tocan una nota ligeramente más triste a un volumen ligeramente más elevado, se hace evidente que aunque los labios sonrientes de Ken se han abierto, la pared blanca de dientes sonrientes que hay debajo no lo ha hecho y no importa cuánto luche Ken contra los goznes cerrados de su quijada parece que no puede separar los dientes, no puede permitir el acceso a su boca del salmón ennegrecido y el arroz con salsa de mango, no puede experimentar ese sabor ahumado del chipotle mexicano, no puede hacer nada en realidad sino dejar que la comida del tenedor se deslice a su plato, se disperse entre el arroz y salpique salsa de mango en su camisa rosa-salmón y ahora varias trompetas más se han unido a la cada vez más triste música de trompetas, esta vez tocando notas aún más graves y sostenidas, densas y profundas

como sutiles pero implacables sirenas de niebla, y la atención de los comensales se ha desplazado a Ursula quien intenta apartar los reflectores de Ken al cortar en su propio plato un trozo de salmón ennegrecido y arroz con mango y como-se-llame-con-chipotle, organizando delicadamente una mezcla de pescado y arroz en su tenedor antes de llevarlo a sus labios todavía sonrientes, pero cuando Ursula trata de dar una mordida ella también se topa con un pequeño pero audible clinc y también encuentra que sus dientes son incapaces de abrirse y también lucha contra su boca con la quijada trabada pero no puede lograr que un solo gramo del salmón ennegrecido de aspecto delicioso de mamá pase entre sus dientes blancos brillantes y así ella también termina tirando el salmón que estaba en su tenedor sobre la salsa de mango, salpicando el mantel con gotas dispersas de salsa y así mientras la música de trompetas chilla cada vez más fuerte desde las bocinas del *subwoofer* en la sala la atención de los cuatro comensales sonrientes se vuelve hacia mamá quien, aun a través de su brillante sonrisa, está evidentemente tan horrorizada y avergonzada por su desastre-de-cena que no tiene otra opción más que tomar el control, «dirigir la comida», hurgar sonriendo cortésmente en su propio plato de salmón ennegrecido, arroz con salsa de mango, como-se-llame-con-chipotle y mostrarles cómo se hace pero mientras mamá corta con atención una rebanada de comida en su plato se vuelve muy obvio incluso antes de que levante el tenedor que sus posibilidades de éxito son probablemente similares a las de Ken y Ursula, que es más que probable que mamá también vaya a sufrir el inevitable clinc, la inevitable quijada trabada, la inevitable caída-de-la-comida-del-tenedor, pero aun así mamá persiste, eleva su tenedor, abre sus labios, trata lo mejor que puede de empujar ese tenedor a través de sus dientes todavía sellados y ahora varias trompetas más se han unido a la música de trompetas que suena cada vez más fuerte, chillando caóticamente y distorsionando bruscamente y sobrepasando por mucho el volumen apropiado para la música de fondo y mi padre también está tratando de unirse y comer algo de salmón y así ahora los cuatro comensales están tratando de abrir sus quijadas, de atravesar sus sonrisas, de comer la comida que mamá se ha pasado tanto tiempo preparando pero no importa con cuánta fuerza empujen el tenedor, con cuánta desesperación miren, cuántas gotas de sudor caigan en los platos que tienen ante ellos, parece que no pueden dejar de sonreír lo suficiente como para hacer que un solo pedazo de salmón entre en la cálida humedad de sus bocas y las trompetas están lamentándose ahora, sosteniendo notas inigualables por mucho más tiempo del que cualquier trompetista puede soplar y los comensales casi se clavan los cubiertos en sus caras, mi padre recurre a sostener el tenedor hacia él como cuando un samurái se apuñala a sí mismo en las películas antiguas y está empujando con todas sus fuerzas hacia su boca y el pelo de Ursula Hampton se ha deslizado sobre sus ojos y ella está empuje-y-empuje hacia su cara hasta que al final en lugar de darle a los dientes se corta a un lado de su mejilla y mamá ahora intenta hacer palanca para abrir su quijada con su cuchillo de acero inoxidable y la sangre de

Ursula tiñe el mantel y el jazz está llegando a una especie de frenesí de jazz *free style* lleno de zumbidos que se arremolinan y mientras Ken Hampton finalmente logra atravesar sus dos dientes delanteros dos largas patas negras y curvadas empiezan a retorcerse en el hueco y

# II

Es oficial. La temporada navideña ha comenzado. Las decoraciones de mamá llegaron esta mañana. Tenemos dos nuevos árboles artificiales de Navidad. Mamá compra árboles nuevos cada año. Ella dice que puede saber si un árbol pasó once meses en el desván.

Mamá está abajo, en el comedor, cantando «Suspicious Minds». Ayer recibió la llamada de los Hampton: ella y mi padre están invitados a la fiesta de Año Nuevo. Mamá ha cantado sin parar la canción de Elvis durante toda la mañana. Cada tanto sube a mostrarme una nueva chuchería o una tira de oropel o las diversas combinaciones de encendido de las luces colgantes de oro blanco. Mi padre no está en casa desde el martes.

Me siento mejor ahora, pero mamá no me deja salir de la cama. Dice que quiere que esté fuerte para el trabajo. No quiere decepcionar a Ken Hampton. Dudo que a Ken Hampton le preocupe que yo no esté fuerte para el trabajo (nunca lo he visto poner un pie en la carnicería); aun así no está mal pasar unos cuantos días en cama. No he tenido que vestirme ni comer en la mesa del comedor. No he tenido que caminar en la nieve para ir a la escuela. Todo lo que hago es estar acostado, viendo una película tras otra de mi colección de videocasetes de Retro Hollywood. Esta mañana vi *Muñequita de lujo*. Subí una caja de muesli de tres nueces y maple de Waitrose a mi recámara y recorrí durante dos crujientes horas de felicidad el Nueva York de los cuarenta. La escena final me atrapa siempre: Holly, Fred y el gatito mojado bajo la lluvia. Audrey Hepburn apretando el cuello del abrigo de George Peppard. Creo que tú eres más bonita que Audrey Hepburn.

Mamá pasó los últimos días buscando la llave de mi ventana. Quiere airear mi cuarto antes de que el olor a enfermo contamine el resto de la casa. Dice que una casa no debe oler más que a aire fresco. Fue el aire fresco lo que hizo que me enfermara, para empezar. El lunes, después de que me hablaste. Pasé horas afuera, en el frío. Estuve en el Pitt solo y necesitaba tiempo para reflexionar.

Pensé en ir a la vieja casa de Nan, en la calle Kirk, pero en ocasiones mi padre va allí con sus secretarias y al final decidí no hacerlo. En cambio caminé a la iglesia. Me senté junto a la pared del exterior. Escribí en mi diario. Miré cómo la nieve transformaba el Pitt a mi alrededor: los coches, las paredes, los botes de basura, las

latas y las botellas se volvían formas alfombradas de blanco.

En cierto momento una pandilla de chicos surgió de las casas calle arriba, con sus rostros ámbar bajo las luces de la calle. Se pusieron a construir un muñeco de nieve; algunos recogían la nieve mientras otros iban a casa a buscar las frutas para la cara. Lo construyeron en la esquina, una montaña con dos manzanas cocidas por ojos. Solo cuando terminaron me di cuenta de que me estaba cubriendo la nieve, que se acumulaba en mi pelo y el forro de mi chamarra. Yo mismo me estaba convirtiendo en un muñeco de nieve. Me paré y me sacudí; uno de los niños me señaló, gritó, se dio vuelta, corrió y los demás lo siguieron, desapareciendo en el Pitt que seguía cubriéndose de blanco.

Regresé a Skipdale. La nieve me llegaba hasta las rodillas. Se arremolinaba a mi alrededor como hojas al viento. En la carretera los coches rodaban a la misma velocidad a la que yo caminaba. No sé qué hora era cuando llegué a casa. Cuando entré en el vestíbulo escuché murmullos, tintineo de cubiertos, jazz lento. Escuché los «ja, ja» correctamente pronunciados de la risa de Ursula Hampton. Escuché la puerta cerrándose detrás de mí. Escuché que el jazz lento se acababa y la plástica cesaba y entonces silencio, auténtico silencio.

Tragué saliva y avancé para quedar a la vista. Allí estaban: Ursula, Ken, mi padre, todos sentados bajo la luz de las velas con los ojos bien abiertos y sonrisas y platos de salmón ennegrecido. Mamá me daba la espalda con la cabeza agachada. Me dio gusto, en cierta forma, porque aunque se diera vuelta no creo que yo hubiera podido mirarla a los ojos. El jazz lento empezó de nuevo: una trompeta gemía.

Ken Hampton pronunció mi nombre. Lo dijo como si fuera una pregunta, alzando las cejas, cerrando el espacio entre ellas y su espeso pelo negro. Llevaba una camisa color rosa, y tres botones abiertos hacían que se confundiera con la difusa capa anaranjada de su pecho. Dijo que no sabía que me iba a unir a ellos esta noche y mi padre lo negó de inmediato, pensaba que yo estaba en la casa de un amigo, ¿por qué no estaba con mi amigo? Mi padre levantaba la voz. Era una mala señal. Siguió viendo a mamá mordiendo el interior de sus mejillas.

—Hermosa noche —dijo Ursula.

Yo asentí. Todavía estaba temblando por el regreso bajo la nieve. La parte inferior de mis pantalones estaba cubierta de nieve. El olor a salmón me revolvió el estómago. Me di cuenta de pronto de que mis síntomas (náusea, escalofríos, quijada trabada) eran los mismos que padecía como resultado de ver a una de **Ellas**. Me di cuenta de que realmente había visto a una de **Ellas** tan solo unas horas antes, arrastrándose por la espalda de la chamarra de forro polar de Ganso, y que no había experimentado ninguno de los efectos habituales. Esperé unos segundos, respirando a fondo, mirando el piso, sin saber si subir las escaleras a mi habitación.

Alguien habló. Al principio no registré las palabras y miré de rostro en rostro, esperando a que quien fuera repitiera lo que había dicho. Ya habíamos entablado una

conversación y sabía que tendría que esperar allí, bajo la mirada de los Hampton. Esperar hasta que consideraran que podía marcharme, hasta que me dieran la oportunidad de subir corriendo a mi recámara prácticamente impenetrable, de cerrar la puerta y colocar mi serpiente de tela a rayas verdes y cafés debajo de la puerta y de arrastrarme a mi cama, seguro, caliente y solo.

Debió de ser Ken quien habló porque repitió la pregunta. Preguntó cómo iban las cosas en la carnicería. En mi cabeza le respondí que la odiaba. Le dije que ni siquiera necesitaba su dinero, que solo se estaba acumulando en un estuche de video en mi cuarto. Le dije: «Métase su trabajo por el culo». Todo el tiempo que estuve diciéndole esas cosas en mi cabeza hubo jazz lento y caras sonrientes. Ursula dio un sorbo a su *champagne*. Las piernas me temblaban. Yo no dije nada. Solo me quedé parado allí sin decir nada. Mi mamá se llevó la mano a la frente.

Entonces Ursula me preguntó cómo me iba en la escuela. Yo asentí para decir «bien» y traté de sonreír, pero no podía saber si notaban siquiera mi sonrisa porque ya todos sonreían, hasta mi padre, que nunca sonríe.

—Le está yendo muy bien en Inglés, ¿o no, Greg? —dijo mi padre.

Ursula Hampton repitió la palabra «Inglés» y preguntó si quería ser maestro de Inglés cuando creciera y yo asentí de nuevo, como si lo apropiado fuera quedarse allí parado y asentir a todo lo que decían, aunque no lo era, por la expresión de la cara de Ursula. Ken también asintió durante unos segundos, arrugando su frente en tres líneas distintas como la garra de algún animal salvaje, mientras pensaba en algo más que decir. Preguntó qué pensaba del nuevo sillón. Ursula frunció el ceño en su dirección. Volteó hacia mí de nuevo y sonrió.

—Adorable, ¿no es cierto?

Yo quise decir que adoraba el sillón. Quise decir que era el mueble más hermoso que había visto jamás, que era aún más blanco, puro y hermoso que la nieve de afuera. Quise hablarles acerca de sus orígenes italianos y de cómo complementaba las cortinas y probarle a mamá que todo este tiempo había estado escuchando, solo que nunca sé cómo responderle. Pero no lo hice. Solo me quedé allí parado preguntándome cuánto tiempo tomaría para que notaran que me temblaban las piernas. Preguntándome cómo podría irme sin empeorar las cosas.

Fue entonces cuando vomité. Empezó como una tos (solo sentí el sabor de la bilis caliente después de tres o cuatro tosidos, un sabor similar al puré de calabaza con chipotle de mamá). A partir de ese momento los recuerdos son vagos. Recuerdo que me hundí en el piso, pero eso debió de ser cuando me desmayé, porque a continuación mamá estaba arrodillada junto a mí, arañando mi cuello con sus uñas mientras buscaba mi pulso, metiéndome el dedo en la boca para sacar el vómito, pellizcándome mientras luchaba por levantarme. Escuché que mi padre les pedía a los Hampton que se sentaran, que terminaran su comida. Lo escuché comentar el salmón ennegrecido.

Las voces se apagaron. Mamá me subió cargando al baño. En ese momento yo estaba seguro de que eras tú quien me cargaba. Cada vez que abría los ojos veía esa imagen tuya, en la calle cubierta de nieve con *Sobras* a tu lado. No recuerdo muy bien que mamá me desvistiera, solo el frío agujijón de los mosaicos del baño, el estruendo de la tina llenándose de agua, mi cabeza balanceándose mientras ella me quitaba los pantalones cubiertos de vómito. No recuperé la consciencia por completo hasta que estuve en el baño, e incluso entonces fue más bien como caer lentamente en la cuenta de que no estaba soñando.

Mamá estaba de rodillas junto a mí, sosteniendo mi cabeza por encima de la superficie del agua. Su vestido estaba mojado, se le pegaba a los brazos y al estómago. No sonreía. No supe qué decir, así que solo me quedé recostado, devolviéndole la mirada. El agua se sentía como una cobija. El sudor o el vapor se condensó en una gotita en la punta de mi nariz. Estaba muy consciente de que me encontraba desnudo.

—Lo siento —dije.

Mamá me hizo callar. Me apartó el fleco de los ojos.

Me dijo que todo estaría bien.

## 12/12

No decepcioné a Ken Hampton. Me levanté más temprano de lo habitual y caminé en la nieve hasta el trabajo. Era más fácil bajar de la acera para avanzar porque la nieve no era tan espesa, pero cada tanto un coche se aproximaba y tenía que subirme de nuevo. No creo haberme parado en ningún conjunto de tres rejillas pero era imposible estar seguro. Llegué dieciocho minutos tarde. Al entrar, tu padre me aplaudió y me llamó «Héroe de la Nieve».

Pasé casi toda la mañana haciendo café. Phil había conseguido un trabajo de noche conduciendo la camioneta de su hermano por el bosque para recoger árboles de Navidad. Eso dijo, que con el nuevo bebé está ahorrando para tener la mejor Navidad de su vida. Hice café cada media hora, usando el doble de la cantidad normal de granos, como lo hace mi hermana cuando quiere mantener su energía de bailarina. No quería que Phil perdiera la concentración y se cortara un dedo.

El café hizo estragos en los riñones de Phil. Tuvo que ir corriendo cada diez minutos a vaciar su vejiga. La tubería se había congelado y no había agua en el escusado, así que el aroma a café y orina permaneció en el fondo de la tienda todo el día. Cada vez que las buitres salían por una cubeta tenían que arrugar sus caras y Phil solo se reía y decía: «¡Feliz pinche Navidad!».

Por fin llegó la hora de regresar a casa. Se supone que debo terminar a las cinco pero nunca salgo antes de las cinco y cuarto porque tengo que esperar en la seguridad y soledad de mi cocina hasta que las buitres, quienes también terminan a las cinco, hayan abandonado las instalaciones. Se toman su tiempo para hacerlo. Como Ken Hampton insistió en que todos los empleados vistieran una gorra negra de la carnicería Hampton's, las buitres terminan sus sábados reunidas en el guardarropa, arreglándose el pelo. Lo hacen con una mezcla de cepillo, *spray* y pasadores. Les gusta hablar de lo que harán en la noche: a qué bares van a ir, qué canciones van a bailar, a qué chicos besarán. Me quedo en la cocina y finjo trapear el piso, que está ya limpio desde hace mucho tiempo. Una vez traté de dejar correr el agua de la llave para ahogar las risas de las buitres, pero una de ellas apareció en la puerta de la cocina, estiró la mano y la cerró.

—¿Te importa? —dijo—. Estamos tratando de hablar.

Así que ahora solo me quedo parado y espero a que se vayan.

Una vez que se fueron salí por mi sueldo. Tu padre y Phil estaban sentados en el mostrador. Tu padre preguntó si todo había quedado limpio y yo asentí. Dijo que tenía otro trabajo para mí.

Me llevó a la parte de atrás del estacionamiento. Solo había un automóvil, hundido hasta el cofre en la nieve. Dijo que había tenido algunos problemas para llegar a su espacio de estacionamiento esta mañana. Sonrió y me entregó una pala.

La nieve se había endurecido y vuelto hielo en la oscuridad. La separé y la apilé palada tras palada junto a los botes de basura en el callejón. Estaban por dar las cinco y media y sabía que ya no me pagarían, pero seguí retirando la nieve con la pala alrededor del coche y detrás de las cuatro ruedas. Incluso abrí un camino hasta la calle para que tu padre pudiera salir en reversa fácilmente. Tenía los pies entumidos, las manos me punzaban y el hielo perdía toda textura. Podía oír a tu padre y a Phil riendo adentro.

Cuando estaba por terminar, sacando la nieve de debajo del tubo de escape, aplasté una luz trasera. No sé qué pasó, de pronto mi brazo se agitó. La fuerza del golpe hizo que me doliera la mano (todavía tengo la palma sensible por la quemada de la colilla de cigarro). El foco quedó desnudo y roto y había cristal rojo disperso sobre el hielo. Pensé en correr a casa, abandonar la nieve, la pala y el sobre con mi sueldo que estaba adentro, en el mostrador. Incluso dejé caer la pala. Luego la recogí de nuevo. Enterré los fragmentos y entré.

Las luces estaban apagadas. Phil se había ido. Tu padre esperaba en la oscuridad.

—¿Ya terminaste? —preguntó.

Asentí.

Tomó la pala y la recargó en el rincón con los cepillos. Cerró con candado la puerta de atrás y me condujo afuera de la tienda. Salí a la plaza y me cerré bien el abrigo.

Él me entregó mi sueldo.

—Te veo la próxima semana.

## 14/12

Es difícil regresar a la escuela después de una ausencia. La gente solo se da cuenta de que me he ido cuando reaparezco. La gente nota mi presencia. La gente habla.

Sin embargo, esta mañana había noticias más apremiantes. El señor Cullman no se había presentado. De acuerdo con los murmullos de las buitres a la entrada, lo habían despedido. Ian y Ganso también estaban ausentes, de modo que no pude conocer más detalles mediante sus tenis-notas.

En el descanso fui a la biblioteca. En cuanto entré supe que había algo diferente: el olor. Por lo general huele a la tinta y el papel polvoriento de los libros (que es también a lo que la señorita Eleanor huele, lo he notado cuando paso junto a ella en el corredor), pero hoy el aire era dulce y espeso, como el puré de calabaza con chipotle de mamá. La señorita Eleanor no se veía por ninguna parte.

Había murmullos entre los estantes del fondo. Sabía que era más que probable que otros alumnos estuvieran allí haciendo nada bueno.

Iba hacia la puerta cuando escuché tu risa.

Estabas en el pasillo de Literatura. Cuando me arrodillé pude verte a través de un hueco entre los estantes, con la pierna cruzada en el rincón junto a la sección de Poesía. Han pasado días desde que tomé tu autobús, días sin tener ni siquiera un atisbo de ti y ahora esto: tú, aquí, en mi biblioteca. Imaginé lo que pasaría si me veías. ¿Me reconocerías? ¿Me hablarías? Tenías la cabeza echada hacia atrás como si estuvieras a mitad de un bostezo. Salía humo de tu boca, grandes volutas que se inflaban y se reunían alrededor de la alarma contra incendios pegada con cinta. La cabeza de Angela descansaba sobre tu hombro, mirando el cigarro entre tus dedos.

—Maldita mierda —dijo.

Le diste otra fumada. Las dos empezaron a reírse pero yo no pude adivinar por qué.

Luego surgió la voz de Ian.

—Mi turno, damas.

Me arrastré por el pasillo. Ian estaba cerca de los audiolibros apoyado sobre los codos, con la corbata alrededor de la cabeza estilo Rambo. Ganso estaba junto a él, riendo, esperando su turno con el cigarro.

—Solo un segundo, bebé.

Angela se deslizó sobre tus piernas para dar otra fumada. La punta brilló en tus lentes de sol.

Me acuclillé contra el librero. Cerré los ojos. Imaginé a Ganso como lo había visto la última vez, tirado en el canal, con los patos rodeándolo en el hielo. Sentí la estática de su chamarra con forro polar en mis dedos. Y allí estaba, en mi biblioteca. Sin un rasguño. Riéndose sin tan siquiera un diente roto.

Allí estaban todos ustedes: tú, Ganso, Ian y Angela; allí, en mi biblioteca.

Esto es lo que pasa cuando no te veo. Esto es lo que siempre les pasa a las cosas puras y perfectas cuando se les da tiempo. Las circunstancias cambian. La gente cambia. El mundo sigue su rumbo y yo me quedo atrás. Quería recorrer la cinta hacia atrás, a cuando solo éramos tú y yo, parados en la calle. Tú, yo y *Sobras*, en la nieve.

Escuchaba y me apartaba de la conversación. Tú guardabas silencio, pero Angela hablaba de varias cosas: la calidad del cigarro que estaban fumando, una fiesta próxima en casa de Ganso, el Fantástico Evento de Baile de Navidad. Angela despotricó contra Cullman. Al parecer lo han despedido por tener imágenes indecentes en su computadora. Angela dice que las imágenes eran de Lucy Marlowe. Dice que Lucy le envió fotografías de sus pechos después de la operación en un esfuerzo por asegurarse un lugar en el Fantástico Evento. Dijo que Lucy era un poco puta por tratar de entrometerse en su espectáculo de baile. Ahora hay rumores de que han suspendido el Fantástico Evento, de que tal vez lo reorganicen para después de Navidad. ¿Quién ha oído de un Fantástico Evento de Baile de Navidad después de la Navidad?

Angela resopló. Regresé al hueco de libros faltantes. Ella estaba en cuatro patas en el pasillo, con la cara retorcida en una risa extrema y silenciosa. Se parecía a la postura que tenía el gato de Nan, el *señor Saunders*, cuando tosía para expulsar una bola de pelo.

—¿Qué? —preguntó Ian. Empezó a reírse también—. ¿Qué?

—Es solo Cullman —jadeaba entre risas—, el viejo pedófilo. ¡No puedo creer que por fin lo hayan atrapado!

Angela dejó caer la cabeza sobre el regazo de Ian. Ian aprovechó la oportunidad para quitarle el cigarro de los dedos. Le dio una fumada. Tú estabas recargada contra el librero, todavía con una sonrisa en tu rostro. Ganso arrastró los pies y se sentó junto a ti. Seguía mirándote. Tú tenías puestos tus lentes de sol, pero sabía por la inclinación de tu cabeza que estabas durmiendo.

—Que se chingue Lucy —dijo Ian, dejando que el humo escapara con sus palabras—. No me importan ella y sus tetas. Ni siquiera me dejó tocarlas.

Apartó el cigarro. Ganso lo tomó sin apartar la vista de ti.

—Las chicas más jóvenes son más divertidas. —Ian levantó la mano de Angela y la besó como un caballero.

—¿Es cierto eso? —preguntó ella.

Entonces Ian y Angela empezaron a besarse. Me aparté de nuevo. Todo lo que podía oír era el chasquido húmedo y la separación de los labios. Angela gimió. El librero se tambaleó. Un ejemplar de pasta dura de *Orgullo y prejuicio* cayó de lado. El humo me estaba dando dolor de cabeza. Cerré los ojos.

—Estoy aburrida —dijo Angela entonces—, vamos por algo de comida. —Y se puso de pie.

Debió de apoyarse en el librero porque este se tambaleó de nuevo y ahora *Orgullo y prejuicio* se deslizó del estante y cayó directo sobre mi rodilla. Me hice ovillo contra la pared, junto a Historia, apretándome la rodilla para que dejara de dolerme.

Aparecieron uno por uno, tropezándose por el corredor rumbo a la salida de incendios. Ian tomaba de la mano a Angela. Ganso tomaba la tuya. Atravesaron la puerta para pasar al patio.

Tu risa se fue apagando. Luego desapareció.

Esperé en la biblioteca hasta que sonó la campana. Luego fui a Inglés. Ian y Ganso no aparecieron. Debieron de quedarse contigo y Angela. La señorita Hayes tampoco apareció. El resto de nosotros esperamos quince minutos, luego nos fuimos. La regla (para nuestro año por lo menos) es que si un maestro no ha llegado a clase después de quince minutos, los alumnos tienen permitido irse. Estoy seguro de que esta no es una regla real de la Preparatoria Skipdale.

Fui a la oficina de la señorita Hayes. La puerta estaba cerrada. Toqué pero no hubo respuesta. Revisé el estacionamiento: su automóvil aún estaba allí.

Fui y toqué de nuevo.

—¿Qué?

Le dije que era yo. Le pregunté si podía entrar. Ella no dijo que no, de modo que después de unos segundos entré.

La señorita Hayes estaba en su escritorio. Su mascarilla se había corrido, acumulándose en las arrugas debajo de sus ojos. Le pregunté si se sentía bien, pero no respondió. Tomé mi asiento habitual.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Le dije que había venido para nuestra reunión. Había faltado la última vez porque no había ido a la escuela. Estuve enfermo, y me disculpé por eso.

La señorita Hayes se rio. No fue una risa como es debido, solo un «ja». Se miró las manos, una sobre la otra en su regazo. Había dejado su anillo de compromiso en medio del escritorio.

—Supongo que has escuchado los rumores —dijo—. Estás aquí para ver si son ciertos.

Negué con la cabeza. Le dije a la señorita Hayes que había venido por mí. Necesitaba su ayuda. Le pregunté si tenía alguna nueva teoría.

—¿Qué caso tiene? —preguntó—. Me sentaré aquí y trataré de ayudarte y tú te sentarás allí y no dirás nada.

No supe qué responder, así que solo me senté allí y no dije nada.

—¿Has leído algunos de los libros que te presté?

Miré su anillo de compromiso.

—Creo que no.

Quería mostrarle a la señorita Hayes mi diario. Mostrarle que lo había usado. Mostrarle que estaba tan lleno de palabras que ya no cabían más en las páginas. Mostrarle que el lomo estaba tan cuarteado y desgastado que tenía que mantenerlo unido con una liga. Quería explicarle que no importaba si le había respondido o no cuando me hablaba, que estaba bien que los dos tan solo nos sentáramos en silencio.

Pero no dije nada. Solo miré el escritorio.

—Vete —dijo la señorita Hayes.

Eso hice.

## 16/12

Esta mañana, cuando bajé a desayunar, encontré a mamá de rodillas sobre la silla junto a la ventana del comedor, separando la persiana con su pulgar y un dedo. Estaba negando con la cabeza.

—¿Ya viste eso? —preguntó—. ¿Lo viste?

No necesitaba apartar la persiana. Incluso a través del cristal escarchado del pórtico podía distinguir la silueta del Santa Claus inflable de dos metros de alto que Artie Sampson había colocado en su entrada. Sonreía orgullosamente. Movía la cabeza arriba y abajo en la brisa. Me pregunté cómo metería y sacaría su coche del garaje.

—Todos estuvimos de acuerdo —dijo mamá—, pero él no podía apegarse a lo acordado, ¿no?

La petición de luces de Navidad de mamá empezó en agosto. Todos en la avenida estuvieron de acuerdo en usar las mismas lucecitas colgantes de oro blanco con el mismo número de producto del mismo catálogo, en colgarlas de los mismos puntos del arco de sus techos. Hasta la señora Jenkins, de la casa de al lado, estuvo de acuerdo. Pero mamá sabía que Artie Sampson tramaba algo. Lo supo por su sonrisa vacía cuando ella le mostró las fotografías del catálogo, por sus palabras tranquilizadoras de que recordaría el número de producto y no necesitaba anotarlo. Mamá le explicó que ella solo quería que la avenida se viera bien durante la temporada navideña y Artie Sampson asintió, guiñó un ojo y dijo: «Ah, no se preocupe, así será», y mamá supo que él iba a salir con un truco como este.

Mamá terminó sus decoraciones de Navidad anoche. Nuestra casa es casi una réplica del especial de Navidad de *House Proud Magazine*. La revista lo llama «moderno-tradicional»: luces tradicionales, guirnaldas y regalos yuxtapuestos con un enorme muñeco de nieve de porcelana y figuras navideñas de alambre. En el centro del techo de la sala cuelga un árbol de navidad puesto de cabeza. Mamá pasó casi una hora en la escalera de tijera pegando cada adorno en sus ramas de PVC. Dice que tiene el Factor Wow.

La señora Jenkins, de la casa de al lado, tampoco ha puesto sus lucecitas colgantes de oro blanco. Yo era el único vestido, así que mi mamá me mandó a darle una vuelta esta mañana para ver si ella necesitaba ayuda para clavarlas en su pórtico. No hubo respuesta. Probablemente estaba en el desván tocando el piano. Cada tanto, a altas

horas de la noche, puedo escuchar el tintineo de las teclas del piano. Toqué cuatro o cinco veces, luego regresé por el camino. Artie estaba de pie en su puerta con su esposa, admirando el Santa Claus.

—¡Buenos días! —gritó y luego vio a mamá, arrodillada en la ventana del comedor, y agitó la mano señalando la figura inflable de su entrada con los pulgares levantados y una sonrisa.

Mamá sonrió y agitó la mano como respuesta. Cuando entré se apartó de la ventana, tallándose los ojos como si quisiera borrar la imagen. Frunció el ceño con la cabeza baja durante unos segundos. Luego negó con la cabeza.

—Se necesita más que Artie Sampson para arruinar esta Navidad —dijo y desapareció en la sala.

Yo seguí hacia la cocina. Sarah se encontraba allí. Estaba junto a la cafetera. Normalmente Sarah no sale de su cuarto hasta que se ha maquillado, pintado y enfundado en su uniforme, pero esta mañana estaba todavía en bata, con el pelo recogido y la cara pálida y limpia. Parecía una niña otra vez.

Fui a la alacena por un tazón y empecé a llenarlo con muesli de tres nueces y maple de Waitrose. Sarah estaba haciéndose su habitual infusión matutina de café. Echó una cucharada de granos de Colombian Supremo en una taza mientras esperaba a que la tetera hirviera. Tenía los ojos entrecerrados. Tenía un par de barro en la frente. La tetera tronó y ella llenó una cuarta parte de la taza y agitó los granos, suavizándolos en agua. Le ofrecí la leche pero me ignoró, escurrió los granos en el fregadero, los devolvió a la taza y se alejó de prisa por la escalera mientras los masticaba ruidosamente.

Yo dejé mi muesli y la seguí. Mamá estaba en la sala tallando el sillón. Su más reciente enemigo es la gravedad, pues la piel italiana blanca se está llenando de diamantina y agujas de pino de PVC, cortesía del árbol puesto de cabeza. Estaba demasiado ocupada tallando como para escuchar que yo subía la escalera de puntitas y el crujido de las duelas del piso mientras me hincaba ante la puerta de Sarah.

Sarah estaba frente a su tocador frunciéndole el ceño a su cara pálida y limpia. Estiró la mano hacia su neceser y empezó a untarse base, a echarse polvos para convertirse en un lienzo en blanco. Nunca pensé que Sarah pudiera ponerse maquillaje. Una vez usó el colorete de mamá cuando era niña y la tuvieron que llevar a Urgencias. Tuvo una reacción en la piel, siempre tenía ese tipo de problemas. La tenía demasiado seca. Siempre se estaba pelando. Los niños de la escuela la llamaban «Escamas».

El polvo era el problema, eso dijeron los doctores. El polvo era el enemigo. El polvo la hacía rascarse y cuando se rascaba su piel se hacía polvo. Era un círculo vicioso. Mamá solía decirle que dejara de rascarse y hacía que se pusiera guantes de cocina para dormir, pero eso no la detenía. A menudo la escuchaba por la noche, ese sht-sht-sht de sus pequeñas garras mientras se metía bajo su colcha. Todavía recuerdo

que saltábamos sobre su colchón mirando las partículas de polvo, la piel de Sarah bailaba a nuestro alrededor bajo la luz del sol.

Eso fue antes de lo de la isla Finners, antes de que me mudara con Nan. Cuando regresé había una Sarah diferente, una popular que llevaba maquillaje y bailaba en el escenario y ya nadie la llamaba «Escamas». Me senté en el pasillo y la miré esta mañana. Tenía que ver la transformación con mis propios ojos, tenía que atestiguar cómo se pintaba para volver a ser una mujer. De otra manera, nunca habría creído que era la misma chica.

## TRANSCRIPCIÓN

Extracto de la entrevista entre el detective sargento Terrence Mansell (TM) y la hermana de Gregory Hall, la señorita Sarah Hall (SH).

TM: Te prometo que esto no tomará mucho tiempo.

SH: Está bien.

TM: Solo necesito hablar acerca de lo que ha pasado con tu hermano.

SH: Me lo imagino.

TM: ¿Cómo estás lidiando con todo?

[SH se encoge de hombros.]

SH: Está bien, supongo.

TM: ¿Está bien?

SH: Quiero decir, no lo sé. Lo supongo. ¿Qué quiere que le diga?

TM: Solo la verdad.

SH: Bueno, mamá está atravesando otra crisis nerviosa. Ahora todos en la escuela me odian, eso es lo que pasa.

TM: ¿Por Greg?

SH: Me llaman «la hermana del *psycho*».

TM: Qué bonito.

SH: Una chica de mi clase, Angela, se me acercó y me escupió el otro día. Me escupió en el cuello.

TM: Los chicos pueden ser..., tú sabes.

SH: Claro.

TM: Entonces imagino que estás bien. «OK» probablemente sea la mejor forma de expresarlo. Te sientes «OK» para estar atravesando circunstancias difíciles.

SH: Eso es.

TM: ¿Has visto a Greg?  
[SH niega con la cabeza.]  
TM: ¿No quieres?  
[SH se encoge de hombros.]  
TM: ¿Cómo es su relación?  
SH: ¿Con Greg?  
TM: Claro.  
SH: Bueno, es mi hermano.  
TM: ¿Y?  
SH: Eso es todo, supongo.  
TM: ¿Son cercanos?  
SH: Él es un poco extraño. Como que da miedo. Me refiero a que no puede evitarlo, no es su culpa. Solo es así. Nunca habla mucho. Se queda esperando.  
TM: Creo que vivían separados cuando eran chicos.  
SH: Él vivía en casa de Nan.  
TM: ¿Así que no se veían mucho?  
SH: Mamá no nos dejaba. Ella iba a verlo los fines de semana, pero nunca me dejaba ir con ella. Decía que era por el gato. Yo tenía eczema. Ella decía que el gato era malo para la piel.  
TM: ¿No le creías?  
SH: Bueno, eso no explicaba por qué Greg no podía venir aquí, ¿no?  
TM: Supongo que no.  
SH: No explicaba por qué teníamos que salir en días distintos. Por qué ya nunca íbamos de vacaciones. Por qué, en las raras ocasiones en que estábamos juntos, como Navidad o mi cumpleaños, ella nos sentaba en extremos opuestos de la mesa. ¿Por qué? ¿Tantos pelos de gato tenía encima? Como si no pudieran simplemente cepillarlo para quitárselos o algo así. Quiero decir que tenía permitido ir a casa de Nan para el Año Nuevo a mirar los fuegos artificiales. Pero incluso entonces me sentaba en un extremo de la cocina y él se sentaba en el otro. Todos actuaban como si eso fuera normal, usted sabe.  
TM: ¿Por qué crees que los querían mantener separados?  
SH: Por cómo era él. Por todo eso de la isla Finners. Aunque si se lo menciona a mamá, es como si ese

lugar no existiera. Ella está tan pinche reprimida.

TM: Aclárame, ¿qué es «todo eso de la isla Finners»?

SH: Un lugar al que solíamos ir cuando éramos niños. En realidad no puedo recordarlo.

TM: Pero ¿algo sucedió allí? ¿Hubo un... accidente?

SH: Creo que yo tenía como ocho años, o algo así. Recuerdo que quería ir en un bote pero no me dejaban subir. Y entonces Greg me llevó en uno. No recuerdo mucho después de eso, solo que estuve en el hospital.

TM: ¿Y fue cuando Greg se mudó?

SH: Eso es. De pronto fue como: «Ah, solo va a estar en casa de Nan por un rato». Y luego: «Ah, se la está pasando tan bien que se va a quedar». Y luego, cinco años después, cuando a Nan se le empezó a borrar el CD y tuvo que entrar en un asilo para ancianos, fue como: «Vaya, ¡mira quién está de regreso!».

TM: ¿Fue extraño tenerlo de regreso?

SH: Bueno, sí. Fue extraño. Porque yo seguía viéndolo cada tanto, pero de pronto allí estaba todo el tiempo. Como dije, esperando.

TM: ¿Preferirías que no hubiera regresado?

SH: No. Yo no diría eso. Quiero decir, es mi hermano. Solo que no lo conozco. Y él nunca trató de conocerme tampoco. Cuando regresó nos mantuvimos alejados el uno del otro.

TM: ¿Y cuando desapareció?

SH: ¿Qué hay con eso?

TM: ¿Cómo te sentiste?

SH: Bueno, lo vi. Usted sabe, esa noche, en la fiesta, fui la última en verlo.

TM: ¿En la fiesta del paseo Wallaby? ¿En la casa de Lambert?

SH: Correcto. Se lo dije a mamá y papá y ellos estaban como: «¿Qué? ¿Una fiesta?». Y yo: «Claro». En realidad pensaba que era estupendo que hubiera ido a la fiesta. Quiero decir, nunca pensé que lo haría, menos con su reputación. Se necesitan pelotas.

TM: ¿A qué hora llegó?

SH: Eran como las once cuando lo vi, creo.

TM: ¿Y cómo estaba?

SH: Solo, como siempre. Dijo que estaba buscando a alguien. Creo que todos podíamos adivinar quién era. Y él estaba borracho, creo. Hicieron un escándalo por eso. La bebida. Porque él no podía tomar, ¿sabe? Por sus medicinas. Pero no creo que le hiciera daño. Quiero decir, él se iba a emborrachar en algún momento, ¿verdad? Es un adolescente, por el amor de Dios. Eso es lo que se supone que debe hacer.

TM: ¿Hablaste con él en la fiesta?

SH: Le dije que se fuera a casa. Me sentí mal por él después de eso, pero ¿qué se supone que debía hacer? Pensé que iba a terminar golpeado.

TM: ¿Y fue la última vez que lo viste?

SH: Así es.

TM: ¿No lo viste tomar el cuchillo?

SH: No lo vi tomar nada.

TM: ¿Y qué hay acerca de las acusaciones?

SH: ¿Qué hay con ellas?

TM: ¿Crees que es culpable?

SH: No.

TM: ¿Cómo?

SH: Bueno, quiero decir, supongo que lo es. Pero no propiamente culpable. Es una enfermedad, ¿verdad? ¿Cómo puede ser culpable de una enfermedad? Si están buscando a alguien a quien culpar, nos deberían culpar a nosotros.

TM: ¿«Nosotros»?

SH: Todos nosotros. Debimos haberle puesto atención. Debimos habernos preocupado por él. En cambio, lo ignoramos. Esperando que todo eso simplemente desapareciera. Eso es lo que yo estaba haciendo en la fiesta.

TM: No es correcto que te culpes a ti misma.

SH: Sí, ¿cómo no?

TM: Lo digo en serio.

SH: Bueno, entonces culpo a la enfermedad. Culpo a las pastillas. Lo que sea.

TM: Simplemente no te culpes a ti misma. Eres demasiado joven para que te devore ese tipo de culpa.

SH: Está bien.

TM: Tú no has hecho nada incorrecto.

SH: No importa.

TM: Te lo prometo.

SH: ¿Puedo irme ya?

## 18/12

No he ido a la biblioteca desde el lunes. En los descansos me siento en los escalones detrás del bloque de tecnología. Me hago bolita en mi posición para calentarme. Nadie va nunca allá atrás.

Hoy miré caer la lluvia sobre el campo disolviendo lo último de la nieve. Mi mente debía de estar vagando porque no escuché la campana y llegué tarde a la tercera clase.

La tercera era también la última clase, y ese era el último día de clases. Tuvimos Literatura inglesa. Cuando llegué, la señorita Hayes esperaba en el corredor. Estaba empapada por la lluvia; a través de su blusa se le veía el brasier de nuevo. Me dijo que lo sentía por haber sido tan grosera el otro día. Dijo que podía quedarme después de Inglés, que podíamos hablar. Yo asentí. Me estrechó el brazo. Tenía la mano fría y húmeda; llevaba puesto su anillo de compromiso y le había dado vuelta en su dedo, de modo que el diamante se me clavó en la muñeca. Me dijo que en verdad lo sentía. Yo volví a asentir, luego me aparté y me apresuré a entrar.

La clase se quedó en silencio cuando entré. Me miraron cruzar el salón hasta mi escritorio en la parte de atrás. Solo la mitad de la clase estaba presente: una asistencia típica para el último día de clases. Casi todos habían abandonado sus lugares habituales y estaban sentados con amigos. Una pandilla de buitres estaba reunida en el rincón: Lucy Marlowe, Carly Meadows y unas cuantas más. Habían formado un círculo con sus sillas y murmuraban entre ellas.

La señorita Hayes mantuvo la cabeza baja cuando entró. Evitó el contacto visual con Lucy y las buitres. También evitó mi rincón (probablemente estaba asustada de ver a Ian y a Ganso allí, riéndose desde el fondo del salón, pero ellos nunca venían cuando teníamos medio día de clases). Tomé el ejemplar de *Ha llegado un inspector* de mi mochila. Nadie más había sacado su ejemplar de *Ha llegado un inspector*, excepto Huevín y Dan Bradey. Huevín y Dan Bradey siempre sacaban sus ejemplares de *Ha llegado un inspector* mucho antes para que pudieran empezar de inmediato con la lectura. Les gusta tomar notas y hacer preguntas a la señorita Hayes acerca de los principios socialistas de Priestley. Van a ir a Oxbridge.

La señorita Hayes se sentó en su escritorio. Echó un vistazo a la puerta, o tal vez al reloj que hay sobre ella, esperando a quienes estaban retrasados. A las 11:30 a. m.

nadie más había llegado, así que empezó a leer.

Hoy estaba callada. Se tropezaba con las palabras y tenía que repetirlas. Mantenía la vista sobre la página y no adoptó la voz de un personaje una sola vez. Faltaban veinte páginas para terminar *Ha llegado un inspector*. Habíamos llegado al clímax, cuando el inspector Goole regaña a todos los demás personajes por ser groseros con Eva Smith. En la página el discurso es fuerte y apasionado; en realidad el murmullo de la señorita Hayes no le hacía justicia. La mayoría de la clase estaba durmiendo o mirando las serpientes que formaban las gotas de lluvia en las ventanas. Sam Johnson estaba quitándose fragmentos de tierra de sus pantalones. Las buitres murmuraban en su rincón. Las únicas personas que prestaban atención eran Huevín y Dan Bradey.

Traté de concentrarme en *Ha llegado un inspector* pero mi mente seguía divagando. Seguía pensando en ti, esa imagen tuya, con la pierna cruzada en la biblioteca con Ganso, Ian y Angela. Trataba de recordar tiempos más felices (nuestros viajes en autobús, debajo del puente, la vez que me hablaste en la calle), pero todo lo que veía era a Ganso mirándote de reojo en el pasillo de Poesía. La llama de tu cigarro en los lentes de vinilo negro. Los besos húmedos de Ian y Angela. La voz de la señorita Hayes se quebraba. Al principio levanté la vista, luego volví a agachar la cabeza. No soportaba mirarla. Aún tenía el pelo mojado y tal vez solo era el agua de lluvia lo que cubría su cara, pero parecía que estaba llorando. Carly Meadows pronto se dio cuenta y murmuró a las otras buitres. Lucy resopló ahogando una risa. La señorita Hayes las ignoró y siguió leyendo.

Seguí la lectura en mi libro. Señalaba cada palabra con el dedo mientras ella leía. Pensaba que si le mostraba a la señorita Hayes cuánto me concentraba, tal vez ella se daría cuenta de que estaba haciendo un buen trabajo y se volvería una lectora más confiada. Cuando estaba terminando el discurso de Goole, se detuvo para dar vuelta a la página. Yo levanté la vista de nuevo y vi a una de Ellas al frente del salón, bajando del techo por arriba de la señorita Hayes.

Yo no había tenido muchos ataques en la escuela. Hubo una vez en Educación Física en que tuve a una de Ellas en mi tenis, y otra sentí una telaraña en la cara en el armario del material escolar, pero aparte de eso la escuela había estado relativamente libre de ataques. En el invierno tendían a habitar lugares cálidos (la Gran Afluencia) y la Preparatoria Skipdale no era exactamente cálida, con sus techos altos, sus ventanas sin cristales dobles y su par de puertas constantemente abiertas.

Hoy fue diferente. Una se arrastró hasta Literatura inglesa y colgaba justo en el salón. Al principio no supe cómo reaccionar. Se veía tan fuera de lugar, tan extraña, colgando sobre la señorita Hayes. Fue su negrura lo que llamó mi atención (tal vez solo era el contraste entre ella y el pizarrón blanco de detrás, pero su negrura era casi un vacío, como un agujero en la tela de la realidad). Las buitres aún estaban riéndose en su rincón. Sam Johnson seguía quitándose la tierra de los pantalones. Incluso Huevín y Dan Bradey (quienes estaban mirando directamente a la señorita Hayes, de

modo que estaba claramente en su línea de visión) siguieron tomando notas en sus ejemplares de *Ha llegado un inspector*.

La señorita Hayes siguió leyendo. Sus palabras solo eran ruido, un lento tarareo para acompañar el descenso. Poco a poco cerró la brecha entre sí misma y la cabeza de la señorita Hayes. Se detuvo por completo a unos centímetros de ella. Colgó por un segundo, meciéndose en la brisa y retorciendo las patas delanteras con expectación. Luego cayó sobre su pelo.

Mis ataques tienden a llegar por etapas. Primero se me agarrota el cuerpo. La expresión «quedarse congelado» es muy exacta porque el agarrotamiento incluye cierta frialdad, además de cierta comezón que se concentra en la base de mi columna vertebral. El sonido se apaga. La sangre pulsa. La cabeza me duele. Suele ser peor cuando en realidad no veo a ninguna de Ellas, como cuando veo a una de Ellas y luego súbitamente se oculta de mi vista. Como la que estaba en el pelo de la señorita Hayes.

Traté de centrar mi mente en el drama; para entonces agitaba con violencia mi ejemplar de *Ha llegado un inspector*. Cerré los ojos. Respiré y seguí las palabras de la señorita Hayes en mi cabeza. Palabra tras palabra tras palabra. Los únicos sonidos que había eran el silbido de la lluvia y las risas ocasionales de las buitres. Luego la señorita Hayes se detuvo para aclararse la garganta y no pude sino levantar de nuevo la vista hacia ella, no pude sino observarla arrastrándose por su frente.

Entonces Lucy y Carly Meadows voltearon a verme. Carly murmuró algo y Lucy resopló; me di cuenta de que yo apretaba los puños y había arrancado unas páginas de mi ejemplar de *Ha llegado un inspector*. Respiraba con rapidez y muy probablemente todos lo oían. Dejé caer el libro y apreté los lados de mi escritorio. Cada vez que cerraba los ojos te veía sentada en el pasillo de Poesía con Ganso, solo que ahora él estaba besándote. Ahora eran tus labios y los suyos los que chasqueaban y se unían. Una de Ellas bajó arrastrándose por la frente de la señorita Hayes. Disminuyó su velocidad y luchó por trepar sobre las pestañas antes de escurrirse por el lado izquierdo de la nariz. Sacudí el escritorio con mi temblor. Otros se dieron vuelta. Sam Johnson abandonó la misión de quitarse el lodo de los pantalones y solo se me quedó viendo. Hasta Huevín y Dan Bradey murmuraron algo con desaprobación. La señorita Hayes siguió leyendo, leyendo y leyendo y leyendo todas esas palabras que desde hacía mucho habían perdido todo significado, con ella en equilibrio sobre su labio, rebotando al ritmo del discurso. La señorita Hayes se detuvo para dar vuelta a la página y la que era una de Ellas desapareció finalmente, deslizándose fuera de la vista en el interior de su boca abierta.

Debí de tirar mi escritorio porque cuando salí a toda prisa oí que algo se arrastraba, hubo un súbito traqueteo y mi ejemplar de *Ha llegado un inspector* patinó por el piso del salón de clases. Alguien se rio. Una de las buitres chilló la palabra *psycho*. Corrí por el pasillo frío y lleno de ecos del edificio Lipton. Salí y atravesé

corriendo el campo. Seguí corriendo a través del hueco de los setos y subí por la carretera. Caía una cortina de lluvia que parecía ahogar el mundo. Se formó una cascada de agua en la acera. Cuando llegué a la sequedad relativa de la parada del autobús me senté abrazándome a mí mismo en una posición que me permitiera mantenerme caliente.

Vomitó. Eran flemas principalmente, y un par de pasas del desayuno. Me sentí mejor después. Me senté, me estremecí, miré cómo la lluvia deslavaba las flemas. Todo el tiempo que estuve allí sentado esperaba en parte ver a la señorita Hayes corriendo en el agua de la carretera detrás de mí. Pero nunca llegó.

A las 12:02 el autobús se detuvo y trepé a bordo. Tomé mi asiento del fondo. Me concentré en la vista, la bruma lluviosa de la Declinación Social y los puentes cada vez más oxidados que anticipaban el Pitt.

El letrero de la iglesia decía:

## ¿TÚ FALTAS EN LA «IGLE A»? SI

Me bajé en nuestra parada de siempre. Para entonces la lluvia había amainado y era una llovizna. Todavía había un montículo de nieve en la esquina de la iglesia y una manzana podrida en la acera, los restos del muñeco de nieve de los chicos del Pitt.

Me apresuré a rodear el parque. Crucé el campo hacia las casas de la parte de atrás. Solo necesitaba verte. Sola. Sin Ganso, Ian y Angela. Necesitaba que solo fuéramos nosotros dos. Como antes.

Conté los jardines hasta que llegué al tuyo. Había atravesado la mitad del seto cuando un grito llegó del área de juegos. No sonaba como un grito humano, se parecía más al grito angustiado de un animal prehistórico. Me di la vuelta hacia el campo.

Había una pandilla de cuatro chicos del Pitt encaramados en las barras de la estructura para trepar mirándome desde debajo de sus capuchas. Me recordó la escena de *Los pájaros* en la que Melanie Daniels se da la vuelta y ve a todos esos cuervos mirándola con los picos abiertos.

Entonces, uno por uno se deslizaron de las barras y cruzaron el parque hacia mí.

El líder era tu hermano. Lo supe por cómo caminaba (la manera en que inclinaba su cabeza, fijaba la mirada y dejaba que le colgaran los brazos a los lados). Me di cuenta de que debí correr en cuanto lo vi, pero él y sus amigos me rodearon casi de inmediato y era evidente que yo no podría ir a ninguna parte.

Había interrumpido a tu hermano mientras fumaba y por un minuto solo se quedó allí, saboreando las últimas fumadas de su cigarro. Los otros chicos del Pitt esperaban a ambos lados sonriendo entre ellos. Uno se lanzaba un balón de fútbol de una mano a la otra. Tu hermano arrojó el cigarro hacia los arbustos y se inclinó para

expulsar el humo en mi cara. Noté su desodorante fuerte y amargo en mi garganta.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Parecía una pregunta extraña para ese momento. Se me quedó la mente en blanco; en realidad no sabía lo que estaba haciendo. Me encontraba en clase escuchando cómo leía la señorita Hayes y de pronto estaba en el Pitt. No tenía ninguna explicación lógica. Todo lo que podía hacer era quedarme allí tratando de articular palabras, pero no tenía idea de cuáles. Los otros chicos del Pitt aún estaban sonriendo pero el rostro de tu hermano parecía congelado con el ceño fruncido.

—Te voy a preguntar de nuevo —dijo lentamente—. ¿Qué chingados haces husmeando en mi jardín?

Clavó los ojos en mí; tenían el mismo azul brillante que los tuyos. Traté de concentrarme en mi respiración, en el temblor de mis piernas cada vez más débiles. En todo lo que podía pensar era lo del refresco Tango. Me habría encantado que uno de ellos me vertiera Tango encima. Seguía pensando: «Solo échense Tango y váyanse. Solo échense Tango y váyanse».

Tu hermano se dio vuelta hacia uno de los chicos del Pitt, el que tenía el balón. Murmuró algo en su oído. El chico del Pitt se rio y asintió. Tu hermano se dio vuelta hacia mí.

Sonrió.

Sacó la mano del bolsillo de su sudadera. Esperaba ver un cuchillo o una botella rota pero solo vi sus dedos. Su mano se cerró para formar un puño con el índice y el dedo medio señalando hacia mí como un arma. Giró la mano y extendió el dedo medio, así que me estaba insultando. Sus compañeros se rieron. Se me encogió el estómago. Tal vez eso era todo: solo iba a insultarme. En conjunto, no estaba tan mal.

Entonces presionó los dedos contra mis ojos. Retrocedí hasta donde pude en el seto, tanto que las ramas se me clavaban en la nuca, pero tu hermano seguía empujándome. Más y más y más y más. Puso el pulgar bajo mi barbilla, agarrándome la cabeza como si fuera una pelota de boliche.

Al principio el dolor fue agudo y quemante, pero aumentaba cuanto más tiempo y más fuerte empujaba con los dedos, hasta volverse un dolor profundo que parecía partirme el cerebro. Me aferré a las ramas de la cerca de arbustos, que se me clavaron en las palmas. La suave piel de mi quemada punzó. La humedad cálida de lo que creía que eran lágrimas corrió por mis mejillas.

Los chicos del Pitt se rieron.

En algún lugar un perro ladró.

Tu hermano siseó en mi oído. No recuerdo las palabras exactas pero fue lo normal. Me llamó *psycho* y me dijo que no debería estar fisgoneando por los jardines de la gente y que si alguna vez regresaba me dejaría más que ciego. Presionó más y más fuerte para acompañar al tono de su voz. La presión se me acumulaba en la frente. En cualquier momento los ojos me iban a explotar como tomates maduros. Sus dedos se

abrirían paso partiendo mi cráneo.

Ese es el peligro de que lo vean a uno. Debí de haber revisado el campo en primer lugar. Fue estúpido no hacerlo. Mi estupidez iba a costarme cara. Tu hermano me iba a dejar ciego, allí en el parque Crossgrove, donde jugaba de niño. El parque al que Nan solía llevarme a buscar nueces de la India. Me dejaría ciego y nunca volvería a ver tu rostro. Esto es lo que pensaba mientras me hundía en tu cerca de arbustos.

Solo entonces surgió una voz.

—¿Qué creen que están haciendo? —dijo, como lo acababa de hacer tu hermano, solo que más suave. Y supe instantáneamente que eras tú.

La presión cedió entonces, los dedos se retiraron. Caí al suelo. Me puse la mano sobre los ojos tratando de apartar el dolor al frotarme. Todo lo que veía eran formas moradas y amarillas, planeando y estallando como fuegos artificiales. Quería levantarme y aparentar que me sentía bien. Pero no me sentía así.

Le pediste a tu hermano que me dejara.

Risas.

—Lo digo en serio, Sean —dijiste.

Hablaste de whisky, de que tu hermano había tomado algo del cobertizo y le dirías a tu padre. Le advertiste que también le hablarías del cigarro.

—Sabes lo que hará si descubre que has estado fumando.

Pasaron unos segundos. Las gotas de lluvia golpeaban el seto que me rodeaba.

—La próxima vez, amigo... —Sentí el calor de tu hermano en mi mejilla. Y luego se fue.

El golpeteo de sus pasos se alejó por el campo. Todo lo que quedó fue el aire frío y limpio.

—¿Estás bien? —preguntaste.

Yo asentí. Era difícil comprobar la eficacia de un movimiento de cabeza sin poder ver. Agregué un «sí».

—No creo que lo estés.

Traté de levantarme pero era difícil saber qué era arriba y en qué dirección estaba el frente. Me aferré a los arbustos del seto para apoyarme; sus hojas estaban húmedas y me resbalé y arañé mi cara con una rama.

—Definitivamente no estás bien —dijiste—. Ven aquí.

Noté que tenías las manos pequeñas y frías al estrecharlas entre las mías. Eras más fuerte de lo que esperaba: en segundos me habías levantado del seto y me arrastrabas hacia el frente hasta que mis pies encontraron el suelo. Sacudí las hojas de mi pelo.

—Soy yo, Alice. Ya nos conocemos. ¿Recuerdas?

Yo asentí, esta vez con un gran movimiento de cabeza para estar seguro de que lo veías. Las piernas aún me temblaban. El tráfico zumbaba en la carretera a la distancia. No podía ser real. No podías estar aquí, frente a mí. Decidí que no lo creería hasta verlo, hasta verte. Traté de abrir los ojos pero todo era de un blanco cegador y

brillante

—Ven.

Me tomaste de la manga de mi abrigo. Me arrastraste a través del campo. Debías de ir corriendo porque me tropecé para seguir tu paso. El pasto parecía pantanoso y tenía las calcetas empapadas. En algún lugar del camino había perdido mi mochila pero no parecía importar.

Nos detuvimos. Me presionaste los hombros con las manos mientras me pedías que me sentara. Me guiaste a un asiento duro que se balanceaba. Cuando levanté las manos y encontré las cadenas, me di cuenta de que era un columpio. Habíamos llegado al área de juegos.

—Siéntate aquí un minuto —me ordenaste.

—Estoy ciego —afirmé.

—No estás ciego —me tranquilizaste—. Créeme. Solo espera un minuto.

Esperé un minuto. La lluvia se había detenido. En algún lugar a mi derecha oí un jadeo.

—¿Cuántos dedos estoy levantando?

Abrí los ojos. El mundo aún era un resplandor de un blanco punzante.

—¿Tres?

—No. Tienes razón. Debes de estar ciego.

No podía ver si sonreías. Bajé las manos a mis piernas. Algo cálido se deslizó sobre mis dedos. Me agité.

—Es solo *Sobras* —dijiste—. Es inofensivo.

Estiré la mano y toqué la cabeza de *Sobras*. Podía sentir cada ranura y cada cuenca de su cráneo. Me dijiste que por lo general no le gustaban los extraños. Yo debía de ser especial. Esperé otro par de minutos antes de volver a abrir los ojos. Esta vez el pasto, el cielo y las filas de casas estaban allí, solo que atrapadas en un brillante remolino de color.

Cerré los ojos de nuevo.

—¿Te sientes mejor?

Asentí.

Esperé unos minutos más. Podía oler el humo, ese humo dulce como chipotle que había olido en la biblioteca. Debiste de notar que olfateaba.

—¿Quieres un poco? —me preguntaste de pronto.

Antes de que tuviera la oportunidad de decir «no, gracias», tenía la punta de papel de un cigarro metida entre los labios.

—Vamos, Pruébalo —dijiste—. Aspira. Te relajará.

Así lo hice. Tomé una bocanada corta y fuerte. Se me atragantó y tosí, tanto que casi perdí el equilibrio. Tuve que aferrarme a las cadenas del columpio.

Resoplaste tratando de ocultar tu risa.

—Inténtalo otra vez.

Esta vez inhalé más lentamente. Dijiste que mantuviera el humo en el pecho. Mientras aspiraba sentí que la ligereza se expandía en mi interior. Abrí los ojos. Vi el contorno del mundo a nuestro alrededor: el parque, las casas, la resbaladilla. Tú. El cielo era brillante y al principio tuve que entrecerrar los ojos.

—Póntelos —dijiste, y deslizaste tus lentes de sol sobre mis ojos.

El mundo tenía un tinte rosa, pero estaba allí y en su lugar correcto, y tú también estabas allí, sonriendo desde el columpio a mi lado. Tenías puesto ese abrigo que en ocasiones llevabas a la escuela, el de los ribetes de piel roja. Entrecerrabas los ojos. Entonces noté, al verte tan de cerca, qué era lo que había de extraño en tus ojos sin lentes de sol. Noté por primera vez que no tenías pestañas.

Te llevaste el cigarro a la boca.

—Mira —murmuraste—. Se supone que debes mantenerlo en tus pulmones, ¿correcto? Te mostraré cómo. ¿Estás listo?

Te colocaste el cigarro en los labios y cerraste los ojos. El extremo se encendió, tu cuello se flexionó. Abriste tu boca para formar una «O». La voluta más tenue de humo se esparció por el aire, solo por un segundo, antes de que lo aspiraras de nuevo. Y luego el tiempo se detuvo. Te congelaste. No respiraste. Tu boca permaneció formando una «O». Tenías los ojos cerrados, pálidos y desnudos sin sus pestañas. Lentamente el humo reapareció, saliendo hacia el aire que nos rodeaba.

Sonreíste.

—¿Ves?

Recorrí el parque con la vista. Me recomendaste que me relajara. Dijiste que tu hermano era un cabrón, ahora debía de estar jugando en las vías del ferrocarril. Tenía la manga del abrigo llena de lodo y las manos arañadas por los arbustos. La palma me sangraba de nuevo; la quemadura de tu cigarro simplemente no sanaba. Sentía escalofríos. *Sobras* brincaba por el campo cazando a una bandada de palomas. Se dispersaron en el aire.

Me pasaste el cigarro y yo le di una fumada. Fue más fácil la segunda vez, pero no había manera de que lo mantuviera dentro tanto tiempo como tú. Después de menos de un segundo salió como un escupitajo.

Recordé que aún tenía puestos tus lentes de sol, me disculpé y te los pasé. Tú te los pusiste.

—Probablemente pensarás que es muy extraño que siempre lleve estos...

Negué con un movimiento de cabeza.

—A todos les parece. Me dicen «Señorita *Cool*».

—Te pareces a Audrey Hepburn en *Muñequita de lujo* —afirmé.

Dijiste que no la habías visto.

—Tienes que verla.

Para entonces habías dejado de escuchar. Fruncías el ceño. No sabía por qué lo hacías porque seguías con los lentes puestos. Te inclinaste hacia delante, hacia mí.

Buscaste mis ojos, tal como lo había hecho tu hermano, solo que esta vez no me acobardé ni retrocedí. Presioné los pies sobre el pasto para detener el bamboleo del columpio. Me acariciaste la parte inferior del párpado y retiraste la mano con suavidad. Tenías una pestaña rizada en la punta de tu dedo.

La sostuviste frente a mí.

—Pide un deseo.

No supe qué decías. Estaba demasiado ocupado mirando, mi reflejo me devolvía la mirada desde los cristales de tus lentes de sol. Aún tenías el ceño fruncido.

—Tienes que soplar y pedir un deseo —insististe—. Cada una de tus pestañas es un deseo. ¿No lo sabías?

Así que hice lo que dijiste. Cerré los ojos y soplé y cuando los abrí de nuevo tu dedo estaba desnudo. Volviste a meter tu mano en tu bolsillo. Rehuiste mi mirada para pasear la vista por el parque y la espalda de las casas.

Te volviste hacia mí, frunciendo el ceño de nuevo.

—Me tengo que ir.

Levantaste tu mochila y te bajaste de tu columpio.

—Ah —murmuré.

—Nos vemos por ahí.

Cruzaste de prisa el parque hacia tu casa golpeando con tus pies el pasto húmedo. Llegaste al seto y llamaste a *Sobras* antes de desaparecer a un lado del cobertizo. *Sobras* miró atrás una vez y te siguió. Yo me quedé esperando a que voltearas, pero no lo hiciste.

Apagué el cigarro y me puse de pie para irme. Fue entonces cuando vi a tu padre, que miraba hacia abajo desde la ventana de tu recámara.

## FECHA DESCONOCIDA

Es medianoche, estoy acurrucado en la cama y por el peso en mi cabeza estoy seguro de que estoy dormido cuando de pronto un sonido como taptaptap viene del cristal de mi ventana de salidadeincendios y al principio trato de ignorarlo trato de mantener los ojos cerrados para fingir que estoy dormido pero como el sonido persiste no puedo sino despertar no puedo sino sentarme no puedo sino verte afuera en la oscuridad con tu palma contra el cristal y tu respiración blanca y temblorosa bajo el brillo plateado del claro de luna y al principio estoy confundido y un poco asustado porque puede ser un poco atemorizante y confuso despertar en la noche con la cara de alguien en la ventana pero mientras elevas la mano y golpeas una vez más y fijas esos enormes ojos azules en mí todo mi miedo y mi confusión ceden y dan vuelta dentro de mi estómago y veo esa sonrisa que sonrío y todo lo que quiero es dejarte entrar desprender esa pared de doble cristal entre nosotros y admitirte en la seguridad de mi cuarto en la suavecalidez de mi cama sin embargo mientras estiro la mano hacia la manijadelaventana de la salidadeincendios encuentro que la manijadelaventana está dura y mi ventana de salidadeincendios está aseguradafirmemente y por supuesto mi ventana de salidadeincendios está aseguradafirmemente y por supuesto mi ventana de salidadeincendios ha estado aseguradafirmemente por años mi ventana de salidadeindencios ha estado aseguradafirmemente desde ese percance con unade**ELLAS** en parapente y así mientras me apresuro a salir de la cama hacia la repisadevideocasetes para recuperar la llavedelaventana de mi estuche de videocasete de *Breve encuentro* para desprender la pared de doblecristal entre nosotros y admitirte en la suavecalidez de mi cama puedes imaginar mi sorpresa y horror al encontrar el estuche del videocasete completamente sellado en una capa superimpenetrable de cintacanela café arrugada mi frustración cuando no puedo encontrar ninguna orilla de la que pueda desprender la cintacanela mi desesperación mientras el taptaptap se reanuda y levanto la vista y te veo allí aún con esos ojos fijos en los míos todavía con esa sonrisa que sonrío y todo lo que puedo hacer es decirte que lo siento lo siento pero no te preocupes no te preocupes pronto tendré el estuche del videocasete abierto pronto tendré la llavedelaventana pronto abriré esa pared de doblecristal entre nosotros y te admitiré en la suavecalidez de mi cama y todo estará bien todo estará bien todoestarábien pero para ser honesto no estoy completamente seguro de que todo

estará bien en realidad no estoy completamente seguro de que puedas siquiera oírme porque después de todo la ventana tiene doble cristal y yo estoy hablando a un volumen muy bajo para no despertar a nadie de mi familia y tu cara no está mostrando ningún signo de haberme oído y aún está fija en esa sonrisa vacía y pequeños copos de nieve blanca aún se desplazan a través de la oscuridad acumulándose en tu pelo tu bata el plástico negro de tus botas Wellington y tú estás temblando y todavía estás taptaptap en la ventana todavía agitando la mano y así cuando finalmente descubro un pedazo suelto en el sello de la cintacanela del estuche de *Breve encuentro* puedes imaginar mi alivio además de mi prisa y mi frustración cuando estoy por quitarla y quitarla y quitarlaquitarlaquitarla solo para encontrar que no parece que la cintacanela se acabe nunca que no importa cuánto arranque de cintacanela solo sigue y sigue en capa tras capa como una pesadilla de cintacanela con embalaje excesivo reuniéndose en resmas como una enorme serpiente de cinta canela enroscada en el piso de mi prácticamente impenetrable recámara y así mientras otro taptaptap viene del cristal de la ventana de salidad e incendios levanto la vista y veo que la nieve cae con fuerza ahora y tu temblor se vuelve una agitación y todo lo que quiero con cada gramo de mi alma es abrir esa ventana para quitar el cristal para dejar que el hornocaliente de mi recámara te envuelva para sostenerte y sostenerte y sostenerte en la suave calidez de mi cama pero no importa cuánta cintacanela arranque de mi estuche de videocasete de *Breve encuentro* simplemente no puedo llegar al interior para sacar la llave ese pequeño pedazo de metal que he tenido oculto tanto tiempo sin pensar que se volvería importante e inalcanzable y estoy rasgando ahora la cintacanela y mordiéndola y estoy sudando y mis manos se pegan al plástico húmedo caliente y tu temblor está convirtiéndose más en un traqueteo y tu taptaptap se vuelve más un toctoctoc a cuenta de la capa de hielo que se endurece sobre tus nudillos y cada vez que levanto la vista tu cara sigue poniéndose blanca y todavía estás sonriendo con esos labios que siguen poniéndose blancos que sonríen esa sonrisa esa sonrisa y estoy gritando ahora grito en espera de ayuda pero no hay ni un atisbo ni un sonido del resto de mi familia y estoy tratando de abrir la caja realmente lo intento pero no puedo hacer que se abra no puedo abrirla y tu cara se está congelando como una de las cabezas de cerdo del congelador de Hampton's y aplasto el estuche del videocasete de *Breve encuentro* contra la repisa de videocasetes y lo arrojo al suelo y salto sobre él y me arrodillo clavándole las garras y finalmente cuando desgarré el plástico tus golpes se detienen tu piel blanca como la nieve tu cabello congelado en rizos sólidos y mientras destrozo la caja con mis dedos ardientes y ensangrentados todo lo que encuentro es a **ELLAS** cientos de **ELLAS** miles de **ELLAS** saliendo de los fragmentos de plástico retorciéndose entre mis dedos extendiéndose por el piso de mi recámara y



## 19/12

La tienda estaba vacía cuando llegué. Charlie y las buitres no llegan hasta las ocho y media pero tu padre y Phil suelen estar en su bloque desde temprano, rebanando bistecs para el mostrador. Revisé la cocina, el retrete, incluso el congelador del fondo, pero no había señal de nadie.

Mi primer trabajo era vaciar la grasa de anoche del horno de los pollos. Extraje la charola de grasa, raspé el contenido en la cubeta verde de plástico y la llevé a los botes de basura de la parte de atrás. Allí estaba Phil, sentado en los escalones del callejón, fumando, contando un fajo de billetes de veinte libras. Se puso de pie con rapidez, guardando el fajo en la parte delantera de sus *jeans*. Se rio cuando se dio cuenta de que era yo.

—Por poco me provocas un ataque al corazón.

Levanté la tapa del bote de la grasa. Phil dijo que tu padre había ido al matadero para recoger los pavos de Navidad. Incliné la cubeta. Tuve que apartarme para evitar el olor mientras la grasa salía gorgoteando, golpeando y extendiéndose por una nueva superficie. Phil se rascó el cuello. Pasó la vista por el estacionamiento vacío. Mantuvo una mano en la hebilla al frente de sus *jeans*.

—¿Sabes lo que hacen con eso? —movió la cabeza en dirección de la grasa.

Miré el bote de basura y luego regresé la vista a Phil. Negué con la cabeza.

—La llevan de regreso al desolladero —afirmó—. La reciclan. La usan en pegamentos, químicos y esas cosas. Por eso es que cuando tu chica despierta en la mañana está siempre cubierta de manchas, por toda la grasa que hay en el maquillaje.

Agité la cubeta mirando cómo los últimos grumos se deslizaban en el bote.

—¿Lo sabías?

Negué con la cabeza. Deslicé de nuevo la tapa y regresé a la tienda. Phil bloqueaba la puerta.

Se frotaba la barbilla.

—¿No le dirás a nadie que estaba aquí? —preguntó.

Dije que no.

Levantó la vista al cielo. Se rascó el cuello con las uñas. La cubeta de grasa estaba pegajosa. Olía a pollo podrido. Yo quería entrar y lavarme las manos. Phil asintió lentamente. Luego sonrió.

—Entra entonces —dijo. Dio vuelta y se metió de prisa.

Phil mantuvo la cabeza baja el resto de la mañana. No encendió el radio ni me envió a las apuestas ni siquiera trató de tomarle el pelo a Charlie. Esperaba que así siguiera el día: Phil en su bloque, yo en mi cocina, tu padre fuera, en el matadero. El próximo sábado es el día después de Navidad. Hampton's está cerrado y me gusta la perspectiva de pasar dos semanas sin ver a tu padre. Luego, mientras me quitaba los guantes de goma para ir a comer mi *lunch*, apareció en la puerta de la cocina. No sonreía.

Me dijo que lo siguiera.

Había una camioneta en el estacionamiento, de espaldas al callejón. Tu padre abrió las puertas para revelar pilas y pilas de cajas de pavo. Los pavos eran enormes, especialmente si piensas que el bulto blanco es solo el torso. Algunos eran tan grandes como el tuyo.

—Toma una caja —dijo.

Era aún más pesada de lo que pensaba. Al levantarla, esta vez no me dolió solo la palma cicatrizada, sino también los brazos, el cuello y la frente. Tu padre me indicó dónde apilarlas, en los estantes del enorme congelador vacío. El congelador estaba lleno de bruma y capas de hielo. Casi me resbalé mientras cargaba la primera caja de pavo. Tu padre desapareció en la tienda. Regresó unos minutos después con Phil, pasando junto a mí y llevándolo a la camioneta.

Yo salí por otra caja. Tu padre hurgaba en la guantera. Sacó una botella de vino caliente: un regalo de los muchachos del matadero. Sirvió dos tazas, le entregó una a Phil y se recargaron contra la camioneta bebiendo, mirando cómo yo movía las cajas de pavos. Un par de veces una caja se me resbaló y tuve que detenerla con la rodilla; tu padre me dijo que tuviera cuidado de no ensuciar ningún pavo. Los clientes de Hampton's los habían preordenado hacía meses y todos y cada uno de ellos estaba ya asignado.

Phil se mordió un labio. Dio un golpecito al lado de su taza.

—Vamos a echarle una mano, ¿no? —propuso.

Estaba temblando. Sudaba. Debió de pasar toda la noche entregando árboles de Navidad.

Tu padre no respondió.

—Ah, vamos —dijo Phil—. No nos tardaremos.

Colocó la taza en el techo de la camioneta y se encorvó para alcanzar una caja del interior.

Tu padre no le ayudó. Probablemente podía levantar una caja en cada hombro, pero solo se recargó contra la pared, mirándonos a Phil y a mí subiendo los escalones a duras penas rumbo al congelador. Tuvimos que colocar las cajas de pavos muy juntas

para que cupieran en el interior, apilándolas lo más alto posible. Phil colocó las suyas a la izquierda; yo, a la derecha. Con lentitud, las dos pilas empezaron a formarse.

Pusimos en práctica un sistema, tomando una caja de la camioneta por turnos. Llegamos al punto en que Phil y yo solo nos cruzábamos en la puerta. Cuando yo estaba apilando una caja en el congelador, él estaba tomando otra de la camioneta, y viceversa.

Estaba afuera en el vehículo cuando escuché el grito. Parecía un chillido más que un grito. Perforaba los oídos. Cuando salí tambaleándome al callejón, tu padre había dejado caer su taza y había desaparecido en el interior.

Por unos segundos fue difícil saber lo que estaba pasando. El congelador era estrecho y estaba lleno de bruma y Phil se estaba convulsionando con el puño en el aire y el delantal manchado de sangre. Solo cuando se desmayó, con su cuerpo colgando como un pasajero aferrado al pasamanos del autobús, resultó evidente que tenía el brazo atrapado en un gancho de carne. Tu padre lo agarró de las piernas y lo elevó por encima de su hombro. Levantó a Phil con gancho y todo del congelador y lo llevó cargando al bloque del carnicero. El gancho había penetrado el dorso de la mano de Phil y la punta le salía por la muñeca. Tu padre le envolvió el brazo en un delantal. La sangre de un charco que había en el congelador ascendía como vapor. Escurría por los escalones, caía ondulante por el hueco de los azulejos. Una de las buitres salió a la parte de atrás para ver por qué era toda esa conmoción.

—¡Iiiii! —chilló, y corrió de regreso a contarles a las demás.

Tu padre me ordenó que lo limpiara. Limpié los pavos y los regresé a las cajas. Él llevó a Phil a su coche y salió de prisa a la carretera. Cuando llegué, la sangre se había congelado y tuve que rasparla con un cuchillo. Transporté el resto de las cajas yo solo. Me tomó toda la tarde. Tenía que detenerme a cada rato y recargarme contra la camioneta para recuperar el aliento. En cierto momento lo hice con mucha fuerza y la taza de vino de Phil cayó del techo, rebotó sobre mi hombro y se estrelló en el callejón. Levanté los fragmentos con una pala y seguí moviendo los pavos.

Cuando tu padre regresó fue directo a su mostrador. No le pregunté por Phil y él no me dijo nada. Sin el radio, todo lo que oía era el golpe de su cuchillo de carnicero y la risa de las buitres al frente de la tienda.

Hice todo lo que pude para terminar de limpiar temprano para salir antes que la congregación de buitres del guardarropa, pero el transporte de los pavos me atrasó todo el día. A las 4:55 p. m. todavía tenía una pila de charolas de pollo por limpiar. Y las charolas de pollo son lo peor, con toda esa grasa horneada. Tuve que poner a hervir la tetera y dejarla remojando con detergente y cloro T-Rex y pese a todo, incluso a través de mis guantes de goma, todavía me levanté la piel de las puntas de mis dedos. Dieron y pasaron las cinco; las buitres se arreglaron el pelo y salieron al frío

y yo todavía estaba tallando las charolas de pollo.

Cuando salí al frente por mi dinero eran las 5:27 p. m. Tu padre estaba solo en el mostrador ordenando pilas de billetes de veinte libras. Recogí mi sobre y me dirigí a la puerta.

—¿Te vas a ir sin desearme Feliz Navidad? —me preguntó.

Seguía con la cabeza baja, contando.

—Feliz Navidad.

Traté de abrir la puerta. Estaba cerrada con llave.

—Nunca adivinarás lo que le pasó a mi coche la semana pasada.

Deslizó una liga alrededor de un fajo de billetes de veinte. Traté de preguntar «¿qué?», pero todo lo que salió fue un gruñido irreconocible.

—Algún hijo de puta rompió mi cuarto trasero. ¿Puedes creerlo?

Tu padre levantó la vista. Sonrió. Rodeó el mostrador, cruzó la tienda y se dirigió hacia mí. Aún tenía los pantalones manchados con la sangre de Phil.

Se detuvo junto a mí en la puerta. Me miró durante unos segundos. Llevaba sus llaves colgando de la cadena de su cinturón pero no estiró las manos para tomarlas. En cambio, se inclinó hacia delante, sacó su mano grande del bolsillo y la colocó sobre mi cabeza.

—Yo veo cosas —afirmó—. ¿Lo sabías?

La cola de un tatuaje de dragón se asomaba ondulante bajo la manga de su camisa. Traté de asentir pero él siguió apretándome el cráneo.

—Sé que sabes de qué estoy hablando. Te vi. A partir de este momento te vas a mantener alejado de ella. ¿Entiendes?

Yo tragué saliva. Estaba a punto de susurrar «entiendo» cuando me empujó la cabeza hacia delante, para que yo asintiera.

—Ella es muy especial. Demasiado especial para ti. ¿Entiendes?

Asentí.

—Sé que tienes problemas, pero Ken te dio este trabajo para tratar de ayudarte, para normalizarte. No para que husmees alrededor de la hija de tu jefe. Ella está fuera de tus límites. De otra manera te convertirás en un problema para mí. ¿Entiendes?

Asentí.

—Si descubro que te acercas a ella de nuevo, eso será todo. No habrá una segunda advertencia.

Siguió sosteniéndome la cabeza unos segundos más. Pensé que tal vez la iba hacer estallar como una sandía, pero la presión cedió y me dejó ir. Miré la selección de pavos que colgaba en la ventana. El reloj detrás del mostrador marcaba las cinco y media. Tu padre se volvió hacia él y sonrió.

—Tú mamá se va a preocupar por ti —dijo—. Mejor corre a casa, ¿eh?

Me dio una palmada en el hombro.

—Todo está bien, en realidad. ¿Tú estás bien?

Asentí por mí mismo esta vez. El cuello me dolía por el apretón. Me dijo que todo estaba bien unas veces más y descolgó las llaves de su cinturón. Quitó el cerrojo de la puerta y la mantuvo abierta. Salí a la oscuridad.

—Hey, muchacho —me llamó. Me di vuelta. Sacó su cartera y apartó un billete de veinte libras. Me lo extendió—. Feliz Navidad.

Tragué saliva.

—Vamos —dijo—. Feliz Navidad.

Tomé el billete de veinte libras y lo guardé arrugado en mi bolsillo. Me apresuré a alejarme. Seguí esperando a que me llamara de nuevo, pero no lo hizo. Al dar la vuelta en la plaza escuché el cerrojo de la puerta.

Cuando llegué a la avenida Green me di vuelta por última vez. Aún podía ver su silueta en la ventana y su cabeza entre los pavos crudos.

25/12

El día empezó como cada año, con el crujido de la puerta, el clic del interruptor de la luz y la cara sonriente de mamá.

—¡Es Navidad! —Colocó un vaso de jugo de naranja en mi mesita de noche y me dijo que mejor bajara—. ¡Ya llegó Santa!

Después de eso fue a despertar a los demás.

Bajé a la sala. Mi padre estaba sentado en la orilla del sillón. También sujetaba un vaso de jugo de naranja. Llevaba puesto el coordinado de Ted Baker que mamá le compró el año pasado: pantalones café claro, suéter verde con cuello en «V». Olía a loción para después del afeitado. Mamá nos compra ropa nueva y loción cada Navidad, pero mi padre siempre comete el error de vestirse y aplicarse su loción antes de abrir nuestros regalos, y luego tiene que volver a lavarse y cambiarse de ropa. En el centro de la alfombra había una enorme pila de regalos, hermosamente envueltos en papel blanco. Por lo general colocamos nuestros regalos al pie del árbol de Navidad, pero este año el pie del árbol de Navidad está clavado al techo de la estancia. Me estaba tomando un momento para decidir si me sentaba junto a mi padre en el sillón, cuando mamá apareció detrás de mí.

—¿No quieres sentarte en el piso con los regalos? —preguntó.

Le respondí que no podía sentarme en el piso. Siempre tenía que sentarme en un sillón, con los pies arriba. Debido a **Ellas**, ¿no lo recordaba?

—Bien. Está bien. Siéntate, siéntate. Ponte cómodo.

Mi padre se movió para hacerme espacio. Mamá se quedó mirándome por unos segundos mientras yo levantaba los pies para cruzar la pierna.

—Ten cuidado, por favor.

Entonces mamá desapareció escaleras arriba para despertar de nuevo a Sarah. Yo bebí un sorbo de jugo de naranja. Mi padre se mordió el interior de la mejilla. Mamá murmuró desde el cuarto de Sarah. El murmullo se desvaneció durante uno segundos y luego empezó de nuevo.

—Lárgate y déjame sola —gritó Sarah.

Mamá volvió a la sala. Se detuvo y sonrió en la puerta de entrada antes de tomar asiento entre mi padre y yo. El árbol de Navidad colgaba entre nosotros boca abajo como si fuera un gran taladro titilante a punto de perforar el centro de la alfombra.

Mi padre dio un sorbo a su jugo de naranja y al ver que burbujeaba me di cuenta de que en realidad no era jugo de naranja, sino una mimosa, que es como jugo de naranja solo que con *champagne*. No tengo permitido tomar esa bebida debido a mi medicación. No me importa demasiado porque una vez le di un sorbo y el sabor es asqueroso.

Por fin Sarah bajó cojeando a la sala y pudimos empezar a abrir los regalos. Mamá se excede un poco en Navidad, de modo que todos teníamos varios regalos que abrir. Mi principal regalo fue un reproductor de DVD. Mamá dijo que sabía que me gustaba ver películas y era tiempo de que estuviera a tono con el siglo XXI. En realidad no tengo ningún DVD, pero no se lo mencioné a mamá porque aun así era un regalo bien pensado. Mis otros regalos eran los habituales: loción para después del afeitado, pantalones, un saco gris de Armani. Doblé el saco y los pantalones y los coloqué en el piso junto a mí, y mamá se hincó y los volvió a doblar, sonriendo y murmurando algo incomprensible. Mamá le había comprado a mi padre un nuevo conjunto de loción/pantalones/saco.

—Voy a tener que ir a cambiarme —gimió él, con una especie de falso disgusto.

Él le había comprado chocolates a mamá y nuevos líquidos de limpieza para el sillón. Al parecer eran muy costosos.

Yo les entregué mis regalos. Me había esforzado mucho para encontrar papel para envolver que combinara con los colores de la sala, pero el mejor que pude conseguir fue uno blanco con una serie de personajes de Winnie de Puh. No pareció importar: mamá redujo el papel a pedazos antes de tener siquiera la oportunidad de apreciarlo. Le compré una colección de CD de Elvis Presley y en cuanto vio su sonrisa en blanco y negro jadeó y les pidió a todos que dejaran de abrir regalos mientras ponía algo de música. Mi padre fue el siguiente en abrir su regalo: una botella de whisky escocés y un póster de Marilyn Monroe. Le dije que Marilyn Monroe era la Pamela Anderson de su época. Él asintió y se mordió el interior de la mejilla. Una Navidad mi padre se mordió tanto la mejilla que se sacó sangre y manchó su camisa nueva Ralph Lauren. Mamá decía que un día se haría un hoyo y terminaría con dos bocas, pero ya no lo dice nunca.

Sarah fue la última en abrir sus regalos. Mamá tuvo que persuadirla un poco frotándole el brazo.

—Vamos, es tu turno, amor —susurró.

Sarah ha estado ensayando en exceso estas últimas semanas. Desde que Cullman fue acusado, el Fantástico Evento de Baile de Navidad fue pospuesto y ahora ella tenía que seguir practicando hasta el 28. Sarah colocó su mimosa en el piso y desprendió con lentitud el papel de su regalo principal: una caja de malteada energética con vitaminas Hi-Wizz. Movié la cabeza con aprobación (era lo que había pedido). También recibió el maquillaje, la pijama y el perfume habituales. Lo que Sarah quiere de verdad es una cirugía de aumento de busto, pero mamá dice que lo

tiene prohibido hasta que cumpla por lo menos veinte años. Al parecer, mamá tenía más de veinte cuando se hizo su primer aumento de pecho. Sarah dice que no es justo porque hay chicas en la escuela (por ejemplo, Lucy Marlowe) que ya se operaron. Pero la decisión de mamá es definitiva. Le compré a Sarah *Cantando bajo la lluvia* porque hay estupendos bailes en ella. Sarah murmuró que no sabía que habría intercambio de regalos este año.

Cuando terminamos, ya había amanecido. Sarah desapareció escaleras arriba para regresar a la cama, mi padre a su estudio y mamá a la cocina a preparar la cena de Navidad. Me senté junto a la ventana del comedor y miré cómo extendía aceite en el pavo. De vez en vez mi padre se aventuraba a salir de su estudio por unas nueces o un pay de carne molida. Abrió la botella de whisky escocés que yo le había comprado. Mamá le lanzó una mirada de La Ceja, pero mi padre solo sonrió.

—Es Navidad —dijo mientras buscaba un vaso en la alacena—. En Navidad puedes empezar temprano.

Se sirvió, le preguntó a mamá si quería que él condujera. Ella no respondió.

—Si quieres que conduzca, no beberé —dijo.

Mamá se lavó las manos. Levantó un tazón de relleno del refrigerador y lo vació en la tabla para cortar. Negó con la cabeza.

—Está bien. —Mi padre se terminó su bebida, se sirvió otra y desapareció de nuevo en su estudio.

Una vez que la cena estuvo en el horno, fuimos a Golden Pines. Mamá condujo. Estaba empezando a llover. Pensé que traería su CD de Elvis para escucharlo en el camino pero no lo hizo y en su lugar escuchamos la lluvia.

A medio camino de la Declinación Social mi padre se aburrió de escuchar la lluvia y encendió el radio. Estaban tocando la canción del baile de Sarah. Al parecer se llama «Screamin Boi» y la canta alguien llamada Miss X. Según el radio es la canción número 1 de la Navidad. Hizo tuntún desde las bocinas durante todo el camino al Pitt, pero Sarah no trató de bailar ni una vez. Solo miraba los coches que pasaban, la lluvia que caía en las ventanillas.

Mamá salió de la carretera por la zona industrial y tomó las calles del interior del Pitt. Mamá siempre toma esas calles en el Pitt porque así no tiene que pasar por la calle Kirk ni la Boutique Ahmed's ni la iglesia ni ninguno de esos viejos lugares. Para cuando nos detuvimos en Golden Pines la lluvia caía con fuerza. Mi padre preguntó si mamá traía paraguas.

Ella negó con la cabeza.

—Supongo que entonces tendremos que correr.

La recepción se encontraba vacía. Mamá se quedó parada por un momento frente al escritorio mirando el timbre que decía «Toque para que se le atienda». Mi padre y Sarah se sentaron en el sillón. Yo me quedé junto a mamá contando las gotas que caían de mi abrigo a la alfombra. El teléfono de detrás de la recepción empezó a sonar. Sonó seis veces y se detuvo. Luego volvió a sonar. La recepcionista salió. Era una recepcionista diferente a la del cumpleaños de Nan. Su gafete decía «Evon».

Evon nos guio más allá de la sala de la televisión. Las ancianas se hallaban todas juntas, desplomadas en unos sillones que no combinaban entre sí. Algunas estaban solas pero la mayoría tenía familiares reunidos alrededor. Mamá preguntó por qué Nan no estaba en la sala de la televisión. Evon respondió que Nan no había tenido un buen día.

Estaba en cama. Había una enfermera arrodillada a su lado guiando su brazo para meterlo en una bata *beige*. Toda la habitación de Nan era *beige*. Tenía cortinas *beige* y paredes *beige*. Habían tratado de adornarla para Navidad y un conjunto de sobras de oropel y tiras de copos de papel colgaban del marco de su ventana, pero solo conseguían acentuar lo *beige* que era todo. Había un pequeño árbol de fibra óptica en la mesa de noche. Mamá observó el ritmo de su brillo. No miró a Nan.

La enfermera dijo que solo estaba poniendo a Nan «toda cómoda». Reconocí a la enfermera de la última vez. Llevaba un gafete que decía «Jade», pero no reconocí ese nombre, así que quizá era otra enfermera o quizá no leí el gafete la última vez o quizá había olvidado su nombre desde entonces. Fue hace mucho tiempo. Mientras Jade le ataba la bata con doble nudo, Nan mantuvo apretada la quijada.

—No quiere que se le metan las moscas —dijo la enfermera.

Nan tenía una charola sobre las rodillas y en ella había un plato y en él estaba la cena de Navidad y sobre la cena de Navidad había una capa de *gravy*, fría desde hacía un buen rato. Jade dijo que, al parecer, Nan no tenía hambre. No puedo comprender si Jade no sabe que Nan no come o si solo está siendo cortés al no mencionarlo. Levantó la charola del regazo de Nan. El *gravy* se agitaba como gelatina. Nos deseó feliz Navidad y salió al pasillo.

Mamá se sentó en la silla junto a Nan. Estiró la mano, le sostuvo la suya por un segundo y luego juntó sus propias manos sobre su regazo. Unas sondas conectaban el brazo de Nan con una bolsa de líquido claro que colgaba en el rincón. Sarah se sentó en el extremo de la cama, junto al bulto de los dedos de los pies de Nan. Mi padre se acercó a mirar por la ventana. La lluvia siseaba afuera, en el estacionamiento, golpeando los techos de los carros.

—Hola, mamá —dijo mamá.

Nan tenía la vista fija al frente. Su cara parecía un esqueleto más que nunca. Aún tenía esa capa delgada de pelo blanco ultrafino del que nunca podía apartar la vista cuando era niño. La charola había dejado un rectángulo de edredón hundido en su regazo. Un tap tap metálico surgió del rincón mientras Sarah empezaba a mover la

cabeza siguiendo el ritmo de sus audífonos.

—Te trajimos un poco de pastel.

Mamá sacó un paquete de papel aluminio de su bolsa y lo colocó en el tocador de Nan. Le quitó la envoltura para revelar una rebanada de pastel de Navidad.

Nan no reconoció el pastel. Miraba la cruz que había sobre la puerta. Eso era lo que hacía cuando la visitábamos: mirar esa cruz. Mi padre decía que actuaba así porque éramos su cruz. Solía decir: «Somos su cruz, eso es lo que está tratando de decirnos. Somos su cruz». Ya no lo dice. Solo mira por la ventana. Mira por la ventana, Nan mira la cruz, mamá mira sus manos, Sarah mira su iPod y yo no sé dónde mirar. Por lo general, miro los pies de Nan, el bulto que hacen en las sábanas de su cama. Hoy su dedo gordo salía por debajo de la cobija. La uña era más larga de lo que jamás había visto. ¿De quién era el trabajo de cortar las uñas de sus pies? ¿De Jade? ¿De Evon?

¿Era nuestro?

—Feliz Navidad, mamá —le deseó mamá.

Nan miraba la cruz.

—¿Tuviste un día agradable?

Nan miraba la cruz.

—Esta mañana fuimos a la iglesia, toda la familia. Realmente lo disfrutamos.

Nan miraba la cruz

La última Navidad, mientras Nan estaba mirando su cruz, empezó a articular algunas palabras, una y otra vez. Nos tomó toda la visita descubrir lo que trataba de decir. Al principio mamá pensó que era «la base» y le dijo a Nan que ya habían arreglado la base de su tocador, pero entonces papá se dio cuenta de que era «alaba al Señor». Estaba encantado cuando se dio cuenta (todos lo estábamos). No podíamos dejar de sonreír al ver lo inteligente que era.

Todos nos quedamos allí sentados. Sonreíamos mientras Nan alababa al Señor.

Nan no empezó con la religión hasta que Herb murió. Entonces empezó a cambiar. Mamá decía que habría sido mejor que se hubiera muerto junto a él esa noche, pero yo no sé si es verdad. Nan y yo vivimos algunos de nuestros momentos más felices ese último par de años. Fui yo quien la encontró aquella tarde. Fue cuando vivía con ella. Se supone que Nan me tenía que recoger de la escuela y pensé que era extraño que no estuviera en la puerta cuando acabó, pero siempre horneaba los viernes, y hornear hacía que se volviera distraída. Entonces regresé a casa y encontré la leche todavía en el escalón de la puerta de entrada, el periódico todavía en el buzón y al *señor Saunders* paseando por el pórtico, llorando para que le dieran de comer; supe que algo serio pasaba.

Di la vuelta en el callejón y trepé por la pared para llegar al patio. Entré por la ventana de la cocina. Hay una manera de mover el cerrojo para que caiga. Le grité a Nan; ella me respondió y sonaba aterrada, más de lo que la había escuchado jamás.

Hice lo que pude para levantar a Herb de la cama pero estaba tieso, frío e inmóvil. Llamé por teléfono a una ambulancia. Después esperamos. Al principio me senté en el piso. Le conté a Nan de mi día en la escuela. Eso fue durante el período con Andrew Wilt y sabía que la mejor manera de que Nan dejara de pensar en algo era hablar de nuestros juegos de ajedrez. Solo cuando Nan empezó a llorar trepé a la cama con ella, metiéndome a la fuerza entre ella y Herb. Ella no podía pasar sobre él, ese era el problema. Su lado de la cama estaba contra la pared y Herb siempre dormía arriba del edredón. Nan me apretó contra su pecho para que no viera sus lágrimas, pero pese a todo sentí cómo resbalaban por mi nuca.

Así esperamos a la ambulancia.

Cuando llegamos a casa la lluvia se había detenido. Mamá sirvió el pavo. Nadie comió mucho. Mamá picó un poco, pero en realidad no la vi comer nada. Cada vez que me atrapaba viéndola, sonreía; yo le devolvía la sonrisa y seguía comiendo, haciendo lo posible por comérmelo todo. No me preguntó si había tomado mi medicina. En cierto momento un pedazo de pavo se zafó de mi tenedor y salpicó *gravy* sobre mi nuevo suéter de Navidad, pero mamá ni siquiera se dio cuenta, solo siguió sonriéndole a su plato. Elvis cantaba desde la sala. El Santa inflable de los Sampson sonreía al otro lado de la calle. Mi padre comía usando solo su mano derecha y pasaba su mano izquierda por el borde de su vaso de whisky escocés. Miraba el mantel, el lugar donde solía colocar sus fotos de infecciones inflamatorias. El único sonido era el tintineo de los cubiertos.

Después de la cena Sarah fue a su recámara. Mi padre fue a su estudio. Solo nos quedamos mamá y yo sentados en la sala, en extremos opuestos del sillón. Vimos las noticias de 24 horas de la BBC. La única noticia era que estábamos en Navidad. En un corte pasaron una toma de un reportero que supuestamente estaba en el Polo Norte y supuestamente entrevistaba al verdadero Santa Claus.

Esperé hasta que mamá empezó a roncar, luego tomé mi abrigo y tu regalo. También guardé un poco de pavo y restos del budín de Navidad para *Sobras* y me dirigí la carretera que bajaba hacia el Pitt.

De camino me detuve en el canal para ver a los patos. Me imaginaba que por lo general la gente no se preocupa de llevarles pan en Navidad, y es justo que ellos también coman. Podía darles el budín de Navidad de *Sobras*. A él no le importaría: aún tendría el pavo.

El canal se había descongelado bajo la lluvia. Esas pequeñas islas blancas se habían formado de nuevo. Pero hoy no se veía a los patos por ningún lado. Caminé arriba y

abajo durante quince minutos completos pero no pude encontrar ninguno. Luego lo comprendí todo: los patos se fueron. Renunciaron a Skipdale. Volaron al sur, donde hace más calor. Finalmente recobraron la sensatez y se largaron de aquí.

Bajé por la carretera hacia la Declinación Social. No podía dejar de sonreír por los patos, la idea de que volaran a un lugar más cálido. Todas las familias del Pitt habían puesto decoraciones navideñas. Las casas tapiadas seguían en la oscuridad, pero las habitadas eran lo bastante brillantes para compensar. Había luces destellantes, escenas navideñas, letreros que decían «Parada de Santa». Cinco casas diferentes tenían Santa Claus inflables como el de Artie Sampson. Hasta tu padre se esforzó. El frente de tu casa estaba iluminado por una cadena de luces de color azul eléctrico fijadas a lo largo de la canaleta del desagüe. Un Rudolph que movía la cabeza de arriba abajo sonreía desde su salpicadera.

Crucé Crossgrove hasta el seto de la parte de atrás de tu casa. Recorrí con la vista el campo para buscar a tu hermano; no se le veía por ninguna parte. Me colé adentro por el hueco de la cerca de arbustos. Saqué el pavo de mi bolsillo. Cuando me hincué ante el hueco de la tabla faltante me di cuenta de que no estaba *Sobras*; su cadena se encontraba tirada, vacía, en el piso del cobertizo. Tu sala se veía más brillante de lo habitual debido al árbol de Navidad y sus destellos de luces. *Sobras* se hallaba recostado enfrente de la chimenea. Tú estabas arrodillada junto a él rascándole la panza. Tu padre estaba en el sillón en su posición habitual, bebiendo de lo que parecía una taza con forma de muñeco de nieve, aunque desde la distancia era difícil asegurarlo.

De todos modos me arrastré para subir al cobertizo. ¿Adónde más podía ir? Esta noche era especialmente fría (*Sobras* tendría que darme más calor del que yo esperaba). Arrastré la caja de herramientas hasta la ventana y me senté con la frente contra el cristal. Llevabas puesta tu bata. Los lentes de sol. Tenías el cabello recogido, cubierto con pequeños cuadrados de papel aluminio. Le acariciabas la cabeza a *Sobras*, con la mirada fija en la televisión. Tu padre se había soltado el pelo de su cola de caballo. Caía desde la parte de atrás del sillón hasta el piso. En ocasiones volteabas hacia tu padre y decías algo. En ocasiones él volteaba. En ocasiones ambos estallaban en risas.

No esperaba algo así. Tú, tu padre y *Sobras*, juntos en la sala. Yo, allí afuera, solo. Era algo nuevo.

Después de un rato, las empecé a sentir a **Ellas**. Las podía sentir a **Ellas**, mirando desde las repisas de arriba y los rincones oscuros. Desenganché la pistola de clavos y la mantuve en mi regazo. Eso me ayudó. Me di cuenta de que no era miedo lo que estaba sintiendo; era furia. Había furia en mi interior. No sabía si estaba furioso contigo, con tu padre, con *Sobras* o con **Ellas**, pero sentía furia. Eso también era algo nuevo.

Saqué el pavo y el budín de Navidad de mi bolsillo. Los coloqué en el rincón de

*Sobras*. Me imaginé que en algún momento los encontraría. Luego saqué tu regalo: *Muñequita de lujo*. Lo adorné con un listón, le sacudí algunas migajas de budín. Traté de pensar en algún lugar donde pudiera dejártelo, algún lugar adonde solo tú fueras. No pude pensar en ninguno, así que tan solo lo coloqué sobre mis piernas, junto a la pistola de clavos.

Pronto las pude escuchar a **Ellas**. Siseaban desde las repisas del fondo. Cerré los ojos pero aún las podía sentir a **Ellas** arrastrándose por la oscuridad. Sostuve la pistola de clavos enfrente de mí y jalé el gatillo. La pistola se agitó, chasqueando como un látigo, y escupió un clavo reluciente contra la pared opuesta del cobertizo. Un tiro de aviso. Disparé de nuevo. El zumbido cesó. El crujido de la madera hizo que el silencio resaltara.

Disparé unos cuantos clavos más solo para estar seguro.

Luego coloqué mi mejilla contra el cristal. Me concentré en ti. Nadie se movió, ni tú, ni tu padre, ni *Sobras*, ni yo. Descubrí que si cerraba el ojo izquierdo no veía a tu padre. Desaparecía en la oscuridad. Se iba en un parpadeo. Mantuve el ojo izquierdo cerrado por un instante. Luego debí de cerrar el ojo derecho.

No sé cuánto tiempo estuve dormido, pero lo siguiente fue que la puerta crujió al abrirse y tronó al golpear la caja de herramientas. A continuación alguien entró encorvado y se tropezó en el cobertizo. Por los resoplidos, los gruñidos y el olor a whisky, supe que no eras tú.

Tenía la mejilla congelada y pegada al cristal escarchado por mi aliento. Sabía que la puerta debía de ocultarme parcialmente, pero no tenía idea de cuánto. Estaba seguro de que en cualquier momento me vería, sentado en el rincón. Todo crujió mientras avanzaba hacia el fondo, donde suele descansar *Sobras*. Mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, observé que *Sobras* seguía dentro de la casa, echado enfrente de la chimenea. Tú estabas junto a él, durmiendo.

Separé mi mejilla de la ventana lo más silenciosamente que pude. Tu padre estaba encorvado buscando entre los frascos y las latas oxidadas que cubrían las repisas del cobertizo. Gruñía y agitaba la cabeza con el pelo bailando en su espalda. Apartó una lata de pintura que rodó por el piso, tintineando contra la caja de herramientas que estaba entre mis rodillas.

Un parche cuadrado de techo estaba iluminado por la luz de la luna. Mientras tu padre seguía buscando, una de **Ellas** salió; su sombra se estiraba como una larga extremidad. Tu padre jadeó. Se había raspado el brazo con un clavo de la pared. Examinó el pequeño parche de clavos, sacó uno de la pared y lo sostuvo bajo la luz de la luna. Me di cuenta de que yo todavía sujetaba con fuerza la pistola de clavos. Lo dejó caer y se dio vuelta hacia las repisas, estirando la mano hacia el fondo, sacando

algo, una botella, y sosteniéndola bajo la luz para examinar el litro de líquido ámbar. Desenroscó la tapa y olió su cuello abierto.

Otra de **Ellas** salió arrastrándose y se unió a la primera de **Ellas**, que estaba en el centro del techo; sus sombras se entremezclaron creando una nueva silueta indefinible, extendida. Tu padre tomó un trago de la botella. Dio un trago largo y luego lo pasó. Suspiró. Dio otro. Otra más de **Ellas** salió arrastrándose. Otra. Otra.

Entonces tu padre observó algo en el piso. Se hincó, las viejas tablas crujióron bajo su peso. Levantó algo y lo examinó a la luz de la luna. La pieza de pavo que había dejado para *Sobras*. La olió y tomó otro trago sin apartar los ojos del pavo en ningún momento. Yo estaba temblando, lo que hizo que la tapa de metal de la caja de herramientas traqueteara. Levanté la pistola de clavos de mi regazo. No sabía si apuntar a tu padre o a **Ellas**. Todo lo que podía escuchar era su masa siseando.

Más de **Ellas** se arrastraban desde las sombras.

Tu padre tomó otro trago.

Dejé caer la pistola de clavos y me revolví para llegar a la puerta. La caja de herramientas se volteó y su contenido se desperdigó por las tablas del piso. Tu padre gritó y la botella se despedazó mientras yo saltaba por los escalones. Me resbalé en el pasto torciéndome el tobillo. Tropecé al pasar a un lado de la cerca de arbustos y salí disparado por el campo. Llovía. Tu padre gritaba; eran gritos que arrastraban palabras contradictorias.

—Regresa aquí, pequeña mierda... Es mejor que corras.

Corrí. Atravesé las viviendas, pasé por el Rat and Dog. Corrí hasta llegar a la iglesia, hasta que mis piernas y mis pulmones no pudieron más. Me recargué contra la pared de la iglesia. La lluvia era pesada. El tobillo me dolía. Temblaba por completo. Las gotas de lluvia se escurrían por la capucha de mi abrigo.

Respiré, aspirando lentamente y a fondo para evitar que surgiera el vómito. Después de unos minutos se me asentó el estómago, el golpeteo de mi cabeza se detuvo y empecé a distinguir un cántico. Era difícil oírlo con el siseo de la lluvia, pero sonaba. Delicado. Como un coro. «Noche de paz.»

El letrero de la iglesia decía:

## MISA CON CORO DE NAVIDAD TODOS SON BIENVENIDOS

La lluvia formaba ondas en los charcos a mi alrededor. Me abracé a mí mismo a través de mi abrigo. Las palabras de tu padre resonaban por encima de la música del coro: «Es mejor que corras...».

Y sabía que tenía razón. Teníamos que correr. Teníamos que irnos, como los patos. Es sencillo, en realidad.

Esperé a que terminara la canción, luego regresé cojeando a la carretera. Mientras llegaba al puente del canal revisé mi bolsillo y me di cuenta de que había dejado tu regalo en el cobertizo.

28/12

Sarah no durmió anoche. Bailó hasta la mañana.

Tun - tun.

A las 5:32 a. m. dejé de esforzarme por dormir y bajé cojeando a la cocina. Me comí un tazón de muesli de tres nueces y maple de Waitrose. Revisé el Colombian Supremo de mamá pero solo había unos cuantos granos, así que metí al microondas una taza que estaba a medias de la noche anterior, asegurándome de limpiar el lápiz labial de mamá de la orilla. Quería estar bien despierto para el Fantástico Evento de Baile de Navidad. Sarah decía que todos irían al Fantástico Evento de Baile de Navidad. Eso significaba que tú estarías allí. El café sabía muy amargo. Agregué leche y azúcar pero cambió muy poco. El gusto por el café se adquiere poco a poco.

Mamá estaba al pie del sillón, tendida sobre la alfombra. Las noticias de 24 horas de la BBC repetían la misma vieja toma de la nieve. La barra de la parte de abajo decía: «¡ALERTA DE NIEVE!... ¡LA NIEVE REGRESARÁ DENTRO DE UNA SEMANA!...». La televisión estaba en silencio y el único sonido era el tuntún sordo del baile de Sarah. En ocasiones saltaba en su cuarto y el árbol de Navidad que colgaba del techo se estremecía, sus chucherías tintineaban sobre mí.

Me senté con las piernas cruzadas en el sillón, junto a la cabeza durmiente de mamá. La música de Sarah dejó de sonar hasta las 8:02 a. m. Terminó a media canción, que dejó un zumbido en el silencio. Mamá se sentó y se limpió la barbilla. Se puso de pie, salió arrastrando los pies hacia la cocina y quitó la tapa de su lata de café. Suspiró. Lo más probable era que Sarah hubiera usado todos los granos en sus infusiones matutinas. La cafetera silbó. Se escuchó el familiar traqueteo del molino y mamá regresó con una taza humeante y se sentó en el sillón junto a mí. Bebió un sorbo.

La toma de la nieve pasaba una y otra vez. Los niños seguían deslizándose por la colina sobre sus bolsas de basura. La mujer del sombrero verde se resbalaba en el hielo continuamente, sin alcanzar nunca la pared mientras caía; la gente pasaba sin detenerse a ayudar.

La barra de noticias de la parte de abajo decía: «... LAS TEMPERATURAS A LA BAJA ALCANZAN RÉCORD EN TODA EUROPA...».

A las 8:33 a. m. Sarah bajó como un rayo por las escaleras. Llevaba su leotardo del

Fantástico Evento de Baile de Navidad. Dijo que llegaba tarde al ensayo general. Mamá le preguntó a qué hora empezaba el Fantástico Evento y Sarah le respondió que a las 7:30 p. m., como decía en los boletos. Mamá le pidió que se pusiera un abrigo, pero Sarah afirmó que era bueno tener frío; cuanto más frío tuviera más bailaría, y cuanto más bailara más práctica tendría; después de todo la práctica hace al maestro. Tomó unas cuantas botellas de malteada energética con vitaminas Hi-Wizz del refrigerador y se apresuró a salir por la puerta.

Poco después sonó el timbre de la puerta. Era Gretna, la sobrina de la vieja señora Jenkins. La vieja señora Jenkins había muerto. Otra víctima del invierno, dijo Gretna. Demasiado tiempo en ese ático con corrientes de aire. Al parecer Gretna viene todos los años a la cena del día después de Navidad, y por lo general la señora Jenkins escucha su motocicleta rugir desde la carretera y espera en el escalón de la entrada a que ella llegue, pero este año no estaba en ningún lugar visible. Ni siquiera respondió al timbre de la puerta. Al parecer, cuando Gretna miró a través del buzón se desmayó justo allí, en el escalón de la puerta. El olor la derrumbó. Y Gretna es una mujer grande.

Mamá fue a recostarse en cuanto Gretna se fue. La señora Jenkins fue su primera cliente en Skipdale, la que recomendó primero sus habilidades como estilista. Las dos llevaban un par de años sin hablarse, pero mamá todavía la apreciaba. Bajó hasta la hora de la cena. Había sándwiches de pavo. Mamá colocó relleno, arándanos y rábano picante en pequeños tazones al otro lado de la mesa, pero los dos comimos sándwiches solo con un poco de sal y mantequilla. Me di cuenta de que había llorado aunque no lo mencioné.

Dieron y pasaron las siete y media, pero mi padre nunca llegó a casa del trabajo. Mamá dijo que podíamos dejarle su boleto sobre el mantel. Podría alcanzarnos si quería. Si tenía tiempo.

Llegamos a la Preparatoria Skipdale al cuarto para las ocho. Un grupo de estudiantes de último año controlaba las puertas con chamarras vistosas y silbatos de Educación Física entre los dientes. Nos señalaron un espacio en el rincón del campo. Era una zona lodosa y mamá se preocupó por la pintura del BMW, pero de todos modos se estacionó allí. Cruzamos de prisa el campo hacia el gimnasio, todo lo rápido que los tacones de mamá lo permitieron.

El salón se encontraba oscuro cuando entramos. En silencio. Filas de padres miraban al escenario desde un mar de sillas de plástico. Mamá buscó sillas vacías pero el salón estaba lleno. Yo pasé la vista entre la multitud, aunque fue imposible

encontrarte en la oscuridad. Había un silencio en el salón que solo podía describirse como La Calma Antes de la Tempestad.

El escenario tenía forma de «T» y una pasarela corría entre la multitud. Un reflector parpadeó y allí estaba Angela Hargrove, a mitad de la pasarela, vestida como un hada con poca ropa, encaramada sobre un árbol de Navidad. El árbol era una escalera de tijera con dos cartones verdes con forma de árbol pegados a ambos lados, pero en el teatro tienes que dejar a un lado tu incredulidad. Angela dio la bienvenida a todos al Fantástico Evento de Baile de Navidad de este año. Dijo que Santa iba a traer un regalo muy especial a los chicos y las chicas de la Preparatoria Skipdale. (En realidad, era 28 de diciembre, pero una vez más la incredulidad se había quedado a un lado.) Había un grupo de estudiantes de último año en el salón recargados contra los travesaños. Mamá los miró pero estaban demasiado ocupados mirando a Angela como para notarlo. Luego sonó un *remix*ailable de «Santa Baby» y Angela bajó de la escalera hasta el frente del escenario. Las luces destellaron. Seis muchachas en leotardos de danza salieron de ambos lados, atravesaron la pasarela y formaron un círculo alrededor de Angela. Era difícil saber si alguna de las bailarinas era Sarah, porque todas se movían muy rápido y las luces parpadeaban intensamente. Todo lo que yo podía distinguir era licra roja y carne.

«Santa Baby» terminó. La audiencia aplaudió. Angela descendió de la pasarela y desapareció a la derecha del escenario. Uno de los estudiantes de último año nos vio y nos llevó a asientos separados en la última fila. Mamá movió la boca para decirme que nos veríamos en el coche al final del espectáculo. Otra canción empezó y las seis buitres siguieron su baile de respaldo. Me di cuenta de que ninguna de ellas podía ser mi hermana porque solo actuaba durante «Screemin Boi», que era el gran final.

Volví a pasar la vista en la multitud. Durante un resplandor particularmente brillante vi a Ian, agazapado a la izquierda del escenario, mirando hacia arriba, a las bailarinas. En el siguiente destello te vi, sentada en la fila siguiente. Desde entonces mantuve mis ojos fijos en ese punto. Cada vez que los reflectores cruzaban la pasarela podía verte, con Ganso detrás de ti, susurrando en tu oído. Tú sonreías. En ocasiones te reías.

Algunas de las canciones de los bailes del Fantástico Evento estaban relacionadas con la Navidad, otras creo que eran populares, aunque no reconocí casi ninguna. Todas las bailarinas de respaldo llevaban leotardos de danza, pero Angela Hargrove tenía diferentes trajes. «Rudolph The Red-Nosed Reindeer» empezó y Angela salió a escena una vez más: antenas con lucecitas, nariz con decoraciones brillantes. Otro monólogo: esta vez acerca de su nariz roja, sus responsabilidades con Santa, cómo los demás renos nunca lo dejaban unirse a sus juegos de renos. Ian miraba desde la orilla de su asiento. Prácticamente echaba espuma por la boca. Tú todavía tenías a Ganso en tu oído, solo que él pasó su brazo a tu alrededor. Tú ya no sonreías.

Entonces empezó a sonar el *remix* de Rudolph, y un remolino de bailarinas inundó

el escenario. Las luces estroboscópicas se encendían/se apagaban/se encendían/se apagaban/se encendían/se apagaban, transformándolo todo en una serie de imágenes entrecortadas por segmentos de negrura: Angela, cayendo al piso. NEGRO. Angela, sacudiendo la cabeza hacia atrás. NEGRO. El remolino de bailarinas de respaldo, desparramándose detrás de ella. NEGRO. Las bailarinas de respaldo formando una línea. NEGRO. Las bailarinas de respaldo, extendiendo la piernas. NEGRO. Angela, retorciéndose en el suelo con la nariz en alto. NEGRO. Un mar de rostros de padres, mirando con la boca abierta el escenario. NEGRO. Ian, sonriendo mientras forzaba la vista para distinguir la falda de Angela desde el lado del escenario. NEGRO. Ganso, acurrucado cerca de ti. NEGRO. Ganso, acariciando tu cuello. NEGRO. Tú, empujando a Ganso. NEGRO. La lengua de Ganso contra tu cuello. NEGRO.

Tú, levantándote.

NEGRO.

Tú, empujando a Ganso en su asiento.

NEGRO.

Tú, cubriéndote los ojos con lentes de sol.

NEGRO.

Tú, colocándote la capucha sobre la cabeza mientras atravesabas la multitud hacia una puerta de salida, a la izquierda del escenario.

NEGRO.

Y entonces yo mismo terminé levantándome para seguirte. No fue fácil cruzar el salón con las luces estroboscópicas, pero por lo menos con el baile nadie pareció fijarse en mí. Me dirigí hacia la puerta a la izquierda del escenario.

La puerta llevaba al edificio Lipton. La luz era tenue pero constante, y el *remix* de Rudolph era un zumbido apagado.

El corredor estaba vacío. Revisé todos los salones hasta que al final llegué a la oficina de la señorita Hayes; no te vi por ninguna parte.

Volví sobre mis pasos.

Solo cuando recorrí el corredor por tercera vez observé el clóset del conserje con la puerta ligeramente abierta.

Presioné mi mejilla contra la madera. Cerré los ojos. Pude escuchar tu respiración en el interior.

Pensé regresar al salón, sentarme al lado de mamá y esperar a que el espectáculo terminara. Pensé en salir al estacionamiento, esperar afuera junto al BMW.

Entonces abrí la puerta.

Allí estabas, hecha ovillo en el rincón junto a las escobas, con la cabeza entre las manos.

—Lárgate a la chingada —gritaste.

Te dije que era yo, Greg. Te moviste a un lado ligeramente, tratando de bloquear la luz doblando los brazos.

—Ah —dijiste—. Está bien.

Regresaste a tu posición inicial y te moviste un poco más allá.

—Bueno, si vas a entrar, entra.

Te pregunté si te encontrabas bien.

—Solo entra.

Di un paso. Era solo un pequeño clóset y si entraba mis rodillas quedarían justo delante de tu cara.

—Cierra la puerta.

Te pregunté por qué.

—Me deslumbra la luz —respondiste—. Cierra la puerta.

Cerré la puerta. NEGRO. Me quedé parado un rato. Luego me agaché. Pensé en sentarme pero no había espacio con los trapeadores y las botellas de cloro detrás de mí.

—Es por mis ojos —comentaste—. Las luces.

Dije que estaba bien.

Podía sentir tu respiración, su calidez, en mi brazo. Allí estábamos, en el clóset del conserje, en la oscuridad una vez más. Siempre parecía perder la vista cuando estaba contigo. Quería preguntarte por Ganso. Quería preguntarte por tu padre. Quería preguntarte si encontraste tu regalo. Quería contarte acerca de la isla Finners, de mi plan para que escapáramos. Pero no lo hice.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, tú hecha ovillo conmigo encogido sobre ti. Al final las piernas me dolían. La música zumbaba desde el salón. Podía distinguir la extraña letra de «Screemin Boi». Luego se detuvo. No dijiste nada, solo respirabas. Olfateaste unas cuantas veces. Todo olía a desinfectante.

Luego te levantaste.

—Es mejor que nos vayamos —afirmaste.

Te pregunté de nuevo si estabas bien. Estaba consciente de que me repetía.

—Solo tengo migraña —respondiste—. Me sucede a veces.

Las luces volvieron a entrar en el cuarto. Tú estabas de pie en la puerta. Podías estar mirándome. No lo sé. Llevabas puestos tus lentes de sol.

—Gracias por preocuparte por mí. Estoy bien, de verdad.

Yo asentí.

—Supongo que te veré en la fiesta.

Te pregunté qué fiesta.

—La de Ganso. Por Año Nuevo.

Te dije que no me habían invitado.

—Todos están invitados.

No supe qué responder, así que solo me encogí mirándote hacia arriba, sin decir nada.

—Como sea —dijiste—. Quizá nos veamos allí.

Te diste vuelta y cerraste la puerta.

NEGRO.

## 30/12

Regresó esta mañana, la lluvia. El siseo constante. La casa parece muy silenciosa desde que Sarah terminó los ensayos. Fue agradable escuchar la lluvia golpeando contra las ventanas, gorgoteando sobre el borde de la canaleta del desagüe, escurriendo sobre el pavimento de atrás.

Mamá dijo que suele llover en los funerales.

—Lava todos los pecados.

Se arreglaba su tocado en el espejo del comedor. Lo compró para la ocasión: de encaje negro, incrustado con pequeña rosas negras. Al otro lado de la calle estaba el Santa Claus inflable de Artie Sampson, un charco rojo y arrugado en su entrada. Al principio, Artie había tratado de arreglar la ponchadura con cinta canela, pero cada vez que lograba ponerlo de pie, la cinta se desprendía, el Santa volvía a inclinarse y Artie caía de rodillas aferrándose a lo que le quedaba de pelo. Pensé decirle que la cinta de aislar era una mejor idea (Nan y yo usábamos a veces cinta de aislar para las grietas exteriores en las que la cinta canela no era suficiente), pero sabía que mamá me mataría, así que me quedé callado. Cuando llegó la lluvia se dio por vencido. En ocasiones asoma su rostro por la ventana, pero eso es todo.

Mamá preguntó si iba a arreglarme. Le dije que ya estaba listo. Me puse el saco de mi escuela. Era el único negro que tenía. Descosí el escudo de Skipdale para que no hubiera manera de saber que era un saco escolar.

Mamá me lanzó la mirada de La Ceja.

—¿No deberías ponerte tus ropas nuevas de Navidad? —preguntó.

Le dije a mamá que mis ropas de Navidad eran grises. ¿Está permitido ir de gris a un funeral?

Mamá dijo que el gris estaba bien. Me cortó el pelo anoche, le pasó la secadora para que tomara forma redonda, y se las ingenió para mantener aplastados todos los rizos. Quería que pareciera inteligente por una vez. ¿Era mucho pedir?

Estaba de buen humor. Los dos últimos días habían sido difíciles para ella. Fui a la casa de Ganso el lunes para identificar el lugar antes de la fiesta, y cuando regresé mamá estaba llorando en el coche, con «Suspicious Minds» rugiendo en las bocinas. El Santa Claus de Artie Sampson estaba medio desinflado en la calle; las tijeras de estilista de mamá todavía sobresalían de su vientre. Solo cuando la batería del auto se

murió y Elvis dejó de cantar, entró trastabillando a la casa por fin.

Mi padre y yo la esperábamos en el corredor. Por un minuto se quedó allí, sonriendo desde la puerta. Mi padre le preguntó si todo estaba bien. Ella asintió. Él preguntó si quería una taza de café. De nuevo, asintió.

—Yo la preparo —dijo.

Dio vuelta para cerrar el coche. No sé si fue por la batería baja o porque mamá presionaba el botón incorrecto de su llavero, pero no se cerraba. Después de cuatro o cinco intentos dejó caer las llaves al piso del pórtico. Dio dos pasos en el vestíbulo y colapsó.

Resultó que había ido a casa de los Hampton esta mañana. Ursula compró el sillón. Exactamente el mismo sillón blanco italiano de piel. Exactamente el mismo número de producto de exactamente el mismo catálogo. Al parecer, se veía fabuloso en la sala de Ursula, que es dos veces más grande que la nuestra. Tiene más Factor Wow del que mamá pudo soñar. Será el centro de la conversación de la fiesta de Año Nuevo de los Hampton.

Mi padre se mordió la parte interior de la mejilla. Dejó a mamá en el piso mientras iba a la cocina por el café. No quedaba Colombian Supremo, así que tuvo que usar instantáneo. Llenó dos tazas y las trajo al pasillo. Luego se hincó junto a mamá y le levantó la cabeza, forzándola a dar un sorbo a una de las tazas. El café corrió por su barbilla, uniéndose al rastro de mocos y maquillaje.

Le dijo que estaba bien, que recientemente había conseguido un par de nuevos clientes, que podíamos permitirnos redecorar un poco. Podía empezar con el cuarto. Podía decorar un nuevo cuarto, si quería. Lo que ella considerara mejor. Mamá se aferró a las mangas de la camisa de mi padre. Sollozó en su regazo. Mi padre volvió a asegurarle que todo estaría bien.

Salimos rumbo al funeral a las 3:40 p. m. La misa era en la iglesia de Saint Mary. Mamá y yo nos sentamos en la segunda fila. Solo estaban Gretna y su hermana Molly en la primera fila, pero mamá dijo que así es como debe ser, solo la familia. Había otros asistentes dispersos por el lugar, sobre todo ancianas. Artie Sampson y su esposa aparecieron y tomaron asiento al fondo. Nos ignoraron y nosotros los ignoramos.

Durante los primeros cinco minutos el párroco habló acerca de la señora Jenkins, de que ella era un miembro muy querido de la comunidad y asistente regular a la iglesia, y de lo mucho que se preocuparon todos cuando dejó de ir a misa. Dijo que la señora Jenkins había pasado por muchas tragedias pero había luchado para salir adelante. Era una luchadora. Después habló de Jesús, de la tragedia que había vivido. Habló de Jesús durante casi media hora. Luego terminó el funeral.

Seguía lloviendo cuando nos fuimos. Corrimos al coche. No me molestaba mojarme, pero a mamá le preocupaban mi pelo y mis ropas de Navidad, así que me

metí debajo del paraguas con ella. Las varillas me golpeaban la cabeza.

Mamá dijo que no quería ser la primera en llegar al velorio, así que esperamos en el coche un rato, mirando la lluvia. Encendió el reproductor de CD. Pensé que iba a poner «Suspicious Minds»; en cambio se saltó a «Are You Lonesome Tonight?». Se quedó mirando la iglesia. Supe que estaba pensando en Nan. La iglesia siempre hace que piense en Nan, por eso nunca va. Escuchamos la canción completa, de principio a fin, dos veces, antes de que apagara el reproductor de CD y encendiera el motor.

El velorio fue en el Prancing Horse. Había una mesa en el rincón con un letrero que decía «Reservado» y un bufé de pequeños sándwiches (jamón, huevo, queso y pepinillos). Gretna estaba sentada a la mesa charlando con dos mujeres de edad avanzada. La hermana de Gretna se hallaba de pie ante el bufé, quitando la tapa de los sándwiches para estudiar sus rellenos.

Gretna agitó la mano en nuestra dirección.

—¿No fue una misa adorable? —preguntó.

—Sí, lo fue —afirmó mamá.

Las señoras de edad sonrieron. La hermana de Gretna regresó del bufé y Gretna la presentó como Molly. Molly nos invitó a pedir una bebida en el bar, había una cuenta abierta. Las señoras, Gretna y Molly bebían jugo de piña, pero mamá dijo que necesitaría algo más fuerte. Ordenó para los dos un cosmopolitan, que es un tipo de coctel. Dije que quizá yo no debería beberlo, ¿qué tal si me hacía daño por mi medicina?

—Uno no te hará daño —me aseguró.

Ocupamos dos taburetes en la mesa reservada. Al principio Gretna me preguntó mi edad, mi escuela, qué quería ser de grande. Mamá dijo que era muy bueno en Inglés; Gretna preguntó si iba a ser maestro de Inglés y yo asentí, sonreí y le di un trago a mi coctel. Sabía a jugo de arándano.

Durante un rato Gretna habló de su vida en la carretera. Es un Ángel del Paraíso. Los Ángeles del Paraíso son una pandilla de motociclistas cristianos. Recorren el país tratando de reclutar a otros motociclistas cristianos. Gretna nunca dijo lo que sucedería cuando reclutaran a suficientes motociclistas cristianos. Molly también era un Ángel del Paraíso. Ambas tenían chamarras de cuero colgadas sobre sus sillas con la imagen de un Jesús sonriente cosida a la espalda. Mantuvieron las manos debajo de la mesa. No pude sino dudar de lo que mamá me había dicho, que eran hermanas.

Mamá nos ordenó dos cocteles más, margaritas esta vez, que sabían a jugo de lima. Luego empezó a contar a Gretna y Molly y a las señoras acerca de la cocina que estaba planeando, que iba a tirar parte de la sala y a extender la parte de atrás de la casa para hacerle espacio, que estábamos ahorrando para una estufa Aga. Puede que necesitara licencia de obras y entonces quizá Gretna tendría que firmar algo en algún punto.

—Pero no va a ser feo ni nada de eso, no te preocupes.

Gretna asintió, sonrió y dio un sorbo a su jugo de piña. Yo comí un sándwich de

huevo. Tenía pedazos de cáscara. Lo pasé con más margarita.

Estuve atento por si te veía. Pensaba que podría entreverte en tu uniforme de Marigolds, pero no fue así. No estoy seguro de que aún trabajes en el Prancing Horse. No me importó demasiado; mañana es la fiesta de Ganso. Mañana vamos a huir juntos y te veré todos los días desde entonces. Es extraño pensar que probablemente nunca volveré a ver a mamá. Por eso seguí bebiendo esos cocteles con ella. Algunos eran horribles, no quería que mamá lo supiera. Imaginaba que para ella sería un buen recuerdo de nosotros. Una buena manera de decir adiós.

La lluvia caía con fuerza cuando nos fuimos, aún más de lo que había caído todo el día. Planeamos correr al coche; cuando lo intentamos mamá tropezó con sus zapatos de tacón. Se los quitó y los acomodó debajo de su brazo y los dos corrimos de prisa para atravesar el estacionamiento. Mamá chilló al sentir la lluvia helada en los dedos de sus pies. Traté de protegerla con el paraguas.

Cuando llegamos al coche estábamos tiritando. Mamá puso el aire acondicionado en CALIENTE, y subió los pies al tablero. El BMW tiene calentadores en el piso pero mamá no sabe cómo encenderlos.

—Eso estuvo muy divertido —rio—. Para ser un funeral.

Escuchamos «Are You Lonesome Tonight?» de nuevo. Mamá cantó junto a Elvis. Encendió el motor y salimos del estacionamiento. Ya había oscurecido. Aun con los limpiaparabrisas a toda velocidad era difícil ver entre la bruma de la lluvia. Me puse el cinturón de seguridad. Mamá dijo que iba a hacer Singapore slings cuando llegáramos a casa.

—¿Has tomado un Singapore sling alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Son fabulosos.

Salimos de la plaza y entramos en la carretera. Mamá empezó a contarme acerca de los Singapore slings; lo agitas todo con el hielo antes de servirlo y debes tener cuidado de no agregar la soda hasta después de haberlo agitado o explotará por toda la cocina. Acabábamos de pasar el puente del canal cuando escuchamos un chillido. El coche saltó un poco.

—¿Qué fue eso?

Me encogí de hombros.

—¿La llanta?

Mamá frunció el ceño en el espejo retrovisor. Se detuvo en la parada del autobús y miró sobre su hombro.

—¿Qué es eso? ¿Puedes verlo? Ahí, en la calle.

Le dije a mamá que no veía nada.

—Espera aquí.

Abrió el paraguas y salió a la lluvia. Las luces de emergencia hacían clic y destellaban y hacían clic y destellaban. La lluvia golpeaba el parabrisas. Cerré los ojos.

Lo siguiente que supe fue que mamá estaba de regreso, tocando en mi ventanilla.

—Greg —gritó—. Sal, Greg.

Bajé del auto. La lluvia me empapó. Me aplastó el pelo. Mojó mi suéter. Corría por el cuello de mi camisa. Me encogí, como si encogerme me fuera a mantener seco. La lluvia formaba una cascada en la calle, y brillaba con el rojo de las luces de emergencia. Una pluma blanca pasó flotando, desapareciendo debajo del carro.

Mamá estaba de pie en medio de la carretera. Había dejado a un lado el paraguas, que se llenaba de lluvia. Miraba una bola blanca y llena de plumas que estaba en el camino.

Era un pato real. Tenía el cuello aplastado; lo que parecía carne molida con forma de gusanos se dispersaba en todas direcciones. Tenía una de las patas planchada contra el asfalto, la otra se movía sin control bajo la lluvia.

—¿Qué es? —preguntó mamá.

Le dije que era un pato.

—¿Qué demonios está haciendo aquí solo? —gritó—. ¿No emigran?

Le respondí que creía que sí. Pensaba que lo habían hecho.

—¿Hay que matarlo?

No lo sabía.

—No podemos irnos así —dijo—. No podemos dejarlo aquí.

La lluvia atravesaba mi suéter. Se deslizaba por mi espalda acumulándose en la orilla de mis calzones. Se me empezaba a rizar el fleco. Estaba sorprendido por la escasa sangre que había; era todo plumas y carne.

Cada tantos segundos el pato lanzaba un graznido. Sonaba como si estuviera tosiendo.

—Tenemos que hacer algo —dijo mamá—. ¿Qué tal si paso en reversa encima de él?

La lluvia amainó. Se volvió una llovizna. Su siseo cesó.

Todo quedó en silencio.

—¿Qué hacemos?

## TRANSCRIPCIÓN

Extracto de la entrevista entre el detective sargento Terrence Mansell (TM) y la madre de Gregory Hall, la señora Deborah Hall (DH).

TM: Hablemos de la enfermedad de Greg.

DH: Está bien.

TM: Es esquizofrénico.

DH: Aparentemente.

TM: ¿Cree que lo es?

DH: En ocasiones sí. Otras veces no estoy tan segura.

TM: ¿Por qué?

DH: Ese doctor, él... solo supuso que así era. Desde la primera vez que lo consultamos. Y no hay una prueba definitiva. No pueden saberlo con seguridad. Yo..., yo no lo sé. Parece tan fácil...

TM: ¿Fácil?

DH: Es como una coartada, una excusa para la manera en que es, más que una explicación.

TM: Pero ¿y sus alucinaciones? ¿Sus episodios? ¿Eso sugeriría esquizofrenia?

DH: Ve cosas, sí. Cosas que no podemos ver. A veces creo que las está inventando, pero luego otras creo que tal vez está exagerando y en realidad sí está viendo algo, una telaraña o algo, y eso lo hace reaccionar de manera excesiva. No lo sé. Creo que tal vez es un poco de ambas cosas. Cuando ve algo él no sabe si es real o no. Quiero decir, para él es real. Supongo que no importa.

TM: Pero en eso consiste la esquizofrenia, ¿cierto? ¿Paranoia? ¿Falsas creencias?

DH: Supongo.

TM: ¿Aún no está convencida?

DH: No hay una prueba definitiva. Eso es todo lo que digo.

TM: ¿Qué edad tenía cuando se le diagnosticó?

DH: Sarah tenía cuatro años en esa época, así que él debe de haber tenido, ¿qué?, seis o siete.

TM: Parece pequeño.

DH: Era pequeño, muy pequeño. El doctor Hughes dijo que era el caso más joven que había visto.

TM: Pero ¿él estaba seguro de que era esquizofrenia?

DH: Estaba convencido. Eso sí, desde entonces casi todos los demás han estado de acuerdo. Ahora tenemos revisiones con menos regularidad, pero al principio íbamos cada par de meses, no siempre con el mismo doctor. La única persona que consideró otra posibilidad, que alguna vez pensó que a Greg se le podía curar, fue mi psiquiatra, el doctor Filburn.

TM: ¿Y qué hay de su esposo? ¿Qué piensa él?

DH: No lo sé. Al principio creía que Greg solo lo hacía para llamar la atención. Ahora no lo sé. Tendría que preguntarle a él.

TM: Pero él es doctor, ¿verdad?

DH: Ya no. Es cirujano.

TM: Pero se supone que lo fue. Se supone que fue a la escuela de medicina, ¿no?

DH: Bueno, sí.

TM: ¿Y no observó nada? ¿Notó algún síntoma antes del diagnóstico?

DH: Creo que tenía la esperanza de que fuera una etapa. No lo sé. Pensaba que solo trataba de llamar la atención, ya sabe.

TM: Debe de ser difícil.

DH: Lo es.

TM: No solo para Greg, sino para todos ustedes. Hay un estigma importante.

DH: Lo mantuvimos en privado. Lo mantuvimos para nosotros mismos. Somos esa clase de familia.

TM: ¿Qué fue lo que la llevó a hacer que lo revisaran, en primer lugar?

DH: Fue por Sarah. Por cómo se comportaba con ella.  
TM: ¿No se llevaban bien?  
DH: Se llevaban bien, al principio. Él estaba fascinado con ella.  
TM: ¿De qué manera?  
DH: Bueno, cuando la trajimos a casa por primera vez, él se quedaba en el extremo de la cuna mirándola durante muchísimo tiempo. Era como si no creyera que fuera real. Cuando ella creció él empezó a actuar.  
TM: ¿Cómo?  
DH: Hubo incidentes.  
TM: ¿Como cuáles?  
DH: Lo encontramos en el cuarto de Sarah un par de veces, en la noche.  
TM: ¿Haciendo qué?  
DH: Mirándola. Gritando.  
TM: ¿Gritando?  
DH: Decía que eran «ellas». Decía que Sarah las tenía por todos lados. Esa fue la primera vez que escuchamos acerca de «ellas». Para empezar yo no sabía de qué demonios hablaba. Para entonces Sarah también estaba llorando. Esto fue cuando tenía unos dieciocho meses, y él la espantaba haciendo eso. Así que yo la cargaba de su cama y le levantaba su pijama para mostrarle lo limpia que estaba, para mostrarle que no había nada, que no tenía nada, pero eso no cambiaba nada. Él seguía gritando, diciéndome que tenía que ayudarla. Diciéndome que tenía que quitárselas de encima.  
TM: Y entonces ¿usted qué hacía?  
DH: No sabía qué hacer. Yo no dormía mucho. Entonces trabajaba en el salón de belleza. Howard planeaba lo de la cirugía, de modo que fue una época estresante. Yo era la que siempre tenía que levantarse en la noche. Creía que sería una etapa, que pasaría.  
TM: Pero no pasó.  
DH: Empeoró cuando ella tenía unos cuatro años. Entonces él empezó a rascarla.  
TM: ¿A rascarla?  
DH: Bueno, ella tenía eczema. En realidad un eczema

terrible. Siempre se estaba rascando, siempre estaba cubierta de rasguños, así que al principio no supimos que él también lo hacía. Entonces un día estábamos en el supermercado y la escuché gritar. Me volteé y ella estaba protegiéndose de él, que estaba de pie sobre ella, arañándola. Él tenía seis años, así que era más grande. Empezó a repetirlo de nuevo, lo mismo de siempre, que las tenía a «ellas» por todo el cuerpo, que tenía que quitárselas.

TM: ¿Él pensaba que era algo que tenía que ver con su eczema?

DH: De alguna manera confundió las dos cosas en su mente. Se sentaba mirando cómo ella se rascaba, diciendo cosas como: «¡Ayúdala, quítaselas de encima! ¡Están encima de ella!». Y yo trataba de explicarle que no tenía nada, pero él no escuchaba. Eran reales. Para él eran reales y no había más.

TM: Así que lo llevaron al doctor.

DH: Howard no quería. No sé por qué. Nunca hablamos mucho de eso, solo me decía que no hiciera drama. Me decía que solo era para llamar la atención. Pero él no era un testigo de primera mano, y resultaba difícil explicarle lo..., lo horrible que era. Que era obvio que Greg creía en ellas. Creía que eran reales. Hasta la isla Finners.

TM: ¿La isla Finners?

DH: Fue cuando cruzó una línea. Cuando decidí separarlos.

TM: ¿Qué sucedió?

DH: No lo sabemos exactamente. [Suspira.] Mire, siento que estoy dando una impresión equivocada. Él no es... violento. Es una persona muy pacífica, muy tranquila. Es solo su enfermedad. Parece que no puede evitarlo.

TM: ¿Qué sucedió en la isla Finners?

DH: Tuvo una especie de episodio. Fue en el agua. Sarah siempre adoró los botes...

TM: ¿Los botes?

DH: Había unos botes en los que se podía salir al mar. Esos pequeños e inflables. ¿Cómo les llaman?

TM: ¿Botes inflables?

DH: Sí, como botes inflables de hule. De cualquier manera, no la dejábamos subir porque solo tenía cuatro años. Pero ella quería de verdad, seguía insistiendo. Entonces, una mañana Howard y yo fuimos al bosque a caminar. Mis padres estaban con nosotros y se supone que se quedarían cuidando a los niños.

TM: ¿Son estos los abuelos con los que fue a vivir Greg?

DH: Sí. No me malinterprete, eran confiables, por lo general, y responsables. Pero estaban viejos incluso entonces, sobre todo Herb. Creo que durante esas vacaciones se les exigió mucho. De todos modos, se han de haber quedado dormidos o algo porque cuando regresamos los niños se habían ido. Mamá y Herb estaban frenéticos, obviamente, todos lo estábamos. No teníamos idea de adónde habían ido.

TM: Habían salido en el bote inflable.

DH: Sí. Aunque ya no estaban en él para ese momento. Solo vi algo salpicando en el agua, y luego Howard se echó a correr por la playa como en uno de sus videos de *Guardianes de la bahía*.

TM: Él los salvó.

DH: Fue el héroe, sí. Sarah estaba inconsciente pero Howard la trajo. Tuvo que resucitarla. Verlo hacer eso fue el peor momento de mi vida. Ya sabe, esa cosa con las manos. ¿El beso de vida? Ella era demasiado pequeña para eso. Su cuerpo era muy pequeño. Parecía absurdo. Cuando regresamos al hotel nos dimos cuenta de que estaba toda rasguñada. Greg estaba vomitando en la recepción en la cubeta del juego de cubeta y pala que teníamos. Sarah sangraba un poco y era obvio que él la había estado rascando. Él tuvo algún tipo de episodio en el bote.

TM: Por eso lo envió a vivir con sus padres.

DH: Tenía que asegurarme de que no dañaría a Sarah. Tenía que protegerla.

TM: Eso es comprensible.

DH: Yo no quería alejarlo de nosotros. No quería verlo solo una vez a la semana. Solo es que... no tenía

opción. Lo llevé a los doctores. Hice que lo diagnosticaran, que lo medicaran.

TM: ¿Y las cosas mejoraron?

DH: Eso pareció. No sé si fueron las pastillas o el hecho de que estaba separado de Sarah, pero él tenía cada vez menos episodios. Hablaba menos de «ellas». Durante años estuvo bien. Hasta que iba a cumplir once años.

TM: ¿Qué sucedió entonces?

DH: Fue cuando mi madre... tuvo una crisis. Después de la muerte de Herb, ella nunca se recuperó de eso. Se volvió aún más religiosa. En ocasiones pensamos que ella era..., bueno, ya sabe. Si Greg lo es, entonces no hay razón para que ella no lo fuera también. Dicen que es de familia. Y ella siempre estuvo muy metida en la iglesia. Es parte de la religión, ¿verdad? Creer en todas esas cosas, creer en gente imaginaria. De todos modos, confundió por completo la enfermedad de Greg y la suya. Estaba tratando de ayudarlo pero lo empeoró, le siguió la corriente con lo de «ellas», hasta cubrió con cinta todas las grietas de la casa.

TM: ¿La cinta canela?

DH: Fue su idea, lo puso a él a hacerlo. Tuvimos que intervenir en cierto punto. Ella estaba... Tuvimos que ponerla en una hogar de cuidado para ancianos. Greg tuvo que regresar con la familia.

TM: ¿Y cómo estaba él?

DH: Bien. Bueno, mejor de lo que nunca había estado. Aún era muy callado, pero estaba bien con Sarah. Rara vez tenía ataques o algo así, solo ocasionalmente. Quizá una vez al año o algo así.

TM: Entonces ¿no sabía que habían regresado recientemente, que estaba teniendo problemas de nuevo?

DH: No. Quiero decir, hubo un incidente hace unas semanas. Se enfermó en la casa, en una cena. Pero pensé que solo era un episodio aislado. No sabía que él iba a hacer algo... como esto.

[Pausa.]

[DH empieza a llorar.]

TM: Podemos tomar un descanso si quiere.

DH: De haberlo sabido habría hecho algo. De verdad.

TM: ¿Necesita un minuto?

DH: Estaré bien. Yo solo... Estaré bien.

[Pausa.]

TM: No es su culpa.

DH: Sí, creo que me gustaría tomarme un minuto, en realidad.

TM: Está bien.

DH: Solo un minuto. Estaré bien en un minuto.

# III

31/12

Muy bien, trataré de ser honesto. Han sucedido muchas cosas y quiero dejarlo todo claro desde el principio. La única manera que se me ocurre es escribirlo lo mejor que pueda recordarlo. Tengo que ignorar el frío, el cansancio y el dolor de mi mano y tan solo escribir.

Aquí va.

Abrí mi ventana. Así es como empezó para mí el fin de año. Las celebraciones. Saqué la llave de mi estuche de videocasete de *Muñequita de lujo* y abrí la ventana de salida de incendios. Fue difícil después de tanto tiempo cerrada con llave. Estaba dura. Hizo una especie de ruido de succión cuando la cubierta de hule interna se despegó del plástico.

Me senté afuera, en el techo. El aire estaba helado, así que me hice bolita para calentarme. Fumé. Pensé que sería mejor que practicara para la fiesta. No quería toser encima de ti como la última vez. También me las ingenié para comprar unas cervezas en Waitrose, así que practiqué bebiendo algunas. Sarah y mamá se estaban arreglando en sus habitaciones. Mi padre estaba encerrado en su estudio. Y allí estaba yo, sentado en el techo, dando un sorbo a una cerveza Bud y mirando las estrellas.

Después de un rato me sentí cansado. Me preocupaba quedarme dormido, deslizarme y caer al jardín, así que volví a entrar y me acosté en mi cama.

Cuando desperté ya no había nadie: mis padres se habían ido a casa de los Hampton, mi hermana había salido con las buitres de su año. El cuarto estaba helado porque había dejado la ventana abierta. Tenía dolor de cabeza. Me acurruqué debajo de las sábanas durante una hora, me esforcé para beber otra cerveza. Traté de no pensar en lo que me esperaba por la noche: la fiesta. Traté de concentrarme en lo que realmente importaba: tú. Tú me habías invitado. Me dijiste que nos veríamos allí. No importaba lo que sucediera, tenía que asegurarme de que así fuera.

Empaqué unas cuantas cosas. Algo de ropa, desodorante, un cepillo de dientes; lo metí en la mochila con mis cervezas. Tomé el estuche de mi videocasete de *Muñequita de lujo*. Me imaginé que necesitaríamos dinero y ya tenía más de cuatrocientas

cincuenta y cuatro libras acumuladas del sueldo de Hampton's. Más que suficiente para tomar el tren a la costa. Más que suficiente para tomar el ferry a la isla Finners.

Esperé hasta las 10:07 p. m., luego caminé a casa de Ganso. Me imaginé que era una buena hora para llegar. La fiesta estaría bien avanzada para entonces. Tú ya estarías allí. Cuando llegué a la esquina del paseo Wallaby empecé a oír el coro de «Screemin Boi» de Miss X. Mientras me acercaba al número 7 la canción había llegado al clímax, cuando Miss X jadea eróticamente sobre el tuntún continuo del bombo. Había un par de invitados dormidos en el camino de entrada; por su aspecto debían de ser de primer año de preparatoria. Uno estaba enroscado junto a las macetas de flores; el otro, boca abajo junto al cofre del Mercedes de los padres de Ganso manchado de vómito. La puerta del frente se encontraba abierta por completo, el pasillo estaba lleno de gente. Más lleno de lo que esperaba. Había personas apretujadas en todos los rincones, encogidas en todas las puertas, encaramadas en cada escalón de la escalera. Reían, fumaban, bebían líquidos de varios colores de diversas latas y botellas. Olían a cerveza, cigarro, cerezas y sudor. Tú no estabas en ningún lugar donde te pudiera ver. Me di cuenta de que me había excedido con la ropa: las muchachas estaban todas muy bien arregladas con vestidos entallados, el peinado habitual de las buitres y maquillaje, pero todos los muchachos llevaban combinaciones de camisetas y *jeans*. Unos cuantos se habían peinado con gel, pero esa era la única evidencia de que tuvieran interés en su apariencia.

Regresé al jardín del frente. Inhalé un par de bocanadas del aire helado de la noche. El efecto de la cerveza parecía estar pasando y las manos me temblaban, haciendo que mi mochila traqueteara con el tintineo de las botellas que había en su interior. Dejé la mochila en el escalón de la puerta de entrada y me quité mi suéter de Navidad. Me saqué las faldas de la camisa y me alboroté el pelo. Uno de los estudiantes de primero de preparatoria levantó la cabeza y pregunto si tenía un vaso de agua. Le contesté que no. Pero tenía cerveza.

—Eso servirá.

Le entregué una botella. Me hizo una seña con el pulgar arriba y la abrazó contra su pecho. Recargó su cara sobre la grava. No quería perturbarlo ofreciéndole un destapador, así que me di vuelta y volví a entrar en la casa.

Me abrí paso entre la multitud de la sala. Al principio el calor de la masa fue un alivio ante el frío, pero solo hicieron falta unos segundos para llegar al momento incómodo en que el sudor te cae por el cuello. Me disculpaba constantemente por la cantidad de contacto corporal que estaba teniendo, pero no creo que nadie pudiera

escucharme. Miss x todavía seguía cantando, una nueva canción; la frase «Pleaser teaser» o quizá «Teaser pleaser» se repetía una y otra y otra y otra vez y no dejaba otra opción a los asistentes que comunicarse inclinándose y gritándose al oído. A mi alrededor había voces; no podía distinguir una sola palabra de lo que decían. Busqué tu cara, los rizos rojos de tu pelo, pero la sala estaba tan oscura y había tanta gente que no podía encontrarte.

Me abrí paso hasta llegar a la cocina. Me imaginé que estaría más tranquilo allí, que podría refrescarme, volver a orientarme, poner mis cervezas en el refrigerador. Solo que la cocina se encontraba aún más animada que el pasillo. El refrigerador estaba abierto y su contenido disperso por la mesa y el piso. Había alimentos aplastados contra las paredes: cátsup, comida para perros, algo blanco y gelatinoso, posiblemente mayonesa o yogur fresco. Casi toda la multitud se congregaba en la entrada del invernadero, rodeando a un chico gordo parado sobre la mesa de *pool*. Ian estaba junto al fregadero con Angela, vertiendo un líquido verde en dos hueveras. Unieron sus brazos y bebieron el contenido. Angela tosía e Ian se reía palmeándole la espalda. Miss x aún seguía cantando, otra canción ahora. El coro decía: «Foot fetish / Fetish feet / Give me something good to eat».

El muchacho gordo de la mesa de *pool* era Huevín, uno de los chicos de Oxbridge de mi clase. Gritaba algo pero era imposible distinguirlo con la música. Levantó un huevo por arriba de él, intentando ese truco en que lo aplastas entre tu pulgar y un dedo para demostrar la resistencia de la cáscara, solo que cada vez que Huevín lo aplastaba, el huevo explotaba en su mano y la yema se derramaba por su brazo, salpicando sus zapatos y el fieltro de la mesa de *pool*. Había pilas de cajas de huevo junto a él. La gente reía y gritaba cosas por encima de la música como «¡Vamos, Huevín!», «¡Tú puedes, bastardo apestoso!», y una variedad de palabras de aliento. Huevín siguió tratando, huevo tras huevo, cada vez más molesto después de cada estallido y salpicadura.

Me abrí paso hasta una mesa en el rincón, junto al bote de basura. Tomé una cerveza de mi mochila y la abrí. Di un sorbo y tapé la botella con el pulgar para evitar que se formara espuma. La cerveza estaba caliente. Sabía a líquido efervescente. Hizo que me diera sed, que es lo opuesto de lo que una bebida debe hacer.

Había dos invitados a la fiesta sentados junto a mí, con camisas hawaianas, pantalones tres cuartos y sandalias. Uno de ellos estaba casi pelón, excepto por una sola tira de cabello negro que iba de su frente a su nuca. El otro era rubio y tenía el pelo hasta los hombros.

Cuando iba a la mitad de mi cerveza empecé a distinguir el extraño rumbo de su conversación. Estaban hablando de Lucy Marlowe. El chico casi rapado cuestionaba su atractivo. Pensaba que sus nuevas bubis eran demasiado grandes, parecían fuera de lugar. Dijo que Lucy era demasiado baja de estatura como para que parecieran naturales. El rubio no estaba de acuerdo; en su opinión nunca había nada que fuera

«demasiado grande». No podía dejar de mirarlos, siguiendo su conversación. El rubio notó mis miradas. Cada vez que me veía a los ojos, yo apartaba la mirada hacia Huevín y su aplastamiento de huevos.

Luego el rubio se deslizó de la mesa para gritarme al oído.

—¿Te conozco?

Negué con la cabeza. Él me miró con los ojos entrecerrados. Volvió a inclinarse.

—¿Cómo te llamas?

Yo me incliné en su oído y se lo dije.

—¿En qué año vas?

Le dije.

—Hey, ¿tú vas en el salón de Lucy Marlowe?

Asentí. Él sonrió.

—¿Qué? —gritó el chico casi pelón.

El rubio le gritó algo. Luego me dijo lo afortunado que era. Me explicó lo atractiva que es Lucy Marlowe desde su cirugía de agrandamiento de senos. Preguntó si le había echado una buena mirada a sus pechos después de la operación. Le dije que no. El rubio me aconsejó que estuviera atento para aprovechar cualquier oportunidad que tuviera para echarles un vistazo. Él tenía un amigo en la misma clase que Angela Hargrove; una vez se le hizo tarde y se cambió para la práctica de baile justo en medio de su clase de Geografía y su amigo le había visto un pezón. No supe cómo responder. Más y más invitados llegaban a la cocina para mirar a Huevín. Había dejado de aplastar los huevos y ahora trataba de hacer malabares con ellos. Ian llenaba un tazón de comida para perros con el líquido verde. El perro estaba en el patio del invernadero, rugiendo al ejército de intrusos que había en su casa, ladrando y formando un diamante de vapor condensado en el cristal. Miss x seguía cantando letras indescifrables.

Tú aún no te aparecías por ninguna parte.

El rubio me preguntó quién me gustaba más, Lucy Marlowe o Angela Hargrove. Le dije que no sabía.

—¡Tienes que saberlo! Si tú no lo sabes, ¿quién lo va a saber?

Ya no quería seguir hablando de chicas así que le dije que tenía novia. Pensé que con eso dejaría de preguntar, pero solo le dio un pequeño codazo y le guiñó un ojo al muchacho casi pelón e hizo preguntas peores que no repetiré aquí. Le dije que a lo que se refería era privado, entre yo y mi chica. No supe cuál fue su reacción porque para entonces solo me estaba concentrando en Huevín. La multitud se había aburrido de sus malabares y algunos estaban arrojándole cosas, otros alimentos (aguacates, rebanadas de tocino, cucharadas de una sustancia blanca y viscosa).

Empezaron a cantar: «¡Hue-vín! ¡Hue-vín! ¡Hue-vín!».

—Espera, ¡yo te conozco! —gritó el rubio—. ¡Tú eres ese muchacho en la clase de Ian! ¡El *psycho*!

El pelón frunció el ceño. El rubio se inclinó, gritó y ambos se rieron. Yo di un sorbo a mi cerveza. El rubio se acercó a mí.

—¡Sé a quién te estás cogiendo! ¡A la señorita Hayes!

Ian dejó caer el tazón del perro y empezó a dar mordiditas en el cuello de Angela. Ella se rio y trató de apartarlo. Huevín estaba contraatacando, lanzaba huevos a la multitud. Uno se aplastó contra la ventana, arriba del perro, y este saltó para atraparlo del otro lado del cristal. Miss X parecía cantar cada vez más y más alto. El rubio decía algo acerca de la señorita Hayes y nuestras reuniones semanales. La multitud seguía cantando.

Tú aún no te aparecías por ninguna parte.

Tiré mi botella vacía de cerveza al bote de basura, sonreí una vez más a los chicos de la camisa hawaiana y me fui caminando rumbo al pasillo. Temblaba tanto que podía sentir cómo las botellas de mi mochila se golpeaban entre ellas. Una se había salido de su cubierta de cartón y frotaba mi columna vertebral. Los muchachos de las camisas hawaianas sonreían. Tal vez se reían. No lo sé: había risas por todos lados y era imposible distinguirlas de las suyas.

Sabía que necesitaba encontrarte. Tenía que decirte lo que tenía que decirte y huir de la casa de Ganso antes de que más personas me vieran. Había otras tres puertas en la sala y me abrí paso hacia cada una de ellas. La primera estaba cerrada con llave. La segunda llevaba al comedor, que estaba en la oscuridad, vacío excepto por una pareja encaramada en el asiento junto a la ventana que se acariciaba agresivamente.

La tercera llevaba a otra sala. Una pandilla de muchachos de primero de preparatoria estaba con las piernas cruzadas en el centro de la sala, sentados alrededor de un tablero de Monopolio. Habían construido un pequeño pueblo con las fichas verdes y rojas de plástico del juego y uno de ellos lo inundaba con cerveza. El resto enrollaba cigarrillos con billetes de quinientas libras. La televisión estaba encendida en un canal con una mujer con el pecho descubierto que daba vueltas en el piso mientras hablaba por teléfono; pero nadie miraba, todos estaban bebiendo y gritándose al oído. Lucy Marlowe y Carly Meadows estaban en el rincón, aporreando las teclas del piano de los Lambert, riéndose a carcajadas. Era imposible oír algo por encima de Miss X, que aún continuaba chillando desde el estéreo:

*L—O—V—E,  
It is an accessory*

Regresé al comedor. Me senté. Imaginé que tendría que esperar. En algún momento tendría que verte. Era imposible pasar toda la noche en una casa contigo y no verte. El

destino nos había unido en el pasado y lo haría de nuevo. Solo tenía que ser paciente.

Tomé mis cuatro cervezas restantes de la bolsa de plástico de Waitrose y las alineé en la mesa del comedor, junto con los cigarros y la caja de cerillos de madera. La pareja que se besaba no lo notó, y si lo hizo eso no afectó la agresividad de sus besos. La fiesta zumbaba alrededor de nosotros con un ocasional chillido de la buitre alzándose sobre la música. En un punto hubo un poderoso estallido seguido de risas y aplausos en masa; supuse que era Huevín resbalándose de la mesa de *pool*. Al final, los besucones se fueron entre risitas y agarrados de la mano. Por último la música se terminó. Para cuando abrí mi tercera cerveza eran las 11: 07 p. m.

El pasillo estaba vacío cuando salí del comedor. La alfombra, cubierta con latas, botellas y tiras de papel higiénico. Los asistentes habían llevado una caja de fuegos artificiales y estaban encendiéndolos en el jardín, aplaudiendo entre silbidos y estallidos. Me preguntaba cómo celebrarían la llegada de la medianoche. Ya habían destrozado la casa, ya habían encendido los fuegos artificiales. El único clímax posible era alguna especie de explosión, la destrucción completa de la casa. Alguna especie de sacrificio humano, quizá.

Tenía que ir al baño. Me dirigí a las escaleras. Mientras pasaba por la sala, algo jadeó.

—¡Oh, Dios mío! —Era Carly Meadows. Estaba tirada en el sillón mirándome hacia arriba—. Tú eres ese tipo de la clase.

Asentí. La sala también estaba casi vacía. Había dinero del Monopolio por todos lados, y en la televisión una mujer chupaba su teléfono como si fuera una paleta de hielo.

—Lucy, mira —dijo Carly—. Ese tipo de Inglés está aquí.

Lucy Marlowe se sentó detrás del sillón. Estaba mascando chicle y estrujaba una botella de ron Navy a medias. Su brasier se había deslizado hacia abajo tanto que se le veía un pezón.

—¡Carajo! —exclamó.

Asentí. Di un sorbo a mi cerveza, tosiendo mientras la tragaba. Traté de no mirarle el pezón.

—Fue asombroso cuando saliste corriendo del salón el otro día —dijo Carly Meadows—. ¿No fue asombroso cuando salió corriendo del salón el otro día, Lucy?

—Fue asombroso.

—Asombroso.

Les di las gracias moviendo la cabeza de arriba abajo mientras sorbía mi cerveza. Carly y Lucy me miraban y yo seguí dando sorbos hasta que vacié la botella. Luego empecé a desprender la etiqueta. La mujer de la televisión se dio la vuelta y elevó su trasero hacia la cámara. Estiró una mano hacia atrás e hizo que sus nalgas se

bambolearan.

Pregunté a las muchachas si habían visto a Ian en algún lado. O a Angela. O incluso a Ganso.

Se rieron.

—¿Qué carajos quieres con Angela? —se burló Carly Meadows.

Pregunté si te habían visto. Volvieron a reírse.

—¿Alid? ¿Han visto a Alid?

—¿Quién carajod ed Alid?

Froté la lengua contra el velo del paladar. En ocasiones eso me ayuda a pronunciar. Un cohete golpeó la ventana y rebotó hacia la multitud. Los asistentes se arremolinaron en círculos, riendo, gritando. El perro saltaba entre ellos, aullando.

Pedí a las chicas que me disculparan. Se rieron de nuevo.

—¡Didcúlpenme!

—¡Didculpen!

Retrocedí por la sala. Lucy y Carly siguieron hablando. Una de ellas usó la palabra *psycho*, pero lo ignoré y seguí escaleras arriba. Estaban resbalosas por el vómito y la cerveza derramada. Varios asistentes se enrollaban en distintas posiciones, durmiendo en los brazos del otro. En la parte de arriba de las escaleras encontré a un chico y una chica abrazados besándose agresivamente. El muchacho la estaba lamiendo presionándole la cara contra la pared con una mano y acariciándole el pezón con el pulgar de la otra. La chica murmuraba. Tenía apretada una botella de Lambrini y la inclinaba demasiado, dejando caer una cascada por los escalones.

La chica abrió los ojos.

Era Sarah.

Chilló y apartó al chico de su cuello. Era el rubio con la camisa hawaiana de la cocina, que sonrió y se limpió la boca. Sarah frunció el ceño en mi dirección. Era la misma manera en que solía fruncirlo a los chicos de Saint Peter cuando la llamaban «Escamas» en el patio de recreo, como si estuviera enojada conmigo hasta el alma.

Sarah se disculpó y se puso de pie acomodándose el *top*. Me arrastró por el pasillo hasta el baño.

—¡Hey, es mía! —gritó el rubio, pero Sarah pidió que bajara la voz, cerró de un portazo y pasó el seguro.

El baño era grande y con mosaicos de granito; estaba adornado con velas, conchas marinas y olía a jabón para manos. Me hizo pensar en mamá. El lavabo estaba lleno de agua, cubierto con papel higiénico y una especie de comida como de hojas verdes (espinacas, tal vez, o ensalada de arúgula). Sarah me arrastró a la regadera. La cortina estaba corrida. Tenía un estampado de pequeños patos grises.

—¿Por qué estás aquí?

Le dije a Sarah que Ganso estaba en mi año. Vine por la fiesta. Era Año Nuevo.

Ella siguió frunciendo el ceño.

—¿Quién te invitó?

No pude pensar en ningún nombre fuera de los que tenía en la cabeza. Así que simplemente dije:

—Ian Connor.

Resopló.

—Sí, claro.

La cortina de la regadera bailaba ligeramente con la brisa. Los patos se balanceaban de atrás hacia delante. Detrás de ellos había una figura rosada y borrosa. Sarah empezó a hablar de nuevo, pero yo no tenía idea de lo que estaba diciendo: estaba demasiado ocupado tratando de distinguir si la figura rosada era una persona viva, que respiraba y posiblemente estaba desnuda, escuchando nuestra conversación. Sarah dejó de hablar. Volvió su ceño fruncido hacia la cortina de la regadera. Se volvió hacia mí. Retiró la cortina.

Había una mujer desplomada al pie de la regadera, con la piel rosada y brillante, la boca pintada con lápiz labial rojo y abierta formando una «O». Tenía puesto un gorro de baño, lo que carecía de sentido porque estaba hecha completamente de plástico y por tanto ya era a prueba de agua. Tenía escritas con corrector las palabras «Putas sin bubis» en sus pechos inflados.

Sarah suspiró, agarró a la mujer y la aventó al otro lado del cuarto. Rebotó en la puerta antes de quedarse quieta, con la cabeza metida debajo del lavabo. Sarah me arrastró a la regadera y jaló la cortina.

—Mira —susurró—, tú no vas a encajar aquí. Eso simplemente no va a pasar. Además, Tony dijo que una pandilla de muchachos del Pitt va a venir a destrozar el lugar en cualquier momento, y aceptémoslo, si alguien va a recibir una paliza, ese eres tú.

Le dije a Sarah que tenía que encontrar a alguien.

—¿A quién?

No lo podía decir.

—No importa. Solo apúrate y vete de aquí. Si alguien te pregunta, no somos parientes, ¿está bien?

Asentí. Le di gracias a Sarah por el aviso.

—No importa —repitió ella y salió de la regadera.

Se fue después de echarse una rápida mirada en el espejo azotando la puerta.

Me acerqué al escusado. Coloqué la cerveza sobre el lavabo y oriné. Fue la orinada más larga de mi vida. A la mitad observé a la mujer de plástico, todavía en el piso, mirándome con la boca abierta formando una «O».

Cuando salí de nuevo al pasillo, Sarah y el rubio se habían ido. En el jardín alguien gritaba, posiblemente la víctima de algún fuego artificial que había salido rebotando.

El perro ladraba. Había tres puertas a lo largo del pasillo, todas cerradas. En el extremo había otra escalera, que llevaba a una especie de ático. Pude distinguir una risita. Un persistente olor a humo con chipotle.

Trepé por las escaleras. La risita acompañaba a un rechinado. En la parte superior de las escaleras había otra puerta, entreabierta. Pude distinguir a Ian, o la mitad de él por lo menos, con la pierna cruzada al pie de un ropero, sosteniendo su cara. Tenía la camisa rota, la barbilla descansaba sobre su pecho blanco y descubierto, con el fleco enroscado en sus nudillos. Se balanceaba adelante y atrás y al principio pensé que el rechinado provenía de él, tal vez porque con su espalda presionaba el ropero que tenía detrás. Pero mientras me arrastraba para acercarme a la apertura de la puerta fue evidente que el rechinado venía del otro lado del cuarto, junto con la risa de Ganso y una débil palmada repetitiva.

Presioné la puerta para abrirla. Una televisión brillaba en la pared transmitiendo una nevada de estática. La cama de Ganso estaba junto a la ventana. Había una chica en ella. Al principio pensé que podrías ser tú, pero rápidamente reconocí a Angela. Su cabeza se bamboleaba con la boca abierta y ladeada y la barbilla en el aire; su pelo se balanceaba sobre un charco de vómito que había en la alfombra. Ganso reía junto a ella e inclinaba una botella de cerveza sobre su pecho. Caía sobre su cara y escurría por su pelo hacia el charco de vómito que seguía expandiéndose. Burbujas de cerveza brillaban en su frente y sus pestañas. Allí estaba el chico de la camisa hawaiana casi sin pelo, encorvado hasta la mitad de la cama, con los dientes apretados, aferrado al colchón. Se movía hacia delante y hacia atrás. Llevaba la camisa hawaiana abierta, que se agitaba frente a él. Tenía los ojos cerrados con fuerza y el ceño constantemente fruncido.

Cada pocos segundos la cabeza de Angela se volvía de un lado al otro, como si al agitarla pudiera evitar el torrente pegajoso de cerveza, pero Ganso seguía derramándola implacablemente. Cuando la botella quedó vacía se estiró para tomar otra de la caja junto a la cama y la destapó con los dientes. No supe si me vio, si alguno de ellos lo hizo. Me parecía que no importaba. Ocasionalmente Angela dejaba escapar un sonido, un gruñido o una corta y aguda inspiración, y el chico de la camisa hawaiana repetía el sonido, lo imitaba. No estoy seguro de que supiera que lo estaba haciendo. La luz estática los bañaba a todos. Bailaba caóticamente, especialmente sobre Angela. Las sombras parpadeaban sobre ella, como si **Ellas**, cientos de **Ellas**, se arremolinaran sobre su piel blanca y fría.

Mientras retrocedía hacia la escalera del ático, Ian levantó la vista de su regazo. Le tomó un segundo enfocarme, pero entonces me hizo una seña con el pulgar hacia arriba. Luego agitó la cabeza como negando y dejó que se deslizara de nuevo entre sus manos.

Me senté en el baño por un momento. No sé cuánto tiempo. Primero vomité en el lavabo y luego me senté al lado de la tina mirando los fragmentos de mi vómito flotando entre la cosa verde con hojas. Pensé en la situación. Si tú no estabas allí con Ganso, entonces no estabas en la fiesta. Si no estabas en la fiesta, entonces debías de estar en casa. Debías de tener una razón para quedarte y esa razón era muy probable que fuera tu padre.

Entonces supe lo que tenía que hacer. Las cosas iban a ser más complicadas de lo que había pensado. No podía encontrarte en la fiesta simplemente, eso sería demasiado fácil. Iba a tener que ir al Pitt a recogerte.

Un estallido surgió abajo. Pensaba que eran los invitados. Supuse que habían decidido prender los fuegos artificiales en el interior. El gran clímax de Año Nuevo.

Cuando llegué al pie de las escaleras me di cuenta de que eran los muchachos del Pitt. Una pandilla había llegado con bates de beisbol y estaba en el proceso de destruir la cocina. Los asistentes aún se encontraban en el jardín. Habían prendido una fogata con lo que quedaba de los fuegos artificiales (los menos entretenidos: fuentes, velas romanas, molinetes) y estaban sentados en círculo mirando las llamas que chillaban, crepitando y destellando con varios colores.

Había cuatro chicos del Pitt en total. Uno de ellos llevaba una chamarra con capucha azul, no muy diferente de la de tu hermano. No estaba seguro de que fuera él porque se cubría la boca con una bufanda y no se quedaba quieto el tiempo suficiente para evaluar el azul de sus ojos. Dejó caer su bate sobre el fregadero de la cocina y la porcelana se partió justo por la mitad. Otros dos estaban rompiendo la vajilla. Otro sacaba los cajones y los vaciaba en el piso.

Sabía que si iba a enfrentar a tu padre no podía ir con las manos vacías. Consideré los bates de los chicos del Pitt. Eran suficientemente amenazantes pero no había manera de que, llegado el caso, pudiera causar un daño real con ellos. No contra tu padre. Dudo que pudiera siquiera alcanzar su cabeza.

Luego uno de los muchachos del Pitt vació el cajón de los cubiertos y un conjunto de cuchillos traqueteó por los mosaicos.

Crucé la cocina hacia los cuchillos. Los muchachos del Pitt dejaron de romper cosas y me miraron con los bates flojos en las manos. Me miraron por debajo de sus capuchas. Escogí un cuchillo, uno largo para trinchar, como los de carnicero. Podía sentir los ojos de los chicos del Pitt sobre mí mientras lo examinaba. Luego crucé de nuevo el cuarto hacia la puerta y me fui.

Los habitantes del Pitt siempre han enloquecido con los fuegos artificiales. Recuerdo los años nuevos con Nan y Herb; siempre hacían gran escándalo por los fuegos artificiales. Querían que fuera especial porque en Navidad y los cumpleaños íbamos a Skipdale; esta era la única noche en que mis padres traían a Sarah al Pitt. Era la única

en que Herb dejaba su silla. Yo creía que Herb pasaba todo el año enchufado a la pared, recargándose, esperando el fin de año para lanzarse a las cervezas Guinness, el asado de castañas y la pila de cohetes de la mesa de la cocina que yo inspeccionaba atentamente. Yo escogía el orden en que se lanzarían los fuegos artificiales, lo que dependía del tamaño de los cohetes y la tradición de guardar para el final los más grandes, los que probablemente entrarían en órbita. Cada año Herb prometía que por lo menos haría que uno de los malditos cohetes llegara al espacio.

Él también se encargaba de las cosas peligrosas. El jardín era de concreto, de modo que no podía clavar los tubos en la tierra como decían las instrucciones. En cambio, organizaba los cohetes en sus propias macetas individuales. El jardín solo tenía seis metros de largo, así que la distancia de seguridad de treinta metros estaba fuera de consideración, pero solo por esta noche del año Herb adoptaba una actitud de «lo que ha de pasar, pasará» (tal vez debido a las Guinness) y encendía la mayor cantidad de cohetes posible, cojeando hacia la relativa seguridad de la puerta de la cocina cuando los primeros aullaban en el aire. Parece extraño, pero cuando recuerdo esos años nuevos, a Herb saltando con su encendedor de seguridad y a Sarah sobre las rodillas de mamá rascándose los dedos de los pies y todos los fuegos artificiales en sus macetas con sus luces aullando y explotando, mi parte favorita es pensar en Nan, sentada en silencio al fondo de la cocina, con el *señor Saunders* enroscado en su regazo. Pensar en la cara de Nan siguiendo cada cohete que subía al cielo. Era como si después de todos esos años aún no estuviera segura de cómo se hacía.

Esta noche no era diferente. Los cohetes chillaban desde todos los jardines, explotando y formando flores en la oscuridad del cielo, bañando las calles de luces rojas, verdes, doradas y amarillas. Las calles parecían cubiertas de neblina a causa del humo. Era como una zona de guerra. Crucé el Rat and Dog. Una multitud de bebedores habían salido por su puerta y estaban parados en círculo, uniendo los brazos y cantando. La música zumbaba en la taberna (charlas, risas, vasos quebrándose). Me puse la capucha y mantuve mi cabeza baja. Me apresuré a cruzar hacia las viviendas.

Aún tenía el cuchillo metido en el cinturón, lo sentía frío contra mi cadera. No podía sino imaginarlo contra el estómago de tu padre, la resistencia inicial antes de que su panza cediera ante él. Era una panza grande y tendría usar mi fuerza. Necesitaba ser rápido, si es que llegaba a eso.

Me detuve al final de tu calle. Me recargué contra la pared e intenté vomitar. Nada salió. Sentía una y otra vez el cuchillo haciendo explotar el estómago de tu padre. Recordaba el Santa Claus de Artie Sampson doblado sobre el pavimento. Así es como tu padre caería, lentamente, hasta que su cara golpeará el suelo. Apreté el mango del cuchillo y pensé en ti, con tu ojo inflamado y morado.

Tu casa se hallaba a oscuras. No estaba el coche de tu padre. Toqué el timbre. No escuché el timbrado así que golpeé con la mano. Golpeé de nuevo. Nada. Me hiqué

para ver por el buzón y presioné para abrirlo, pero estaba demasiado oscuro como para ver algo. Fue cuando me di cuenta de lo mucho que temblaba. Cuánto me castañeteaban los dientes.

Me puse de pie y toqué de nuevo con la mano, varias veces.

Una voz respondió.

—¿Es la policía?

Retrocedí, ocultando el cuchillo debajo del dobladillo de mi suéter. Pasé la vista por el frente de la casa pero no pude ver de dónde venía la voz.

—No eres la policía.

Una vieja me miraba con los ojos entrecerrados desde la ventana del dormitorio de la vivienda de al lado. Llevaba una bata roja y un par de lentes grandes colgaban de un cordón alrededor de su cuello.

—No está —dijo—. Hizo todo ese escándalo y luego se fue. Como siempre.

Pregunté si sabía dónde estabas tú.

—Las va a pagar cuando la policía llegue.

Toqué de nuevo. Esperé un par de minutos más, mientras la vieja seguía forzando los ojos para verme. Luego di un rodeo para llegar al jardín.

La parte trasera de la casa estaba tan silenciosa como el frente. Tu televisión estaba en el piso en medio de la sala, proyectando su luz hacia la pared opuesta. El resto de la casa estaba a oscuras.

Entré arrastrándome entre el seto. Un gimoteo surgió del cobertizo, agudo como el de *Sobras*, solo que intercalado con cortos sollozos. Me hiqué para ver por el hueco de la tabla faltante. Allí estabas, una silueta bajo la luz de la luna en el rincón, *Sobras* encima de tus piernas. Tú abrazabas su cabeza, acariciabas su pecho, frotabas su cara y estirabas la piel hacia atrás para revelar el blanco de su ojo.

Me puse de pie y sacudí el lodo de mis palmas y mis rodillas. Me bajé la capucha y me arreglé el pelo lo mejor que pude, aunque no había ninguna superficie reflejante donde revisar mi apariencia. Tomé el cuchillo de mi cinturón y lo metí en mi mochila. Di la vuelta para llegar al frente del cobertizo. El pasto estaba congelado y mis pies lo aplastaban. Cuando me detuve ante la puerta, el gemido se detuvo.

Toqué.

—¿Qué quieres? —preguntaste.

No pude pensar en nada que decir, así que solo toqué de nuevo.

—¿Qué chingados quieres?

—Yo...

Las duelas del piso crujieron. Te sorbiste los mocos.

—Bueno, si vas a entrar, entra.

Abrí la puerta.

Y entonces oí el disparo. Durante esa fracción de segundo te debí de guardar en mi memoria de alguna manera, en la puerta del cobertizo, porque aún puedo ver tu

cara como si fuera ese momento: severa, con el ceño fruncido, sin lentes de sol. Todavía veo el odio en tus ojos. También debí de ver la pistola, porque levanté el brazo en el instante en que tronó el gatillo, extendiendo la mano como si te ordenara que te detuvieras. Cuando el dolor me golpeó terminé afuera de nuevo, tambaleándome por los escalones al pasto.

Aterricé de espaldas, con la quijada trabada. Cada respiración siseaba entre mis dientes. Sostenía mi mano por la muñeca, sin fuerzas y desgarrada y quemante, un agudo piquete que me ardía y se extendía desde la palma hasta la punta de mis dedos. Lo siguiente fue que estabas hincada junto a mí. Me decías cuánto lo sentías. Aún sostenías la pistola de clavos pero en cuanto te diste cuenta la aventaste a los setos. Intentaste tomar mi mano pero la tenía apretada contra mi pecho.

—Está bien —susurré—. No es nada. —Mi dislalia sonaba aún peor a través de los dientes apretados.

Entonces viste la sangre.

—Mierda.

Te jalaste el pelo. Te frotaste los ojos con la palma. Sacudiste la cabeza. Llevabas esa bata rosa y debajo un vestido blanco con estampado de flores azules.

Quise tranquilizarte, pero el dolor nublabá mis pensamientos. De lo único que parecía capaz era de quedarme allí tendido, apretando los dientes tan fuerte que me dolían las encías.

—Espera aquí —dijiste.

Desapareciste de nuevo en el cobertizo. La caja de herramientas traqueteó. Me temblaba la mano y me esforcé por mantenerla quieta. Tenía el estómago revuelto. Respiraba con lentitud. En segundos regresaste a mi lado con un par de pinzas.

—Ven.

Pasaste mi brazo sobre tu espalda y me ayudaste a ponerme de pie sujetándome de la mano que no me habías perforado y me llevaste a la casa. Temblabas tanto como yo, pero tu llanto parecía haberse detenido y lo habías reemplazado por un ceño fruncido de concentración profunda.

La cocina estaba a oscuras. Esperé en la puerta mientras encendías la luz (un foco desnudo que colgaba del techo). Era una cocina pequeña, como la de Nan; parecía un cuarto de servicio, solo que con una estufa y una pila de platos sucios a un lado.

Había un solo taburete en un rincón y me dijiste que me sentara. Revolviste todo, vaciando cada cajón y alacena (utensilios, bolsas de compras, cajas de cereal medio vacías). Metí mi mano entre mis piernas como un ave con un ala herida. Entonces, bajo la luz del único foco desnudo noté la mancha de sangre que se extendía por el dobladillo de tu vestido. Me miré de nuevo la mano. Me dieron náuseas. En realidad, debí haber sabido que no era mi sangre la que tenías en tu vestido, porque ya se había ennegrecido y se había vuelto pegajosa.

Corriste por el salón y subiste las escaleras mientras me gritabas que esperara

donde estaba. No sé adónde pensaste que podía ir. La mano me temblaba, tenía pegajosa la manga del abrigo, la sangre me llegaba al codo. Coloqué la mano derecha debajo de la izquierda, y la ahuequé para atrapar las gotas.

Regresaste a la entrada. Colocaste un par de medias y una botella de whisky en el aparador. Luego te hincaste y quisiste tomar mi mano.

Yo la aparté.

—Muéstramela.

Yo sacudí la cabeza para negar.

—Está bien.

—No está bien.

—Sí lo está.

Suspiraste.

—Necesitamos sacarlo antes de que te dé tétanos.

—No creo que funcione así.

Me miraste a los ojos.

—Muéstramela.

Abrí la mano lo más que pude. Me tomaste por la muñeca y la sostuviste bajo la luz. En mi palma se había formado un charco de sangre. Tú le diste vuelta para examinarla sin que pareciera importarte que la sangre chorreara sobre los mosaicos del piso. Vomité. No fue por el dolor (aunque era muy intenso) sino por ver el clavo saliendo del dorso de mi mano como si fuera una especie de pequeño colmillo metálico. No podía creer qué tan buen disparo había sido: atravesó la quemadura del cigarro en mi mano, la cicatriz que finalmente estaba sanando.

—Toma. —Me entregaste la botella de whisky. Pensé que solo querías que la sostuviera, pero entonces dijiste—: Bebe, te ayudará.

Traté de abrir la botella con los dientes, estaba muy apretada. Te disculpaste y dejaste mi mano a un lado mientras dabas vuelta a la tapa por mí.

Tomé un trago. Vomité de nuevo.

Me aconsejaste que apartara la vista. Traté de concentrarme en la luz del foco. Se mecía lentamente con la brisa. Ya podía sentir el whisky abriéndose paso, caliente, por mi interior.

Levanté la vista mientras colocabas los dientes de las pinzas sobre la cabeza del clavo.

—A las tres, ¿está bien?

Asentí.

—Uno...

Apreté los dientes.

—Dos...

Diste un tirón. Mi brazo se agitó. El dolor subió quemante hasta mi codo. Grité y trastabillé desde el taburete hasta el extremo del cuarto. Me encogí en la puerta,

mordiéndolo el cuello de mi abrigo.

Sostuve la mano bajo la luz. El clavo seguía allí.

—Dijiste a las tres —le recordé.

Sudaba, temblaba y mi dislalia sonaba peor que nunca.

—Está muy encajado —dijiste—. Tenemos que hacerlo de nuevo.

Te dije que pensaba que sería mejor llamar a una ambulancia. Tú negaste con la cabeza. Opinabas que nunca era una buena idea involucrar a las autoridades en situaciones como esta. Además, para cuando llegaran mi brazo ya estaría aniquilado por el tétanos.

Me senté de nuevo en el taburete.

—¿A las dos o a las tres esta vez? —pregunté.

—A las tres.

Pero fue otra mentira. Esta vez no contaste en absoluto. En cuanto apretaste el clavo, jalaste tan fuerte que cuando salió te tambaleaste por la cocina hasta la repisa, tirando la pila de platos al piso. El dolor no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Era como si me hubieras sacado un hueso. Me las arreglé para no llorar esta vez, pero salí tropezando hacia delante y tiré mi mochila. El estuche de mi videocasete de *Muñequita de lujo* cayó al suelo al mismo tiempo que los platos, mi diario, los fajos de billetes, varias llaves y chucherías se dispersaron entre la cerámica destrozada.

Examinaste el clavo bajo la luz.

—¡Lo tenemos!

Me agaché para recoger el contenido de mi estuche. Traté de reunir las páginas de mi diario pero lo estaba llenando todo de sangre. Te arrodillaste, tratando de ayudar.

—¿Qué es todo esto?

—No lo leas —dije—. Es privado.

Solo después de que hablé me di cuenta de lo hostil que había sonado. Tú levantaste el estuche del videocasete y empezaste a meter las páginas dentro. Miraste el título en el lomo.

—Es solo una caja —dije—. Es donde guardo cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas.

Recogiste la colilla de cigarro, la que guardé del exterior de tu casa.

—¿Es esta una de tus cosas?

Asentí. No ponías atención, estabas demasiado ocupada estudiándola. Agregué un «sí» y tú la colocaste en la caja y levantaste la vista. Luego estiraste la mano para levantar las pinzas de la repisa. Levantaste el clavo.

—¿Lo quieres? Para tu caja.

No esperaste una respuesta. Envolviste el clavo en papel de la cocina y lo metiste en el estuche del videocasete con todo lo demás.

—Ten, consérvalo —dijiste—. Puedes mirarlo siempre y recordar la ocasión en

que esa puta loca te jodió la mano.

La caja se cerró con un clic. Tú sonreíste.

—¿Cómo se siente?

—¿La mano?

—La mano.

—Como un millón de piquetes de abeja.

Te pusiste de pie y me pasaste el estuche de videocasete. Lo eché en mi mochila.

—Ahora solo necesitamos esterilizarla.

Me senté de nuevo en el taburete. Estiraste la mano hacia la alacena para tomar un par de tazas y nos serviste un trago de whisky. Vertiste el resto de la botella sobre mi mano, enjuagando toda la sangre. Dolió muchísimo, pero me punzaba con tanta fuerza que casi era de esperarse. Pude apartar la mente del dolor. Lo que en realidad me preocupaba era el olor.

Estiraste las medias y vendaste mi palma. Te disculpaste por la falta de vendas y me aseguraste que las medias estaban limpias. Dije que no importaba. Después de unos minutos levantaste la vista, me miraste fijamente a los ojos.

—Siento haberte disparado —te disculpaste—. No sabía que eras tú.

Asentí.

—Fue un error. La gente comete errores.

Sacaste un alfiler del bolsillo, con el que fijaste las medias en su lugar.

—No estabas en la fiesta —dije—. Solo vine para comprobar que estabas bien.

Bajaste la vista a tu regazo, a la mancha negra de tu vestido. Miraste hacia fuera, al cobertizo.

—No lo estoy.

Cruzamos el jardín hacia el cobertizo. Tú te paraste sobre los escalones y te sentaste, frotándote los ojos. Me quedé esperando junto a ti. Me advertiste que no era agradable y respondí que estaba bien. Levanté la mano y te dije que, después de lo que habíamos pasado, estaba listo para cualquier cosa.

Sonreíste. Te paraste de nuevo. Subiste a la puerta del cobertizo.

Bajo el haz de tu linterna examinamos el desorden. Varias herramientas habían caído de sus clavos en la pared. La caja de herramientas estaba ladeada, su contenido se había dispersado por las tablas del piso. *Sobras* estaba recostado en su rincón con la boca abierta y la lengua le colgaba pegada al piso del cobertizo. Tenía un parche negro que le cruzaba la cara en el que traté de no fijarme. Sobre las costillas tenía varias marcas negras de bota.

Entonces apagaste la linterna y todo lo que podíamos distinguir era nuestro aliento, que formaba espirales entre nosotros en el claro de luna.

—Debemos enterrarlo —dije.

Tú asentiste.

—En el parque. A él le gustaba el parque.

Me quité el abrigo y envolví a *Sobras* con él. La sangre se había endurecido. Estaba pegajosa en el aire frío y desprenderlo de las tablas fue más difícil de lo que esperaba. Tenía las patas tiasas y se agitaron cuando lo levanté. Me dolía la mano un poco, pero el dolor cedió ligeramente cuando desplacé su peso hacia el hueco que formaba mi brazo. Entreví el lado derecho del cráneo, que estaba enterrado en la capucha de mi abrigo: la cabeza hundida, la piel negra y sangrante. Le faltaba el ojo derecho, o quizá solo lo tenía tan hundido en la cuenca que ya no era visible. Desenganchaste una pala de la pared y nos guiaste afuera a través del hueco en el seto y por el campo.

Para entonces los fuegos artificiales habían terminado y el Pitt estaba en silencio de nuevo. No oía que hubiera tráfico en la carretera. El único sonido era el de nuestros pies aplastando la hierba.

Te detuviste junto a la estructura para trepar.

—Ten.

Dejé a *Sobras* en el suelo. Te sentaste en uno de los columpios, junto a mí, y te balanceaste ligeramente hacia delante y hacia atrás, bajando la mano para acariciar el lado de su rostro que no estaba hundido. Levanté la pala. Hacía frío, el metal se me pegaba a los dedos. Traté de clavarla en el piso, el dolor punzante de mi mano me hacía jadear.

—Lo siento —dijiste—. Tienes razón. A ver, déjame.

Tomaste la pala y me pediste que me sentara. Me senté en el otro columpio. Quise estirar la mano y acariciar a *Sobras* como lo hiciste, pero en cambio solo jugué con su piel en la capucha de mi abrigo.

Colocaste la hoja de la pala sobre el pasto y la empujaste con el pie. Nada. El suelo no cedió. Volviste a empujar con el pie. Nada.

—Está congelado.

Golpeaste una vez más con el pie y la pala crujió cuando la hoja se desprendió del mango.

—Maldita sea.

Te reíste y levantaste la vista al cielo. La niebla de los fuegos artificiales se estaba aclarando. Las estrellas brillaban encima de nosotros.

—Tengo una mejor idea.

Aventaste la pala y levantaste a *Sobras*, acunándolo sobre tu hombro como un bebé. Nos guiaste de regreso por el campo, a través del seto y al cobertizo. Dejaste a *Sobras* en su rincón. Esperé en la puerta con la linterna mientras te hincabas junto a él, susurrándole. Luego empezaste a revisar los estantes del fondo. Sacaste una botella medio vacía de whisky y la colocaste en el piso junto a ti. Sacaste otra, dos más, y no te detuviste hasta que hubo media docena, alineadas a lo largo del suelo del cobertizo, cada una con una cantidad diferente de alcohol en su interior. Guardaste una que

estaba casi llena en el bolsillo de tu bata. Abriste las demás, una por una, y las vaciaste sobre *Sobras*, mi abrigo y el piso del cobertizo, mientras la sangre se deslavaba y se escurría entre las grietas de las tablas.

Bajaste. Tomaste la última botella de whisky de tu bolsillo y derramaste la mitad en los escalones. Me pediste un cerillo. Te ofrecí la caja y tú me la arrebataste, los encendiste y los dejaste caer uno por uno sobre los escalones. Esperé junto a los muebles del patio. Al final, el whisky se prendió; una ola azul de llamas se dispersó y luego engulló al cobertizo.

Arranqué dos sillas de plástico de la hierba crecida en exceso. Nos sentamos. Miramos el fuego. Escuchamos los crujidos. Te pusiste los lentes de sol y las flamas bailaban en sus cristales. El calor horneaba nuestra cara. Después de un momento hubo un estrépito y una ola de chispas mientras el techo se derrumbaba. Empujamos nuestras sillas un poco hacia atrás. Una columna de humo se elevó hacia el cielo.

—¿Tienes cigarros?

Te ofrecí la cajetilla. Sacaste uno y te acercaste al fuego sosteniendo la punta sobre las llamas. Luego te sentaste de nuevo y fumamos, pasándonos el cigarro de uno al otro. Podía oler a *Sobras*. Olía como cualquier otra carne quemada. Estaba seguro de que tú también podías olerlo, pero ninguno de los dos lo mencionó. Sacaste la media botella de whisky y bebimos; sabía más caliente que el fuego. Al final ya había aprendido a no hacer muecas mientras sorbía.

Entonces empezaron a oírse las sirenas. Te pregunté qué querías hacer.

—¿Podemos ir a algún lugar? —preguntaste—. Ya no quiero estar aquí más tiempo.

Asentí.

—Conozco un lugar adonde podemos ir.

Para cuando dejamos la casa se había reunido una multitud. Las personas lanzaron un suspiro colectivo cuando nos vieron, como si estuvieran impactadas de que alguien hubiera sobrevivido al fuego. En algún lugar las sirenas aullaban. La vieja de la casa de al lado salió arrastrando los pies, todavía en bata.

—¿Estás bien, querida? —preguntó—. ¿Estás bien?

—Muy bien —contestaste.

Trataste de pasar de prisa, pero la vieja te sujetó y te estrechó contra su pecho.

—No te preocupes, querida, ya vienen en camino.

Tú te liberaste y te abriste paso entre la multitud. La vieja gritó tu nombre, pero te frotaste los ojos y le gritaste que podía irse a la chingada y que se metiera en sus propios asuntos. La multitud nos miraba.

Mantuve la cabeza agachada y te seguí. No te detuviste sino hasta alcanzar la esquina. Miraste en ambas direcciones, luego te recargaste contra la pared con la

capucha puesta y la cabeza inclinada.

—Ni siquiera sé adónde vamos.

Yo te guie el resto del camino. Ibas envuelta en tu abrigo, el que tenía los ribetes de piel roja. Mi abrigo se había quemado con *Sobras*, así que me prestaste una chamarra de piel de tu padre que era enorme y las mangas me colgaban hasta las rodillas. Era la más pequeña que habías encontrado. Tú me sujetaste del puño con la cabeza baja, olfateando de vez en vez.

Luego empezó a nevar. Tú temblabas y yo quería abrazarte para mantenernos calientes, pero no lo hice. Las sirenas seguían sonando cada vez más fuerte. En algún momento me empujaste hacia un lado para evitar que pisara un conjunto de tres rejillas cubierto por la delgada capa de nieve.

—Lo siento —me disculpé—. No lo vi.

Tú asentiste y tomaste mi manga de nuevo.

Nos detuvimos cuando llegamos al Rat and Dog. Tú querías hurgar en busca de bebida. La taberna estaba cerrada, las multitudes habían regresado a casa, pero encontraste una botella de vino a medias debajo de una de las mesas del frente y seguimos caminando; en ocasiones tomabas un trago.

Mientras cruzábamos la carretera, un coche de bomberos pasó rugiendo junto a nosotros, con las luces parpadeando y las sirenas aullando. Cuando llegamos a la iglesia las sirenas habían cesado y el único sonido era el de la nieve crujiendo bajo nuestros pies.

Te pregunté si alguna vez habías entrado a la iglesia.

—Una vez, quizá.

—Solía ir allí cuando era pequeño —dije—. Mi abuela a veces me llevaba.

—¿Qué significa eso? —Moviste la cabeza en dirección del letrero de la iglesia. Decía:

## DIOS DA LA BIENVENIDA A TODOS AL REINO DE LOS CIELOS

—Supongo que es para que la gente entre. Todo tipo de personas en vez de puras señoras ancianas.

—¿Crees que alguna vez haya funcionado?

Me encogí de hombros.

Acabaste el vino y lanzaste la botella vacía al letrero. Se rompió en pedazos, zafando algunas de las letras.

Ahora decía:

## DIOS DA LA B ENVENIDA A TODOS

## AL RE N DE LOS CIELOS

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté.

Te encogiste de hombros.

Crucé el pasto, levanté las letras y las volví a colocar en su lugar. Pateé el vidrio roto hacia el macizo de flores. Te sentaste junto a la pared y miraste. Entonces me tomaste de la manga y seguimos caminando hacia la calle Kirk.

Siempre es impactante ver de nuevo la casa de Nan. Es sorprendente cuánto daño le hicimos con solo irnos, con solo dejar de estar allí. Las ventanas del frente están rotas desde entonces (presumiblemente lo hicieron los chicos del Pitt) y tapiadas (presumiblemente lo hizo mi padre), el jardín del frente es un desastre de zarzas y pasto crecido en exceso. Dudo que aún esté en el mercado. El letrero «Se vende» todavía está allí, pero tirado a un lado del seto. Solo la «S» y una «E» son visibles entre las hojas.

Recuerdo que cuando dejamos la casa y me mudé, mamá quería bajar el precio y deshacerse de ella, pero mi padre dijo que no podía regalar la casa de su infancia de esa manera. Mi padre tenía la teoría de que un día el gobierno iba a derribar el Pitt y nos darían un buen precio por el lugar. Más o menos un año después, cuando el gobierno aún no había derribado el Pitt, mi padre organizó unas visitas, aunque no obtuvo nada de ellas. Desde entonces han dejado de discutirlo. Sin embargo, mi padre aún viene aquí en ocasiones, con sus secretarias.

—¿Es esta? —preguntaste.

La examinaste de arriba abajo frunciendo el ceño, como si no creyeras que alguien pudiera vivir allí. Te expliqué que no tenía llaves, que la única manera era rodearla y entrar por detrás. ¿Te molestaría esperar?

Miraste hacia la calle. Todo estaba tranquilo y en silencio ahora que habíamos dejado de caminar. Pensaba que podía distinguir el suspiro de cada copo de nieve que aterrizaba en los hombros de la chamarra de tu padre.

Asentiste.

Corrí por el callejón hasta la pared del fondo. Trepas fue complicado a causa de los habituales vidrios-rotos-dispersos-por-la-parte-de-arriba-de-la-pared-como-filas-de-dientes-de-tiburón-brillantes que pretendían disuadir a los ladrones del Pitt. Los ladrillos estaban resbalosos por el hielo y el agujero que tenía en la mano me hizo gritar de dolor; en algún momento me resbalé y un vidrio atrapó mi codo rasgando la chamarra de tu padre. El jardín todavía es el cementerio de las viejas macetas de Nan

y había una muy grande (más parecida a un comedero de animales, en realidad) que corría a lo largo de la pared del fondo, llena de tierra, que ayudó a amortiguar mi caída. Trastabillé hasta la ventana de la cocina y trepé; entonces me di cuenta de que un zapato se me había quedado en la maceta. Sin embargo, había cosas más importantes en qué pensar. Tú aún estabas afuera, en el frente, sola. Tenía que entrar y dejarte pasar.

Hay un truco para abrir la ventana. Se zangolotea la manija y la cerradura cae a la derecha. Estaba dura y pegada al marco con mugre, pero la forcé para abrirla lo más que pude y pasé por ella retorciéndome. Caí de cabeza en la cocina, sobre los mosaicos cubiertos de polvo. Traté de no pensar en las numerosas telarañas que posiblemente había por allí. Estiré la mano hacia el interruptor de la luz y me sentí aliviado de que las luces aún funcionaran, que aún hubiera corriente eléctrica. Me impactó ver la cocina de nuevo. De alguna manera, no parecía la misma. Todo estaba allí: la mesa y las sillas, la vieja estufa de gas, el refrigerador cubierto por completo con fotografías de Sarah y mías sujetas con coloridas letras magnéticas. Pero algo no encajaba, no era lo mismo. Era como una réplica, como una exhibición de museo. No me quedé mucho tiempo. Corrí por el vestíbulo a la puerta del frente. Sabía que tenía que encontrarme contigo. Sabía que tenía que dejarte entrar.

La calle estaba vacía. Todo muy quieto, excepto por la nieve (ahora caía densa y rápida). Me imaginé que te habías ido corriendo a casa. O tal vez a la casa de un amigo. A la de Angela. La de Ian. La de Ganso. Me imaginé que habías recuperado la sobriedad con el frío y dudaste en seguir conmigo.

Luego vi tu pelo sobre la acera, al final de la calle.

Caminé por el pasto hacia la puerta del frente. Estabas recostada temblando, salpicada de nieve. Arrastré la puerta para abrirla. Me hincé junto a ti.

—Alice. —Sacudí tu hombro—. Alice.

Tú me diste la espalda.

—Entremos —murmuré.

—Estoy cansada.

—Yo también. Entremos.

Te ayudé a ponerte de pie y sacudí la nieve de la piel de tu abrigo. Para ese momento te debías de haber olvidado del agujero en mi mano porque la apretaste con fuerza para equilibrarte. No me soltaste hasta que cruzamos el pasto, hasta que estuvimos seguros en el interior de la casa.

Te sentaste en las escaleras mientras cerraba la puerta con cerrojo.

—¿Aquí es donde vives?

Pensé en explicarte pero no pude pensar cómo hacerlo, así que solo asentí.

—Hace aún más frío que allá afuera.

Me incliné hacia la alacena debajo de las escaleras.

—Voy a prender el calentador. Pronto estará todo caliente.

Jalaste la manga de tu abrigo.

—Quiero dormir. ¿Dónde puedo dormir?

—Te mostraré.

Te llevé escaleras arriba. Sopesé las opciones. El cuarto de Nan era el más seguro, pero pensé que toda la cinta canela podría asustarte, así que te llevé a mi antigua habitación. La ventana estaba adecuadamente tapiada. Imaginé que estaría lo bastante caliente, además de que habría menos luz que pudiera despertarte por la mañana. Caíste balanceándote sobre el colchón. Todavía estaba cubierto con esa vieja ropa de cama de Snoopy y Charlie Brown y todos los demás personajes de la tira cómica. «Felicidad es ser parte de la pandilla», decía. Bajaste la mirada hacia tu regazo. Después de un minuto o dos parecía que te habías quedado dormida. Me di la vuelta para irme.

—Espera —dijiste.

Me detuve en la puerta.

—Quédate.

Cerré la puerta. Me senté junto a ti en la cama. No sé cuánto tiempo permanecimos allí. Tú seguías mirando tu regazo y acariciabas el puño de tu abrigo. Seguías abriendo la boca como si fueras a hablar, luego la cerrabas de nuevo y sacudías la cabeza. La tubería crujía alrededor de nosotros. Sonaba como bolas de boliche rodando por las paredes.

—Es la calefacción —dije—. Es temperamental.

Me señalaste la mano con un gesto de la cabeza. La sangre había empapado las medias y manchó la colcha que estaba entre nosotros. Mis dedos estaban pegajosos. Los limpié en mis pantalones. Mis pantalones nuevos de Navidad, manchados de sangre. Me dieron ganas de vomitar.

—Necesitas un nuevo vendaje.

—Está bien —dije después de unos segundos—. También me corté el codo. —Te mostré la chamarra de tu padre, rota—. Lo siento.

No levantaste la vista. Estabas viendo algo.

—Te falta un zapato —dijiste.

Miré mi calceta cubierta de lodo. Te dije que lo había perdido en una maceta. Soltaste una carcajada. Luego lanzaste un chillido. Miré alrededor; al principio pensé que había sido la tubería. Luego lo hiciste de nuevo, un chillido agudo y corto. Te reíste, mirándome, con la mano sobre la boca. Señalaste tu garganta. Lo hiciste de nuevo agitando los hombros.

Hipo.

También me reí. Con cada chillido nuestra risa crecía, lo que solo empeoró el hipo. Brotaron lágrimas debajo de tus lentes, y se deslizaron por tus mejillas. Te

pregunté si querías un vaso de agua. Negaste con la cabeza y tosiste la palabra «cigarro»; saqué la cajetilla de mi bolsillo y te la di. Encendiste uno. Te dio hipo mientras dabas la primera fumada, desparramando el humo en el aire que nos rodeaba.

La segunda vez lo aspiraste, manteniendo el humo en tu pecho. Suspiraste.

—Lo siento —dijiste mientras el humo escapaba con tus palabras—. No suelo beber mucho.

—Yo tampoco.

Me ofreciste el cigarro. Le di una fumada y te lo pasé de regreso y tú lo colocaste entre tus labios. Tosiste un par de veces, pero no te volvió el hipo.

Después de un rato, suspiraste.

—Fue mi papá.

—Lo sé.

—Él no es un hombre malo. En realidad, no.

No respondí.

—Solo pierde la paciencia a veces. La toma contra otros. *Sobras...*

—¿Por eso querías dispararle?

—Todavía le voy a disparar. La próxima vez que lo vea. Y no en la mano. — Agitaste la cabeza—. Eso si alguna vez lo vuelvo a ver. Lo que no pasará. No voy a regresar allí, no ahora que *Sobras* se ha ido.

—Conozco un lugar al que podemos ir.

—¿Nosotros?

Me miré los pies, mi único zapato. Diste otra fumada.

—Nosotros —dijiste, como si respondieras tu propia pregunta.

Recargaste tu cabeza en mi hombro. Tus manos descansaron con las palmas hacia arriba en tus piernas. Tu pelo olía a humo.

—Fuiste a la fiesta, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cómo estaba?

—Había mucha gente.

—¿Viste a Ganso? ¿Estaba triste? ¿Me extrañaba?

Antes de que pudiera responder resoplaste con una especie de risa que no pude relacionar con nada.

—No —respondí—. No lo vi.

No hablamos durante un rato. No supe cuánto tiempo. Podía sentir el calor de tu cuerpo junto al mío. El peso de tu cabeza sobre mi hombro.

—Olvidaba decirte una cosa: feliz Año Nuevo.

—Feliz Año Nuevo.

Poco después empezaste a roncar. Me moví ligeramente para verte: la boca abierta, el cigarro ardiendo lentamente. Retiré la colilla de tu labio inferior y la

aplasté contra la cabecera.

Te recosté sobre el colchón.

—Buenas noches —dije.

Deslicé la colcha debajo de ti para sacarla, tú te estremeciste en sueños. Yo estaba en el proceso de envolvarte cuando te sentaste y pusiste tu rostro a centímetros del mío.

Miraste alrededor del cuarto.

—Está bien. Estás aquí —te tranquilicé.

Te levantaste los lentes, poniéndolos sobre tu pelo. Tenías los ojos bien abiertos y las pupilas dilatadas como dos monedas negras. Te habían empezado a crecer las pestañas de nuevo; solo eran unas pocas por el momento, como deseos formados a medias, en proceso.

Me examinaste la cara, desde mi pelo a tazón y desaliñado hasta la punta de mi barbilla. Luego cerraste los ojos y te inclinaste hacia delante, muy adelante, hasta que presionaste tus labios fríos contra los míos. Sonreíste, suspirando por la nariz, echando tu aliento cálido contra mi barbilla. No me atreví a moverme. No me atreví a respirar. Solo me agaché, mirando.

Abriste los ojos una vez más.

—Feliz Año Nuevo.

Inclinaste la cabeza hacia delante y frunciste el ceño mientras enfocabas tus ojos en el cuello de mi camisa. Miré hacia abajo, pensando que tal vez estaba manchado o algo.

Entonces vomitaste. Me salpicaste el pecho con tu cálido vómito que apestaba a whisky. Cayó hacia abajo por el frente de mi suéter de Navidad. Volviste a vomitar por todo el frente de tu vestido ahora. Tus lentes de sol se deslizaron de nuevo sobre tus ojos. Tuviste dos arcadas más, pero no salió nada.

Luego te echaste hacia atrás. Te quedaste dormida.

Por un momento me quedé allí encogido, contando cada gota de vómito que caía sobre la colcha. Estabas quieta, con la boca abierta y la barbilla brillante. Tenías un charco en el regazo, un líquido pálido, de tinte rojo, con la consistencia de la saliva. Alguna mancha de comida no identificable.

—Alice —te llamé.

Te sacudí los hombros. Todo olía a whisky.

—¿Alice? ¿Te sientes bien?

Nada.

—Alice.

Me dirigí al cuarto de baño. La puerta no se movió y al principio pensé que estaba cerrada con llave. Recordé que la puerta del baño siempre estaba atorada, había que

empujarla con la cadera para abrirla. El baño todavía era igual: las mismas toallas, el mismo soporte para el papel higiénico, hasta la misma toalla de Nan, todavía enrollada a un lado del lavabo. Pero en realidad no estaba prestando atención a todo eso; pensaba en el vómito, goteando desde el borde de mi suéter, salpicando los mosaicos polvosos. Me examiné en el espejo. Tenía el pelo apelmazado de maneras que nunca creí posibles, superando por mucho mi desaliñado tazón habitual. Dos largos rizos caían como sacacorchos desde mi fleco, parecidos a cuernos. Todavía sentía la excitación del whisky y estuve parado por no sé cuánto tiempo mirando mi propio reflejo.

Me quité la chamarra de tu padre, la coloqué sobre el asiento del escusado. Me quité mi suéter, mi camisa, me saqué el zapato que me quedaba, las calcetas, los pantalones, los calzoncillos. Me metí en la tina del baño. Estaba cubierta de polvo arenoso y seco que se metía entre los dedos de mis pies. Sostuve la regadera sobre mi pecho, con la tubería tronando y estremeciéndose mientras el agua salía, fría y café al principio, luego humeante, caliente y clara. Me quemó el pecho, el estómago, las piernas. Quemaba muchísimo, pero no agregué nada de agua fría. Solo me quedé allí y miré cómo se acumulaba a mis pies, ennegrecida con arena y polvo, gorgoteando al irse por el desagüe.

Una vez que me bañé regresé a la recámara y saqué algunas ropas limpias de mi mochila. No había pensado que las necesitaría tan pronto. Tú seguías en la cama con la cabeza inclinada a un lado. Un hilo de saliva colgaba de tu boca.

Me incliné hacia ti y sacudí tu hombro.

—¿Alice?

Nada.

Te dije que podías dormir, pero ¿no preferirías quitarte esa ropa manchada de vómito?

Nada.

Deslicé mis brazos debajo de ti, uno bajo tu cuello, el otro bajo tus piernas. Me impulsé hacia arriba. Un dolor se disparó en mi mano. Eras mucho más pesada que *Sobras*. Luchaste en tu sueño y yo te dije que todo estaba bien. A medio camino antes de llegar a la puerta de la recámara tuve que detenerme y agacharme; apoyé tu peso en mi rodilla mientras recuperaba las fuerzas. Me enderecé de nuevo, cargándote sobre el hombro al estilo de los bomberos, antes de salir tropezándome y encorvado por el pasillo.

Te recosté en el piso del baño. Te estremeciste en tu sueño. Lavé la tina, puse el tapón y abrí la llave del agua caliente. El agua fue subiendo. El vapor nos cubrió, empañando el espejo, acumulándose en el techo.

Te quité el abrigo. Tuve que guiar tus brazos fuera y luego jalarlo debajo de ti. Al parecer, no lo habías manchado de vómito excepto por unas cuantas hebras de baba secas que había en el cuello. Tomé un poco de agua de la tina entre mis manos y lo

froté. Luego te quité el vestido y las medias, que estaban llenas de vómito y se pegaban a tus piernas con telarañas de saliva. Por último, te quité los lentes de sol. Llevé tu ropa, que apestaba a whisky, a mi antigua recámara, dejé todo en el rincón y cerré la puerta detrás de mí.

Te veías muy fría recostada en ropa interior sobre el piso del baño, así que me senté junto a ti con la espalda contra la tina y te sostuve en mis brazos, helada. Presioné mi cara contra tu pelo, respiré el olor del whisky y el humo, y me esforcé por ignorar el sabor de la bilis. La tina retumbaba detrás de nosotros. La tubería crujía en las paredes. Una vez que el agua alcanzó la marca de las tres cuartas partes me puse de pie y te levanté. Era difícil porque no tenías ropa a las que pudiera aferrarme, solo tu piel fría que se te había erizado. Al principio luchaste, estirabas tus brazos en sueños. Casi te dejé caer. Pronto te quedaste quieta una vez que te deposité en el agua. Acuné tu cabeza por arriba de la superficie. Al principio me impactó ver que te salía sangre de la nuca y oscurecía el agua; entonces recordé el agujero de mi mano y pasé tu cabeza a mi mano derecha, sosteniendo la izquierda en el aire para reducir el flujo de sangre. Una vez que la tina se llenó, estiré la mano, cerré las llaves y me quedé hincado, sosteniéndote.

Traté de no mirarte; quiero decir, de no mirar tu cuerpo. Miré fijamente tu rostro. Durante unos minutos la llave goteó formando ondas en el agua. Luego las gotas cesaron y el agua se quedó quieta; solo había un silencio casi perfecto. Pensé que quizá debería romper el silencio y hablar contigo, solo que no sabía qué decir. Las rodillas me dolían contra los mosaicos del piso. ¿Cuánto tiempo se supone que debes bañar a alguien? Revisé el reloj pero el cuadrante estaba en blanco. Lo froté con el pulgar; la tinta de los números se veía borrosa. Debí de haberlo sumergido. Supongo que no era a prueba de agua.

Decidí lavarte el pelo. Sé que las chicas pueden ser especiales acerca de cuándo y dónde mojan su pelo, pero tenías las puntas llenas de vómito seco y pensé que sería mejor enjuagarlas. Hundí tu cabeza hacia atrás: tus rizos rojos bailaron debajo de la superficie. Su color rojo se mezcló con el de mi sangre, tiñendo el agua de rosa. Extendí los dedos en tu cuero cabelludo, masajeando cada ranura y cada cuenca de tu cráneo. Pensé en las veces que mamá me había lavado el pelo, la sensación de tener unas manos extrañas en la cabeza. No había champú; imaginé que no importaba demasiado, siempre y cuando sacara el vómito.

En algún lugar se escuchó el aullido de un fuego artificial. Te levanté del agua recogiendo los mechones de pelo suelto que caían sobre tu frente. Te veías muy hermosa con el rostro pálido y limpio, que brillaba con las gotas de agua. Quería besarte pero ya teníamos un beso fallido y el siguiente tendría que ser romántico: un abrazo en la plataforma de una estación o estrecharnos las manos en la puesta de sol en una playa de la isla Finners. Pensé de nuevo en la isla Finners y no pude sino sonreír. Aún no había tenido oportunidad de decirte adónde íbamos, pero ya habría

tiempo para eso más tarde. Mucho tiempo.

Murmuraste algo en tu sueño. Otro fuego artificial crepitó afuera. Formó una flor en la ventana dando al cuarto un brillo verde. Me di vuelta para ver cómo descendía. Fue entonces cuando entreví el resto de tu cuerpo, borroso bajo el agua. Me moví ligeramente al darme vuelta y el movimiento pasó a través de ti, meciendo tus piernas, elevando tus pechos y luego hundiéndolos. Tenías los pies cruzados. Tus manos descansaban en tu estómago. Tu brasier era negro y tus pantaletas grises con una especie de tira rosa. Algo crecía dentro de mí, una presión que subía desde mi estómago hasta mi frente. Aparté la vista, miré el techo, y entonces vi a una de **Ellas**, que salía retorciéndose por los listones del conducto de ventilación.

Bajé la cabeza. Me concentré en ti, en tu cara dormida. Supuse que si la ignoraba sería como si no la hubiera visto. Podríamos seguir con el baño en paz. Solo que no funcionaba así. Una vez que sabía que había una de **Ellas** ya no podía evitar mirarla. No podía sino observar cómo se deslizaba por la orilla de la pared hacia nosotros. Justo cuando llegaba a la ventana, otro fuego artificial explotó afuera, rojo esta vez, y extendió su larga sombra sobre la pared de mosaico blanco. El agua ondeaba a tu alrededor. Estabas temblando. No, tú no; yo estaba temblando. Yo temblaba y tú estabas recostada, durmiendo, agitándote en mis brazos.

Debí haberte levantado entonces, debí haberte cargado a la seguridad y la soledad de la recámara cubierta con la cinta canela de Nan, solo que yo estaba decidido a que **Ellas** no iban a molestarnos. No iba a permitir que **Ellas** volvieran a hacerlo. Son Fantasmas Metafóricos; todo lo que tenía que hacer era bloquearlas, dejarlas fuera de mi mente y no habría nada que pudiera lastimarnos. Seguí repitiéndomelo. Tal vez también lo dije en voz alta, no lo sé (desde ese momento todo parece envuelto en la bruma), la cabeza aún me palpitaba por el whisky.

Entonces oí como si alguien rascara el lavabo y me di vuelta a tiempo de ver otra, que salía arrastrándose de detrás del espejo. Era enorme, casi del tamaño de tu mano (que yo sostenía, aferrándola en mi puño sangrante), y también se acercaba a la tina, solo que más rápido que la primera, no tan lenta y firme sino con esas cortas ráfagas con que se mueven. Dos más salieron de detrás de la cisterna del escusado. Noté otra sobre el ventilador del extractor de aire. Otra, en los anillos de la cortina del baño. Respiré profundamente. Cerré los ojos. Me dije que no tenía nada que temer, que eran Fantasmas Metafóricos. Eran Fantasmas Metafóricos. Eran Fantasmas Metafóricos. Luego, uno de los mosaicos se deslizó, rebotó en la tina y se destrozó contra el piso, y un remolino de **Ellas** salió por el agujero, dispersándose por la pared del baño.

Para ese momento las convulsiones habían empezado. Yo me agitaba con violencia, golpeando con mis brazos la superficie del agua. Tú temblabas conmigo, tu cabeza se mecía sobre el hueco de mi brazo. Te estreché con fuerza contra mi pecho tratando de mantenerte quieta. Tus parpados se movían, las gotas de agua temblaban

en tu frente, pero yo no podía sostenerte, no podía evitar que siguieras temblando conmigo. La sangre corrió hacia abajo por mi barbilla goteando sobre tu mejilla, y me di cuenta de que me había mordido la lengua. El agua salpicaba junto a la tina, mojando el piso polvoso.

Empezaron a sisear. Lo habitual: me llamaban *psycho*, pervertido, etcétera. Traté de concentrarme en otra cosa, algún pensamiento puro y feliz: la isla Finners, aquel día con Nan, aquella vez con el águila. Empecé a contarte acerca de ella, acerca de la isla Finners, acerca de que los dos podíamos vivir felices allí. Te susurraba presionando mi cara contra tu pelo caliente y húmedo, pero después de haberme mordido la lengua mi dislalia se acentuó más que nunca y me resultaba difícil entenderme incluso a mí mismo. Tu pelo se me metía en la boca mezclándose con la sangre de mi lengua. Vomité. Levanté la vista una última vez. Ahora ya debía de haber cientos de **Ellas**, una gran ola negra de **Ellas** que se extendía por todo el techo. El vapor se acumulaba alrededor de **Ellas**, sus cuerpos brillaban como un mar de gordas aceitunas negras. Recuerdo que me reí. Recuerdo que me pregunté cómo podían aferrarse al techo del baño cuando todo estaba tan húmedo, y luego en el momento justo una se deslizó y golpeó el suelo con un tun, retorciéndose sobre la espalda. Un par de **Ellas** cayó con un plaf en el agua. Otras empezaron a descender en telarañas.

Cerré los ojos. Presioné mi frente contra la tuya. Me dije que no estaban allí, que **Ellas** no eran reales, pero la verdad es que estaban allí. Las podía sentir en mi cuello, en mis brazos, arrastrándose por la parte de atrás de mi camisa. Las podía escuchar; el siseo masivo de **Ellas** crecía y nos rodeaba. Podía verlas a **Ellas**. Hasta con los ojos cerrados las podía ver retorciéndose desde sus grietas en el techo, en el cuello de la chamarra de Ganso, en las esquinas oscuras de tu cobertizo, la Guarida. **Ellas** eran más numerosas a cada segundo. Las vi a **Ellas** sobre tu padre mientras chupaba su botella de whisky; sobre las buitres mientras bailaban en el escenario con sus leotardos; sobre mamá y mi padre y Ursula y Ken mientras se llevaban a sus bocas gordas y sonrientes pedazo tras pedazo de salmón quemado con el tenedor. Las vi a **Ellas** sobre la señorita Hayes; se arrastraban sobre su rostro mientras leía enfrente de la clase esas palabras sin sentido, que no significaban nada. Las vi a **Ellas** sobre la carne en el mostrador de Hampton's, retorciéndose entre los pliegues de la carne. Estaba infestada. Las vi a **Ellas** extendiéndose desde el sillón italiano de piel de mamá, abriendo sus puntadas; sus pliegues blancos se separaban como una gran boca hundida que vomitaba un mar de **Ellas** sobre la alfombra de la sala. Las vi a **Ellas** sobre Angela Hargrove mientras descansaba inconsciente en la cama de Ganso y su cabeza se bamboleaba ante las embestidas del chico casi pelón de la camisa hawaiana. Las vi a **Ellas** desparramándose sobre la panza de tu gordo padre cabrón mientras hundía el cuchillo en ella una y otra y otra vez; la ola de **Ellas** seguía saliendo sin detenerse. Fantasmas Metafóricos. Vi a Sarah no como es ahora, sino como cuando era pequeña, cuando se rascaba y se

rascaba para quitárselas a **Ellas**, como yo te rascaba ahora, haciendo todo lo posible para arrancártelas de la piel, pero había muchas, demasiadas. Volvía a ser como aquella vez en el bote de la isla Finners, esa en la que trato de no pensar. Todo estaba salpicado de agua y en esa agitación tu cabeza se hundía bajo la superficie igual que la de Sarah; tenías la boca abierta como si gritaras, solo que en silencio. Las burbujas emergían en el agua. Fantasmas Metafóricos. Tenía la quijada trabada, temblaba sacudiendo el agua de la tina.

Fantasmas Metafóricos.

Te apretaba contra mi pecho tan fuerte como era posible; todo se oscureció hasta que solo existió el sabor metálico y caliente de la sangre.

Fantasmas Metafóricos.

Fantasmas Metafóricos.

Fantasmas Metafóricos.

## 01/01

El petirrojo regresó. No te he contado aún de él, ¿no? El petirrojo fue lo primero que apareció esta mañana, despertándome. Yo estaba en la alfombra de la sala. No sé qué hora era porque mi reloj aún está empañado por el agua, pero me incorporé en cuanto lo oí trinar. Estaba posado en las tablas que cruzan la ventana, asomando la cabeza por el hueco. Cuando me levanté ya se había ido de nuevo, pero ha regresado cada cinco o seis minutos desde entonces. Cada vez hace lo mismo: asoma la cabeza, me pía, luego desaparece. Así ha sido durante casi dos horas. No sé lo que quiere. Simplemente no puedo imaginarlo.

Es extraño estar de regreso en la calle Kirk. Sé que lo dije anoche, pero a la luz del día es aún peor. Justo ahora estoy sentado en la sala y cuanto más tiempo paso aquí menos familiar se vuelve todo. Falta algo: esa es la única manera en que puedo describirlo. Y sé que no está Nan, que es la respuesta obvia, pero hay algo más. Los colores no son los correctos: todo está demasiado oscuro, las ventanas tapiadas lo ensucian todo bajo este velo de penumbra. Hay un olor extraño. La humedad ha llegado al papel tapiz dándole a los diversos diseños florales un efecto deformado, arrugado. Todo es mucho más pequeño. Encontré una bolsa de suéteres a medio tejer, los últimos que hizo Nan, metidos a un lado del sillón (¿cómo podía caber en esos suéteres?). Y los platos, esos platos decorados con gatos alineados en la pared de la escalera que Nan pedía cada semana a *Love Cat Magazine*, cada uno decorado con un gato de color diferente, me parecían enormes; las cabezas de los gatos eran tan grandes como la mía, pero ahora no parecen más que platitos.

Sin embargo, lo que realmente me sorprende es el silencio. Todo lo que oigo es mi pluma raspando el papel. La aspereza constante de mi respiración. Adentro y afuera. Adentro y afuera. Es mucho más silencioso de como lo recuerdo. Pasé toda la mañana tratando de determinar por qué y lo comprendí cuando me levanté para ver cómo estabas. Es el reloj de pie del pasillo. Se ha detenido y marca invariablemente cinco para las doce. Su tictac constante se perdió para siempre.

Estoy sentado en el sillón de Herb. Es la primera vez en mi vida que me siento aquí. Nunca usábamos este sillón. Nan y yo compartíamos otro, donde nos acurrucábamos juntos y estirábamos el cuello para ver la televisión. Así es como nos sentábamos cada noche para ver películas antiguas. Una vez que Herb se fue parecía

incorrecto que uno de nosotros se pasara al sillón solo para estar más cómodo. La casa está congelada de nuevo. La calefacción debe de haberse agotado. Espero que tú estés bien allá arriba. Te envolví lo más ceñida que pude utilizando las viejas sábanas de Nan además de mi edredón de Snoopy. «Felicidad es ser parte de la pandilla.» Te puse en el cuarto de Nan. Pensaba que allí estarías más segura con toda esa cinta canela.

Nan y yo dedicamos mucho tiempo y recursos a asegurar esta casa, creando barricadas para dejarlas fuera a **Ellas**. Llegamos a tales extremos que mamá temía que selláramos el lugar por completo, que se volviera una especie de tumba hermética y que los dos nos ahogáramos en la noche. Mamá nos prohibió que cubriéramos la planta baja con cinta canela, de modo que Nan y yo concentramos nuestros esfuerzos en su recámara, cubriendo las paredes y las ventanas y el viejo ropero de Herb, transformándola en un nido de cinta canela prácticamente impenetrable. Durante los últimos meses ella se la pasaba cubriendo con cinta casi constantemente, compraba todas las existencias en la oficina postal cada vez que iba a recoger su pensión y las almacenaba. De lo único que hablaba era de la Gran Afluencia. De eso y del Diablo. Creo que Nan sabía lo que mis padres planeaban. En lo más profundo de la lógica embarullada de su cerebro, sabía que yo iba a mudarme de nuevo a Skipdale. Sabía acerca de Golden Pines. En realidad, estaba sellando su dormitorio ante su propia versión de **Ellas**.

La nieve ha empezado a caer de nuevo. Salí antes al cobertizo para conseguir más tablas. El cobertizo, las macetas, la pared negra; todo estaba cubierto por escarcha blanca. Dudo que pudiéramos irnos hoy aunque tú estuvieras preparada. Probablemente cancelaron todos los autobuses. Dudo que pudiéramos atravesar siquiera la puerta del frente.

El agujero de mi lengua se siente más grande de lo normal. Debo de haberla mordido muy fuerte en el baño. Mi mano también sigue sangrando. Aún tengo tus medias enredadas alrededor. Tengo que buscar una nueva venda. De verdad. Sigo encontrando huellas de sangre por todos lados y preguntándome de quién son y dándome cuenta de que son mías. Parece que simplemente no me puedo concentrar en nada.

He tapiado las ventanas de atrás. Me imaginaba que si íbamos a quedarnos un tiempo sería mejor que asegurara el lugar. Al menos teníamos que tratar de mantenerlas alejadas a **Ellas**. Es difícil martillar las tablas teniendo la mano en tan mal estado. Tengo que colocar cada tabla en su lugar con el hombro o con el codo, pero las tablas no dejan de resbalarse, y para ser honesto, lo pude haber hecho con tu pistola de clavos. Tapié también el hueco en la ventana de la sala. Lo siento, señor

Petirrojo. Sea lo que sea lo que querías, espero que lo encuentres en algún otro lugar.

Revisé el guardarropa de Nan y todavía hay rollos y rollos de cinta canela allí. Las reservas. Las he contado: veintisiete rollos. Espero que sean suficientes. Tendrán que ser suficientes.

He estado subiendo a ver cómo estás. Te ves mejor ahora, toda envuelta en el cuarto de Nan. Odiaba verte así, en la tina del baño. Estabas muy silenciosa, muy quieta. El agua se había estancado a tu alrededor y tu pelo se había estancado en el agua y tú parecías congelada. Parecía como si estuvieras encerrada en vidrio. Para entonces no había señales de **Ellas**, por supuesto. No había yeso desportillado ni faltaban mosaicos en las paredes. Regresan arrastrándose a sus agujeros una vez que las convulsiones han terminado y entonces todo vuelve a la normalidad. Todavía podía sentir el escalofrío mientras estiraba mis manos para tocar el agua. El aguijón frío. La salpicadura y el goteo cuando te levanté. Estabas rígida y tu rigidez hacía más difícil cargarte, pero te cargué de todos modos por el pasillo hasta la recámara de Nan, el único cuarto seguro que queda en la casa. Te dejé sobre su cama. Te envolví. Quería mantenerte caliente pero también cubrirte, cubrir esos rasguños, las marcas que debí de hacerte mientras convulsionaba. Te besé una vez en la frente y me senté junto a ti en la cama durante un rato. Sentía como si quisiera decir algo pero no sabía qué, y entonces bajé las escaleras.

Tomé el estuche de mi videocasete de *Muñequita de lujo*. Lo vacié, extendí nuestro dinero, la pluma, el botón que había sido el ojo del señor Nieve. Extendí todas las páginas de mi diario. Había muchas cosas escritas, muchas palabras, más de las que pensaba. Pobre señorita Hayes, nunca llegó a verlas.

Llevé el diario arriba, te leí unos cuantos pasajes. Solo los cortos. Quería romper el silencio (no puedo soportarlo). Te leí las partes sobre ti y las que eran sobre Nan y la isla Finners. Luego me distraje: te conté todo acerca de la isla Finners, acerca de los pájaros y la iglesia y la playa. Te conté acerca de las oportunidades que tenía para una artista, la belleza del paisaje. Te conté que tal vez podíamos tener otro perro, llamarlo *Sobras II* o algo así. Luego me di cuenta de lo insensible que era y me disculpé y te aseguré que nunca podríamos reemplazar a *Sobras*; tendríamos que pensar en un nuevo nombre, o conseguir un animal completamente diferente. Tal vez los animales que ya vivían en la isla Finners podrían ser nuestras mascotas: los pájaros, los exóticos y los regulares. Los patos. Todos podían pertenecernos.

Luego te hablé sobre el águila. Nunca le había contado a nadie acerca de eso. Le prometí a Nan que no lo haría.

Después traté de dormir. La punzada de mi mano no me dejaba. Quizá tú tenías razón; tal vez lo dejé mucho tiempo y el tétanos había entrado. Quizá se abrió paso por mi brazo hacia mi cerebro. Siento mencionar eso de nuevo. No te culpo. Solo duele, ¿sabes? Tal vez necesito un doctor o algo.

No he tomado mis medicinas hoy. Olvidé mis pastillas, ¿puedes creerlo? Traje mi ropa y mi cepillo de dientes y mi dinero y mi desodorante, pero olvidé mis pastillas. Odio pensar en lo que mamá diría sobre eso.

El nido de Nan es un poco sombrío. Al final, todo se puso feo con ella. Llegó al punto en que yo era la única persona a la que dejaba entrar en su recámara cubierta con cinta canela. Yo le traía la comida y su medicina y más y más rollos de cinta, que recogía camino a casa de la escuela. Los dos veíamos películas. En ocasiones me dejaba dormir aquí. Siempre me llamaba «Mosca». Aunque se le olvidaba todo lo demás, y cuando hablaba con mamá le decía «Ellie», a mi padre «Herb» y a Sarah «*señor Saunders*», ella sonreía al verme y me decía: «Hola, Mosca. ¿Quieres ver una película?».

El sol acaba de salir sobre el parque Crossgrove, la nieve brilla bajo su resplandor. Desprendí parte de la cinta canela de la ventana para que pudiéramos verlo. Ni una sola persona ha pasado en las últimas dos horas, en coche o a pie, y la nieve sigue limpia, intacta. Es imposible distinguir tu casa desde este lado del parque, o tu jardín, o incluso lo que queda del cobertizo, pero cada vez que presiono mi rostro contra la ventana puedo detectar el olor a quemado en el aire. El aroma a carne chamuscada del fuego que prendimos.

Tienes el pelo seco ahora. Parece haberse descolorido desde anoche. Tal vez no debí lavártelo. Tal vez haya algún champú especial para mantener el color. Es extraño, estoy acostumbrado a mirarte en el autobús, con tu cabeza meciéndose contra la ventana, y es sorprendente lo pacífica que es tu mirada. Lo tranquila. Me hace sentir tranquilo con solo mirarte.

Voy a tratar de dormirme de nuevo. Es todo lo que quiero, descansar junto a ti y dormir. En realidad, es cuanto podemos hacer.

## TRANSCRIPCIÓN

Extracto de la entrevista entre el detective sargento Terrence Mansell (TM) y el padre de Gregory Hall, el doctor Howard Hall (HH).

TM: Gracias por venir.

HH: Está bien.

TM: Me doy cuenta de que este es un momento difícil.

HH: Solo quiero acabar con esto de una vez.

TM: Lo comprendo.

HH: Sea lo que sea esto. ¿Qué es? ¿Una investigación?

TM: Solo quiero aclarar algunas cosas. Eso es todo lo que estamos haciendo hoy.

HH: Correcto.

TM: Acerca de esa noche. El 3 de enero.

HH: Está bien.

TM: Acerca de Greg.

HH: Correcto.

TM: ¿Cómo está Greg?

HH: Lo están cuidando.

TM: ¿Ha dicho algo?

HH: Aún no.

TM: ¿Y Deborah?

HH: Ella está... Le pegó muy duro. No creo que verlo así le ayude. Ya ha pasado por momentos difíciles, pero esta vez le está costando mucho trabajo superarlo.

TM: Entiendo.

HH: Todo esto es... un desastre. ¿Sabe?

TM: Es una situación terrible.

HH: Es un desastre.

TM: Para todos ustedes.

HH: Sí, pero especialmente para ella. Quiero decir, no siempre he sido el mejor padre. No siempre he estado allí. Pero ella...

TM: Vamos a terminar rápido con esto.

HH: Eso espero.

TM: Luego puede regresar a su lado. Con ellos.

HH: ¿Qué es lo que quiere saber?

TM: Bueno, como le dije, me gustaría empezar con esa noche, la del 3 de enero.

HH: Está bien.

TM: ¿Por qué no me cuenta lo que sucedió?

HH: Hice una declaración en su momento.

TM: Leí la declaración. Sé lo que dijo. Solo me gustaría escucharlo de primera mano, si le parece bien.

HH: Supongo.

TM: Solo quiero repasarlo paso a paso. Ya sabe, ver si hay alguna piedra sin levantar y darle vuelta.

HH: Correcto.

TM: Entonces, el 3 de enero. ¿Qué pasó?

HH: Bueno, nosotros fuimos a la casa.

TM: ¿Nosotros?

HH: Sí, nosotros. La señorita Hewitt y yo.

TM: ¿Y quién es la señorita Hewitt?

HH: Mi secretaria.

TM: ¿Y por qué razón fueron a la casa?

HH: ¿Eso es importante?

TM: No lo sé, ¿lo es?

HH: En realidad no, solo se la estaba mostrando. Ella pensaba comprarla.

TM: ¿Comprarla?

HH: Así es. ¿Por qué?

TM: No es exactamente una casa como para mostrarla.

HH: Me dijo que quería algo con potencial, un lugar para renovar.

TM: ¿Así que la llevó a verla?

HH: Es correcto.

TM: Cuando su hijo, Greg, estaba perdido. Llevaba tres días perdido.

HH: No. Quiero decir, no sabíamos que se había perdido.

No estábamos seguros. Deborah estaba asustada, obviamente, pero yo pensaba que tal vez se estaba quedando en la casa de un amigo o algo.

TM: ¿De un amigo?

HH: Sí. Quiero decir, sé que no es habitual que él se quede en otro lugar durante un par de noches. Pero eran las vacaciones escolares. Había ido a una fiesta. Había bebido, según Sarah. Y luego había nevado. La nieve hace que todo se detenga. Yo tenía la seguridad de que él se estaba quedando con alguien. Tenía la seguridad de que aparecería en algún momento.

TM: ¿No estaba preocupado?

HH: No. Al menos no tanto como Debbie. Y tal vez deba recordarle que eso es exactamente lo que ustedes también dijeron cuando ella los llamó: «Ha de estar en casa de un amigo».

TM: Correcto.

HH: Además, no sabíamos nada sobre ella entonces. Sobre la chica, quiero decir. Su padre no la había reportado.

TM: No.

HH: De todos modos, mire, esto no es importante, ¿verdad? Jo quería ver la casa, así que la llevé allí. Quiero decir, eso es lo importante, ¿o no? Que fuimos allí, que lo encontramos.

TM: ¿A qué hora sucedió?

HH: Más o menos a las nueve y media.

TM: Y supongo que usted esperaba que la casa estuviera vacía.

HH: Bueno, obviamente. Lo había estado por años.

TM: ¿No había considerado la posibilidad de que Greg estuviera allí?

HH: Ahora tiene sentido. Había sido su casa. No lo había considerado en ese momento, de otra manera habría ido por él. Obviamente no esperaba... eso.

TM: Y entonces ¿cuándo se dio cuenta de que la casa no estaba vacía?

HH: Bueno, supe que algo estaba mal cuando la puerta no se abrió. Quiero decir, mis llaves funcionaron, el

cerrojo de la puerta se corrió, solo que no podía abrir. Traté de patearla, empujarla.

TM: Él la había sellado.

HH: Así es. De modo que fui a la parte de atrás. En este punto aún no sabía que era Gregory. No sabía quién era. Pensaba que tal vez el frío había pandeado el marco o algo. Así que tomé una pala del cobertizo. Me imaginé que podía hacer palanca para abrir la puerta. Entonces noté las nuevas tablas de la parte trasera de la casa.

TM: ¿Tablas nuevas?

HH: Yo había colocado unas sobre las ventanas hacía años, las que estaban rotas. Pero había más, incluso sobre las que no estaban rotas. Entonces empecé a sentir pánico. Me corté la mano trepando allá atrás, ¿ve? Justo aquí. La mamá de Deb puso unos vidrios en la pared de atrás, probablemente para espantar a los ladrones. Pero lo había olvidado, no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde. De todos modos, me las arreglé para trepar y di un rodeo para llegar al frente. Metí la pala como cuña debajo de la puerta e hice palanca. En ese momento me di cuenta de que algo estaba realmente mal. Porque pude..., bueno..., olerlo.

TM: ¿Qué estaba haciendo la señorita Hewitt?

HH: Estaba asustada.

TM: ¿Sospechaba algo?

HH: Quería que esperáramos a la policía.

TM: ¿Eso fue después de la llamada al número de emergencias?

HH: Así es. Ella telefoneó de inmediato mientras yo estaba aún en el cobertizo.

TM: Ya no quería comprar la casa, supongo.

HH: Quería regresar al coche. Quería cerrar las puertas y esperar a la policía.

TM: ¿Usted no?

HH: No. Probablemente debí hacerlo. Quiero decir, todavía no sabía que era Gregory quien estaba allí. Pero sabía que tenía que descubrir lo que pasaba. Terminé rompiendo la puerta en pedazos con la pala.

El olor era terrible, había sellado el lugar tan bien que todo estaba... supurando... ¿sabe? Y lo vi en el rincón, con la cabeza baja. Lo vi y pensé... Bueno, no sé lo que pensé en realidad. Quiero decir, él no se movía. Vi que no se movía. Y entonces la adrenalina se apoderó de mí.

TM: ¿Y entró?

HH: Al final lo hice. Pareció tomar una eternidad, pero me abrí paso al interior. Estaba lleno de cinta...

TM: La cinta canela.

HH: Así es. Había sellado el lugar muy bien.

TM: ¿Y en qué estado se encontraba Greg?

HH: No creo que se diera cuenta de que yo estaba allí.

TM: ¿No respondía?

HH: No creo que supiera lo que pasaba. Parecía mirar al infinito. Estaba inexpresivo. Estaba... en blanco. Una inexpresividad que no he visto en la cara de ningún ser humano. Y tenga en cuenta que soy cirujano plástico.

TM: Vi el sitio web.

HH: Sí, bueno...

TM: «El hombre de los implantes de pecho.»

HH: Correcto. Pero como dije, él solo estaba sentado allí, mirando al techo. Llevaba puesta una enorme chamarra de piel. Y tenía toda la mano ensangrentada. Sostenía algo, el estuche de un videocasete con cosas en su interior, folletos y papeles y más cosas dispersas sobre sus piernas. Ah, y dinero, había un fajo de billetes. Y una colilla de cigarro. Sujetaba una colilla de cigarro con la otra mano, la que no sangraba. Sé que es raro notar una cosa así, pero me llamó la atención lo extraño que resultaba en ese momento porque Gregory nunca ha fumado. No como yo, que me encanta fumar. Podría hacerlo en este momento, en realidad...

TM: ¿Y entonces?

HH: Bueno, fue cuando Jo llegó a la puerta. Echó una mirada y salió corriendo y gritando. Yo me irrité en ese momento porque era lo último que él necesitaba, una mujer sin sesos gritando. Aunque para ser

honesto, no creo que lo haya notado siquiera.

TM: Así que ¿sacó a Greg?

HH: Bueno, primero traté de hablar con él. Lo abofeteé un poco y no obtuve nada. Pero sí, supe que tenía que sacarlo de allí. Calentarlo. Alejarlo de ese olor. Así que lo cargué hasta el coche. Se sentía como hielo. Lo senté en el asiento del pasajero y encendí la calefacción. Tenía una botella de agua. Recuerdo que traté de hacer que bebiera y el agua se le escurrió por la barbilla, se le cayó toda.

TM: ¿Y dónde estaba la señorita Hewitt en ese momento?

HH: Sentada en la cuneta. No quería acercarse a nosotros.

TM: ¿Sabía que Greg era su hijo?

HH: Probablemente no. En el momento supuse que sí, pero pensándolo de nuevo... Es un poco lenta, por así decirlo.

TM: Correcto.

HH: Me encantaría un cigarro ahora.

TM: Tomaremos un descanso pronto.

HH: Supongo que fumar va contra las reglas. Quiero decir, aquí.

TM: Sí.

HH: Entonces ¿no está permitido fumar aquí?

TM: Por desgracia no.

HH: Correcto. Está bien.

TM: Así que ¿esperaron en el coche hasta que llegó la policía?

HH: Sí. Excepto Jo. Ella se quedó en la cuneta.

TM: ¿No se aventuraron a subir?

HH: No.

TM: ¿Ni usted ni la señorita Hewitt?

HH: No. Ninguno de nosotros vio lo que había arriba.

TM: Correcto.

HH: Y si está por mostrarme fotografías, no quiero verlas.

TM: No iba a hacerlo.

HH: Sé todo acerca de ella. La chica. Sé todo acerca de ella.

TM: Está bien.

HH: Quiero decir, cualquier cosa que quiera mostrarme no puede ser peor de lo que tengo en la cabeza, créame. Quiero decir, deberían obligarnos a verlo, a Debs y a mí. En realidad, somos los culpables.

TM: No estoy culpando a nadie.

HH: Por supuesto, alguien tiene la culpa. Siempre hay alguien que tiene la culpa. De eso se trata, ¿no? Por eso estoy aquí, por eso usted está interviniendo. Y la verdad es que tenemos que ser nosotros. Somos los padres.

TM: No estoy culpando a nadie. Me gustaría dejarlo claro. Solo estoy tratando de esclarecer los hechos.

HH: ¿Los hechos?

TM: Es todo cuanto quiero.

HH: No era la primera vez que sucedía algo así. ¿Está usted al tanto de eso?

TM: Hablé con su esposa. Sé lo de Sarah, si es a eso a lo que se refiere.

HH: Su hermana. Su propia hermana. Nuestra propia hija. Quiero decir, debimos haber sabido que sucedería de nuevo. Era obvio que iba a suceder de nuevo. ¿Y qué hicimos? Lo mandamos lejos. Lo ignoramos.

TM: ¿Doctor Hall?

HH: Y sé que hicimos que lo diagnosticaran. Y sé que hicimos que lo medicaran. Pero no estábamos ahí. Él nos necesitaba, ¿y dónde estábamos nosotros?

TM: Doctor Hall.

HH: En la chingada casa de los Hampton era donde estábamos. No lo sé. Ni siquiera lo sé. Yo...

[HH saca un cigarro de su bolsillo y lo enciende.]

TM: Tómese un minuto si quiere.

HH: No, tiene razón. Lo siento. Yo...

TM: Está bien.

HH: Lo siento, solo me estoy desahogando. Es que... no tengo a nadie. Quiero decir, Debs está enferma, no puedo hablar de estas cosas con ella, y Sarah... es demasiado joven para tratar esto con ella. No tengo a nadie. Soy un hombre de cincuenta y tres años sin nadie en esta vida con quien entablar una conversación de adulto. No sobre esto.

TM: ¿Se siente bien?

HH: No hay nada que podamos hacer. Necesitamos apoyarlo. Eso lo sé ahora. Ahora lo sé.

TM: Estoy seguro de que él apreciará su apoyo.

HH: Cuando vuelvo a pensar en aquel día, mientras lo sostenía en mis brazos trataba de hacer que bebiera de la botella de agua y le decía que todo iba a estar bien... Y no había ninguna respuesta, ¿sabe? Nada. Solo esa expresión en blanco. Fue el día más aterrador de mi vida.

TM: Puedo imaginarlo.

HH: ¿Tiene usted hijos, detective?

TM: Sí.

HH: Entonces entiende.

TM: Podemos tomar un descanso si quiere.

HH: Usted entiende.

# IV

07/03

Sé que hace tiempo que no escribo. Lo siento. Y lo siento por mi letra (parece que no puedo dejar de temblar). Creo que es el nuevo medicamento. Espero que no te importe, pero he decidido que esta es la última vez que te escribo. Fue idea de la doctora Howard. Dijo que como no fui al funeral, esta sería una buena manera de decirte adiós.

Fue mi padre quien nos encontró allá, en la casa. No recuerdo nada de eso. Ni que me trajeran aquí. Los primeros días pasaron completamente en blanco; las semanas que siguieron están incompletas, en el mejor de los casos. Al estar aquí he ido tomando conciencia, como si poco a poco fuera dándome cuenta de que no estaba soñando. Cuando soñaba lo hacía contigo, la isla Finners, *Sobras*. En ese momento no estaba seguro de qué partes eran reales y cuáles eran sueños o pesadillas. Y luego estaban **Ellas**. Fue una época difícil.

Las cosas están mejorando. Ahora sigo una especie de rutina, sobre todo con mi sueño. Mi mano finalmente ha sanado. Al parecer estaba muy infectada cuando nos encontraron, pero ahora todo lo que queda es una cicatriz, un punto blanco entumecido en el centro de la palma de mi mano. No está lejos de la pequeña peca gris que me dejó el lápiz de Andrew Wilt. Algunas noches presiono la cicatriz con fuerza hasta que empieza a dolerme. No sé por qué. Solo me gusta sentirlo.

Mamá no ha venido mucho de visita. Ha vuelto a ver al doctor Filburn y él le aconsejó que no me visitara con regularidad. Incluso cuando viene, nunca habla mucho. Siempre empieza a llorar y tiene que salir del cuarto. Se asegura de regresar justo al final para decirme que no me preocupe. Yo no soy la causa de sus lágrimas, dice. Se acumularon durante años. Todo esto solo abrió las compuertas.

Papá y Sarah me visitan más a menudo, por lo general cada tres días. Ahora hace más calor y ayer nos sentamos afuera y comimos juntos sobre el pasto. Papá trajo sándwiches de atún (sabe que no me gusta la comida de aquí) y Sarah me prestó uno de sus audífonos para que pudiera mover la cabeza al ritmo del tuntún de su música. En realidad fue muy relajante de una manera extraña, aunque la música es horrible. El eczema de Sarah volvió. Noté el parche de piel descamada de su cuello y el dorso de sus manos. Solo se rasca cuando piensa que nadie la está mirando. Probablemente sea estrés (el doctor le dijo que podía regresar en épocas de estrés). Esta ha sido una

época de mucho estrés.

La doctora Howard es agradable. Me recuerda a la señorita Hayes. Deja que nos sentemos en silencio. Dice que solo quiere hablar, si es que alguna vez necesito hablar con alguien, aunque la verdad es que no he hablado desde Año Nuevo. Al parecer, no logro que salgan las palabras. Cuanto más lo intento, más difícil resulta. La doctora Howard me dijo que dejara de esforzarme tanto y solo me relajara. Dice que las palabras saldrán cuando estén listas.

Muchas personas fueron a tu funeral. Eso es lo que dijo Sarah. Ella no fue, por supuesto, pero las clases estaban casi vacías ese día y la señorita Hayes dejó que el resto de los alumnos saliera temprano en señal de respeto. No he visto a tu padre ni he sabido nada de él. Sé que ya no está en la carnicería. Los rumores son que se rebanó tres dedos, borracho, en el trabajo. No sé qué hay de cierto. Sarah dijo que lo escuchó de una de las chicas de su año, pero era difícil verificarlo porque muchas de las chicas de su año no le hablan. Mi padre tampoco podía verificarlo porque hace más de un mes que no habla con Ken Hampton. Sarah me dijo que tuvo que cerrar la clínica por un tiempo. Papá nunca lo mencionó. Solo habla del clima o el almuerzo. No le gusta hablar de cosas serias.

Sé que no leerás esto, por cierto. Ahora sé que en realidad no te estoy escribiendo a ti, que en realidad nunca te escribí a ti, que nunca leíste nada de lo que escribí. Ahora sé que en realidad había dos tus: la real, con quien compartí unos cuantos encuentros azarosos, y a la que escribía, con la que terminé hablando en mi cabeza. Justo ahora no sé a cuál le estoy escribiendo. A ambas, supongo. Y a mí mismo. En última instancia, sé que estoy escribiéndome a mí mismo.

La primavera ya casi está aquí. Cada mañana me despierto con el sonido de los pájaros. Son muy ruidosos; olvidaba lo ruidosos que son. Son el perfecto reloj despertador. Sin ellos no estoy seguro de que llegara a despertarme. Me he estado arrancando las pestañas. Es un nuevo hábito. La doctora Howard me aconsejó que no lo hiciera. Dice que es un problema, aunque no tan importante considerando los demás. Esta mañana descubrí un par de nuevas pestañas que apenas empezaban a salir. Logré arrancarlas. Salí a los jardines a la hora del *lunch* acunándolas en mi mano. Cerré los ojos y las soplé. No puedo decirte lo que deseé porque entonces no se cumplirá. Pero había una buena brisa hoy. Estoy seguro de que llegarán lejos.

## FECHA DESCONOCIDA

Recuerdo que hacía sol cuando dejamos el hotel, pero al llegar al bosque empezó a llover. La lluvia caía en olas, como si el mar hubiera subido al cielo. Siseaba entre las hojas que había encima de nosotros y golpeaba las capuchas de nuestros impermeables.

Nan dijo que conocía un atajo, un camino secreto al estanque de lirios. Nos encantaba alimentar a los patos. Era nuestra parte favorita del día. A Sarah y a mis padres no les preocupaba, nos dieron las orillas de sus sándwiches y fuimos directamente después del *lunch*. Nan seguía insistiendo en que debíamos ir al oeste: «Por aquí se va al oeste» y «Por allá se va al oeste», pero dudo que supiera cuál era el verdadero camino hacia el oeste. Me pareció que íbamos en círculos.

Después de un rato Nan empezó a sentir pánico.

—¿Cómo te puedes perder en una isla tan pequeña? —preguntó—. Esta es la sexta vez que paso por aquí.

Después de un tiempo llegamos a la orilla de un acantilado, pero no había camino secreto. Nan estaba exhausta y necesitábamos sentarnos un momento, de modo que nos protegimos debajo de un arbusto de moras muy crecido. Miramos la lluvia, efervescente como estática sobre la superficie del mar. Nan me advirtió que no comiera las moras por si eran venenosas.

Después de unos minutos la lluvia cesó. Después de otros pocos, el sol salió, tan caliente que se empezó a formar vapor. Nan afirmó que era un verdadero día festivo británico, con todos los climas a la vez. Esa fue la primera vez que la vi, posada en las ramas que había sobre nosotros. Le di un codazo a Nan y la señalé. No podía dejar de verla.

—Mira a otro lado —murmuró Nan—. Si no, te sacaré los ojos con sus garras.

Nan y yo nos encogimos y miramos nuestros zapatos mientras ella estaba posada sobre nosotros, contemplando el horizonte. Le pregunté a Nan qué estaba haciendo allí y ella me dijo que había varias teorías. Una era que se escapó del zoológico. Le pregunté si había posibilidad de que hubiera decidido volar hasta aquí, pero Nan dijo que dudaba que pudiera haber llegado desde América.

Mientras su sombra pasaba sobre nosotros no pudimos sino mirar, no pudimos sino verla cruzar el cielo. Voló bajo sobre el mar, desapareciendo detrás de los árboles

que se alineaban en el lado opuesto de la ensenada.

—No le diremos a nadie —dijo Nan—. Es nuestro secreto. Es solo para ti y para mí.

Esperamos, por si volaba en círculos y regresaba. No lo hizo. Luego esperamos un poco más sentados en silencio.

Nan se puso de pie. Suspiró y sonrió.

—Es mejor que regresemos, Mosca —dijo—. O tus padres van a pensar que nos ahogamos en la lluvia.

Asentí, me puse de pie y cruzamos el bosque. Aún no sabíamos en qué dirección íbamos, pero por alguna razón ya no parecía importar.

## **AGRADECIMIENTOS**

Gracias a todos en mi maestría, especialmente a Robyn Donaldson, Mike Holloway, Paul Abbot, Denise Bundred y Christof Häberle. A mis estimulantes profesores Alicia Stubbersfield y Jim Friel. A los «Cretinos», Josh Mansell, Matty Herring y Liam Sillett. A Mike Morris y todos en Writing on the Wall. A Niall Griffiths y Julia Bell por hacerme sentir escritor. A Luke Brown por darme ánimos y a Karolina Sutton, Norah Perkins y Kate Howard por hacer que mis sueños de infancia se hagan realidad.

A mis amigos, mi familia, Nat y mis gatos.

Y a quien lo lea, ¡gracias!

Título original: *Alice and the Fly*

Publicado originalmente en Gran Bretaña en 2015 por Hodder & Stoughton

Traducción: Eloy Pineda

Diseño e ilustración de portada: Estudio la fe ciega, Domingo Noé Martínez y Yolanda Garibay

Derechos mundiales exclusivos en español

Publicados mediante acuerdo con Hodder & Stoughton Limited, Carmelite House,  
50 Victoria Embankment, Londres EC4Y 0DZ

© 2015, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Deleg. Miguel Hidalgo

C.P. 11560, México, D.F.

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-607-07-3033-7

Primera edición en formato epub: octubre de 2015

ISBN: 978-607-07-3089-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México

Conversión eBook: TYPE

## TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

### Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE

# Índice

Portadilla	2
Índice	4
Dedicatoria	5
Capítulo 1	6
Capítulo II	80
Capítulo III	144
Capítulo IV	186
Agradecimientos	191
Créditos	192
Planeta de libros	193